

SUMARIO

ARTÍCULOS

Las traducciones latinas del Corán, arma antislámica en la Cristiandad Medieval <i>José Martínez Gázquez</i>	11
La palabra descendida y la guerra <i>Emilio González Ferrín</i>	29
La «guerra», lexicológicamente <i>Bodo Müller</i>	41
Consideraciones sobre la imagen bélica en la Edad Media: los ejemplos de las <i>Cantigas de Santa María</i> y de las pinturas murales de los palacios de Barcelona <i>Etelvina Fernández González</i>	53
<i>Militat omnis amans</i> . Las guerras de amor en la literatura medieval francesa y su herencia latina <i>Elena Llamas Pombo</i>	79
La guerra y la paz en la política y en el pensamiento de los bizantinos <i>Evangelos Chrysos</i>	113
Guerreros históricos, héroes épicos, personajes de ficción: el otro legado de Alfredo el Grande <i>Trinidad Guzmán González</i>	133
Las canciones de cruzada de Thibaut de Champagne <i>María Dolores Sánchez Palomino</i>	163
La crítica de la lectura en el Quijote <i>José Manuel Martín Morán</i>	195
La aportación española a la «revolución militar» en los inicios de los tiempos modernos <i>Enrique Martínez Ruiz</i>	211

Reflexiones en torno a la guerra en la historia de la plena Edad Media (guerra, ejército y sociedad en Aragón. Siglos XI-XIII)	229
<i>J. Ángel Sesma Muñoz</i>	249
ACTIVIDADES DEL CEMYR.....	
Sumarios de los Cuadernos del CEMYR publicados (del núm. 1 de 1993 al núm. 12 de 2004)	251



LAS TRADUCCIONES LATINAS DEL CORÁN, ARMA ANTISLÁMICA EN LA CRISTIANDAD MEDIEVAL*

José Martínez Gázquez
Universidad Autónoma de Barcelona

RESUMEN

La Europa latina cristiana encontró en las traducciones latinas del Corán en la Edad Media un instrumento extraordinario para el conocimiento directo del Islam y un arma poderosa desde el punto de vista intelectual y religioso para la lucha contra los musulmanes.

PALABRAS CLAVE: traducciones Corán, Edad Media, arma, lucha cristianos-musulmanes.

ABSTRACT

«The Latin translations of the Qur'an, an weapon against Islamism in medieval Christendom». The Christian Latin Europe found in the Middle Age an extraordinary instrument for the direct knowledge of the Islam and a powerful weapon from the intellectual and religious point of view for the struggle against the Muslims.

KEY WORDS: Qur'an translations, Middle Age, Weapon, Struggle Christians-Muslims.

Las traducciones latinas del Corán en la Edad Media constituyeron una poderosa arma de conocimiento directo del Islam y, por lo mismo, de armas para la lucha y contraataque cristiano desde el punto de vista intelectual y religioso, dentro del amplio frente de las luchas de cristianos y musulmanes en la Europa cristiana y muy especialmente en la Península Ibérica.

En el largo periodo de tiempo de casi ochocientos años, desde el 711 hasta el 1492, año de la conquista de Granada, la presencia del Islam como religión oficial en al-Andalus, único territorio de la Europa medieval donde se había establecido un reino musulmán tras la derrota y desaparición del reino visigodo, puso en contacto directo a cristianos y musulmanes en múltiples campos de la actividad humana en diversos dominios ignorados por los latinos, como, por ejemplo, el estudio de las ciencias árabes, en las que podían descubrir nuevos conocimientos, o de los textos islámicos que los cristianos siempre habían menospreciado, lo que introdujo un elemento nuevo en el panorama de las traducciones del árabe al latín,



desconocido hasta ese momento y cuya finalidad inicial, según expresa Pedro el Venerable, giraba en torno al propósito de llevar a cabo la refutación teológica del Islam sobre nuevas bases de conocimiento directo de sus doctrinas.

Para llegar a disponer de estos conocimientos en el mundo latino cristiano era necesaria su traducción al latín. La situación peninsular dio lugar a la existencia de una serie de hombres, acontecimientos y situaciones favorables para la realización de estas traducciones latinas, como es el caso del Corán y los demás textos islámicos, que sirvieron como un arsenal de armas ideológicas y argumentos, donde encontrar las armas de refutación y controversia entre musulmanes y cristianos. Estas traducciones¹ son la de Robert de Ketton, impulsada por Pedro el Venerable, en 1142/43, la de Marcos de Toledo en 1210, y la de Juan de Segovia en 1456, además de otras parciales e incompletas².

LA VERSIÓN LATINA DE ROBERT DE KETTON

La primera traducción latina del Corán fue realizada en la Península a ruegos de Pedro el Venerable, abad de Cluny³, con ocasión de su viaje a España en 1142⁴ para visitar los nuevos monasterios cluniacenses que se construían en la línea de frontera con los territorios musulmanes. Estando en tierras castellanas pudo conocer la realidad en la Península, en donde ve de cerca las interrelaciones de

* Este trabajo se ha elaborado en el marco del proyecto de investigación HUM2004-03957-C02-02, financiado por la DGI del MEC.

¹ J. MARTÍNEZ GÁZQUEZ, «Las traducciones latinas medievales del Corán: Pedro el Venerable-Robert de Ketton, Marcos de Toledo y Juan de Segovia», *Euphrosyne* 31, 2000, pp. 491-503.

² H. BOBZIN, «Latin Translations of the Koran. A short overview» *Der Islam* 70, 1993 pp. 193-206; id. *Der Koran im Zeitalter der Reformation. Studien zur Frühgeschichte der Arabistik und Islamkunde in Europa*. Beirut Texts und Studien, Band 42. Beirut/Stuttgart, 1995.

³ M.T. D'ALVERNY, «Deux traductions latines du Coran au Moyen Âge», *Archives d'histoire doctrinale et littéraire du Moyen Âge*, XVI (1947-48), pp. 69-131; M.T. D'ALVERNY, «Pierre le Vénéralbe et la légende de Mahomet», *A Cluny, Congrès...* Dijon (1950), pp. 161-170; M.T. D'ALVERNY, «Quelques manuscrits de la 'Colectio Toletana'», *Peter Venerabilis 1156-1956. Studies and texts commemorating the eighth Centenary of his Death*, eds. by G. CONSTABLE and J. KRITZECK, Roma (1956), pp. 202-218; N. DANIEL, *Islam and the West. Making of an Image*, Edinburg, The University Press (1960), pp. 6-7; R. GLEI, (ed.): *Petrus Venerabilis Schriften zum Islam*. Altenberger. (1985) (Corpus Islamico-Christianum, Series Latina, 1); D. IOGNA-PRAT, *Ordonner et exclure*. Cluny et la société chrétienne face à l'hérésie, au judaïsme et à l'Islam 1000-1150, París, 1998; J. KRITZECK, «Robert of Kettons translations of the Qur'an», *The Islamic Quarterly*, 24, 1955, pp. 309-312; M.T. D'ALVERNY, «La connaissance d'Islam en Occident du IXe au milieu du XIIe siècle», *L'Occident e l'Islam nell'Alto Medioevo*, Spoleto (1965) pp. 577-602, recogido en *La connaissance de l'Islam dans l'Occident médiéval*, Ed. by Charles BURNETT, I. Variorum, 1994.

⁴ Ch. J. BISHOP, «Peter the Venerable's Journey», *Peter Venerabilis 1156-1956. Studies and texts...*, pp. 163-175.

musulmanes y cristianos, separados por la tenue línea de una frontera territorial⁵, y la facilidad de encontrar los textos islámicos y los medios oportunos para su traducción. En estas condiciones concibió un plan de traducciones al latín de un conjunto de textos islámicos y principalmente el Corán, que le podían permitir acercarse a la realidad y conocer mejor la vida de Mahoma y la doctrina del Islam. Tales textos traducidos al latín constituyen la llamada *Collectio Toletana* o *Corpus Toletanum* y se convirtieron en el primer conjunto de textos al alcance de los cristianos para un conocimiento directo del Islam, cosa que no había ocurrido antes en la cristiandad. Pedro el Venerable, como hombre de la Cristiandad preocupado por la rápida expansión del Islam a expensas de los territorios cristianos, decidió esta empresa como parte de un proyecto de refutación del Islam, sobre nuevas bases de conocimiento directo de sus doctrinas, al que desde algún tiempo atrás dedicaba su atención.

Encontró en alguna ciudad del valle del Ebro⁶ a dos especialistas en traducciones del árabe, Robert de Ketton y Hermann de Carintia, a los que encargó la traducción de los textos islámicos y particularmente el Corán. El primero, un monje de origen inglés, con buena formación literaria latina y, como muchos estudiosos cristianos, atraído por la riqueza de la ciencia árabe y estudioso en especial del saber de la astronomía y la geometría⁷, se encontraba en España en el año 1142. Se encontraba junto a Robert, Hermann de Carintia (el Dálmata), al servicio del obispo Miguel, obispo de la recién conquistada ciudad de Tarazona, y se dedicaba con gran interés a la traducción de textos de matemática y astronomía, teniendo como principal interés de sus trabajos la búsqueda del Almagesto. Para la traducción del conjunto del corpus de textos Pedro el Venerable les sumó la ayuda de Pedro de Toledo (Petrus Toletanus), quizás un converso conocedor del árabe, y de su secretario Pedro de Poitiers⁸, además de un musulmán de nombre Mohamet. Robert de Ketton, pagado por el abad de Cluny, dedicó su tiempo entre 1142 y 1143 a la realización de esta primera traducción del Corán.

⁵ Es difícil precisar la ciudad concreta, quizás en Tarazona o Tudela; se ha sugerido también Nájera. Pedro el Venerable deja constancia ambigua de este hecho en diversas ocasiones. En su *Epistola ad Bernardum Clareuallis* para enviarle un ejemplar de la nueva traducción, *Mitto uobis carissime nouam translationem nostram contra pessimam nequam Mahumet heresim disputantem, quae dum nuper in Hispania morarer, meo studio de Arabica uersa est in Latinam*, y en el amplio prólogo de su *Liber contra sectam siue haeresim Saracenorum*. Cfr. James KRITZECK, *Peter the Venerable and Islam*. Princeton 1964, apéndices 3 y 6 respectivamente.

⁶ José MARTÍNEZ GÁZQUEZ-Óscar DE LA CRUZ, «Las traducciones árabe-latinas impulsadas por Pedro el Venerable», *Las órdenes militares: realidad e imaginario*, M.D. Budeus-E.Real-J.M.Verdegal (eds.), Univ. Jaume I, Castellón de la Plana, 2000, pp. 284-296.

⁷ *Epist. ad Bernardum* (J. KRITZECK ed.), p. 212: *...ex Arabico in Latinitatem perduxi, interpretantibus scilicet uiris utriusque linguae peritis, Rotberto Kettonsi de Anglia, qui nunc Pampilonensis ecclesiae archidiaconus est, Hermanno quoque Dalmata, acutissimi et litterati ingenii scolastico, quos in Hispania circa Hiberum astrologicae arti studentes inveni, eosque ad hoc faciendum multo precio condux.*

⁸ *Epist. ad Bernardum* (J. KRITZECK ed.), p. 212: *Feci autem eam transferri a perito utriusque linguae uiro, magistro Petro Toletano, sed quia lingua Latina non adeo ei familiaris uel nota erat ut Arabica, dedi ei coadiutorem doctum uirum, dilectum filium et fratrem Petrum, notarium nostrum...*





En la mayoría de los manuscritos finaliza esta traducción con dos colofones⁹, de los que en el primero señala a Robert de Ketton como traductor y da la fecha de traducción en 1143, según varios calendarios. El segundo hace la atribución de la traducción del Corán a Pedro de Toledo, atribución problemática ya que habría con ello dos traductores de esta misma obra, el Corán¹⁰. Probablemente haya de referirse más bien a la traducción de la obra de Al-Kindi, otro texto de la *Collectio* o *Corpus Toletanum*, que en varios manuscritos sigue inmediatamente al texto del Corán, con lo que no se trataría de un colofón de esta obra, sino del *incipit* de la obra de Al-Kindi. Esta obra se nos presenta en varios manuscritos desplazada de ese lugar sin rúbrica inicial, o *incipit*, que quedó separado de ella y ha dado lugar a confusión, entendiéndose como un segundo colofón del Corán.

Por lo demás ambos colofones ratifican que estas traducciones se han realizado por encargo del Abad de Cluny y han sido acabadas en 1143, añadiendo la rúbrica de la Apología un nuevo acontecimiento importante para los cristianos en ese año, la conquista de Coria por Alfonso VII, coronado emperador de Castilla y León.

Los textos son como siguen:

Acaba el libro de la ley diabólica de los Sarracenos, en árabe llamado Corán, es decir, conjunto de capítulos o de preceptos.

Robert de Ketton, afectísimo suyo de origen inglés, tradujo este libro a ruegos de Pedro varón ilustre y gloriosísimo, Abad de Cluny, en el año del Señor de mil ciento cuarenta y tres. En el año mil cuatrocientos tres de Alejandro. En el año quinientos treinta y siete de la Égira. En el año quinientos once de los persas.

El abad Pedro de Cluny hizo traducir este libro del árabe al latín al maestro Pedro de Toledo, con la asistencia del monje escriba Pedro, cuando estaba aquel señor y venerable abad destacado en Hispania con el glorioso emperador Alfonso en el año que este mismo glorioso emperador cautivó la ciudad de Coria e hizo huir de allí a los Sarracenos [sc. 1143]¹¹.

⁹ Aunque no se encuentra esta parte del colofón en el ms. de la Bibl. del Arsenal 1162, sí que aparece en otros, como los mss. 4.071 y 4.072 de la Biblioteca Apostólica Vaticana. Véase M.TH. D'ALVERNY, «Deux traductions...», *op. cit.*, p. 131; *Id.*, «Quelques manuscrits de la 'Collectio Toletana'», G. CONSTABLE et J. KRITZCEK (eds.), *Petrus Venerabilis 1156-1956, Studia Anselmiana* 40, 1956, pp. 202-218 (reimpr. M.TH. D'ALVERNY, *La connaissance de l'Islam... op. cit.*, IV); HENRI LAMARQUE, «En marge du Coran latin», *Melanges Joan Soubiran. Pallas*, 59, 2002, pp. 339-355.

¹⁰ Nosotros mismos en trabajos anteriores hemos creído en la atribución de este colofón al Corán, si bien analizando con detalle los textos queda clara su dificultad.

¹¹ «Explicit liber legis dyabolice Saracenorum, qui Arabice dicitur Alchoran, id est, collectio capitulorum siue preceptorum. Illustri gloriosissimoque uiro, Petro Cluniacensi abbate precipiente, suus angligena Robertus Kettonnsis, librum istum transtulit. Anno Domini millesimo centesimo quadragesimo tertio. Anno Alexandri millesimo quadringentesimo tertio. Anno Alhigere, quingentesimo tricesimo septimo. Anno Persarum quingentesimo undecimo. Hunc librum fecit dominus Petrus Cluniacensis Abbas transferri de arabico in latinum a Petro magistro Toletano iuuante Petro monacho scriptore, cum esset idem dominus ac uenerabilis abbas in Hispaniis constitutus cum glorioso imperatore Adefonse eo anno quo idem gloriosus imperator Choriam ciuitatem cepit et

Los detalles de la conquista y entrega al emperador de la ciudad de Coria, ciudad mencionada como referencia en el colofón de la traducción del Corán, se nos narran en la *Crónica Adefonsi Imperatoris*¹², de autor anónimo, pero probablemente contemporáneo de los hechos acaecidos, de la manera siguiente:

Chron. Adef. Imper. II 36: «Después de que le fue devuelta la ciudad al emperador, se hizo limpieza de la inmundicia de gente bárbara y de la contaminación de Mahoma, y, una vez destruida de aquella ciudad y de su templo [sc. mezquita] toda la porquería de los paganos, consagraron la iglesia en honor de santa María siempre Virgen y de todos los santos, y ordenaron allí a un obispo, un hombre religioso llamado Navarrón, igual que antiguamente había sido sede episcopal en tiempos del arzobispo Alfonso y del rey Recaredo, cuando toda aquella tierra era propiedad de los cristianos desde el Mediterráneo hasta el mar Océano. Fue tomada, pues, la ciudad de Coria en la era 1181 [sc. año 1143] en el mes de junio»¹³.

Llama la atención que, entre las múltiples atrocidades que se relatan sobre la conquista de Coria, semejantes a las vividas por otras muchas ciudades, se subraya que se ha limpiado la ciudad de la inmundicia y de la contaminación de Mahoma y su doctrina, y se han destruido sus mezquitas.

Apenas seis años antes, en una campaña de hostigamiento de las tropas del emperador Alfonso por tierras de Jaén, se dice:

Chron. Adef. Imper. II 26: devastado «Muchos ejércitos saqueadores recorrieron una gran extensión durante muchos días, y saquearon toda la tierra de Jaén, Baeza, Úbeda, Andújar y de muchas otras ciudades, dieron fuego a todas las villas que encontraban, destruyeron las sinagogas [sc. mezquitas] de aquéllos y pegaron fuego a los libros de la ley de Mahoma. Todos los hombres entendidos en la ley, cualesquiera que hallaron, fueron descuartizados a espada; hicieron cortar las vi-

Sarracenos inde figuit». Cf. también el *Liber contra sectam* (J. KRITZECK, ed.), p. 229: «Hoc anno illo factum est quo Hispanias adii, et cum domno Aldefonso uictorioso Hispaniarum imperatore colloquium habui. Qui annus fuit ab incarnatione Domini m.c.xli. us» [sc. 1143].

¹² Citamos los textos por la *Chronica Adefonsi Imperatoris* por la ed. de ANTONIO MAYA SÁNCHEZ, en *Chronica Hispana saeculi XII*, vol. LXXI *Corpus Christianorum. Continuatio medievalis*, eds. E. Falque-J. Gil-A. Maya, Turnholt, 1990, y por la ed. de MAURILIO PÉREZ GONZÁLEZ, *Crónica del Emperador Alfonso VII*. Introducción, traducción, notas e índices, León, 1997. Véase una valoración detallada y documentada con las últimas referencias bibliográficas de la Crónica en DANIEL BALOUP, «Reconquête et croisade dans la *Chronica Adefonsi imperatoris* (ca. 1150)», *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales*, 25, 2002, pp. 453-480.

¹³ «Postquam autem reddita est ciuitas imperatori, munda est ab inmunditia barbarice gentis et a contaminatione Mahometis et, destructa omni spurcicia paganorum ciuitatis illius et templi sui, dedicauerunt ecclesiam in honore sancte Marie semper uirginis et omnium sanctorum et ordinauerunt ibi episcopum uirum religiosum nomine Nauarronem, sicuti antiquitus fuerat sedes episcopalis tempore Ildefonsi archiepiscopi et Recaredi regis, quando tota illa terra Christianorum erat a Mediterraneo usque ad mare Oceanum. Capta est autem ciuitas Cauria in era CLXXX [I] post millesimam et in mense iunio».



ñas, los olivos, las higueras y todos los árboles, y todo lugar que hollaron sus pies quedó¹⁴.

Podemos subrayar la coincidencia en ambos casos en todo lo sustancial, que se resume en que «todo lugar que hollaron sus pies quedó devastado», añadiendo que se echó al fuego la *Lex Mahometi* y se dio muerte a los sabios de la ley coránica allí donde se les encontró.

Estas acciones de las huestes cristianas, asesinar a los ministros religiosos musulmanes, destruir las mezquitas y quemar el Corán, sin duda, parecen acciones opuestas a la declarada actitud de Pedro el Venerable, quien, en el mismo tiempo en que esto ocurre, está impulsando la traducción del conjunto de textos con los que tiene la intención de conseguir una más clara percepción del Islam y de Mahoma para llevar a cabo una refutación intelectual de las doctrinas del Islam. Como él mismo declara, sus intenciones son «no mantener el silencio contra esta herejía¹⁵ y aportar información a los que la desconocen, para que puedan, como han hecho tradicionalmente los Padres de la Iglesia, escribir contra aquéllos para corregir sus errores»¹⁶. A ello se añade la finalidad de conseguir la conversión, según declara en su obra *Contra sectam siue haeresim Sarracenorum*, de forma pacífica¹⁷.

Sin embargo, estas contraposiciones de acciones bélicas e intelectuales sin duda no están tan alejadas, impregnadas todas por el ambiente antimusulmán en que se producen. Son, más bien, manifestaciones diversas de una misma actitud de

¹⁴ «Et multe cohortes predatorie ambulauerunt per dies multos a longe et predauerunt totam terram de Iaen et Baeçe et Ubete et Anduger et multarum aliarum ciuitatum et miserunt ignem in omnibus uillis, quasunque inueniebant, et synagogas eorum destruxerunt et libros legis Mahometi combuserunt igne. Omnes uiri doctores legis, quicunque inuenti sunt, gladio trucidati sunt. Voneas et oliueta et ficulneas et omnes arbores fecerunt incidi et omnis locus, quemcunque pedes eorum calcauerunt, uastatus remansit».

¹⁵ La percepción del Islam como una herejía no debe sorprender, aunque supone un problema especialmente controvertido. Hay una cierta evolución en esta percepción, en la que Pedro el Venerable representa un estadio intermedio, pues se refiere al Islam de forma ambigua, en ocasiones como una herejía (*haeresis*) y en ocasiones como una religión (*secta*). Así hay que interpretar, por ejemplo, el título de sus tratados: *Summa totius heresis ac diabolicae sectae Sarracenorum*, y del *Liber contra sectam siue haeresim Saracenorum* (J. KRITZECK, ed., *op. cit.*). Para esta percepción, cf. R.W. SOUTHERN, *Western Views of Islam in the Middle Ages*, Harvard Univ. Press, Cambridge, Massachussets, 1962. Más recientemente, JOHN TOLAN, *Saracens. Islam in the Medieval European Imagination*, Columbia Univ. Press, New York, 2002, esp. pp. 155-169.

¹⁶ *Epist. ad Bernardum* (J. KRITZECK, ed.), pp. 212-213: «Fuit autem in hoc opere intentio mea, ut morem illum patrum sequerer, quo nullam umquam suorum temporum uel leuissimam ut sic dicam heresim silendo preterierunt... Hoc ego de hoc precipuo errore errorum de hac fece universarum heresum... facere uolui... a nescientibus agnoscat... Specialiter autem uobis [sc. Bernardo Claraeualli] haec omnia notificaui, ut et tanto amico studia nostra communicarem, et ad scribendum contra tam perniciosum errorem... animarem».

¹⁷ Se ha prodigado siempre el análisis de la formulación que Pedro el Venerable dio a esta idea como «Aggredior, inquam uos, non ut nostri sepe faciunt armis sed uerbis, non ui sed ratione, non odio sed amore». Cf. *Liber contra Sectam* (J. KRITZECK, ed.), p. 231.

hostilidad y lucha desde puntos de vista diferentes y con armas distintas contra los musulmanes y su religión.

La primera traducción latina del Corán puede ser considerada, *per se*, como una obra fundamental para la confutación del Islam. El léxico elegido para la versión de muchos de los pasajes coránicos apoya esta hipótesis. Pero las intenciones del abad de Cluny, el prólogo de Robert de Ketton y las notas marginales atribuidas a Pedro de Poitiers apuntan en esta dirección¹⁸.

La traducción del Corán, pues, formaría parte de la intención de poner a la disposición de la cristiandad un «corpus» de textos, al que Pedro el Venerable se refiere como *christianum armarium*, es decir, una biblioteca cristiana, que sirva de «arma contra estos enemigos»¹⁹. Aunque se ha señalado que se pueden encontrar en los textos del Venerable invitaciones a la relación caritativa y amable con los musulmanes²⁰, también se hallan en sus escritos duras descalificaciones contra ellos.

Y no se trataba de un puro juego intelectual, el propósito decidido, así lo reitera abundantemente una y otra vez en sus páginas, era llevar a cabo la refutación doctrinal del Islam para mostrar su falsedad frente al cristianismo. Tras cinco largos siglos desde su aparición, el Islam no había recibido la atención que merecía entre los teólogos de la Iglesia, aun a pesar del inmenso mal que había infligido a ésta y la cantidad de pueblos que habían abandonado su seno, atraídos hacia las nuevas doctrinas predicadas por Mahoma. Desde tiempo antes había preocupado al Abad de Cluny esta situación, y por ello le sirvió de acicate el hecho de encontrar directamente las circunstancias propicias para los trabajos de traducción que le proporcionasen el conocimiento directo de los textos islámicos.

Inicialmente había sido su propósito implicar a san Bernardo en esta misión, confiando en su personalidad, su amplia formación y su brillantez. El gran predicador de la Segunda Cruzada no se sintió interesado en esta labor intelectual de refutación del Islam y al fin el propio Pedro el Venerable asumió este proyecto, imprimiéndole unas características propias que se ponen particularmente de manifiesto en su obra *Liber contra sectam siue haeresim Saracenorum*, parte integrante del llamado *Corpus Toletanum-Cluniacense*, un conjunto de obras recogidas para el mejor conocimiento de Mahoma y del Islam, para el rechazo de la persona fundadora de esta religión y la refutación doctrinal de su mensaje.

En varios textos de este *Corpus* encontramos información expresa de los proyectos, propósitos y fines que lo vertebran. Incluso podemos deducir la evolución que siguieron éstos, desde la idea primera de procurar información certera a otros, especialmente a san Bernardo, hasta la redacción por sí mismo de las obras de refutación del islamismo.

¹⁸ J. MARTÍNEZ GÁZQUEZ, «Observaciones a la traducción latina...», pp. 115-127.

¹⁹ *Liber contra sectam* (J. KRITZECK, ed.), pp. 220-291, p. 230: «...habebit saltem Christianum armarium etiam aduersus hos hostes arma quibus aut se muniat, aut quibus si forte ad certamen uentum fuerit, inimicos confodiat».

²⁰ Cf. J. LE GOFF, *Los intelectuales en la Edad Media*, Buenos Aires, 1965, pp. 24-25.

Entre otros textos disponemos de la *Epistola de traslatione sua* dirigida a san Bernardo, que sería escrita no mucho después de su retorno de España acompañando una copia del Corán latino traducido para su refutación. Esta misma información aparece en la carta 17 del libro cuarto de la Correspondencia de Pedro el Venerable, una larga carta dirigida a san Bernardo, en la que se incluye un resumen de la *Epistola de traslatione sua* con ligeras variantes y diferente disposición.

La *Summa totius haeresis Saracenorum* recopilación-resumen de las doctrinas islámicas escrita a manera de prólogo del conjunto de las traducciones.

El *Liber contra sectam siue haeresim Saracenorum* escrito por Pedro el Venerable presenta la problemática de la concepción cristiana acerca del Islam y la necesidad de proceder a su refutación como se había realizado con todas las herejías habidas en la historia de la Iglesia. Con más urgencia y razón en este caso por cuanto a su juicio se trata de la suma de todas las herejías habidas:

Inter ista, omnes pene antiquarum heresum feces, quas diabolo imbente sorbuerat, reuomens, cum Sabellio trinitatem abnegat, cum suo Nestorio Christi deitatem abicit, cum Manicheo, mortem Domini diffitetur, licet regressum eius non neget ad caelos (*Summa*, p. 207)²¹.

Robert de Ketton, de acuerdo con su patrocinador, destaca en el prólogo la finalidad apologética para la que ha sido planeada su traducción: el deseo del abad de derrotar al Islam, construir un muro de contención de su avance, fomentar una actitud incesante de defensa y ataque, construir el edificio de la refutación del Islam, todo ello expresado en un léxico y unos recursos de una retórica extremadamente beligerante²².

Utiliza un lenguaje metafórico, notablemente hostil hacia el Islam, para expresar cuáles han sido sus principios metodológicos y los propósitos de su trabajo, sin duda condicionados por el texto que había sido objeto de su traducción: el libro sagrado de los musulmanes, fuente para ellos de la palabra divina. De forma opuesta, para los cristianos era fuente escrita de una terrible y demoníaca herejía, cuyo profeta, Mahoma, era considerado como un monstruo, cercano al Anticristo²³.

Sus propios prejuicios ante la obra que va a traducir, y el hecho de presentarse como el símbolo principal de una religión que entiende en su conjunto como enemiga del cristianismo, condicionan el resultado de su trabajo, «sciens meum numquam hoc fuisse propositum, floribus uenenum tegere, remque uilem et abiciendam deaurare...».

²¹ Tomamos los textos de KRITZECK, J., *Peter the Venerable*, *op. cit.*

²² J. MARTÍNEZ GÁZQUEZ, «El lenguaje de la violencia en el prólogo de la traducción latina del Corán impulsada por Pedro el Venerable», *Ile. Journée d'Étude du GEMAH. L'affrontement, fonctions symboliques et idéologiques de la violence en Péninsule Ibérique (XIIe.-XVe. siècle)*, Toulouse, 2002, ed. en *Cahiers de Linguistique et Civilisation Hispanique Médiévale* (en prensa).

²³ Cf. J. LE GOFF, *La civilización del occidente medieval*, Buenos Aires, 1999, pp. 124-138.

En ella se produce un enfrentamiento entre dos doctrinas y el objetivo perseguido es una refutación por medio de argumentaciones racionales (*ut hostis errorem ipsumque uictum semetipsum autem tenere sententiam ubique firmam atque uictricem agnoscat; lex Sarracinorum responsioni nostre prebet*).

Pero, a la vez, este enfrentamiento intelectual es considerado un verdadero 'combate' al igual que el que llevan a cabo los soldados en el campo de batalla. Por esta razón, surgen espontáneamente las metáforas que se relacionan con la guerra: la traducción tiene como objetivo 'destruir la fortaleza enemiga' (...*propugnaculaque prorsus diruere; hostium castrum imo caueam delendo*) y por el contrario 'fortificar el campamento cristiano' (...*tuorum munimem corrobore, tela diligenter accuas... sueque caritatis uallum protensius atque capatius effitias*).

El texto se nos presenta como el relato de una campaña bélica, agresiva y denigratoria. El lenguaje ofrece siempre una pluralidad de sentidos fácilmente comprensibles dentro de la visión de la realidad de los hombres del mundo cristiano del siglo XII, metáforas y comparaciones que llevan al ánimo del lector la necesidad de luchar contra tales doctrinas y sus impulsores, un vocabulario claramente militarista y propiamente guerrero con el que presenta el propósito de Pedro el Venerable como una acción más en un plan preconcebido de lucha para derrotar a un enemigo que se encuentra en su fortaleza, *propugnacula*, o al que hay que destruir su campamento militar, *hostium castrum delendo*, desecar sus fuentes de aprovisionamiento, *puteum exsiccando*, o desenmascar su error, *hostis errorem*, y, por el contrario, como buenos soldados *peditis*, concebir una estrategia vencedora *uictricem*, mantener los deseos militares, *militieque uoto*, afilar las armas, *tela accuas*, y construir una protección eficaz para defender a los soldados propios, *uallum effitias*.

Incluso el vocabulario tomado a la naturaleza sirve para mostrar agresividad y desprecio hacia el Islam, señalado con los peores epítetos: la religión musulmana es una 'ciénaga estéril', *sterilem paludem Sarracene secte*, un veneno que no se puede esconder entre flores, *floribus uenenum detegere*, un objeto vil y despreciable que no se ha de recubrir de oro, *rem uilem et abiciendam deaurare*, una doctrina mortal, *lex letifera*, el Corán es un 'pozo de agua' que debe ser desecado, *suumque puteum exaurire...; ad ipsius tuis libus extinctum et puteum ad illius exhaustum tuo uase; puteum exsiccando*, para lograr que la 'fuente' del cristianismo fluya con más fuerza, *fontemque suum fortius emanare*. Y que la traducción sirva para ofrecer a los cristianos un edificio, hermoso y comodísimo a la vez que sólido e indestructible²⁴.

²⁴ Son frecuentes en los escritos de Pedro el Venerable el uso de metáforas tomadas del mundo clásico. En la literatura clásica latina la metáfora de la obra literaria como una obra arquitectónica está presente en dos de sus mayores representantes: Virgilio, en las *Geórgicas* (III, 13), refiriéndose a la futura elaboración de la *Eneida*, dice que construirá un templo en honor a Augusto, y Horacio, en su *Oda* XXX, habla de su obra como un monumento perenne que le dará inmortalidad. El uso de los primeros versos de la *Epístola a los Pisones* de Horacio por parte del Abad dio origen a la representación de Mahoma como un monstruo de cabeza humana, cerviz equina y cola de pez en el manuscrito de la Biblioteca de Arsenal de París, fol. 11.

Esta finalidad apologética se extiende igualmente a las glosas marginales que se hallan en algunos manuscritos. M.T. D'Alverny las atribuye a Pedro de Poitiers²⁵, el mencionado secretario del abad de Cluny, pero recientemente hemos señalado que no todos los manuscritos presentan el mismo conjunto de glosas. Se pueden distinguir tres cuerpos diferentes de glosas, uno de los cuales es el conjunto que presenta el ms. de la Biblioteca del Arsenal²⁶. Más allá de «aclaraciones» al texto coránico, las notas marginales suelen sugerir puntos para la discrepancia doctrinal contra el Islam²⁷.

A lo largo de la traducción misma del Corán aparecen los prejuicios doctrinales. Robert de Ketton había señalado en el prólogo la dificultad de traducir este texto al latín y su intención de no alterarlo y sólo queriendo eliminar el «velo de la lengua», pero en la realidad no son pocas las alteraciones introducidas en la traducción, como, por ejemplo, las ampliaciones y, sobre todo, las síntesis y supresiones de aleyas son frecuentes²⁸. Además, en el uso de calificativos peyorativos aplicados a las realidades del Corán, el léxico usado se orienta de manera que da como resultado una traducción que resalta los elementos que a juicio de los cristianos son negativos en el Islam²⁹.

Los textos de la *Collectio Toletana*, que acompañan al Corán, completan, y en muchos casos siguen, la información tendenciosa sobre el Islam que puede deducirse de la versión latina de Ketton. Junto a la mencionada carta del abad de Cluny a Bernardo de Claravall, Pedro el Venerable compone una *Summa* (o *Summula*) *totius haeresis Saracenorum*³⁰ y un *Liber contra sectam siue haeresim Saracenorum*³¹.

²⁵ M.Th. D'ALVERNY, «Deux traductions latines...», *op.cit.*

²⁶ J. MARTÍNEZ GÁZQUEZ, «Observaciones a la traducción latina...», *op. cit.*, esp. pp. 123-127, donde se demuestra que las notas de la edición de Bibliander (Basilea, 1543¹) son distintas de las del ms. Bibl. del Arsenal 1162. Un tercer conjunto es el que presenta el ms. Vat. Lat. 4071.

²⁷ V.gr. Junto al pasaje Cor. I, 23 (Robert de Ketton): «Deum paradiso bonos inducturum, ubi dulcissimas aquas pomaque multimoda, frustusque uarios et decentissimas ac mundissimas mulieres, omneque bonum in aeternus prosidebunt, predicate»; el ms. del Arsenal añade: «nota quia talem paradysum ubique promittere, scilicet, carnalium deliciarum, quae fuit olim alia heresis»; en tanto que el ms. del Vaticano: «Paradisus ab impromissus»; y Bibliander, solamente: «paradisus».

²⁸ J. MARTÍNEZ GÁZQUEZ, «Observaciones a la traducción latina...», *op. cit.* Además, la división de las Suras (*Açoara*) llega a ser de 123 ó 124. Cfr. H. Bobzin, id. *Der Koran im Zeitalter...* Beirut/Stuttgart 1995, pp. 222-230. Los títulos están habitualmente suprimidos o cambiados por otros nuevos que tienden a la ridiculización, como ocurre con la Sura IV, dedicada a las mujeres: [Titvlvs]: «Quot uxores habere debeant et de substantia eius diuidenda et de multa cura mulierum. [Titvlvs]: Iterum de mulieribus et precepta quedam stulta et ut post coitum et egestinem, antequam orentur, lauentur culus et cetera uerenda. [Titvlvs]: Item coartationes ad pugnam et ea que sepe solet deliramenta repetit. [Titvlvs]: Hic non occidisse Iudeos Christum, sed nescio quem similem eius, nec Deum habere filium. Item solitas insanias dicit quod et sepe facit».

²⁹ Cf., v. gr., N. DANIEL, *Islam and the West. The Making of an Image*, Edimburgo, 1960, app. «res turpissima». M.Th. D'Alverny, «Deux traductions...», *op. cit.*

³⁰ J. KRITZECK, *Peter the Venerable...*, *op. cit.*, pp. 204-211.

³¹ MIGNÉ, *PL CLXXXIX*, 663 ss.; J. KRITZECK, *Peter the Venerable...*, *op. cit.*, pp. 220-291.

En tanto que el primero es una rápida historia del origen de los musulmanes, el segundo es un amplio tratado, conservado sólo parcialmente, que partiendo de las herejías cristianas sitúa al Islam en una posición ambigua entre si se trata de una herejía cristiana o de una religión pagana. En ellos Pedro el Venerable acumula una enorme cantidad de críticas al Islam, en parte doctrinales, en parte históricas: ridiculización del Profeta y de sus adeptos, costumbres señaladas en el Corán, incitación a la violencia en el Corán, etc.; pero también las discrepancias en aspectos teológicos, como las referencias a la Trinidad, a la Encarnación de Cristo, a la Resurrección y al Juicio final.

LA VERSIÓN LATINA DE MARCOS DE TOLEDO³²

En torno a 1209-1210, unos 70 años después de la versión de Robert de Ketton, aparece la segunda traducción latina del Corán³³. En esta ocasión el traductor es Marcos de Toledo, que trabaja por encargo del arzobispo de Toledo, Rodrigo Ximénez de Rada, y de Mauricio³⁴, arcediano de Toledo y, más tarde, obispo de Burgos.

La traducción de Marcos de Toledo parece completamente independiente de la de Robert de Ketton. M.T. D'Alverny, después de comparar diversos fragmentos de las dos traducciones del Corán, ha subrayado la ignorancia total en que parece estar Marcos sobre la traducción de su predecesor³⁵, al igual que del conjunto de textos integrados en el *Corpus* impulsado por el Abad de Cluny. Esta independencia plantea un problema sobre la motivación de la segunda redacción: ¿por qué una nueva traducción del Corán, tan poco tiempo después? Esta cuestión espera todavía una respuesta satisfactoria³⁶.

El prólogo de Marcos de Toledo para su nueva versión contiene indicaciones sobre la motivación y las características de la misma, y además evidencia una motivación agresiva y beligerante. Marcos ha prestado su colaboración al arzobispo Rodericus, que, preocupado por el contacto de los fieles cristianos con los musul-

³² Nàdia Petrus prepara la edición crítica de esta segunda versión latina del Corán, bajo la dirección del profesor J. Martínez Gázquez.

³³ M.Th. D'ALVERNY, «Deux traductions...», *op. cit.*, pp. 113-131; J. TOLAN, *Saracens...*, *op. cit.*, pp. 182-186.

³⁴ Cf. el explicit del prólogo: «Transtulit autem Marchus Tholetanae Ecclesie canonicus librum Alchorani ad petitionem Roderici uenerabilis archiepiscopi Tholetani salubrem, et persuasionem magistri Mauricii Tholetane sedis archidiaconi, meritis et sanctitate commendabilium uirorum». En cuanto a la fecha, el ms. que edita M.Th. D'Alverny (Bibl. Mazarine 780) no es legible: «anno ab Incarnatione Domini millesimo [...] duocentesimo».

³⁵ M.Th. D'ALVERNY, «Deux traductions...», *op. cit.*, p. 115.

³⁶ Sin duda, la edición crítica que prepara Nàdia Petrus arrojará luz sobre esta cuestión.



manes, impulsó con su celo pastoral la traducción del Corán para desvelar la sacrílega doctrina islámica. La intención declarada es la de traducir de forma que llegue a conocimiento de todos los que viven en la recta fe, de manera que aquellos a los que no les era posible empuñar las armas corporales, al menos se disuadiesen dejando de lado los preceptos impíos³⁷.

Marcos de Toledo realizó también la traducción de un segundo libro: la profesión de fe de Ibn-Tûmart (*Tractatus Habentometi de unione Dei*)³⁸, líder del movimiento musulmán almohade, que había entrado recientemente en competencia por el poder con los musulmanes de al-Andalus, para que «del examen de ambos libros los fieles de Cristo encuentren argumentos más numerosos para ir en contra de los sarracenos»³⁹. Y concluye: «He traducido este libro de Ibn Tumart, ...a fin de revelar a los católicos que examinareen estas dos obras que queda abierta la vía para impugnar los secretos de los moros»⁴⁰.

Marcos lamenta en el prólogo a su versión del Corán el avance que los musulmanes han logrado sobre los territorios cristianos. Hace suyo el tópico, anteriormente expresado por los padres de la Iglesia, de la aflicción que siente la comunidad cristiana ante la predicación de Mahoma y sus seguidores, y la rápida y vasta propagación del Islam, que se extiende de Oriente a Occidente⁴¹ y que ha sometido pueblos, antes cristianos, desde la India al Mediterráneo: «pues ciertamente, en los lugares en donde los pontífices electos antes ofrecían santos sacrificios a Jesucristo, ahora se erigen con el nombre del falso profeta, y en las torres de las iglesias, en las que antes se apreciaban los tañidos, ahora profanas proclamaciones ensordecen los oídos de los fieles»⁴².

³⁷ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «operam dedit et sollicitudinem ut liber in quo sacrilegia continebantur instituta et enormia precepta translatus in noticiam uenirent orthodoxorum ut quos ei non licebant armis impugnare corporabilis saltem enormibus institutis obuiando confunderet».

³⁸ Marie Thérèse D'ALVERNY, «Marc de Tolède, traducteur d'Ibn Tûmart», *Al-Andalus* 16 (1951) (reimpr. Id. *La connaissance de l'Islam dans l'Occident médiéval*, II, Variorum, Londres, 1994).

³⁹ Prol. in Habentometi transl.: «Transtuli siquidem librum Habentometi post librum Mofometi (sic), ut ex utriusque inspectione fideles in Sarracenos inuehendi exercitamenta sumant ampliora».

⁴⁰ Prol. in Habentometi transl.: «...libellum Habentometi de arabica lingua in latinum transtuli sermonem; in catholica uiris utrumque librum inspicientibus Maurorum secreta uia patet impugnandi».

⁴¹ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «Cumque per fantasticas delusiones ut magicus populos rudes seduceret et interdum legatum Dei interdum autem prophetam Dei se uocaret et lectiones quas fingebat eis exponeret contingit peccatis exigentibus quod tum per predicationem eius fallacem tum per bellicam cladem tam ipse quam successores eius ab Acquilone usque ad mare Mediterraneum et ab Indis usque ad occiduas partes omnes fere ad suam heresim coegit».

⁴² Prol. Marci Toletani in Alcor.: «quidem in locis ubi suffraganei pontífices sacrificia sancta Ihesu Christo quondam offerebant, nunc pseudo-prophete nomine extollitur, et in turribus ecclesiarum in quibus olim tintinabula releuabant, nunc quedam prophana preconia fidelium aures insurdant». Esta referencia no es una retórica sin intención. No es difícil encontrar la referencia a la destrucción de las campanas, pues son propias de la oración de los cristianos, para significar la imposición musulmana sobre un territorio. En las *Hadith* se halla el rechazo a las campanas (v. gr. Bukhari XI,

Y no es la única referencia al avance musulmán: esta rápida propagación de las doctrinas islámicas no sólo ha privado a la Iglesia de pueblos que antes profesaron la fe en Cristo, sino que, lo que es más doloroso y próximo para un cristiano de la Península, ha ocupado la mayor parte de ella y convertido los templos, en los que en otro tiempo los sacerdotes cristianos celebraban el culto divino, en mezquitas que siguen las prescripciones de Mahoma⁴³. Por ello, continúa Marcos, ha elaborado esta traducción «para que el libro traducido en el que se encuentran instituidos sus sacrilegios y sus grandes preceptos llegue a los oídos de los ortodoxos, de forma que a los que no se les permite luchar con armas corporales, al menos, no se les confunda enfrentándose a aquellos desproporcionados preceptos»⁴⁴.

Esta finalidad explica el contenido global del prólogo de Marcos: una biografía del Profeta cargada de elementos que lo ridiculizan y que pretenden justificar las bases de los errores del Islam, la mayoría documentados en la apologética antimusulmana anterior. Así, por ejemplo, usando una falsa etimología (lat. *moechare*), la ciudad de la Meca es, para Marcos, la ciudad adúltera: *Mecha, id est adultera*. Los familiares y el pueblo del Profeta son presentados igualmente como adúlteros e idólatras. Mahoma, para Marcos, se convierte en un sabio⁴⁵, que consigue dominar el Antiguo y el Nuevo Testamento, manipulando los preceptos de los cuales llega a liderar a su pueblo, ayudado por la persuasión violenta. No falta su progreso en la posición social gracias al matrimonio con la rica Cadiga; y las alusiones a su epilepsia, que utiliza para justificar las revelaciones a través del ángel Gabriel. Continúa atacando a la persona de Mahoma, al que califica de deshonesto en los preceptos, confuso en las palabras, desvergonzado en las expresiones, contrario con sus hechos a la misma Ley nueva de Cristo, como se prueba que ocurre con muchos aspectos del Antiguo Testamento, si bien está de acuerdo con unos pocos⁴⁶.

n. 577 (trad. ingl. M. Muhsin Khan): «El pueblo menciona el fuego y la campana (que sugieren las señales para indicar el inicio de las oraciones), y, a través de ello, se hace mención de los judíos y de los cristianos».

⁴³ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «...proth dolor, non solum regiones has subiugabit quarum quedam iam fidem susceperant Ihesu Christi uerum etiam quasdam partes Yspanie per prodicionem sequaces eius occuparunt et in quibus olim multi sacerdotes diuinum Deo prestabant obsequium, nunc sclerati uiri execrabilis Mafometo supplicationes impendunt et ecclesie que condam per manus episcoporum fuerant consecrate nunc in templa sunt redacte profana».

⁴⁴ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «ut liber in quo sacrilegia continebantur instituta et enormia precepta translatus, in noticiam ueniret orthodoxorum, ut quos ei non licebat armis impugnare corporalibus, saltem enormibus institutis obuiando confunderet». La referencia a los cristianos como ortodoxos se entiende en cuanto, para Marcos, los musulmanes continúan siendo herejes, como se nota en este mismo prólogo, v. gr. «anno quo Mafometus heresiarcha cepit arabibus heresim suam euomere sexcentesimo sexto».

⁴⁵ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «tempore autem pueritie sue et adolescentie studio litterarum animum applicuit, in remotis regionibus operam impendens quantum poterat, ut in mathematicis artibus peritus esset».

⁴⁶ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «Ille uero Mafometus in preceptis inhonestus, in uerbis confusus, in dictis inuerecondus, in factis ipsius Noue Legis Christi contrarius, ut in pluribus Veteri autem Testamento, in paucis concurs, extitisse probatur».





En su prólogo, Marcos repasa algunos de los fundamentos de la doctrina islámica: la proclamación de Mahoma como Profeta; la autenticidad del Corán, alegando como prueba su analfabetismo⁴⁷; sus confusas doctrinas sobre la obediencia a Dios, la caridad, la castidad, la pobreza, etc.; la negación de la Trinidad y de Jesucristo como hijo de Dios, aunque no como profeta e hijo de María⁴⁸.

No faltan tampoco las críticas a las costumbres que impone la doctrina islámica, tales como la posibilidad de poligamia, largamente denostada, la prohibición de comer carne de cerdo, o la dirección de las oraciones hacia la Meca.

Todo este retrato de Mahoma y de los musulmanes, en el prólogo del Corán, va destinado a completar la información sobre el Islam para los que deben refutarlo. Marcos de Toledo añade observaciones que pretenden abundar en la falsedad del mismo, tales como que el estilo del Corán no se corresponde con el Antiguo ni el Nuevo Testamento, y subraya las contradicciones en este ámbito⁴⁹. En suma, una colección de argumentos falaces y violentos (*tum per predicationem eius fallacem, tum per bellicam cladem*) con los que Mahoma ha conseguido la extensión de su pueblo por todo el mundo⁵⁰.

En resumen, Marcos, siguiendo el deseo del arzobispo Raimundo y de su arcediano Mauricio, ha realizado sus traducciones para que, examinando los católicos los secretos de los musulmanes, en sus libros encuentren abierta la vía para impugnarlos⁵¹.

EL PRÓLOGO DE JUAN DE SEGOVIA AL CORÁN TRILINGÜE (1456)

Una excepción importante en la actitud agresiva de los cristianos en sus relaciones con los musulmanes es la que defendió y mantuvo el cardenal Juan de Segovia (c. 1400-1458), quien desarrolló su docencia en la cátedra de teología de la

⁴⁷ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «Quotiens itaque predicabat, eis dicebat: ego sum legatus Dei, uerba que posuit angelus in ore meo uobis expono; non noui litteras...».

⁴⁸ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «Noueritis quod Christus filius fuit Marie uirginis, legatus Dei et uerbum Dei, quod destinauit Deus ad eam et spiritus eius. Nolite ergo dicere tres esse, sed unus est Deus». Cf. Corán IV, 169.

⁴⁹ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «In modo loquendi discrepat ab aliis scripturis Veteris et Noui Testamenti. Interdum enim loquitur sicut qui delirat, interdum autem sicut inanimatus, aliquando increpando ydolatrias, aliquando cominando eius mortem, nonnunquam uero uitam eternam promittendo conuersis, set stilo turbato et dissoluto».

⁵⁰ Prol. Marci Toletani in Alcor.: «ab Aquilone usque ad mare Mediterraneum et ab Indiis usque ad occiduas partes... uerum etiam quasdam partes Yspanie per proditionem sequaces eius occupauerunt».

⁵¹ Prol. in Habentometi transl.: «Ego autem Marcus, diaconus, Toletanus canonicus, qui librum Mafometi transtuli, rogatus postmodum a magistro Mauricio, Toletano archidiacono et Ecclesie Burgensis electo, libellum Habentometi de arabica lingua in latinum transtuli sermonem; in catholicis uiris utrumque librum inspicientibus Maurorum secreta uia patet impugnandi».

Universidad de Salamanca y más tarde asistió como representante de Castilla, enviado por el rey Juan II, al Concilio de Basilea (1432).

Juan de Segovia estuvo en intenso contacto e intercambió correspondencia sobre los principales problemas de su tiempo, y especialmente sobre sus ideas acerca de cómo abordar el problema islámico desde el punto de vista cristiano, con los principales interlocutores del Concilio, el cardenal Nicolás de Cusa, el cardenal Juan de Cervantes, arzobispo de Sevilla, y Eneas Silvio Piccolomini, posteriormente Pío II.

Convencido de que las armas no solucionarían las tensiones con los musulmanes, comentó y buscó el apoyo de estos amigos para sus planes de instaurar relaciones pacíficas con los pueblos que profesan el Islam. Con este fin redactó Juan de Segovia un opúsculo, al que puso por título *De mittendo gladio Dei Spiritus in corda Saracenorum*. En él presenta de forma global su método con las actuaciones que proponía para el éxito de este plan. Retirado a Aitón en la Saboya con la aprobación del Papa Pío II, de 1453 a 1458, dedicó su tiempo con gran interés y preocupación a la consideración intelectual y teológica del Islam, frente a actitudes militaristas de lucha y derrota armada.

La caída del imperio de Bizancio y la toma de Constantinopla en 1453 produjeron una inmensa conmoción en el Occidente cristiano. Pero, frente a otras opiniones, estaba convencido de que la Cristiandad alcanzaría el triunfo, si se propiciaba una oportunidad para un diálogo en paz, ya que la verdad prevalecería a través de un diálogo razonable. Por ello lamentaba que el Corán fuese tan poco conocido entre los cristianos de su tiempo, además de que juzga poco apta la primera traducción latina del Corán, para establecer esta relación intelectual sobre el Islam, y no parece conocer la segunda de Marcos de Toledo. De esta forma decidió impulsar una nueva edición trilingüe, árabe-latino-castellana. Supervisó personalmente esta nueva y cuidada traducción a las lenguas latina y castellana del texto del Corán, a fin de que pudiese ser útil para sus propósitos. De esta obra y los trabajos emprendidos para esta finalidad sólo nos ha quedado el prólogo que escribió para la traducción del texto coránico⁵².

J. González y Darío Cabanelas⁵³ han sacado del olvido en diversos trabajos cuanto conocemos sobre Juan de Segovia y especialmente la identificación de İça Gidelli, mofití y alfaquí de Segovia, el docto musulmán que colaboró en la versión

⁵² Las referencias al prólogo de Juan de Segovia las tomamos de nuestra edición en J. MARTÍNEZ GÁZQUEZ, «El Prólogo de Juan de Segovia al Corán (Qurʾān) trilingüe (1456)», *Mittelalterliches Jahrbuch*, 38, 2003, pp. 389-410. Propter quod, semper ac magis percepi quanta foret necessitas habendi translationem ueram quam ille sic promiserat facere dum primo fuit requisitus in Hyspania, professus transferre Alchuranum de pe a pa, quod lingua sonat Hyspanica de uerbo ad uerbum» (433-436).

⁵³ J. GÓNZALEZ, *El maestro Juan de Segovia y su biblioteca*, Madrid, 1944; D. CABANELAS RODRIGUEZ, *Juan de Segovia y el problema islámico*, Madrid, 1952. Véase especialmente el capítulo III de la monografía, p. 93 y ss.

castellana y le facilitó la comprensión de los textos y la tradición del Corán para la edición del Corán trilingüe.

CRÍTICAS DE JUAN DE SEGOVIA AL CORÁN LATINO DE PEDRO EL VENERABLE

Juan de Segovia critica la traducción de Robert de Ketton y reseña las circunstancias que motivaron su esfuerzo por conseguir una nueva traducción del Corán y de otros textos sobre la vida, obra y doctrina de Mahoma. Al final de este tiempo de trabajo en el Priorato de Aitón, dejaron finalizados en 1456 los trabajos de la traducción trilingüe y otras obras menores.

En el prólogo analiza el nacimiento y la rápida propagación del Islam. Advierte la poca atención cristiana a sus aspectos intelectuales, a excepción de Pedro el Venerable, que impulsó la traducción del Corán por parte de Roberto de Ketton, pero su lectura le produjo una gran consternación por su poca adecuación y por su infidelidad al texto árabe en cuanto a su estilo, formas de expresión, orden y contenido.

Su convencimiento de la poca fiabilidad que ofrece la primera traducción latina, como la denomina frecuentemente, provenía de varias consideraciones.

Encuentra que el traductor ha sido poco cuidadoso en la distribución de las Suras del Corán. Introdujo divisiones en algunas, ampliando su número. Puso títulos a su antojo, las más de las veces con repetición de epítetos poco respetuosos para el propio contenido de las Suras y para Mahoma. En la traducción abrevia algunas aleyas e incluso suprime otras, cuando entiende que son reiterativas⁵⁴. «Pero todos estos defectos, nos dice, aunque tenidos por algo sustancial por los musulmanes, son en realidad de menor cuantía»⁵⁵.

El segundo conjunto de problemas descritos, el que afecta a aspectos internos, es más grave, causa mayor daño y afecta a la sustancia misma de la doctrina coránica. Juan de Segovia, para presentar con claridad su pensamiento, acude en este punto a una comparación esclarecedora entre la manipulación ejercida en el manejo del texto por la actividad del traductor y las operaciones divinas, entendidas como creación y aniquilación, generación y corrupción, aumento y disminución, alteración y mutación⁵⁶.

⁵⁴ Cfr. José MARTÍNEZ GÁZQUEZ, «Observaciones a la traducción latina del Corán (Qurʾān) de Robert de Ketton». Les traducteurs au travail. Leurs Manuscrits et leurs Méthodes. Fidem Textes et Études du Moyen Âge 18. Turnhout, 2001, pp. 115-127.

⁵⁵ «Sed hec, quamuis a Sarracenis uelud substantialia reputata, minora utique sunt, quia facile admodum corrigibilia, libros distribuendo, numerando psalmos et uersus, in eorum rubro positus reuelationis loco materiaque psalmi» (490-493).

⁵⁶ Escribe: «Sunt profecto alii maioris nocumenti defectus, nec, nisi mutata libri substantia, corrigibiles. Etenim, cum octo sint opera Dei, creatio, annihilatio, generatio, corruptio, augmentatio, diminutio, alteratio et mutatio secundum locum, ex hiis, sex naturali agenti uel artificiali compe-

Del conjunto de la actitud y el resultado final que detecta en el traductor y en la obra, subraya su actitud retórica y no ajustada al texto⁵⁷.

Juan de Segovia quiere que su versión sea enteramente fiel al texto árabe, no sólo en el contenido doctrinal del texto coránico, sino también en las formas de expresión, y para ello no duda incluso en forzar la lengua latina. Se plantea muy minuciosamente los problemas lingüísticos derivados de la índole propia de cada una de las lenguas y ello le hace ser prolijo en la explicación de su pensamiento en este tema. Pero tiene siempre presente una máxima general para toda su obra, «en cuanto pude, quise conservar el estilo de hablar arábico más que el hispano»⁵⁸. De todas estas consideraciones surge para Juan de Segovia la conclusión más importante para su propia actuación, la necesidad de proceder a una nueva traducción del Corán que subsane todos los problemas indicados, le permita tratar con respeto las cuestiones teológicas islámicas y le sea útil para mantener una relación intelectual, directa y pacífica con los musulmanes, alejada de las guerras que tanto tiempo habían ensangrentado los contactos entre cristianos y musulmanes.

En definitiva, como el propio Pedro el Venerable había explicitado, todas las traducciones del Corán y textos islámicos trataron de ofrecer un conjunto de elementos intelectuales, complementarios de otros tipos empleados en la lucha contra el Islam. Todos, medios intelectuales o físicos, armas materiales o morales, constituyen aquel *christianum armarium* de que se dotó la cristiandad medieval para defenderse y atacar a la religión que, fundada por Mahoma, le había disputado y arrancado en buena parte la supremacía mantenida durante muchos siglos.

tentibus, omnia haec circa libri translationem exercuisse uidetur qui eam Latino composuit sermone» (394-399).

⁵⁷ «Robertus translationis fuit precipuus auctor, prohemio uero eius demonstrante splendidum fuisse rethorem atque poetam. Visa Arabici textus continentia suaque translatione, liquido apparet, descripta Arabice in Alchurano in suum conuertisse eloquentie modum» (406-409).

⁵⁸ «Ut potui, Arabicum magis quam Hyspanum seruare uolui loquendi modum» (470-471).



LA PALABRA DESCENDIDA Y LA GUERRA

Emilio González Ferrín
Universidad de Sevilla

RESUMEN

Las referencias bélicas en el Corán se limitan a escaramuzas entre tribus mucho más por razones comerciales que por cuestiones de fe. El papel de Mahoma como profeta es incuestionable, pero como hombre de Estado aparece más bien como un patriarca conocedor de las lealtades entre los pueblos árabes. En ningún momento aparece el concepto *guerra* en el Corán expresado con la palabra *yihad*. Por lo tanto, *yihad* es un invento medieval, equivalente al de *cruzada*, que tampoco aparece en los Evangelios. El artículo pasa revista a los términos que utiliza el Corán para referirse a guerra, así como su contexto, para desestimar la aparición de *guerra santa* en el Libro Sagrado.

PALABRAS CLAVE: Yihad, Yihadismo, Guerra Santa, contexto coránico, error de traducción, Mahoma profeta, Mahoma hombre de Estado.

ABSTRACT

War references in the Koran amount to those of scattered skirmishes among tribes. In most of the occasions, these fights are caused by commercial rather than religious discrepancies. Although Muhammad's role as a prophet is unquestionable, as a statesman he is closer to the figure of the patriarch who understands the liberties of the Arab peoples. Thus, nowhere in the Koran does the concept of «war» appear referred to as *yihad*. The term, just like its equivalent *crusade*, non-existent in the Gospels, seems to have been framed and formulated throughout the medieval centuries. This article compiles and examines war terminology in the Koran, as well as the contexts that account for the appearance of this particular semantic field, so as to reject the sense of holy war in the Sacred Book.

KEY WORDS: Yihad, Yihadism, Holy War, Koranic context, translation mistake, Muhammad as a prophet, Muhammad as a statesman.

1

Es una verdad comúnmente admitida —por empezar a lo Jane Austen— que los descubrimientos trascendentales casi nunca se producen al atisbar tierras nuevas, sino al contemplar las conocidas con nuevos ojos. Si esto es cierto a los efectos prácticos del avance científico general, no puede serlo menos en el necesario freno

que debe ponerse a la ya trágica decadencia islamológica contemporánea; ciencia —porque la islamología lo es— siempre sospechosa y hoy invadida por la barbarie epidermista de diletantes arbitristas en permanente y patológica vigilia apocalíptica. Otrosí, intrusismo de quienes saben del mundo lo que aprenden en los titulares de prensa y partes de guerra telediaros.

Valga el dislate anterior como mera traca de entremés sin mayores pretensiones normativas; que bastante poblado anda ya el huerto de los predicadores de barrio metidos a analistas. Precisamente, los tiempos requieren más encogimiento de hombros que puñetazos en la mesa, contracultura que postulados, dado que la cultura —por desgracia— viene siendo últimamente hija sumisa de su tiempo injusto. Que son *malos tiempos para la lírica* —solía cantarse— e inmejorables para la épica, enlazando así con el tema que nos une e inspira —¡guerra!— y cerrando el entremés con un majado de Clausevitz en deconstrucción novecentista: *hasta las tumbas se abrieron gritando: ¡venganza y guerra!* —. Metiéndonos en harina: ¿es el Corán la versión árabe de Sun-Tzu? ¿Es toda guerra coránica siempre santa? ¿Es toda guerra actual siempre coránica? Nuevo encogimiento de hombros.

2

Así, es la guerra más una época determinada que una actitud: la Arabia de los siglos VI-VII conoció una época así, heredera de tiempo viejo en zona fronteriza entre Bizancio y la Persia Sasánida. Tiempo de guerra como insoslayable día a día que, inevitablemente, quedó plasmado en la trama humana inspirada, receptora de la revelación coránica. Adelantamos a continuación —a modo de posicionamiento previo— la conclusión de nuestro ensayo interpretativo en cuatro percepciones entrelazadas que contengan la intención del título —La palabra descendida y la guerra, o sea, *la guerra en el Corán*—:

1. Para saber algo sobre la guerra en el Corán hay que leer el Corán. Lamentando la aparente perogrullada, no lo parecerá en absoluto si asumimos la ingente literatura producida sobre el Corán y basada en fuentes terciarias. La única lectura posible del Corán es la pragmática. Y sólo puede llevarse a cabo un acercamiento pragmático al Corán por parte de un arabista. Nos referimos no a lo pragmático —fines prácticos, que también—, sino a la pragmática; rama de la semántica que se ocupa de la relación del mensaje con el emisor y su contexto. Es decir: para comprender el sentido del Corán hay que leerlo en árabe —original— y conocer el medio —contexto—.
2. Tal análisis pragmático —científico, por tanto— debe tratar al Corán como fuente literaria, no histórica ni religiosa. Respetar la iluminación anímica no es incompatible con la verdadera ciencia.
3. Partiendo de lo anterior, debe distinguirse claramente entre el *hecho coránico* y el *hecho islámico*. La revelación-redacción del libro nos ofrece las claves interpretativas. La glosa y evolución del mismo nos despistará. Si hablamos de la guerra en el Corán, no estamos hablando de la guerra en el Islam.

4. Deben desestimarse acercamientos inducidos. Ni apologéticos ignorantes —NOI (*Neopaternalismo Occidentocentrista Islamofílico*)¹— ni *simonetismo*² heredero del acientífico *choque de civilizaciones*. Entre ambas lacras de la islamología como ciencia, han acuñado el palabro *yihadismo*, bálsamo de Fierabrás de los interpretadores epidermistas. El Yihadismo explicaría la conspiración islámica mundial basada en un Corán críptico interpretado —por ávidos lectores de cuanto no entienden— como llamadas letales a *la YIHAD* —dado que no saben árabe, tratan a *yihad* como término femenino, en lugar de *el yihad*. El femenino —la *yihad*— responde a que ya están pensando en *la guerra santa* en lugar de en *el esfuerzo*, verdadera traducción originaria del término *yihad* y única en el Corán.

3

En definitiva, y retomando lo aludido en el punto tercero, cerramos con la afirmación clave en nuestra interpretación: cada vez que aparece la palabra *guerra* en el original árabe del Corán —única fuente, a nuestros efectos— remite aquella a guerras tribuales, no religiosas —por más que puedan recibir una imprimación ideológica religiosa a modo de arenga previa al combate—. Y, lo que es más importante, «jamás se refiere el Corán a la guerra con la palabra *yihad*».

Por tanto, de las treinta y tres ocasiones en que aparece la raíz Y-H-D en el Corán —raíz de la palabra *yihad*—, ni una sola es traducible como Guerra Santa, ni siquiera como guerra. Y dado que el concepto mismo de YIHAD como guerra santa es medieval, aludir al concepto en una interpretación coránica es descontextualizar la narración y, en consecuencia, ofrecer combustible para los que interpretan el presente a través de lecturas inducidas de traducciones, y no de originales. Sería parecido a traducir el pasaje evangélico *que tome su cruz y me siga* como *¡que vayan a las cruzadas!*

En nuestro acercamiento, partimos de un pudor religioso necesario, no ya por el cargante catecismo de la corrección política, sino por decisión humana e individual: Christian Ruch afirmaba recientemente que *el número de teléfono de*

¹ *Neopaternalismo Occidentocentrista Islamofílico* (NOI), u *Onfaloscopia Pre-traumática* (OP); dicese de la actitud condescendiente con que el pensamiento único occidental aborda la *cuestión islámica* en términos de conflicto teñido de desconocimiento religioso básico, y que se resume en el siguiente postulado: *nosotros, evolucionados occidentales, podemos permitirnos el lujo de ser ateos, pero estos pobres sólo piensan en sus mezquitas*. Coincide en sus apreciaciones esencialistas con el absurdo acuñado de la llamada *identidad religiosa exclusiva* según la cual un musulmán, por ejemplo, pensaría más en rezar cinco veces al día que en comer tres. El NOI, por su esencial componente islamofílico, entra en conflicto irresoluble con la mediática demonización colectiva del Islam, y en esas anda como el asno de Buridán, muerto de hambre —por indecisión— al no poder elegir entre el heno y la paja.

² Por Simonet, arabista español de profunda formación y extensa producción, quintacolumna del mozarabismo anti-islámico, científico al servicio de una causa: la histórica máxima de *conoce a tu enemigo*.

*Dios es secreto*³, y lo cierto es que sólo el que lo ha vivido sabe lo que es la fe, y el modo en que nadie acierta a definirla, inocularla o erradicarla —*si me lo preguntas, no lo sé. Si no me lo preguntas, lo sé*, explicaría San Agustín—. Por tanto, que el pudor religioso nos aleje como de las brasas de toda apreciación sociológica de un hecho personal. De modo parecido, que toda interpretación de lo conocido no nos impida leer inocente y ávidamente un texto redactado entre los siglos VI y VII.

Las citas a las que ocasionalmente remitimos son las de la edición de Cortés⁴. Y vaya por delante una cláusula de salvaguarda: tanto la traducción de Julio Cortés como la de Juan Vernet⁵ son meritorios y difícilmente superables hitos del arabismo español. Pero el modo en que ambos traducen sistemáticamente *yihad* por *guerra santa* es la fuente de la interpretación *yihadista* del Corán por parte de quienes, incapacitados para acceder al verdadero Corán —por estar escrito en árabe—, interpretan a partir de esas dos traducciones.

4

Avanzando en la materia, el único procedimiento científicamente válido para refutar la traducción de *yihad* como *Guerra Santa* —ni siquiera como *guerra*, insistimos— consiste en pasar revista a los campos semánticos utilizados en la redacción coránica. Para ello, partiremos de dos puntos buscando coincidencias: de la raíz YHD —en cuyo campo semántico se inserta el término *yihad*—, y de los campos semánticos relacionados con la guerra, para ver a dónde nos lleva. ¿Cómo proceder? ¿Cuál es nuestro material de estudio y nuestro material auxiliar?: en primer lugar, un Corán en árabe, y en segundo lugar, uno de tantos diccionarios etimológicos o compendios terminológicos que tratan sobre el vocabulario coránico. En nuestro caso, optamos por la obra de Hanna E. Kassis y Karl I. Kobbervig —*Las concordancias del Corán*⁶—. Obra de cabecera para todo aquel que pretenda realmente localizar un término en el Corán.

Con ambos libros —*Corán y Kassis*— a mano, de la primera búsqueda —término *yihad* en el Corán— encontramos, como anunciábamos, treinta y tres referencias. Y de la segunda búsqueda —campos semánticos relacionados con la guerra—, localizamos cinco términos bien concretos, sendos derivados de los verbos HRB —guerrear—, QĀTALA —combatir—, DRB —golpear—, B'S —aplicar la fuerza—, e IJTAsAMA —pelear⁷—.

³ Ch. RUCH, «Sobre el agnosticismo en la cosmovisión de Stockhausen», *Revista de Occidente*, 283 (2004), pp. 51-62.

⁴ Julio CORTÉS (tr. y ed.), *El Corán*. (Edición bilingüe). Barcelona, Herder, 1999.

⁵ Juan VERNET (tr.), *El Corán*. Barcelona, Planeta, 1998.

⁶ Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1987.

⁷ Optamos por sonidos aproximados, desdeñando voluntariamente todo intento de transcripción literal. Por lo general, si tenemos que trasladar un sonido árabe, preferimos la letra árabe a

Como primera cata traductora que nos acerque a cuanto significa *yihad* en árabe —ojo, muy especialmente en la época de revelación coránica; que después ya sabemos todos cuánto implica—, partimos de una conocida expresión árabe no coránica: *haqqa yihadi-hi*, que significa *tiene lo que se merece*. Literalmente, *se recomendó su yihad* —esfuerzo, dedicación—. Y de aquí deducimos que primero fue la lengua árabe y después el Corán, y que por tanto se inserta el término *yihad* en la narración coránica acuñado ya como *esfuerzo*. Con un matiz religioso de indudable reminiscencia bíblica: cuando Abraham —Ibrahim— dejó la casa de su padre; cuando Jesús de Nazaret —Isa Ben Maryam— insta a —como apuntábamos— *tomar la cruz y seguirle*, ambas actitudes —una, en realidad— son las que el inspirador coránico desea escanciar en la palabra *yihad*.

Así, se lee en Cor. 2,218: *quienes creyeron, abandonaron sus hogares, se esforzaron* —yahadû— *y siguieron la senda de Dios, pueden esperar su bendición*. O también en Cor. 3,142: *¿Acaso pensáis que podréis alcanzar el paraíso sin saber Dios quién se esforzó* —yahadû— *y fue paciente?* También Cor. 8,72, Cor. 8,74 y Cor. 8,75: *quienes creyeron, abandonaron sus hogares y se esforzaron* —yahadû— *física y espiritualmente en la senda de Dios...* En Cor. 9,16 —remitiendo a Cor. 3,142—. Cor. 9, 19, y Cor. 9,20 —yahadû fi sabîl Allâh— retoma la narración el concepto de *se esforzaron en la senda de Dios*. Así como Cor. 9,88 insiste en lo de creer y esforzarse física y espiritualmente —yahadû bi-amwâli-him wa-anfusi-him—. O Cor. 29,69 insiste en premiar a *quienes se esforzaron por Nos...*

Hasta aquí, cualquier zoilo recalcitrante podría encastillarse en la obsesión de traducir todo por *guerra santa* —con dificultad, pero ya se sabe que cuando un tonto sigue una vereda, la vereda se acaba y el tonto se queda—. Pero, entonces, ¿por qué tantos otros términos para guerra —como veremos—, éstos sí de indudable traducción belicista? Y ¿por qué dos ejemplos como los siguientes?: en Cor. 16,110 dice —al mismo nivel— *quienes se esfuerzan* —yahadû— *y tienen paciencia...* ¿Por qué iba a emplear un término guerrero para relacionarlo con la paciencia? No parece equiparable —ni siquiera relacionable— la irenista calma como complemento de la guerra. Sin embargo, calma y tesón sí lo son.

Abundando en ello, Cor.29,6 afirma *quien se esfuerza en la senda de Dios, lo hace en realidad por su propia salvación*. Y —en nuestra modesta opinión—, el ejemplo definitivo es Cor. 29,8: *si te insisten mucho* —yahadâ-ka— *en compararme con...* ¿Qué sería esto? ¿Utilización del término *yihad* con el profeta? ¿De veras se traduciría como *si te hacen mucha guerra santa al compararme con otros dioses...*?

No; *yihad* es esfuerzo, perseverancia, tesón, insistencia. Cabeza dura de creyente convencido. Con el tiempo, con las guerras intestinas en el seno del propio Islam, con la escisión chií, con las cruzadas..., ya habrá ocasiones de justificar la

tener que aprender alfabetos paralelos que antes tenían sentido —sólo se aplicaba el sistema de la revista *Al-Andalus*—; pero hoy día, por la variedad, exclusividad y complicación de las opciones, vienen a ser, efectivamente, inextricables sistemas paralelos y para-lelos. En el caso concreto de este artículo, la precisión en la transcripción no es esencial.



muerte de un semejante para no ir al infierno. Cuanto el cristianismo hizo santificando la Cruzada, lo hará el Islam con el Yihad. Pero la cruz y el esfuerzo del creyente son inocentes. Y los libros —Evanglios y Corán— en que se revelaron los conceptos después desplazados, son igualmente inocentes de paganizaciones tales.

5

De esas referidas treinta y tres ocasiones en que aparece el campo semántico de *yihad*, en veinte ocasiones aparece como verbo. En siete como participio activo —forma I, para entendernos—, en dos como participio activo —forma III—, y sólo en cuatro ocasiones aparece como tal —*yihad*—: Cor. 9,24 *Yihâd fî-sabîl Allâh* —esforzarse en la senda de Dios—, Cor. 22,78 *Yâhadû fî-llâh haqq yihâdi-hi* —esforzáos por Dios como se merece—. Cor. 25,52, en un pasaje en que lleva a cabo una relación de ofrecimientos divinos para que los pueblos crean, ordena que, pese a la tozudez de los infieles, *insistan hasta la saciedad* —*yâhid-hum bi-hi* «por medio del Corán» *yihâd kabîr*—; es decir, *insistid con el Corán*. Se refiere, por tanto, a insistencia en la predicación. Y parece más coherente insistir Corán en mano que golpear con él.

Por último, en Cor. 60,1, se premia *salir de Meca esforzándose en la senda de Dios*. Dado que remite a un hito biográfico concreto de Mahoma —la huida desesperada de Meca, descartando por descontado el enfrentamiento de un grupo mínimo contra toda una ciudad—, es imposible traducir *yihad* más que por *esfuerzo desesperado*. En tanto que *muyahid* —esforzado, por más que desde el medievo venga significando *combatiente*—, aparece —decíamos— en otras ocasiones, siempre con el matiz de Cor. 47,31 *hemos de probaros para saber quiénes son los esforzados y los pacientes* —*muyâhidûn aw sâbirûn*.

6

Por cuanto a la guerra coránica se refiere, *haberla, hayla*; pero ni santa ni *yihad*. El Corán —como ocurre con el Antiguo Testamento— es un libro sapiencial salpicado de literatura apologética de un grupo. El concepto de *pueblo elegido* veterotestamentario, o el de *comunidad* coránico, no entra en componendas éticas: el grupo está por encima de todo, incluida la vida o la muerte de *los otros*. De nuevo, no es lugar éste para desarrollar el estado embrionario en que se presentan las religiones en sus libros iniciáticos; valga tan sólo la comparación para dar fe de la normalidad: la incipiente comunidad islámica guerrea en cuanto puede defenderse —es decir, desde el primer asentamiento de Medina—, y guerreando logrará el profeta la conquista de Meca. No es una guerra santa, por más que —como decíamos— se arma el alma de los combatientes con soflamas paradisiacas. Es una guerra por el botín, por territorios. Por el control de las rutas comerciales. En conclusión, no es santa sino tan cruenta como cualquier otro procedimiento humano y social capaz de lograr los fines deseados mediante la fuerza. No es relevante la relación

exhaustiva de ejemplos, inadecuada para un trabajo de esta extensión; valga tan sólo la reafirmación de los fines mundanos, por más que la arenga sea celestial.

En Cor. 4,95, y empleando la raíz DRB —golpear—, se presenta un interesante pasaje que pone en paralelo ese concepto de guerra —DRB— con el presunto de *yihad*. Un paralelismo que resulta paradigmático, pero requiere explicación previa a su lectura: el profeta exhorta en nombre de Dios y recrimina a los guerreros en plena batalla. La situación parece ser la siguiente: los de Mahoma entran en combate y alguien les saluda con la fórmula islámica, pero aun así combaten contra ellos. El profeta viene a decirles que no peleen sólo por el botín. Que comprendan a los paganos porque ellos lo fueron antes. Reza así el pasaje;

¡Vosotros los creyentes!; si golpeáis en nombre de Dios —DRB, y no YHD—, distinguid bien y no digáis a quien os salude «tú no eres creyente» actuando, de este modo, codiciando bienes de este mundo. Pues Dios ofrece mejores botines, y una vez fuisteis como ellos y ahora sois distintos por obra de Dios. Él está informado de todo. Luego prosigue: No son iguales los perezosos y los creyentes, como tampoco los ofensivos y quienes se esfuerzan en la senda de Dios con sus bienes y su alma. Dios prefiere a estos últimos frente a los perezosos...

Es decir, existe el concepto de *Golpear en nombre de Dios*, o literalmente *en la senda de Dios*. Pero no es YHD. Sin embargo, tal apostilla final —*Dios prefiere a estos últimos*—los esforzados— *frente a los perezosos*, es traducida por Cortés: *Los creyentes que se quedan en casa sin estar impedidos no son iguales que los que combaten por Dios con su hacienda y sus personas. Dios ha puesto a los que combaten con su hacienda y sus personas...* Y Vernet traduce de un modo parecido, añadiendo un título al párrafo: *Sobre la Guerra Santa*, que en realidad no aparece en el Corán, y acuña de este modo el concepto de *yihad* asumiendo que parte de la propia narración coránica en un párrafo en que —por contra— *pelear en nombre de Dios* se dice DRB. Al margen de lo anteriormente apuntado —este *en nombre de Dios* remite más a una bandera que a una fe—, podemos decir que en la traducción de ese pasaje está el origen del pretendido *yihadismo coránico*.

Es interesante que Cortés y Vernet traduzcan sistemáticamente *yihad* por *combatir*. ¿Qué sentido tiene, cuando existen —según vemos— al menos cinco modos diferentes de remitir a la guerra, y ninguno de los pasajes de *yihad* es traducible de ese modo? ¿Qué sentido puede tener traducir *quien vaya a la guerra santa* —o giros parecidos— en pasajes que no son estrictamente belicosos y cuyas expresiones significan, de un modo más genérico, *quien se esfuerza en la senda de Dios, lo hace en realidad por su propia salvación*? A modo anecdótico, es significativa la comparación coránica entre esforzado —*muyahid*—, y perezoso, apoltronado —*qa'id*, la misma palabra de al-Qaeda—. Quienes, hoy por hoy, con sus acciones traducen *esforzado* por *terrorista*, comprenderían, si realmente leyeran el Corán, que Dios los llama apoltronados, laxos, exentos de todo esfuerzo —*yihad*—.

Por lo demás, en los pasajes bélicos coránicos —jamás contra cristianos, y siempre por un botín—, para *combatir* suele emplear el Corán más la raíz QTL —matar, en tercera forma recíproca: matarse, combatir—. Como en Cor. 2, 217: *te preguntan si es lícito combatir en el mes sagrado...*, o como en Cor. 3, 146: *Cuántos*

profetas combatieron —qâtalû— *contra ejércitos de ángeles...* Por lo tanto *yihad* no vale para combatir. Por más que los traductores del Corán así lo reflejen, sin establecer ninguna diferencia entre *esforzarse* y *combatir* o *guerrear*, conceptos —estos últimos— para los cuales emplea el Corán términos bien concretos. Es relevante aquí resaltar que los índices onomásticos de las traducciones al español recogen las referencias en función de la traducción, no del texto original. Así, cuando Cortés o Vernet señalan las referencias a la supuesta *guerra santa* en el Corán, remiten a azoras en las que se emplea indistintamente *qâatala* o *haraba* mezcladas con pasajes de lectura evidentemente ética que emplean *yihad*.

8

De modo que sí hay guerra en el Corán, pero no es *yihad*. Cuando emplea los citados términos HRB-QÂTALA-DRB-B'S-IJTAsAMA, lo hace en el contexto de un pueblo dedicado a asaltar caravanas. Por lo que a nosotros respecta, en la vieja diatriba de si Mahoma era profeta y/o hombre de estado, si la diatriba es realmente su doble naturaleza —interesado por lo mundano y por el reino de los cielos—, fue ambas cosas. Pero si nos ceñimos al sentido estricto, dada la proyección del estado en su tiempo, Mahoma no es un hombre de estado, sino un patriarca revolucionario. Y dada la repercusión del hecho religioso posterior, sí es un profeta.

El Corán refleja en todo momento la progresión del enfrentamiento de los musulmanes con sus vecinos, en coherente evolución desde las luchas comerciales entre tribus hasta sus primeros enemigos exteriores. Esa evolución bélica —en lógica progresión de intensidad por el éxito creciente— sigue unos pasos evidentes en la lectura coránica; la relación de sus enemigos:

1. Tribus cercanas.
2. Judíos.
3. Enemigos de la península arábiga —sur: Yemen—.
4. Bizancio.

Por el tiempo vital de Mahoma, que marca inevitablemente el contenido coránico, la guerra sólo se percibe en esos cuatro contextos. Y por abundar en el contenido coránico relativo a esos enfrentamientos bélicos, se hacen más referencias a las tribus enemigas que a las guerras de religión, prácticamente inexistentes en la narración coránica aparte de ocasionales alusiones a *impíos* y *asociadores*; denominaciones más bien usados como excusa ética en guerras comerciales. De esos cuatro permanentes enfrentamientos extraíbles del Corán, surgen cuatro constantes interesantes:

1. *Tribus enemigas*. Nace la asimilación de Medina con la ciudad santa y de Meca como la *Babilonia coránica*. Como aproximadamente un cuarto del Corán es revelado en la Meca ya islamizada, esa *babilonización* no es permanente. El Corán refleja ecos de dos graves enfrentamientos de la época de Mahoma: la guerra de Okaz, y la llamada *Liga de los virtuosos* —que veremos des-



pués—. En la guerra de Okaz, el conflicto se desarrolla del modo siguiente: Okaz es lugar de peregrinación cercano a Meca. Una caravana procedente de Iraq es atacada por la tribu por cuyas tierras pasaba. La tribu atacante descuidaba así los tácitos derechos de paso por peregrinación y abría un tiempo nuevo de improvisación en materia de circulación de caravanas que acabaría beneficiando a Meca con el tiempo. En cualquier caso, las tribus mequíes se enfrentan a las Hawazin en esa guerra.

2. *Judíos*. Dando pábulo a la vieja teoría según la cual Mahoma habría intentado una conversión al judaísmo. Señales en el cambio de rituales lo insinúan, y las diferentes venganzas en los barrios judíos de Medina así lo muestran.
3. *Enemigos de la península arábiga* —sur: Yemen—. Enseguida veremos una prueba evidente del enfrentamiento, pero en cualquier caso, marcaba la situación de rivalidad en las tropas del futuro imperio islámico: árabes del norte y yemeníes se enfrentarán velada o abiertamente dando forma histórica al mítico origen de los árabes partiendo de una pareja de hermanos, Adnán y Qahtán. En al-Andalus, como paradigma de conquista, se haría patente. El ejemplo al que aludíamos es el enfrentamiento citado: la llamada *Liga de los virtuosos* consiste en un ataque parecido al de la guerra de Okaz en circunstancias similares. Consolidado ya el comercio de peregrinaje en Meca —el Corán llama al fin del mundo *el día en que no haya comercio ni amistad*—, un mequí decide no pagar cuanto debe a un mercader yemení. Cuando el yemení decide resarcirse, los mequíes cierran filas en torno al conciudadano y expulsan a los comerciantes yemeníes, iniciando un permanente enfrentamiento entre el norte y el sur, seguramente de origen previo. La *Liga* es en realidad una guerra comercial. Una cuestión de monopolios. Y seguramente es ésa la razón de la guerra en el Corán.
4. *Bizancio*. El único pueblo que merece una azora en el Corán. Con el tiempo, será Constantinopla el objetivo, y el conquistador será conquistado de alguna forma como en la *constantinización del Islam* o la práctica habitual —velada— del evolucionado derecho bizantino.

De la lectura del Corán se deducen batallas de gran calado que sobrepasan la concepción del enfrentamiento contra grupos como tal —bizantinos, judíos, etc.—. En realidad el Islam empieza con un grupo de desheredados que se amplía hasta la percepción de un *o conmigo o contra mí*, por otra parte, no extraña en el Antiguo Testamento. Así, el libro sagrado hace alusiones veladas a un documento histórico conocido como *Constitución de Medina*, germen de la primera comunidad. Básicamente, se trata de un contrato social generando una tribu de un grupo previamente heterogéneo. El estandarte de esa comunidad es el propio Mahoma; su fe, el Dios del que habla, por el que habla. Y el modo de actuación de esa comunidad es el de las algaradas y enfrentamientos por botín al uso en la desvertebrada Arabia —insistimos—, tierra intermedia entre imperios y ruta comercial codiciada.



Tales enfrentamientos mayores, verdaderas y cruentas batallas, son en esencia ocho de los que simplemente hacemos breve reseña:

1. *Guerra con Meca*. Desde Medina, Mahoma envía a Abd Allah b. Shaha ordenándole que se infiltre en una caravana y la desvalije.
2. *BADR*. (15.3.624). Badr es la batalla que marca el nacimiento del Islam como estado. Una gran caravana mequí —enemiga— venía de Gaza con Abu Sufyán al mando. Mahoma sale de Medina para atacarla. En principio, Medina le debía apoyo al profeta si era atacado en la propia ciudad, pero en esta ocasión hay unos trescientos combatientes entre medineses y emigrantes que salen de Medina para ir a la guerra por Mahoma. Es el grupo inicial del profeta. Es decir; Mahoma ha convencido a Medina y la convierte en parte de su ejército. Desde Meca, Abu Shahl —enemigo de Mahoma— organiza las tropas que salen en defensa de la caravana. Los de Mahoma esperan en vano junto a los pozos de Badr para emboscar a la caravana, pero ésta logra escapar. De ese modo, dos agrupaciones enemigas se encuentran frente a frente sin siquiera la excusa de un botín caravanero.
El contingente de Mahoma y el mequí se encuentran, si bien los musulmanes podrían permanecer ocultos en los pozos. Mahoma ordena entonces cegar los pozos, forzando el enfrentamiento como única salida. Esa *quema de naves* por parte de Mahoma marca la clásica batalla tribal comenzada con combates individuales —en los que murieron importantes enemigos de Mahoma, como el propio Abu Shahl—. La batalla es ensalzada en el Corán y marca la liberación frente a Meca, así como el inicio del final de ésta como *Babilonia*.
3. *UHUD* (23.3.625). Tres mil mequíes se acercan a Medina y abreven su ganado para ofender a Mahoma. Éste decide salir de la bien defendida Medina. Hay defecciones expresadas claramente en el Corán y la batalla está a punto de acabar con el Islam. Se rumoreaba incluso que Mahoma había muerto, extrayendo el Corán conclusiones interesantes: Uhud es como las veterotestamentarias pruebas de Job; hay que confiar en la palabra de Dios y sus intenciones. La Historia, por su parte, hace otra lectura no menos interesante: Uhud era la última y definitiva apuesta para acabar con Mahoma, y sus enemigos no lo lograron.
4. *Expediciones de 626*. Los historiadores marcan este período como el de *válvula de escape* de las distintas comunidades islámicas: consolidado poco a poco el poder de Mahoma, se suponía que tribus antiguamente enemigas eran ahora hermanas. La válvula de escape del *ardor guerrero beduino* serán las correrías y —en ocasiones— los ataques a judíos.
5. *JANDAQ O «EL FOSO»* (31.3.627). Los mequíes, aliados con algunos judíos mediníes escarmentados del poder de Mahoma, avanzan para tomar Medina. Mahoma ordena excavar un foso —llamado *jandaq*— que con el monte Sal aíslan la ciudad y ésta resiste. Tras quince días, los mequíes se retiran vencidos por el foso y su mal preparada impedimenta —tuvieron que alimentarse de forraje al no prever la duración del asedio—.



La batalla de El Foso concluye con el convencimiento de algunos mequíes de que hay que aceptar a Mahoma, así como con algunas ejecuciones de judíos colaboracionistas.

6. *Toma de Meca* (13.3.628). Mahoma decide peregrinar a Meca —la ciudad enemiga— con unos mil quinientos hombres. En principio, Meca es habitual receptora de peregrinos, pero ¿se puede aceptar a Mahoma, inveterado enemigo? El inteligente patriarca se está convirtiendo en hombre de estado: está queriendo demostrar que el Islam es esencialmente árabe y enraizado en Meca. Está gestionando proféticamente el futuro del Islam. Indirectamente, está diciendo también a los mequíes algo salvífico —y de eficaz valor pacificador—: que la nueva religión no les dejará sin los ingresos de los peregrinajes politeístas.

A las afueras de Meca —Hudaybiya—, cuando parece que el enfrentamiento es inevitable porque no van a dejar pasar a los peregrinos, Mahoma consigue negociar una salida: ese año, los musulmanes se vuelven a Medina. Pero al año siguiente, los mequíes abandonarán la ciudad durante la peregrinación de los ya llamables musulmanes. Al margen, se pacta una paz de diez años y algo esencial para el Islam: los mequíes aceptan las conversiones individuales —hasta entonces, de clanes o por desertión—. Sus propios ciudadanos pueden, desde entonces, ser musulmanes. Es la *des-babilonización* de Meca. El acuerdo, que fue sellado bajo un árbol, recibe numerosas alusiones en el Corán bajo la fórmula *Dios quedó satisfecho bajo el árbol*.

7. *Oasis de JAYBAR* (junio de 628). Como hubo musulmanes decepcionados porque no hubo botín ni toma cruenta de Meca, Mahoma decide castigarlos acudiendo sólo con los que asistieron al árbol a la conquista del oasis judío de Jaybar, cinco fortalezas que no quieren *convertirse* —pagar tributo—. Jaybar marca así la negativa de conversión por parte de los judíos y es una guerra de táctica clásica. Ya cuenta el profeta con grandes estrategias y logrará la conversión de los dos más importantes: los futuros generales Jalid b. Al-Walid —creador del imperio árabe— y Amr b. Al-As —conquistador de Egipto—. Entre la caída de Jaybar y la futura sumisión de Meca —enero 630—, Mahoma crea un estado que, a su muerte, seguirá su crecimiento imparable.

8. *HUNAYN* (31.1.630). Desde una Meca ya capital de su proto-estado, Mahoma emprende la llamada *campana de Hunayn* de la mano de los nuevos generales. Es la batalla del *cierre de Arabia*: el Islam está ya preparado para abandonar las arenas del desierto. Las últimas escaramuzas de la vida de Mahoma están ya dirigidas a resquebrajar los imperios sobre los que el Islam deberá pasar en su expansión: Persia y Bizancio. Curiosa o significativamente, las revelaciones de Mahoma cesan para siempre en este período de su vida. El profeta ha cumplido su misión. El hombre de estado lo ha respuntado. Y ya vendrán quienes acuñen *yihades* para mantener la cohesión de un imperio. O quienes lo utilicen para recordararla. O quienes esgriman el *yihad* tan sólo por la dulce venganza de la insurgencia frente a las injusticias sociales.

LA «GUERRA», LEXICOLÓGICAMENTE*

Bodo Müller

RESUMEN

La palabra latina *bellum* ha sido reemplazada en ocho de las nueve lenguas románicas por palabras del tipo léxico de *guerra*, sólo se encuentran algunas diferencias en la pronunciación entre el bloque oriental y el occidental. Las explicaciones sobre su etimología han sido diversas, la tesis más difundida, defendida por Corominas, sostiene que la palabra es un germanismo adoptado en latín vulgar antes del siglo V, atribuyéndola por tanto a la capa de los germanismos más antigua. Sin embargo, la aparición de nuevos estudios y la evidencia de los datos fonéticos llevan al autor a refutar esta hipótesis para llegar a la conclusión de que la forma española *guerra* no proviene ni del latín vulgar ni del dominio del español, sino que debió surgir después del año 600 y llegar al español desde el francés antiguo. Se adelanta la datación de la primera aparición de *guerra* en un texto español hacia 1140 y un texto español en latín en 1017.

PALABRAS CLAVE: etimología, historia de la lengua, guerra.

ABSTRACT

The Latin word *bellum* has been replaced in eight of the nine romance languages by words of the Spanish lexical type *guerra* («war» in English) and we can only find some differences in pronunciation among them when comparing the Eastern and the Western sides. The explanations about its etymology have been various, but the most widely accepted hypothesis, defended by Corominas, holds that this word is Germanic and was borrowed by Vulgar Latin before the 5th century. Therefore, he ascribes it to the oldest stage of Germanic loanwords. Nevertheless, the development of new studies and the evidence of the phonetic reality have taken the author to refute this hypothesis and arrive at the conclusion that the Spanish form *guerra* does not go back to either Vulgar Latin or to the Spanish domain, but it should have emerged after the year 600 and got to Spanish via Old French. The first appearance of *guerra* in a Spanish text can then be dated back to c. 1140, and in a Spanish text written in Latin to 1017.

KEY WORDS: Etymology, History of The Language, Guerra.



Los organizadores de este simposio me han invitado amablemente a participar con una ponencia. Agradezco mucho la invitación así como la calurosa acogida que me han dado aquí. Estoy particularmente agradecido a Alejandro Fajardo con quien me vinculan lazos de amistad desde hace años. Me alegra poder colaborar en la discusión sobre «Guerra y paz», aunque lamento tener que decir que la «guerra», desde el punto de vista lexicológico, resulta mucho más interesante que la «paz». La «paz» es, o mejor dicho, debería ser el estado normal en la sociedad humana, por lo cual es un tema poco tratado. Por el contrario, la «guerra» es la desviación de lo normal, un suceso siempre transitorio e incomprensible que requiere por lo tanto explicaciones y descripciones. Buen ejemplo de esto es que Alfonso el Sabio le dedique en la *Partida segunda* un título entero, comenzando con una de sus famosas definiciones:

Guerra es cosa que ha en sí dos naturas, la una de mal, la otra de bien: [...] pero [...] todo es como una cosa, ca el guerrear maguer haya en sí manera de destruir et de meter departimiento et enemistad entre los homes, pero con todo eso quando es fecho como debe, aduce despues paz, de que viene asosegamiento, et folgura et amistad: et por ende dixieron los sabios antiguos que era bien de sufrir los homes los trabajos et los peligros de la guerra por llegar despues por ello á buena paz [...]¹.

Para el concepto de «paz» Alfonso x no dio definición alguna, pues éste se entendía simplemente como el resultado de una guerra bien hecha.

También el romanista tiene más que decir sobre la palabra *guerra* que sobre la palabra *paz*. Desde la perspectiva histórica el lexema *guerra* es uno de los más interesantes del vocabulario romance y sigue planteando problemas tanto al romanista como al historiador de la lengua. Son precisamente estos problemas los que quiero abordar.

Tenemos que partir del sorprendente hecho de que en el siglo IX el término latino *bellum* ya hubiera caído en desuso en la lengua hablada de la Rumania, conservándose únicamente en el latín medieval de los eruditos. Los humanistas no pudieron reintegrarlo a las lenguas vivas a pesar de haber recurrido a la forma base del latín clásico para introducir las palabras cultas *bélico*, *debelar*, *beligerante*, así como los derivados *belicoso*, *belicosidad*, *belicista*, *belicismo*, *beligerancia*. En ocho de las nueve lenguas romances la palabra latina *bellum* fue reemplazada por el tipo lexicológico *guerra*, como lo demuestra el mapa al final del artículo. Caso aparte es el rumano. En la lengua estándar se ha impuesto la forma *război*, que proviene del eslavo eclesiástico antiguo. En el oeste y en el norte de Rumanía predomina aún *bătaie*, del latín vulgar *battualia*, español *batalla*. En el enclave rumano en Istria, que actualmente sólo tiene unos quinientos hablantes, sobrevive la palabra *uósta*,

* Para las siglas y abreviaturas, vid. las indicaciones bibliográficas en: MÜLLER, Bodo. *Diccionario del español medieval*, Heidelberg, Winter, 1987, vols. I-II.

¹ [1256-1265] Alf x Part II 23, p. 226.





del rumano *oaste*. En los siglos XVI y XVII *oaste* designaba comúnmente un «ejército» o bien la «guerra». Esta palabra rumana proviene del latín *hostis* «extraño, extranjero», más tarde «enemigo» y «enemigo en una guerra»². En el español de la Edad Media al *oaste* del rumano le correspondía la forma *hueste* «tropa, ejército»; ésta figuraba en la expresión «ir en hueste», que significaba con cierta frecuencia «participar en la acción de una tropa, de un ejército», y de ahí «participar en una guerra». Aquí tenemos un buen ejemplo de las correspondencias que existen entre el español y el rumano, lenguas de dos áreas laterales de la Romania y por ello más conservadoras que los idiomas del centro.

Como lo muestra el mapa, el sustituto *guerra* aparece en el resto de las lenguas romances de una manera muy uniforme. Sólo se notan diferencias esenciales en la pronunciación moderna, en especial en la división en un bloque oriental que todavía pronuncia /gw-/ al inicio de la palabra (it. *guerra*, engadino *guerra*), y el romance occidental que perdió el componente labial en la alta Edad Media (fr. *guerre*, oc., cat., esp., port. *guerra*, sardo *ghèrra*). En el límite oriental de la Romania existen además algunas zonas dialectales con la pronunciación /w/. Así, en el dialecto sobreselvano del retorrománico aparece la forma *uiara*; en el grupo dolomítico la variante *v(i)era* y en friulano la forma híbrida *(v)uere*. En Francia, el valón, el picardo y el normando de la Edad Media presentan *wer[r]e*. Con el normando llegó *wer[r]e* en el siglo XI a Inglaterra originándose allí el inglés medio *wyrre*, *werre*, que dio origen al inglés moderno *war*³.

Ahora bien, ¿cómo es que una palabra latina tan usada como *bellum* haya podido caer en desuso? Varias obras etimológicas atribuyen su desaparición a la homonimia con el adjetivo *bellus* «hermoso». Propagan una hipótesis en extremo diletante puesto que no había una coincidencia ni gramatical ni funcional ni sintáctica entre ambas palabras. Otro argumento en contra: si su coexistencia hubiera representado un peligro para la comunicación, el adjetivo *bellus* no se hubiera expandido en el latín tomando el lugar del antiguo *pulcher*. En lo que se refiere a la Hispania, *bellum* podría haber seguido existiendo incluso hasta nuestros días dado que en el área hispano-portuguesa fue el adjetivo *formosus* y no *bellus* el que se impuso en lugar de *pulcher*.

Si tomamos en cuenta el origen del sustituto *guerra* nos acercamos más a la explicación de por qué *bellum* desapareció. La procedencia de esta palabra fue controvertida durante mucho tiempo. Los primeros etimólogos, influenciados por el humanismo, relacionaron *guerra* con el griego (Francisco del Rosal, Bernardo de Aldrete). Covarrubias (en 1611) consideró la posibilidad de un origen italiano o gótico, pero por motivos religiosos se decidió finalmente por el hebreo. Desde el

² *rãzboi* s. XVI < esl. ecles. ant. *razboj*; *bãtaie* 1563 < lat. vulg. *battualia*; *oaste* s. XVI < lat. *hoste(m)*. (TIKTIN, H./MIRON, P., *Rumänisch-deutsches Wörterbuch*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1985-88, s.vv.)

³ Ingl. ant. *wyrre*, *werre*, c 1050; > mod. *war* (*Oxford English Dictionary*. XII, Oxford, Oxford University Press, 1961, p. 79c.)

siglo XIX se atribuye *guerra* al germánico, lo cual en principio es correcto, pero sólo en principio. Pues, ¿cuál germánico se toma como lengua de partida? Los libros de lingüística y los diccionarios ofrecen una gran variedad, que va del germánico en general, pasa por el germánico occidental, el bajo alemán antiguo, el bajo fránico antiguo, el fránico, y llega hasta el alto alemán antiguo. Decidirse por uno de estos tipos lingüísticos implica decidirse por una determinada teoría de la transferencia y por una determinada época en la que la palabra hubiera sido adoptada.

Muchos lingüistas, entre ellos tan ilustres como Rafael Lapesa y Juan Corominas, cuentan *guerra* entre los germanismos introducidos al latín vulgar durante el imperio por los soldados germanos en el ejército romano; y sostienen que, una vez adoptada, la palabra *guerra* se extendió por medio del latín vulgar en todos los territorios romanos⁴. Es altamente probable que los autores de esta hipótesis se hayan basado en un estudio de Josef Brüch quien, en 1913, incluyó una *werra* del lenguaje de los soldados entre «las palabras germánicas adoptadas hasta el año 400 d.C.», atribuyéndola así a la capa de germanismos más antigua⁵. Sin embargo, surge un problema fonético: si la palabra *werra/guerra* hubiera sido adoptada tempranamente por el latín vulgar, ¿no habría tenido que ser diptongada al evolucionar el español, como en el caso de *terra* > *tierra* o *serra* > *sierra*? Es por ello que Corominas postula en sus diccionarios etimológicos una *e* cerrada para la palabra germánica *werra* y su forma en latín vulgar, debido a este timbre la vocal se habría conservado en español.

Sin embargo, lo que Corominas aduce no se sostiene. Ya en la primera edición de su diccionario de 1954 se trataba de una teoría con la que se alejaba caprichosamente de los hechos históricos. Simplemente pasó por alto lo que Brüch claramente explicaba, a saber, que la *e* de *werra* habría llegado al latín vulgar con una vocal abierta⁶. Además, transformó una mera hipótesis de Friedrich Kluge de 1913, según la cual la *e* del germánico era «posiblemente cerrada»⁷, en una afirmación apodíctica al decir «la indoeuropea (germ. occid. *ë*) tenía timbre cerrado, aunque breve, en el primitivo germánico occidental [...]»⁸. Corominas también hace

⁴ Rafael Lapesa: «En la época de las invasiones fueron muchas las palabras germánicas que entraron en el latín vulgar. [...] El latín *bellum* fue sustituido por *werra* [...]» (LAPESA, R., *Historia de la lengua española*. 9ª edición, Madrid, Gredos, 1983, § 27, 2).

Joan Corominas: «[...] la fuente debe ser antigua y única: el latín vulgar del bajo Imperio». (COROMINAS, J., DCEC, II, 826b; COROMINAS, J. y PASCUAL, J.A., DECH III, 258b).

⁵ Josef Brüch registra *werra* en su «Liste der bis 400 n. Chr. eingedrungenen germ. Wörter» («Lista de las palabras germánicas adoptadas hasta el año 400 d.C.»). (BRÜCH, J., *Der Einfluß der germanischen Sprachen auf das Vulgärlatein*, Heidelberg, Winter, 1913, p. 88).

⁶ Brüch: «Germ. *e* war wahrscheinlich geschlossen» («La *e* del germánico era probablemente cerrada») (BRÜCH, *Der Einfluß*, p. 124). Sin embargo, según Brüch, esta vocal se habría vuelto *e* en latín vulgar: «germ. *e* = lat. vulg. *ε* : [...] *helm, snell, spelta, werra*.» (*Ibidem*, p. 129).

⁷ KLUGE, Friedrich. *Urgermanisch. Vorgeschichte der altgermanischen Dialekte*. Straßburg, Trübner, 1913, § 129b.

⁸ DCEC II, 826b, y DECH III, 258a.

caso omiso de todos los estudios posteriores a Bruch y Kluge que aseguran el timbre abierto de la *e* germánica⁹, esto significa que en la última edición de su diccionario de 1980 deja de lado sesenta años de investigación que contradicen su enfoque.

A esto se suma otro criterio fonético que Corominas no tomó en consideración: el desarrollo del fonema inicial. La *w* inicial del germánico *werra* era bilabial y hasta el siglo II d.C. podía realizarse sin problemas en latín ya que la misma consonante se usaba en palabras como *verbum* [w-], *vena* [w], *vela* [w-], *via* [w-]. Así, los préstamos del germánico adoptados tempranamente pueden reconocerse porque conservan la bilabial. En algunas partes de la Romania, sobre todo en el norte de Italia y en el norte de Francia, la *w* bilabial se convirtió a partir del siglo II en una *v* labiodental; sin embargo, en las zonas del español, del catalán, del gascón y del languedociano se conserva hasta ahora la pronunciación bilabial de la época clásica. En español se sigue diciendo aún [el berbo, la ñena, la ñela, la ñía, etc.]; de la misma manera el resultado de una *werra* del latín vulgar debería haber sido [la ñerra]. Conclusión: la forma española *guerra* no proviene ni del latín vulgar ni del dominio del español, sino que debió haber surgido después del año 600 y haber llegado al español desde fuera.

Tras haber refutado la hipótesis de Corominas quisiera presentar los hechos históricos. A la luz de las investigaciones más recientes, la forma base la encontramos por primera vez en un documento latino del norte de Francia del año 858. En ocasión de un concilio en Quierzy, los obispos de Reims y Rouen mandan una carta al rey Luis el Alemán prometiendo emplear solamente las armas del espíritu en caso de necesidad¹⁰.

Es de destacar que la forma *werra* es utilizada aquí como equivalente de *rixa*, *dissensio*, *seditio*, es decir, como término que comprende «discusión, querella, riña, discordia, rebelión» y que es claramente atribuida a la lengua popular. Pero *werra*, a diferencia de la palabra latina *bellum*, no significa aún «guerra». Esto se deduce de la reiteración de los obispos en la frase siguiente, donde abogan por la paz, mas no por «*rixas et bella*». El significado primitivo «discusión, querella, discordia, riña, rebelión» es también característico de las documentaciones más antiguas de *werra*, *werre* en alto alemán antiguo y en bajo alemán medio, que datan

⁹ Cf. Frans van Coetsen, en un resumen de los resultados de la investigación de 1970: «Auf diese Weise werden wohl alle Phoneme des Öffnungsgrades /e o ē ð/ gleich offen realisiert» («De esta manera, todos los fonemas con grado de apertura /e o ē ð/ se realizan con la misma apertura»); «sehr offene Realisation der Phoneme des Öffnungsgrades /e o ē ð/» («realización muy abierta de los fonemas con grado de apertura /e o ē ð/»). (COETSEN, F. v., «Zur Entwicklung der germanischen Grundsprache». En SCHMITT, L.E. (ed.). *Kurzer Grundriß der germanischen Philologie bis 1500*. I, Berlín, de Gruyter, 1970, pp. 41, 43) [Con más indicaciones bibliográficas].

¹⁰ «[...] quia non sumus huiusmodi homines, ut, cum cognoverimus voluntatem domini, velimus aut debeamus quoquomodo resultare vel rixas et dissensiones seu seditiones, quas vulgus *werras* nominat [...]. Nos et quidem pacem et quietem, non rixas et bella optamus et quaerimus, quia, sicut dicit apostolus, *non sunt nobis carnalia arma, sed spiritualia* [...]» (*Monumenta Germaniae Historica, Concilia*. III, W. Hartmann (ed.), Hannover, Hahn, 1984, p. 426).



aproximadamente del año 1100¹¹. Su existencia en estos grupos dialectales permite suponer una *werra* con el mismo significado en bajo fránico antiguo, dialecto de los invasores francos de Galia. El bajo fránico antiguo, todavía hablado por Carlomagno, desapareció en el siglo IX. No obstante, dado que las clases dominantes habían sido bilingües durante siglos, unas seiscientas palabras de este dialecto pasaron al francés antiguo, entre ellas *werra*.

En valón, picardo y normando antiguos, dialectos fuertemente marcados por el fonetismo fránico, la palabra *werra* conservó su *w* bilabial. La forma correspondiente *wer[r]e* está documentada a partir del siglo XIII. También en latín medieval se encuentra a veces la grafía germanizada *w*, lo cual llama la atención cuando se trata de textos que no provienen del área germano-alemana. Conozco incluso un texto español del siglo XIII con /w/¹². No obstante, en la mayor parte del norte de Francia la *w* bilabial de los préstamos fránicos fue sustituida por *gu-*, ya que una articulación bilabial se había mantenido en ciertos usos semivocálicos después de una consonante como en las palabras *lingua*, *sanguis*, *arguo*. De esta manera surgió la forma *guerre* del francés primitivo. A partir del siglo XI ésta perdió el elemento labial, pasando así a [gɛr(r)ə].

Casi todas las formas romances del tipo **werra* que muestra el mapa provienen directa o indirectamente de [gɛr(r)ə/gɛr(r)ə] del francés antiguo, algunas de la pronunciación primitiva [gɛr(r)ə], otras, como el español, de la posterior [gɛr(r)ə]. En todos estos casos se trata, pues, en sentido estricto, de palabras tomadas del francés antiguo, de galicismos. Los autores que utilizan despreocupadamente las etiquetas «del germánico», «del germánico occidental», etc., falsean por consiguiente la historia de la palabra.

Conviene observar en esta ocasión que es una imprecisión metodológica de muchos lingüistas hablar simplemente de ‘germanismos’. Es preciso distinguir en español cuatro tipos de palabras de etimología germánica. Primeramente, los préstamos directos tomados del gótico o más bien del latín gótico en la Hispania misma; en segundo lugar, los préstamos indirectos que entraron a la Península Ibérica por vía del latín vulgar del imperio; en tercero, los préstamos indirectos transmitidos por formas francesas u occitanas en la Edad Media; y por último, los elementos directos o indirectos procedentes del alemán o del neerlandés que datan de épocas más recientes. Es absolutamente necesario partir de esta diferenciación y suprimir en la lingüística, en la medida de lo posible, el uso de la polivalente denominación ‘germanismo’.

¹¹ SCHÜTZEICHEL, R., *Althochdeutsches Wörterbuch*. 5ª edición, Tübinga, Niemeyer, 1995, p. 320a: *werra* «Ärgernis, Zwietracht, Krieg»; SCHILLER, K. y LÜBBEN, A., *Mittelniederdeutsches Wörterbuch*, Bremen, Küthmann, vol. 5, 1880 (reimpresión de 1983), p. 688a: *werre*, *wer* «Wirrnis, Streit, Unruhe»; VERWIJS, E. y VERDAM, J., *Middelnederlandsch Woordenboek*. 9ª edición, 's-Gravenhage, Nijhoff, 1929, p. 2302: *werre* (*warre*, *war*) «verwarring, ongenoegen, twist, oneenigheid, oorlog, strijd».

¹² [1258-70] L Generaciones p. 309: «[...] el qui lidio con el conde don Ferrant Gonçalvez en las *Verras* de Carrion».



Ahora bien, ¿por qué se adoptó *werra* al norte de la Galia romana? ¿Y cómo es que la [gʷer(r)ə/g̊er(r)ə] del francés antiguo se expandió en casi toda la Romania? Lo verdaderamente sorprendente de este suceso es que *werra* originalmente no significara «guerra» sino, como lo hemos visto, «discusión, querella, discordia, riña». La forma está relacionada con la palabra *wirr* del alemán moderno, adjetivo que significa «confuso, desordenado», así como con los sustantivos *Wirren*, *Wirrnis*, «confusión, desorden», con el verbo *verwirren* «desordenar, perturbar», y además con el inglés *worse*, *worst*, es decir, con formas que tampoco tienen que ver con «guerra». La lingüística histórica ha comprobado que si bien los pueblos germanos tenían muchas denominaciones para «pelea, riña, combate» no contaban con una equivalente al *bellum* latino para designar la «guerra». Fue apenas en el alto alemán antiguo, a partir del siglo X, que se formó con este significado la palabra *Krieg*, la cual pasó como préstamo al danés, al noruego y al sueco¹³. La dificultad para expresar el concepto «guerra» en el mundo germánico se manifiesta aún en la palabra islandesa *ú-fríðr*, que está formada como negación de *fríðr* «paz» y significa en realidad «no-paz»¹⁴. La falta de una voz germánica para expresar el concepto de «guerra» es muy significativa, pues indica que los germanos, a pesar de hacer *werras* entre sí, es decir, «actos de violencia, luchas y combates duros», no conocían el conflicto armado de grandes dimensiones, por ejemplo entre ejércitos numerosos o pueblos enteros.

En la época de las invasiones germánicas en la Galia, *werra* era el término adecuado para designar el caos provocado por la ocupación. El asentamiento de los invasores estuvo acompañado por la hostilidad y la violencia, por discordias y enfrentamientos con la población autóctona, así como por incesantes conflictos entre los nuevos señores. Toda la época merovingia, que va del siglo V al VIII, está repleta de luchas de poder entre las familias rivales, las cuales no se desarrollaban en batallas o guerras regulares sino en asaltos, saqueos y asesinatos. Los conflictos y luchas que vivió la Galia iban en contra de todo lo que se relacionaba con el *bellum* latino, por lo cual fueron caracterizados como una particularidad del dominio franco con la palabra fránica *werra*. No fue sino hasta el siglo VIII que los carolingios pudieron restablecer el orden estatal y canalizar los conflictos hacia enemigos externos. Es por ello que en la experiencia cotidiana de la población del norte de Francia se generalizó el uso de *werra* en lugar de *bellum*.

La expansión de la forma romance [gʷer(r)ə/g̊er(r)ə] del norte de Francia hacia el sur y el oeste de la Romania se explica por el extraordinario poder político, militar y cultural del imperio franco y francés en la Europa de los siglos VIII al XIII. En la Península Ibérica, caballeros, monjes y colonos franceses y occitanos participaron en la Reconquista, fundaron monasterios y nuevos municipios, marcando con su vocabulario los dialectos hispánicos autóctonos. Basta recordar que incluso

¹³ Cf. KLUGE, F., *Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache*. E. Seebold (ed.), 23ª edición corregida y aumentada, Berlín-Nueva York, de Gruyter, 1999, p. 487a.

¹⁴ Islandés *ú-fríðr* «un-peace, war, state of war» (CLEASBY, R. y VIGFUSSON, G., *An Icelandic-English Dictionary*. 2ª edición, Oxford, Clarendon Press, 1957, p. 659b).

el término étnico *español* proviene del galorromance: sin la influencia de la palabra occitana *espanhols* los españoles se llamarían ahora **españuelos*. Es en este contexto cultural que se establece la palabra *guerra* en toda la Península Ibérica a partir del siglo IX.

Las primeras documentaciones de la palabra en las diversas lenguas romances datan de fechas más recientes, esto es, del siglo XII, tal y como lo muestra el mapa. En español, *guerra* aparece por primera vez en tres ocasiones en el *Cid*, hacia 1140¹⁵. No obstante, Corominas en sus obras etimológicas data la primera documentación en 1037. Esta fecha no es confiable por dos razones. En primer lugar se refiere a un epitafio de Bermudo III, rey de León, fallecido en 1037¹⁶. Es posible que dicho epitafio, como muchas inscripciones de este tipo, date de una época posterior. En segundo lugar *guerra* aparece ahí en un texto latino en su totalidad, por lo que no se trata de una documentación del lexema español, sino de la forma del latín medieval.

Lamentablemente el léxico de los textos en latín medieval de aquella época ha sido poco analizado. Hasta ahora no existe un diccionario histórico del latín medieval ni para Francia, ni para España, ni para Portugal. El diccionario de Cataluña fue interrumpido en la letra *d*. A este inconveniente debemos las lagunas existentes en la documentación latina entre el siglo VII, hasta donde llega el *Thesaurus Linguae Latinae*, y las primeras atestaciones en las lenguas romances, lagunas que no permiten apreciar cómo *werra/guerra* pasó paulatinamente de «discordia, enfrentamiento, etc.» a «guerra». El fichero del *Diccionario del español medieval* ofrece una documentación de 1017, más antigua que la citada por Corominas, que marca todavía una diferencia entre *bellum* y *guerra* ya que se designan dos conflictos diferentes. Dicha documentación se encuentra en un párrafo de la versión latina del *Fuero de León* en el que se estipula que los habitantes del territorio están obligados a participar en la defensa y la reparación de las murallas de la ciudad de León «in tempore belli et guerre»¹⁷. Aquí se muestra claramente que en latín medieval nunca se perdió la antigua palabra *bellum*. El surgimiento de *guerra* en la lengua latina de los eruditos sirvió en principio para diferenciar un conflicto más pequeño de uno grande y extenso. A la larga esta diferenciación no se conservó. En latín medieval el interés por la lengua clásica llevó poco a poco a restablecer *bellum* y dejar de usar *guerra*. Las lenguas romances, a su vez, abandonaron *bellum* y generalizaron el uso de *guerra*. Por ello en la versión española del *Fuero de León* del siglo XIII aparece sólo un significativo plural: «[...] et tiempo delas guerras que uengan á Leom et guardem

¹⁵ [c1140?] *Cid* v 865: «[...] non teme *guerra* [ed. pal.: *gerra*], sabet, a nulla part.» v 1182: «[...] con el de los Montes Claros avie *guerra* tan grand [...]; v 1525: «[...] en paz o en *guerra* de lo nuestro abrá [...].»

¹⁶ Docs Esp Sagrada 16 (1762) p. 462: «Iste habuit *guerram* cum cognato suo Rege Magno Fernando [...].»

¹⁷ [1017] León p. 493, 4: «[...] in tempore belli et *guerre*. ueniant ad Legionem uigilare illos muros ciuitatis, et restaurare illos. sicut ciues Legionis».

la uilla [...]»¹⁸. La generalización de *guerra* tuvo como consecuencia su expansión semántica a todos los ámbitos que había cubierto *bellum*.

Hasta aquí, pues, la historia etimológica de la palabra *guerra*. Pasemos ahora al español medieval y examinemos brevemente cómo era empleada en los textos.

Desde la perspectiva de la semántica estructural se pueden distinguir tres usos principales. En primer lugar, el uso hiponímico para designar un conflicto armado que, por su duración, intensidad y dimensión, es considerado como una especie particular de hostilidad. En este caso *guerra* se encuentra en una relación de especificación junto a otros significantes del mismo campo semántico, como *conquista*, *lid*, *pelea*, *combate*, *lucha*, *batalla*. Así, leemos en una versión del prólogo de la *Partida segunda*: «Et despues fabla [...] de las grandes conquistas, et *guerras*, et batallas et lides que se facen por tierra et por mar [...]»¹⁹. En el mismo estilo, el capítulo XLIII de los *Castigos de Sancho IV* enseña «comme deuen los omes ordenar las *guerras* las peleas & las batallas [...]»²⁰.

En segundo lugar destaca el uso hiperonímico. En este caso *guerra* aparece como término general que abarca todo tipo de acciones violentas, desde la lucha armada entre dos o más personas o parcialidades hasta el conflicto largo y sangriento entre pueblos y reinos. Este uso es más frecuente que el hiponímico, especialmente en los textos de Alfonso el Sabio. El título XXIII de su *Partida segunda* trata «De la guerra». Este concepto de guerra incluye el *combate*, la *batalla*, la *lid*, la *cabalgada*, la *corredura* o *correría*, la *algara*, la *celada*, la *cerca* y *todas las otras naturas o maneras de guerra*²¹. En el *Espéculo*, otra colección de leyes, se cuenta *hueste*, *cabalgada*, *frontera* y *batalla* entre las *maneras de guerra*².

El hiperónimo es usado comúnmente en la locución *guerra y paz*, de la cual fue tomado el tema de nuestro coloquio. Esta locución, que no es sino una continuación de la latina *belli domique*, pertenece a las expresiones más usadas del lenguaje jurídico medieval y está basada en la antigua doctrina según la cual la «guerra» y la «paz» son las dos dimensiones en las que se ubica el ser humano. Esto lo hacía ya constar el *Libro del tesoro* del siglo XIII al hablar de «dos sazones, que son una de paz & otra de guerra»²³. Decidirse por una u otra sazón es privilegio del príncipe. Así leemos en el *Tratado de la comunidad* de la segunda mitad del siglo XIV: «El

¹⁸ [S. XIII] Cortes LC I León 28 p. 17.

¹⁹ [1256-65] Alf. x Part II Prólogo p. 1, nota 1 (Esc.1).

²⁰ [1292/p 1351] Sancho IV Castigos III (ADMYTE 0) 99v.

²¹ Uso hiperonímico de *guerra* en [1256-65] Alf. x Part II, tít. XXIII p. 226-257:

guerra								
combate	batalla	lid	cabalgada	corredura/ correría	algara	celada	cerca	otras naturas/ otras maneras

²² [1255] Alf. x Espéculo III 5, 11 p. 204: «[...] assí commo en ffrontera o en hueste o en batalla o en otra *guerra* de qual manera quier que ssea [...]». III 8, pról. p. 231: «[...] tan bien en las huestes commo en las caualgadas, commo en otra manera de *guerra* qualquier que ssea». III 8, 2 p. 232: «[...] los que andodiessen en las huestes o en las caualgadas o en las otras maneras de *guerra* [...]».

²³ [fines s. XIII] LTesoro III 100 p. 232b.

príncipe ha de dar tienpo de paz e tienpo de guerra [...]»²⁴. De igual manera, al momento de otorgar feudos a los vasallos, el señor se reservaba comúnmente el derecho de disponer sobre por lo menos tres prerrogativas: la guerra, la paz y la moneda. Esto se deduce, por ejemplo, de un acta de 1260 en la que el rey Alfonso el Sabio otorga a la iglesia de Sevilla distintos poblados así como todos los derechos, a excepción de los tres ya mencionados y el de la jurisdicción: «[...] con todos los derechos que nos hi avemos, é devemos haver, sacado ende que tenemos para nos é para los que regnaren despues de nos, guerra, é paz, é moneda, é justicia [...]»²⁵.

Por lo regular los vasallos quedaban obligados a estar a disposición de su señor en tiempos de guerra y de paz, junto con las poblaciones fortificadas y los castillos que les habían sido otorgados. Para ello surgió la expresión estereotipada que encontramos a centenares en las actas feudales de los siglos XII al XIV, y que estipula que el vasallo y sus descendientes: «fagan del castiello guerra e paz por nos e por los que regnaren despues de nos».

Dado que la obligación de brindar apoyo al señor en tiempos de guerra y de paz significaba dar ayuda siempre, la locución *guerra y paz* se prestó desde temprano a la formación de una expresión perifrástica para «bajo cualquier circunstancia, siempre». Este desarrollo se puede apreciar claramente en una carta puebla latina del año 1118 con la cual el rey Alfonso el Batallador concede a los pobladores de Ejea territorios «in guerra en in pace»²⁶, es decir, para siempre, venga lo que viniere. En uno de los versos del *Cid* se encuentra la documentación más antigua de este uso en español: El alcaide Abengalbón de Medina, un moro amigo del Cid, afirma: «en paz o en guerra de lo nuestro abrá»²⁷, es decir, «el Cid tendrá de nosotros los moros bajo cualquier circunstancia/siempre lo que desee». Si en la interpretación de este pasaje ustedes prefieren quedarse con el significado literal, escuchen entonces con qué palabras anuncia un poeta del *Cancionero de Baena* que amará «por siempre» a una y la misma mujer: «Byuo abondado assaz/de rryqueza e de solaz:/venga guerra o venga paz/esta amo e otra non»²⁸. En estos versos resuenan las palabras que solía pronunciar el vasallo, pues según la doctrina de la poesía trovadoresca la relación del amante hacia la amada era un vasallaje.

Con el significado «en cualquier situación, siempre» la locución *guerra y paz* se acerca al uso metafórico. En su tercera función, la palabra *guerra* también era usada como metáfora, pero se han registrado muy pocas documentaciones. En la mayoría de los casos *guerra* figura como hipérbole para un «conflicto fuerte», por ejemplo hay *guerra* entre gente hambrienta que se disputa los últimos restos de

²⁴ [2a mit. s. XIV] Tratado Comunidad p. 94.

²⁵ [1260] Docs Alf. x 81 p. 167.

²⁶ [1118] Fs Mun: Ejea p. 299: «[...] et tottos allios terminos supra scriptos dono et confirmo vobis uniusquilibet sedendo in Exea ...in *guerra* en in pace [...]».

²⁷ [c 1140?] *Cid* v 1524s.: «[...] maguer que mal le queramos, non gelo podremos far,/en paz o en *guerra* de lo nuestro abrá [...]».

²⁸ [c 1370- c 1424] Canc Baena 51 p. 114.

alimento²⁹. La Iglesia, en su papel de *ecclesia militans*, está siempre en *guerra* contra el mal³⁰; asimismo puede haber *guerra* entre dos caballeros de la Tabla Redonda del rey Arturo para obtener el favor de una dama, pero en esta *guerra* no perecerá nadie, dice Tristán tranquilizando a su rival, pues la dama habrá de decidir a cuál de los dos prefiere³¹. Sin embargo, en opinión de ciertos autores medievales, el «bello sexo» no constaba exclusivamente de damas de disposición pacificadora. Además de la literatura cortesana existe una literatura didáctico-moralista y antifeminista en la cual la pregunta ¿qué es la mujer? da pie a un torrente de respuestas acusatorias, entre ellas la significativa: es «guerra que nunca queda». Esta metáfora parece haber provocado sensación, pues se documenta en varios libros, entre ellos la *Primera crónica general* de Alfonso el Sabio, y siempre en el mismo contexto³².

Por último, quisiera completar el panorama histórico con unas pocas observaciones sobre el uso de la palabra en el presente. Luego de dos catástrofes mundiales, la guerra ha sido afortunadamente proscrita como medio de la política. Así, la Europa de los años sesenta, setenta y ochenta, dividida en dos bloques contrarios, se vio envuelta solamente en una *guerra fría*. Esta expresión de bastante nuevo cuño, anglicismo semántico sin duda alguna, nos interesa en especial por haber tenido predecesores en el español medieval, pues Don Juan Manuel distinguía ya, en su *Libro de los estados*, dos formas de enfrentamiento militar según los grados de temperatura: la *guerra caliente*, la que por su intensidad «se acaba ayna», y la *guerra tibia*, la que «no trae paz nin da onra al que la face»³³. No quisiera dejar de señalar, a manera de comentario final, que en nuestros días se observa una tendencia a evitar la palabra *guerra* y hablar más bien de *conflictos* o bien de *conflictos armados*. Quizás estas expresiones, ahora nada más que eufemismos, nos permitan alimentar la esperanza de que en un futuro pacífico la palabra *guerra*, en su sentido propio, pueda quedar restringida al uso exclusivo de la historiografía.

²⁹ [c1270] Alf. x P Crón Gen I p. 134b31.

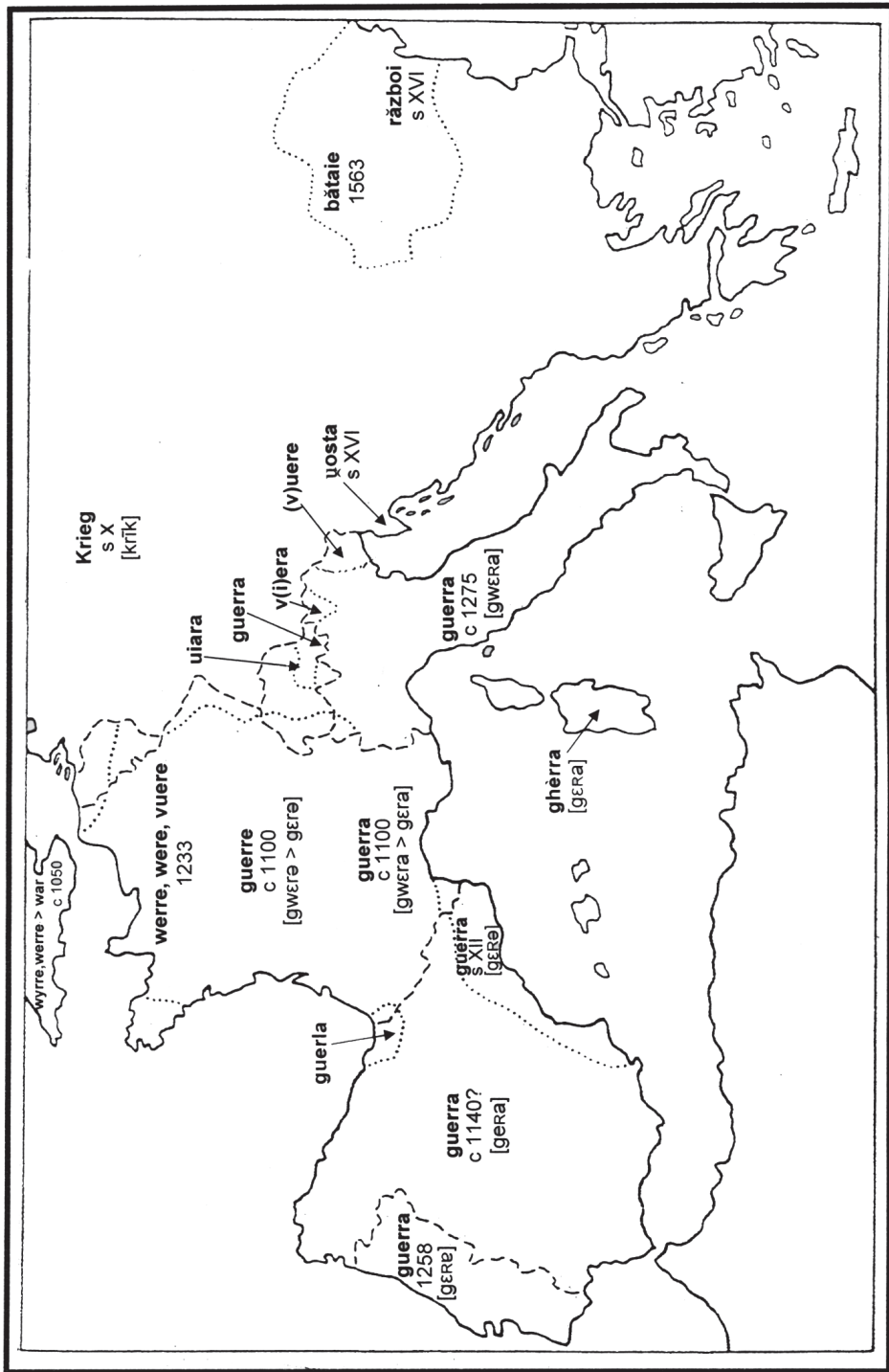
³⁰ [c1252-70] Alf. x Setenario 39 p. 69.

³¹ [1313?-1410] Tristan Leonis (ADMYTE0) 13r.

³² [c1250] Bocados Oro (ADMYTE 1) 48r: «[...] que es la mujer: confundimiento del omne / bestia que nunca se farta / cuydado que nunca ha fin / *guerra* que nunca queda / peligro del hombre que nunca ha en sy mesura». Texto idéntico en: [c1250?] Segundo y Adriano p. 503; [c1270] Alf. x PCrónGen I p. 147a 15.

³³ [1327-32] J. Manuel I Estados I 79, 72ss. p. 357: «[...] la *guerra* muy fuerte et muy *caliente*, aquella se acaba ayna, o por muerte o por paz; mas la *guerra tibia* nin trae paz nin da onra al que la faze, nin da a entender que ha en el vondat nin esfuerço [...]».





CONSIDERACIONES SOBRE
LA IMAGEN BÉLICA EN LA EDAD MEDIA:
LOS EJEMPLOS DE LAS *CANTIGAS DE SANTA MARÍA*
Y DE LAS PINTURAS MURALES
DE LOS PALACIOS DE BARCELONA

Etelvina Fernández González

Universidad de León

RESUMEN

Se estudia la representación bélica en los reinos cristianos hispanos durante el siglo XIII en dos ámbitos concretos dentro de la pintura: las ilustraciones miniadas que ornamentan las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio, y los ciclos murales del Palacio Real de Barcelona y del palacio de los Caldes. En las *Cantigas* el hecho bélico no es más que un pretexto para narrar un milagro mariano, por lo que el códice alfonsí está más en la línea de conexión con la religiosidad del pasado, y la plástica en la representación de las tropas es convencional, siendo destacable la ausencia del rey cristiano en la contienda. Por el contrario, en los murales de los palacios de Barcelona se trata de pintura histórica, con un carácter narrativo muy diferente, laico y de mayor modernidad, al tratar de plasmar hechos concretos y de exaltar el papel del monarca —probablemente las conquistas de Jaime I—.

PALABRAS CLAVE: pintura bélica medieval hispana, *Cantigas de Santa María*, palacios de Barcelona.

ABSTRACT

This article studies the representation of warfare in thirteenth-century Spanish kingdoms and in two specific fields: that of illuminated manuscripts, exemplified by Alfonso X the Wise's *Cantigas de Santa María*, and the depictions rendered in the cycles of mural paintings at the Royal Palace of Barcelona and the Caldes's palace. In the *Cantigas*, warfare is but a pretext to offer a Marian miracle, which links this codex to past religious observances. Troops are presented in a plastic conventional fashion, which also accounts for the absence of the figure of the king himself. In contrast, the mural cycles at Barcelona deal with historical painting with quite a different narrative style, lay and more modern, which tries to depict concrete events and to exalt the role of the monarch, probably James I's exploits.

KEY WORDS: Medieval Spanish war painting, *Cantigas de Santa María*, mural paintings at the palaces of Barcelona.

Guerra es cosa que ha en sí dos naturas, la una de mal, la otra de bien: et como quier que cada una destas sean departidas en sí segunt sus fechos, pero quanto en el nombre et en la manera de como se facen, todo es como una cosa, ca el guerrear maguer haya en sí manera de destruir et de meter departamento et enemistad entre los homes, pero con todo eso quando es fecho como debe, aduce despues paz, de que viene aseogamiento, et folgura et amistad.

ALFONSO X EL SABIO, *Partida II*, tít. XXIII.

Revisando las distintas etapas de la historia de la humanidad, da la impresión de que la guerra es un hecho inseparable de la vida del hombre; la lucha entre clanes, pueblos o naciones estuvo siempre presente en el acontecer histórico y en las diferentes culturas. La guerra fue, durante siglos, la ocupación principal del hombre junto a actividades, tan indispensables para la vida, como la búsqueda de alimentos. Tal vez por ello, la imagen de la guerra, del hecho bélico, tuvo tanta resonancia en el ámbito artístico y fue un tema recurrente al que se refieren textos de toda índole, así como cronistas y poetas. La Edad Media fue pródiga en la difusión de ese tipo de asuntos¹.

Por ese motivo, dada la complejidad del tema y del tiempo disponible para este trabajo, es imprescindible acotar el marco concreto de nuestro estudio. Hemos elegido, como objeto de análisis, la representación bélica en los reinos cristianos hispanos y el siglo XIII como el enmarque temporal del mismo; lo que no impedirá que se aluda a ejemplos foráneos o al mundo islámico ya que este es el que entra en confrontación con aquellos. La elección de esta delimitación temporal no es gratuita; opinamos que se trata de un momento muy interesante con supuestos y matices diferentes a los que se vivieron en la Alta y Plena Edad Media. Todo parece indicar que, a partir de la mencionada centuria, se advierten en el hecho bélico unos cambios ostensibles. A lo largo del siglo XIII las contiendas que se llevaban a cabo en la Península Ibérica se van profesionalizando y especializando cada vez más. Los monarcas cristianos hispanos buscaban en la guerra el poder auténtico por el derecho de conquista, e intentaban recuperar la legitimidad que habían perdido desde la invasión musulmana. Ya es, ahora, una guerra política, en la que entra en juego el

¹ Dada la abultada bibliografía que se refiere al tema de la guerra en el medievo, citamos como obras de consulta de carácter general a: CONTAMINE, Philippe, *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984; Pace e guerra nel Basso Medioevo. Atti del XI Convegno storico internazionale, Espoleto, 2004, y KEEN, Maurice, *La caballería*, Barcelona, 1986. Sobre la figuración de la guerra remitimos al capítulo sobre la guerra del estudio de VAN MARLE, Raimond, *Iconographie de l'Art profane au Moyen-Âge et à la Renaissance et la décoration des demeures. I. La vie quotidienne*, Nueva York, 1971, pp. 279-350, y LUISI, Riccardo, *Scudi di pietra. I castelli e l'arte della guerra tra Medioevo e Rinascimento*, Roma-Bari, 1996 (en adelante LUISI, «Scudi»). Citemos, a modo de ejemplo, en el campo artístico, los ciclos bélicos aparecidos en los mosaicos de solería de San Colombano de Bobbio. Véase sobre el asunto que nos ocupa: HESS, Rosemarie, «Das Bodenmosaik von San Colombano in Bobbio», en *Arte Medievale*, t. II, Roma, 1988, pp. 103-138.

concepto de Estado, aunque, en apariencia, se le diese el sentido de cruzada, de lucha contra el infiel.

Por otro lado, consideramos que los períodos anteriores a 1200 ya son más conocidos, pues han sido objeto de varios estudios recientes por parte de expertos medievalistas²; por el mismo motivo obviaremos la referencia a algunos temas ligados al mundo bélico, tales como las figuras de guerreros y soldados³, del caballero⁴, del rey como soldado⁵ o del santo guerrero⁶, sobre los que también se han publicado en los últimos años numerosos estudios⁷. Por la misma razón no analizaremos en profundidad aspectos ligados a la práctica militar, tales como las armas del caballero, los arneses del caballo, las máquinas de guerra, las defensas u otros.

² NÚÑEZ RODRÍGUEZ, Manuel, «La guerra es mala, pero conviene, dado que es ineludible (iconografía del cruzado y el *milite*)», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, 1995, vol. LXII, pp. 71-113, y GALVÁN FREILE, Fernando, «Representaciones bélicas en el arte figurativo medieval: particularidades del caso hispano», en *Memoria y Civilización*, Pamplona, 1999, vol. 2, pp. 55-86 (en adelante GALVÁN FREILE, «Representaciones»). Se trata de un documentado estudio que, por el arco temporal al que se refiere, abre camino a nuestro trabajo. Además, agradecemos la amabilidad de este último autor que nos ha permitido la consulta de uno de sus trabajos en prensa.

³ GALVÁN FREILE, «Representaciones», pp. 70-72.

⁴ RUIZ MALDONADO, Margarita, *El caballero en la escultura románica de Castilla y León*, Salamanca, 1986, y GALVÁN FREILE, «Representaciones», pp. 72-73.

⁵ *Ibidem*, pp. 74-78, y FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Etelvina, «El retrato regio en los *Tumbos* de los tesoros catedralicios», en *Maravillas de la España Medieval. Tesoro sagrado y monarquía*, Madrid, 2000, pp. 41-54, principalmente, p. 50 (en adelante FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, «El retrato»).

⁶ GALVÁN FREILE, «Representaciones», pp. 78-79. A propósito de este asunto, para la iconografía de Santiago nos sirven de ejemplo los estudios de SICART, Ángel, «La iconografía de Santiago ecuestre en la Edad Media», en *Compostellanum*, 1982, vols. 1-2, pp. 11-33, e *Idem*, «La figura de Santiago en los textos medievales», en *Atti del Convegno Internazionale di Studi. Il Pellegrinaggio a Santiago de Compostela e la letteratura Jacopea*, Perugia, 1985, pp. 271-286. Sobre San Isidoro véanse los trabajos de FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Etelvina, «Héroes y arquetipos en la iconografía medieval», en *Los héroes medievales. Cuadernos del CEMYR I*, Universidad de La Laguna, 1995, pp. 13-52 (en adelante FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, «Héroes»), e *Idem*, «Iconografía y leyenda del Pendón de Baeza», en *Medievo Hispano. Estudios in memoriam del Profesor Derek W. Lomax*, Madrid, 1995, pp. 141-157.

⁷ Sobre una selección general de estos temas, véanse los siguientes trabajos: GARCÍA GÓMEZ, Emilio, «Armas, banderas, tiendas de campaña, monturas y correos en los Anales de Al-Hakam II por Isa Razi», en *Al-Andalus*, Madrid, 1967, t. 32, pp. 163-179 (en adelante GARCÍA GÓMEZ, «Armas»); RIQUER, Martín De, *L'arnès del cavaller. Armes i armadures catalans medievals*, Barcelona, 1968 (en adelante RIQUER, «L'arnès»); MARTIN, Paul, *Armes et armures de Charlemagne à Louis XIV*, París, 1967; GAIER, Claude, *Les armes*, Tournhout, Bélgica, 1979; BRUHN DE HOFFMEYER, Ada, *Arms and Armour in Spain. A short survey. Vol. I. The Bronze Age to the End of High Middle Ages*, Madrid, 1972; *Idem*, *Arms and Armour in Spain. A short survey. Vol. II. From the End of the 12th Century to the Beginnings 15th. Century*, Madrid, 1982; *A companion to medieval Arms and Armours*, edic. de David Nicolle, Woodbridge, 2002; GUERRERO LOVILLO, José, «Las miniaturas. Estudio, término artístico y arqueológico», en *El «Códice Rico» de las Cantigas de Alonso X el Sabio*, volumen complementario a la edición facsímil del Ms. T. I. 1 de la Biblioteca de El Escorial, Madrid, 1979, pp. 271-320; SOLER DEL CAMPO, Álvaro, *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y Al-Andalus (siglos XII-XIV)*, Madrid, 1993, y MENÉNDEZ PIDAL, Gonzalo, *La España del siglo XIII leída en imágenes*, Madrid, 1986, principalmente el capítulo específico sobre la guerra en pp. 255-288 (en adelante MENÉNDEZ PIDAL, «La España»).

La producción artística que sobre este tema se conserva en el ámbito hispano, a lo largo del siglo XIII y hasta los albores de 1300, no es muy abundante, al menos si tenemos en cuenta lo que llegó hasta nuestros días. Efectuaremos nuestro estudio en dos ámbitos concretos de los reinos cristianos peninsulares. Nos fijaremos en el campo de la pintura y, dentro de él, en la ilustración del libro y en la pintura mural. Por lo que se refiere a la ornamentación libraria hemos elegido las *Cantigas* historiadadas de Alfonso X, obra que está contenida en dos volúmenes: en el «Códice Rico» de la Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial⁸ y en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Florencia⁹. En segundo lugar nos ocuparemos de una serie de fragmentos pictóricos, algunos muy maltrechos, de varios recintos palatinos de Barcelona; nos referimos a los ciclos murales encontrados en el Palacio Real barcelonés y en el palacio de los Caldes¹⁰.

En líneas generales, a medida que avanzamos en el siglo XIII, en las representaciones de la guerra se advierten, como decíamos, unos cambios notables. Tal vez el dato más significativo que nos llama la atención es que la imagen de los ciclos narrativos de la guerra de estas producciones artísticas es cada vez más «real». Es evidente que, desde entonces y en los siglos del gótico, las innovaciones son notorias respecto al pasado, pues, como bien apunta el profesor Galván, «la iconografía de la guerra, en los siglos alto y pleno medievales, no encontró en la Península Ibérica un desarrollo fuera de los ámbitos religiosos, o en íntima relación con ellos»¹¹. No obstante, en el período que nos ocupa se sigue manteniendo esta fórmula apegada a la tradición. Sirva de ejemplo la serie de escenas de guerra que continúan ilustrando los Comentarios al *Apocalipsis*, como se puede contemplar en la visión del asedio de la ciudad de Jerusalén por Nabucodonosor del *Beato de las Huelgas* (ca. 1220)¹², en las que acompañan a diferentes textos bíblicos y que podemos ver, entre otros muchos ejemplos, en el pasaje de la muerte de Saúl de la *Biblia de San Millán de la Cogolla*¹³. Al mismo tiempo, y como sucedía en períodos precedentes, algunos hechos bélicos se mantienen envueltos en aureolas milagrosas o legendarias.

Por lo que se refiere a las obras elegidas para nuestro estudio, si bien es cierto que observamos varias concomitancias con el pasado y relaciones entre ellas mismas, queda claro también que se aprecian diferencias conceptuales bien ostensibles. Aunque, en ambos casos, en las ilustraciones miniadas y en los ciclos murales, el combate que se dirime está impregnado de «modernidad»; en los códices alfonsíes

⁸ ALFONSO X EL SABIO, *Cantigas de Santa María*, Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, Ms. T. 1. 1.

⁹ ALFONSO X EL SABIO, *Cantigas de Santa María*, Florencia, Biblioteca Nazionale, Ms. B.R. 20.

¹⁰ Tomaremos como referencia las pinturas halladas a mediados del siglo XX en la Sala del Tinell del Palacio Real de Barcelona (Museo de la Ciudad de Barcelona), y las procedentes del palacio de los Caldes, actual palacio de Berenguer de Aguilar (Museo Nacional de Arte de Cataluña).

¹¹ GALVÁN FREILE, «Representaciones», pp. 81-82.

¹² *Beato de las Huelgas*, Nueva York, Pierpont Morgan Library, Ms. 429, fols. 149v-150r; corresponde a la ilustración al *Comentario de San Jerónimo al Libro de Daniel* (Dan. 1,1).

¹³ *Biblia de San Millán de la Cogolla*, Real Academia de la Historia, Ms. 2, 3, fol. 170.



la representación de la guerra aún ofrece conexiones con el concepto tradicional, en la línea de la religiosidad del pasado. En las otras obras, el naturalismo imperante, no exento de cierto realismo, deja sentir un efecto de laicización y la pérdida de todas las connotaciones sacras.

Las contiendas a las que hemos hecho referencia sucedieron, en nuestras pinturas, entre cristianos y musulmanes; acontecieron en suelo peninsular, en Mallorca, en Francia, en Italia, en tierras lejanas de Constantinopla y de Ultramar o en el Norte de África. Otras veces no se precisa el lugar de la contienda, pero los elementos esenciales que aporta la propia obra permiten analizar el suceso como verosímil y creíble. Por otro lado, ciertos acontecimientos bélicos representados en las escenas que nos ocupan, algunos de los cuales cambiaron el rumbo histórico de un determinado reino, no están muy lejos de la época en la que se realizaron los respectivos ciclos figurados. Quizá por esto, por la inmediatez de su factura, no se creyó necesario aludir al evento mediante un texto escrito que acompañase las imágenes¹⁴. En ocasiones esas guerras son atemporales. Otras veces no hallamos sincronía entre el suceso real, el representado y los personajes que intervienen en el evento¹⁵.

En las escenas miniadas de los códices de las *Cantigas de Santa María*¹⁶ los acontecimientos históricos están ligados a un lugar geográfico determinado. Por lo que se refiere al territorio hispano tenemos un repertorio interesante de localidades urbanas, villas o castillos que fueron liberados del dominio musulmán. Las miniaturas de estos manuscritos alfonsíes, aunque a primera vista resultan muy espectaculares por el elevado número de imágenes y por la viveza de su cromatismo, son bastante monótonas. Los modelos se repiten reiteradamente, a pesar de que casi todos ofrezcan ciertos matices diferenciales y algunas peculiaridades puntuales. Por ese motivo aligeraremos su descripción, si bien esta es imprescindible para reconocer el mensaje del relato.

En el códice de El Escorial (*Cantiga* LXIII)¹⁷ la Gloriosa libró de la vergüenza a un caballero que debía ir a la lid a San Esteban de Gormaz, pero llegó tarde por haberse parado a oír tres misas en la iglesia de Santa María¹⁸. Su piedad lo llevó a

¹⁴ No obstante, aunque en la actualidad no encontremos, al menos en los ciclos murales, ninguna referencia escrita, no quiere esto decir que no las haya habido; recuérdese que de ellos sólo conservamos fragmentos y algunos muy maltrechos.

¹⁵ Sirva de ejemplo la *Cantiga* XXVIII, a la que nos referiremos más tarde.

¹⁶ Dada la bibliografía tan amplia que generó el tema de las *Cantigas*, consideramos que puede ser más útil anotar una obra colectiva y reciente en la que se recoge una interesante selección de estudios sobre el tema: *El Scriptorium Alfonsí: de los Libros de Astrología a las «Cantigas de Santa María»*, coord. de J. Montoya Martínez y A. Domínguez Rodríguez, Madrid, 1999 (en adelante: «*El Scriptorium alfonsí*»). Sobre el tema concreto de la guerra, véase: CORTI, Francisco, «La guerra en Andalucía: Aproximación a la retórica visual de las ‘Cantigas de Santa María’», en *El Scriptorium Alfonsí*, pp. 301-326.

¹⁷ Fol. 92.

¹⁸ Se atribuye el hecho al conde don García, de Castilla, hijo de Fernán González, que peleó con Almanzor.

olvidarse de que iba a la contienda; finalizada la liturgia, encuentra en el camino a un compañero de armas que le da la enhorabuena por su hazaña militar y por la ayuda que prestó a los suyos con su valentía, le ofreció «ungüento de Montpellier» para curar las llagas, e incluso observó que sus armas habían sufrido menoscabo. Al darse cuenta de la intervención mariana¹⁹ a su favor, el conde entregó varias ofrendas y maravedís a Santa María. En las seis secuencias del folio miniado se relata el suceso en imágenes²⁰.

En el mismo códice (*Cantiga* CXXVI)²¹ se narra el sitio de Elche (fig. 1). Desde el ejército sarraceno, un soldado dispara su ballesta contra los defensores de la urbe que asoman en lo alto de la muralla. Uno de ellos recibe el impacto de la flecha que se le clava en el rostro. Los compañeros intentan liberar al joven del arma (fig. 2); sin embargo, los esfuerzos resultan infructuosos, por lo que deciden llevarlo a la iglesia. Muy abrigado, arrastrando sus piernas dobladas, con gesto de dolor, es conducido ante el altar de la Virgen; allí ora fervorosamente. Santa María, acompañada de dos ángeles, le extrae la flecha y se recompone su rostro malherido. En este ciclo pictórico nos llama la atención el interés del miniaturista por ajustarse fielmente a la realidad del relato y a que este aconteció en Elche²². El tema de esta cantiga guarda analogías con milagros marianos de Nuestra Señora de Rocamadour²³.

Una fórmula muy similar desde el punto de vista textual se repite en el citado códice escurialense (*Cantiga* CXXIX)²⁴. Narra la historia de un hombre que fue

¹⁹ Aunque la bibliografía sobre los milagros marianos en la Edad Media es muy amplia, ofrecemos, seguidamente, una sucinta selección: GONZALO DE BERCEO, *Milagros de Nuestra Señora*, edic., prólogo y notas de F. Baños y estudio preliminar de I. Uría, Barcelona, 1977; MONTOYA MARTÍNEZ, Jesús, *Las colecciones de Milagros de la Virgen en la Edad Media (El milagro literario)*, Granada 1981; GAUTIER DE COINCI, *Les miracles de Notre Dame*, 4 vols., edic. de V.F. Koenig, Ginebra, 1966-1970 (en adelante GAUTIER DE COINCI, «*Les miracles*»); MARULLO, Teresa, «Osservazione sulle Cantigas di Alfonso X e sui Miracles di Gautier de Coincy», *Archivum Romanicum*, XVIII, 1934; ARCANGELY MARENZI, M^a. Laura, *Aspetti del tema della Vergine nella letteratura francese del Medioevo*, Venecia, 1968; GAUTIER DE COINCI, GONZALO DE BERCEO y ALFONSO X EL SABIO, *Miracoli della Vergine. Testi volgari medievali*, edic. de C. Beretta y C. Segre, Turín, 1999; KJELLMAN, Hilding, *La Deuxième collection anglo-normande des Miracles de la Sainte Vierge*, París-Uppsala, 1922, y *Les Miracles de Notre Dame, compilés par Jehan de Miélot*, edic. de A. de Laborde, París, 1929.

²⁰ FILGUEIRA VALVERDE, José, «Introducción histórico-crítica, transcripción, versión castellana y comentarios», en *El «Códice Rico» de las Cantigas de Alonso X el Sabio*, volumen complementario a la edición facsímil del Ms. T. 1.1 de la Biblioteca de El Escorial, Madrid, 1979, pp. 33-268, principalmente en p. 138 (en adelante FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción»).

²¹ Fol. 179.

²² Además de aludir en el texto a esa localidad mediterránea, esta se vuelve a nombrar en la inscripción que corona la primera escena y, para que no hubiese duda sobre el asunto, por encima de las murallas asoma la frondosa vegetación que le dio renombre: los árboles de palma que aluden al famoso palmeral de aquella urbe levantina.

²³ FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 201, y *Les miracles de Notre-Dame de Rocamadour au XII^e. siècle*, estudio de E. Albe, J. Rocacher y R. Pernaud, Toulouse, 1996, pp. 124-125.

²⁴ Fol. 183. FILGUEIRA VALVERDE «Introducción», p. 204.



herido en un ojo por una flecha en Murviedro (Sagunto)²⁵. La ilustración de esta *Cantiga* es muy detallada. A la representación de la batalla le siguen las escenas relativas al intento de arrancar la flecha del herido; en dos secuencias contiguas el intento fallido de liberar al soldado del arma y la extracción milagrosa de la misma; el viaje del peregrino, su oración a los pies de la imagen mariana y el momento en el que, con la flecha en la mano, explica a los fieles presentes en el templo cómo la Virgen obró el milagro y recobró la vista.

En el manuscrito florentino (*Cantiga* CCV)²⁶ se cuenta el ataque que los cristianos de Uclés y Calatrava llevaron a cabo contra un castillo moro situado en la frontera. El ejército cristiano está bien pertrechado, portan banderas y pendones y ricas tiendas se montaron para el asedio. Tal vez lo más significativo del ataque, en este caso, sea la utilización del procedimiento de la mina. Consistía en excavar una galería subterránea que, a veces, se apuntalaba momentáneamente con maderas; terminada la operación, estas se incendiaban allí mismo, para aligerar el proceso de derrumbe de la muralla. Así se ve en la imagen miniada²⁷. Ante tal ofensiva del ejército cristiano, los muros comienzan a desplomarse, el fuego asciende por las defensas maltrechas y muchos musulmanes fenecen en el ataque. Una mora con su hijo en brazos se resguardó entre las almenas y logró salvarse del siniestro²⁸. Cuando el muro se vino abajo y la mujer y su hijo quedaron ilesos, a pesar de ser infieles, los presentes lo entendieron como un milagro. Todo el ejército se maravilló ante el suceso, acudieron a la iglesia y la madre con su hijo se convirtieron y bautizaron²⁹. Todos los detalles que hemos descrito referentes a la narración textual tienen su paralelo en la miniatura³⁰.

²⁵ Los cirujanos no pudieron arrancársela hasta que se encomendó a Santa María de Salas (Huesca).

²⁶ Fol. 6r. Véase también SANTIAGO LUQUE, «Marco histórico», pp. 5-124.

²⁷ LUISI, «*Scudi*», pp. 34-36. El sistema de mina también se utilizó en la arquitectura civil. Consúltese VASARI, Giorgio, *Le Vite dei più eccellenti pittori scultori ed architettori scritte da Giorgio Vasari pittore aretino*, en *Le opere di Giorgio Vasari*, edic. de G. Milanesi, Florencia, 1981, t. 1, p. 302.

²⁸ Don Gonzalo Yáñez, maestre de Calatrava, y don Alonso Téllez, que iban al frente de las tropas, se maravillaron de que la mujer saliera ilesa de aquel trance. El citado Don Gonzalo Yáñez se ha identificado con el noveno maestre de la Orden de Calatrava, quien había ocupado el cargo entre 1218 y 1238. Consúltese SANTIAGO LUQUE, «Marco histórico», p. 27.

²⁹ A propósito del bautismo remitimos al texto de las *Partidas* en el que se especifica, detalladamente, su significado, sus variantes y los clérigos que tienen potestad para impartirlo: Partida 1, tit. IV, ley II; Partida 1, tit. IV, ley IV, y Partida 1, tit. IV, ley VIII. La fórmula es muy similar a la que se utilizó en la *Cantiga* XXVIII del código de El Escorial.

³⁰ De este modo se observa el interés que se prestó en las imágenes de soldados y caballeros del ejército cristiano, así como las banderas, pendones y las tiendas con emblemas o el rico tendal de las mismas. También es muy expresiva la secuencia pictórica en la que se relata el incendio y el derrumbe de una parte de la muralla. Más convencional parece el pasaje del bautismo de la conversa y el niño: están desnudos, dentro de la pila bautismal y en el instante en el que el clérigo les vierte el agua purificadora sobre sus cabezas.

En el códice escurialense (*Cantiga* CLXXXVII)³¹ se dispuso el ciclo miniado en el que se narra un episodio de la guerra de Granada: el sitio del castillo de Chincoya, localidad identificada con Villanueva del Arzobispo (Jaén). El relato en imágenes, más complejo que otros, ocupa dos folios contiguos. Se inicia el suceso con la visión del castillo, edificado sobre un promontorio escarpado; su guarnición era muy reducida y los víveres escaseaban; además, su alcaide había sido hecho prisionero por el de Bélmez. Las noticias llegan a oídos del rey de Granada, que decide atacar la fortaleza y pone en marcha a su ejército bien pertrechado. Al mismo tiempo, el alcaide de Bélmez se dirige al castillo para parlamentar con el prisionero. El pasaje se describe en tres escenas yuxtapuestas, en las que los gestos y actitudes de los personajes son muy elocuentes. Ante la gravedad de la situación, los soldados de la guarnición se defienden como pueden y, viendo que por ellos mismos no pueden proteger el castillo, sacan la imagen mariana de la capilla, la colocan en las almenas y la Gloriosa obra el milagro³². Los cristianos se vuelven hacia la Virgen orando, y los moros, haciendo sonar las trompas, abandonan el asedio de la plaza fuerte. Pensamos que la ilustración de esta *Cantiga* aporta uno de los mejores ejemplos de representación del ejército musulmán y del tema bélico que nos ocupa³³.

El códice de Florencia (*Cantiga* CCLVI)³⁴ nos ofrece, en este caso, una alusión indirecta a la conquista de otra localidad hispana por parte del ejército castellano. El núcleo principal del relato narra la curación milagrosa que Santa María obró en la persona de la reina doña Beatriz, esposa de Fernando III, el año en el que el monarca conquistó la localidad extremeña de Capilla³⁵.

³¹ Fol. 245v y 246r. FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», pp. 251-252.

³² A la vista de tales acontecimientos el rey moro exclamó: «Ningún provecho podré sacar de que combatamos más, y me tendría por loco si fuese contra Santa María, que suele defender a los suyos». SANTIAGO LUQUE, «Marco histórico», p. 252.

³³ El caso de la defensa de la fortaleza de Chincoya con la presencia, en lo alto de sus muros, de la figura de la Virgen con el Niño es un tema recurrente en Occidente y en varias *Cantigas*; no obstante, la fórmula se remonta al mundo antiguo y a leyendas orientales en las que se narra el sentido apotropaico de muchas imágenes sacras. Sin duda, en el ámbito cristiano, una de las más antiguas y veneradas, con este poder, fue la del Santo *Mandilyon*, el paño con el retrato *hageiropoeta* de Cristo que se colocó a la puerta de la ciudad de Edesa y liberó la urbe de los ataques de Cosroes y del ejército persa (544). Véase FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Etelvina, «Del Santo *Mandilyon* a la Verónica: sobre la vera icona de Cristo en la Edad Media», en *Imágenes y promotores en el Arte Medieval. Miscelánea en homenaje a Joaquín Yarza Luaces*, Bellaterra, 2001, pp. 353-371, principalmente pp. 353-354.

³⁴ Fol. 8. SANTIAGO LUQUE, «Marco histórico», pp. 28-29.

³⁵ Ocurrió este hecho bélico en el año 1227. El monarca pobló la localidad de Capilla de cristianos y mandó a la soberana a vivir en Cuenca mientras él estaba en campaña. En este lugar, encontrándose encinta, la reina enfermó gravemente. Ante la incapacidad de los médicos para curarla, ella, que era muy devota de la Gloriosa, pidió que le colocasen al lado una rica imagen de la Virgen; creía que teniéndola cerca lograría sobreponerse. Así se hizo y doña Beatriz exclamó: «Ésta quedará junto a mí, porque creo fielmente que, en cuanto vea su figura, sanaré de todos estos males; acercádmela, para que pueda besarle sus manos y sus pies que mucho bien me hará». Cumplido su deseo quedó curada inmediatamente. SANTIAGO LUQUE, «Marco histórico», pp. 28-29. Este ciclo miniado está sin concluir.

Otra historia que se cuenta en este manuscrito florentino (*Cantiga* CCCXXIII)³⁶ se refiere a un suceso acaecido en Coria del Río (Sevilla); narra una de las incursiones que Abu Yusuf Ya'buk llevó a cabo, hacia 1275, en esta localidad de Al-Andalus. En esas trágicas circunstancias se murió un niño; cuando su padre lo iba a sepultar llegaron las tropas de los moros; sus convecinos, dejando todas sus pertenencias, abandonaron la ciudad en barca³⁷.

La historia que sigue se narra en el códice de El Escorial (*Cantiga* LI)³⁸. En esta historia mariana se cuenta un hecho acaecido en tierras francesas de Orleans. El conde Piteau cercó un castillo que quería ocupar para apropiarse de las riquezas que en él se custodiaban. Los cercados, ante el peligro de asalto, colocaron una imagen de la Virgen sobre la muralla e invocaron su ayuda. Un ballestero del ejército atacante disparó su arma contra un soldado de la muralla. Éste se parapetó detrás de la imagen de Santa María; ella levantó la rodilla hasta su pecho para proteger al soldado. Todos se maravillaron del milagro; el conde entró, como romero, en la iglesia para orar ante la figura sagrada. Seguidamente el ejército inició la retirada³⁹. El discurso, en imágenes, relata de manera fidedigna el texto alfonsí⁴⁰. En este relato se alude al modelo de imágenes articuladas que alcanzaron fortuna en los siglos del gótico⁴¹.

³⁶ Fol. 30v. SANTIAGO LUQUE, «Marco histórico», p. 46.

³⁷ El hombre, viendo la desbandada, sollozando y mesándose los cabellos, encomendó a su hijo a la Virgen y también huyó. Pasado el peligro, todos retornaron al lugar y hallaron la aldea saqueada por los moros. Sólo aquel campesino tenía su hogar intacto y además encontró a su hijo vivo. Una vez más, Santa María ayudó a sus fieles. Es curioso señalar, aunque no se mencione en el texto de esta *Cantiga*, la representación del Guadalquivir y sus barcos de ribera, hechos de «piezas ensambladas»; eran los que habitualmente usaban los habitantes locales para moverse por sus aguas y los únicos que se podían utilizar en el trayecto de Sevilla a Córdoba. De ellos, en época romana, ya se ocupó Estrabón cuando se refiere al Betis. Tomamos la referencia de FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Etefvina y GALVÁN FREILE, Fernando, «Un ejemplo de topografía urbana en el siglo X: la visión de la ciudad de Sevilla en el códice *Emilianense*», en *Homenaje a Joaquín González Vezín*, León, 2005, pp. 137-147, especialmente p. 141.

³⁸ Fol. 76. FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 126, y YARZA LUACES, Joaquín, «Historias milagrosas de la Virgen en el siglo XIII», *Lambad*, xv, 2002-2003; pp. 205-245, principalmente en p. 233.

³⁹ GAUTIER DE COINCI, «*Les miracles*», t. III, pp. 42-50. Es el milagro «*De l'ymage Nostre Dame qui se desfendi dou quarrel*»; se refiere al castillo de Avenon o Avernion como el lugar en el que acontecieron los hechos. Véase, además, FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 126.

⁴⁰ Desde el punto de vista plástico, llama la atención el abigarramiento de las escenas, en las que tanto la arquitectura como la visión del ejército ocupa todo el espacio libre de los enmarques. Recuerda algunos de los pasajes del folio miniado de la *Cantiga* XCIX, ya comentada. Por otra parte, podemos recordar el carácter apotropaico de la figura de la Gloriosa.

⁴¹ Otros ejemplos con imágenes de este tipo los encontramos en las *Cantigas* XXXVIII, CXXXVI y CCXLIV. FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 126. Aún se conserva en el Real Monasterio de las Huelgas de Burgos una imagen articulada de Santiago. RODRÍGUEZ LÓPEZ, Amancio, *El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos y el Hospital del Rey (Apuntes para su historia y colección diplomática con ellos relacionada)*, Burgos, 1907, 2 vols.; en t. II, pp. 273-274, nos dice sobre esta figura: «La célebre imagen de Santiago de brazos móviles por medio de un resorte, y ante la que según la tradición



En el códice de Florencia (*Cantiga* CDVIII)⁴² se repite una historia casi idéntica a las de las *Cantigas* CXXVI y CXXIX; cuenta cómo un hidalgo recibió un grave flechazo cuando combatía en Lombardía. Sintiendo la muerte próxima, se encomendó a Santa María de Salas, que lo libró de una muerte casi segura. Recuperado del trance, se dirige al santuario para dar gracias a la imagen que en él se veneraba⁴³.

En otros casos, los sucesos históricos que se narran en esta obra alfonsí acontecen en ámbitos foráneos, en el Mediterráneo oriental. Sirva de ejemplo, en el manuscrito de El Escorial (*Cantiga* XXVIII)⁴⁴, la historia del sitio de Constantinopla. Se cuenta cómo después de estar la ciudad en manos de los cristianos, un ejército

solían verificarse las ceremonias de armarse caballeros los que en este monasterio lo realizaron». Según su opinión, no da demasiado crédito a este asunto, ya que no hay dato alguno sobre el hecho, ni en las «Crónicas de nuestros Reyes ni en los documentos del archivo». Sobre esta figura de Santiago articulado, consúltese YARZA LUACES, Joaquín, «Monasterio y Palacio del Rey», en *Vestiduras ricas. El Monasterio de las Huelgas y su época (1170-1340)*, Madrid, 2005, pp. 15-34, especialmente p. 24 y fig. 6. También despierta nuestro interés la imagen articulada del Cristo de los Gascones, obra del siglo XII, que se custodia en la iglesia de san Justo de Segovia. GONZÁLEZ HERRERO, Manuel, *El Cristo de los Gascones o Cristo de Segovia*, Segovia, 1986, y AZCÁRATE LUXÁN, Matilde, *Las pinturas murales de las iglesias de san Justo y san Clemente de Segovia*, Segovia, 2002, pp. 25 y 26. En esa misma línea de imágenes articuladas recordamos una que mandó hacer Fernando III: «El Rey era muy devoto de la bienaventurada Virgen María, y estaba firmemente convencido de que con su ayuda se apoderaría de Sevilla. Por eso se hizo construir una imagen de madera, con movimiento en todos sus miembros, y asimismo de Cristo sentado en la cuna, también movable. Desde antiguo había en la mezquita de los moros una imagen de la bienaventurada Virgen María, que habían arrebatado a los cristianos. No había quien se atreviera a destrozarla, porque quedaban ciegos, sordos o tullidos. Al fin, el rey recibió en sueños la inspiración de que rindiese especial culto a esta imagen, y en breve plazo se apoderaría de Sevilla. Desde entonces profesó una extremada devoción a la Bienaventurada Virgen María, que no hay más que decir. Siempre que entraba en batalla llevaba consigo esta imagen, hecha de oro y plata, con sus andas, e hizo grandes hazañas con su ayuda». Es una descripción hecha por MÜNZER, Jerónimo, en *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*, Madrid, 1991, pp. 13-164. El editor de la obra opina que hay alguna confusión respecto a las imágenes que menciona el viajero; en todo caso, anotamos su escrito por las conexiones que observamos con el relato de la *Cantiga* que nos ocupa.

⁴² Fol. 16r. Véase, además, SANTIAGO LUQUE, Agustín, «Marco histórico y texto», en *El Códice de Florencia de las Cantigas de Alfonso X el Sabio*, Ms. B.R. 20 de la Biblioteca Nazionale Centrale, Madrid, 1991, pp. 5-124, principalmente pp. 35-36, en adelante SANTIAGO LUQUE, «Marco histórico». Es el volumen de estudios que acompaña a ALFONSO X EL SABIO, *Cantigas de Santa María*, edic. facsímil del códice B.R. 20 de la Biblioteca Nazionale Centrale de Florencia. Siglo XIII, Madrid, 1989.

⁴³ Como en la *Cantiga* CXXIX, se representa la contienda en las dos escenas iniciales del relato miniado; seguidamente y en primera fila aparece, distraído, el mencionado hidalgo; es el momento que aprovecha un balletero del ejército enemigo para disparar su arma. A continuación, el herido implora la ayuda mariana mientras que, con unas tenazas, sus compañeros le intentan extraer la flecha que asoma entre las cintas de su saya encordada. Esto se consigue en la secuencia siguiente. En las dos últimas escenas se efigió al soldado en su viaje hacia la localidad de Salas, y orando en el templo, donde enseña a la imagen de la Gloriosa el arma que pudo haber acabado con su vida. Faltan los rótulos. Aunque algunas figuras están sin terminar de colorear, la expresividad de los gestos es muy elocuente y suficiente para comprender el drama del relato.

⁴⁴ Fol. 42. FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 103.



moro de Siria la sitió para apoderarse del tesoro que, se decía, tenían oculto sus habitantes (fig. 3). San Germán, un santo patriarca de la urbe decidió pedir ayuda a Santa María⁴⁵. Mientras los guerreros defendían la ciudad desde la muralla, él organizó una procesión con las mujeres de Constantinopla, quienes, con velas encendidas, se dirigieron a la iglesia para orar ante la imagen mariana⁴⁶. En el exterior del recinto se sitúa el campamento del sultán y se levantan las máquinas de guerra. La contienda es encarnizada; el enemigo cada vez está más cerca de las puertas. Ante esta situación tan peligrosa interviene la Virgen que, desde el cielo y escoltada por ángeles, extiende su manto protector sobre la ciudad y detiene a los enemigos⁴⁷ (fig. 4). A la vista del suceso maravilloso, el rey moro que había invocado la ayuda de Mahoma, sin conseguirlo, entra en la urbe, pide a San Germán que lo bautice y ofrece ricos presentes a la Gloriosa. El tema que nos ocupa procede de uno de los relatos marianos de Gautier de Coincy⁴⁸. Como siempre en esta obra alfonsí encontramos escenas bélicas que se repiten casi como arquetipos⁴⁹.

En el ejemplar escurialense (*Cantiga* CLXV)⁵⁰ se cuenta la historia de la defensa de la ciudad siria de Tortosa de Ultramar, que fue muy renombrada en época de los cruzados. Bondouard⁵¹, sultán de Egipto, decidió atacar dicha localidad (fig. 5); le pareció que estaba tan bien defendida que se asustó. Al día siguiente lo intentó de nuevo y observó lo mismo. Consultó con el moro que le había aconsejado sitiárla y éste le respondió: «todos estos caballeros que veis, de los cielos son, porque son más blancos y claros que la nieve y el cristal» (fig. 6); ésta fue la ayuda que la

⁴⁵ Se trata del patriarca de Constantinopla que fue elevado a esa dignidad en el año 715; más tarde fue depuesto de ese cargo por León el Isaurio. Se consideró el gran abogado mariano en la Iglesia de Oriente, mucho antes que San Bernardo lo fuese en la Europa occidental. Consúltense RÉAU, Louis, *Iconografía del arte cristiano, Iconografía de los santos*, Barcelona, 1997, t. 2, vol. 4, pp. 25-26 (en adelante RÉAU, «*Iconografía*»).

⁴⁶ BARNAY, Sylvie, *El cielo en la tierra. Las apariciones de la Virgen en la Edad Media*, Madrid, 1999, pp. 16-27, y LUISI, «*Scudi*», p. 34.

⁴⁷ El tema de la Virgen con manto protector no es una creación de los cistercienses en el siglo XIII; esa devoción, con anterioridad, ya se había difundido en Bizancio. Véase RÉAU, «*Iconografía*», t. 1, vol. 2, pp. 122-123.

⁴⁸ El citado relato es el que se refiere a «Comment Nostre Dame defendi la cité de Constantinoble». Véase GAUTIER DE COINCI, «*Les miracles*», t. IV, pp. 31-41.

⁴⁹ En el caso concreto de la que nos ocupa, se ha pintado la procesión de las damas de Constantinopla, con las velas encendidas y arrodilladas en el templo; encabeza la procesión San Germán y todos oran ante la Gloriosa. El hecho mismo del milagro tiene un gran protagonismo; el rico manto mariano sale del «rompimiento de gloria» y vela, de manera protectora, una torre de la ciudad. Más común es la presencia en el templo de los musulmanes arrepentidos entregando ofrendas a la imagen de la Virgen y el bautismo del sultán celebrado por el santo. Este pasaje, desde el punto de vista plástico, guarda gran semejanza con otra escena similar de la *Cantiga* CCV del códice de Florencia.

⁵⁰ Fols. 221v y 222r. FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 235.

⁵¹ Parece que es el sobrenombre con el que era conocido Malec Abdelhaber. Consúltense FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 235.

Gloriosa, venerada en una iglesia de la ciudad, prestó a sus habitantes. Asombrado por este hecho, el sultán revisa el *Corán*⁵² y al leer en sus páginas que «Santa María fue siempre virgen», decide levantar el campamento y retirar el ejército haciendo sonar los timbales⁵³.

Entre las escenas bélicas del códice escurialense (*Cantiga* XLVI)⁵⁴ recordemos otra que también tuvo lugar en Ultramar, donde pelearon los moros de manera encarnizada⁵⁵. El caudillo de este ejército efectuó grandes robos y entre las piezas que hurtó estaba un icono de la Virgen⁵⁶. Le pareció hermoso y lo colocó en su casa entre tejidos de oro. Como dudaba de que Dios se hubiese encarnado en semejante figura, le pidió a la imagen una prueba. La respuesta mariana no se hizo esperar y, en aquel instante, manó leche de los pechos de la Gloriosa⁵⁷. Es asimismo otro ejemplo más de los muchos que en las *Cantigas* tratan de imágenes animadas⁵⁸. Al final el caudillo moro se convierte y se bautiza.

En otro relato del manuscrito anterior (*Cantiga* CLXXXI)⁵⁹ se describe el sitio de Marraquech que llevó a cabo el sultán Abu Yúsun quib, quien gobernó Marruecos entre 1258 y 1286 (fig. 7). Ante tan difícil situación, los habitantes de la ciudad, viendo que las tropas enemigas ya habían cruzado el río Morabe (Oum er-Robia), aconsejaron al emir que pidiese ayuda a la comunidad cristiana y que sacasen, en procesión, las cruces y la enseña de Santa María (fig. 8). En cuanto ésta fue desplegada, el enemigo dio la vuelta y atravesó el río en dirección contraria, perdiendo todas sus pertenencias. Así ayudó Santa María a sus amigos, aunque no eran creyentes⁶⁰. Ambos ejércitos portan pendones, cruces y la enseña fempada con la imagen mariana entronizada. La importancia que se da a esta pieza textil no deja de ser significativa⁶¹. En el ámbito hispano medieval había bastantes de este

⁵² Puede servir para ilustrar este asunto: *Corán*, sura 4, 156.

⁵³ El relato miniado de esta *Cantiga* ocupa dos folios. A propósito de tiendas lujosas del campamento musulmán, véase GARCÍA GÓMEZ, «Armas», pp. 169-170.

⁵⁴ Fol. 68v. FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 122.

⁵⁵ No hace referencia el texto de la *Cantiga* al lugar exacto donde sucedieron los hechos. No obstante, Ultramar, de forma genérica, se suele localizar en Tierra Santa.

⁵⁶ Por el asunto que se describe en este pasaje, se le ha buscado un origen en el ámbito oriental y en el período iconoclasta. Eran relatos que fueron difundidos en occidente por los cruzados. Consúltese sobre este asunto FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 122.

⁵⁷ Es evidente que el tema central del relato, el milagro de la Virgen de la leche, coincide con relatos similares entre los que podemos señalar, como uno de los más conocidos, el «milagro de la *Lactatio*» acaecido en la figura de San Bernardo de Claraval.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 129. Véase nota 41.

⁵⁹ Fol. 240. FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 247.

⁶⁰ El folio miniado coincide con el relato en imágenes. Sobre las enseñas y estandartes de los moros, véase GARCÍA GÓMEZ, «Armas», pp. 168-169.

⁶¹ Es bien sabido el valor simbólico que tuvieron las imágenes sagradas en algunas enseñas. En el caso que nos ocupa, creemos que es la imagen esencial del ciclo miniado que ilustra esta *Cantiga*; desde el punto de vista formal se trata de una «seña fempada», según se alude en las *Partidas* II, tít. XXIII, ley XIII. En este texto se describen las «señas cabdales» con las siguientes palabras: «Otras

tipo⁶²; también tenemos noticia de que el ejército cristiano poseía varias con imágenes sagradas⁶³. Esta *Cantiga*, junto con la CLXXXVII, ofrece uno de los mejores ejemplos de despliegue de imágenes bélicas de toda esta obra alfonsí.

En el códice de Florencia (*Cantiga* CCLXXI)⁶⁴ se describe otro suceso milagroso que parece tener relación con el anterior. Se refiere a la protección que Santa María otorgó, en tierras de Marruecos, a una nave cristiana que quedó parada en el río Acemmur (Umm Rabíc) y que iba al mando del señor de Alemquer⁶⁵. Los tripulantes la arrastraron con cuerdas hacia el río que discurría por una angosta hoz. Allí quedó atrapado el navío por falta de viento; y allí se convirtieron en un blanco seguro para los moros, que comenzaron a atacarlos desde la ribera. Así permanecieron tres meses. Ante esta situación insostenible, el capitán aconsejó, a los suyos, ofrecer un cáliz a Santa María del Puy, en tierras de Gascuña, si salían con bien de aquel trance. La Gloriosa obró el milagro; al poco tiempo, izaron las velas y un viento saludable los llevó hasta el mar⁶⁶.

(señas) hi ha que son quadradas et ferradas en el cabo á que llaman cabdales, et este nombre han porque non las debe otro taer sinon seer dadas sinon á quien hobiere cient caballeros por vasallos ó dende riba: et otrosi las pueden traer concejos de cibdades ó de villas: et esto por razon que los pueblos se deben acabdellar por ellos, porque non han otro cabdillo sinon el señor mayor, que se entiende por el rey ó el que pusiese por su mano. Eso mismo pueden facer los conventos de las órdenes de caballería, ca maguer ellos hayan cabdiellos á quien han de obedescer segunt su orden, porque non debe quanto á lo temporal haber ninguno dellos cosa extremada unos de otros, por eso non puede haber seña sinon todos en uno».

⁶² Parece que desde el siglo VI el ejército bizantino incorporó a sus enseñas militares la imagen de la Virgen con el Niño, llamada por este motivo «Nikopaya o Hacedora de la victoria». MENÉNDEZ PIDAL, «*La España*», p. 287, y FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, «Héroes», p. 16.

⁶³ Así parece que sucedió con el ejército que combatió en Las Navas de Tolosa (1212). En la catedral de Toledo «queda un buen lote de banderas y pendones como trofeos bélicos de las batallas de las Navas de Tolosa (1212), del Salado (1340), de Orán (1509), de Lepanto (1571) y de Nördlingen (1634)». Consúltase GONZÁLEZ RUIZ, Ramón, «La 'Biblia de San Luis' en la Catedral de Toledo», en *Biblia de San Luis. Catedral Primada de Toledo*. II. *Estudios*, Barcelona, 2004, pp. 59-118, principalmente p. 85 (en adelante GONZÁLEZ RUIZ, «La 'Biblia'»). El ejército que peleó en la batalla de las Navas iba precedido de la Cruz de Cristo que portaba el arzobispo de Toledo, mientras que el estandarte del rey llevaba pintada la imagen de Santa María. Consúltase GONZÁLEZ RUIZ, «La 'Biblia'», p. 16 y nota 14. También hubo alguna enseña con la escena del Calvario. En la catedral de Burgos se conserva una bandera que, según la tradición, acompañó al ejército cristiano en la batalla de las Navas de Tolosa. Amador de los Ríos sugiere que es del siglo XIV, y que dicha enseña fue ofrecida por el pontífice a Alfonso XI para acudir a la batalla del Salado. Véase *Alfonso X. Toledo 1984*, Torrejón de Ardoz, 1984, p. 123 y fig. 26.

⁶⁴ Fol. 59v-60, y SANTIAGO LUQUE, «Marco histórico», p. 64.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 64. Se trata de una villa portuguesa próxima a Lisboa.

⁶⁶ Se acompaña el texto escrito de esta *Cantiga* con miniaturas, incompletas, a doble página. No obstante, opinamos que el núcleo principal del ciclo pictórico se puede entender, perfectamente, con las imágenes del primer folio. En la primera miniatura se contempla la nave flotando sobre las aguas; se detallaron las riberas para mostrar la escasa anchura del río. Los tripulantes bien armados y los vigías en lo alto de los mástiles se defienden, como pueden, del ataque enemigo. Seguidamente, por su disposición en la cubierta y por el gesto de las miradas, apreciamos el momen-



Por último, en relación con el tema de la guerra encontramos otra serie de *Cantigas* de carácter legendario. En ellas no se alude ni a la defensa o ataque de un lugar concreto, ni a un personaje determinado. Lo que interesa es el hecho milagroso y la intervención mariana a través de sus imágenes invulnerables⁶⁷. Nos sirve de ejemplo el relato del manuscrito de El Escorial (*Cantiga* XCIX)⁶⁸, en el que se cuenta el suceso que acaeció en una ciudad cristiana que fue ocupada por los moros; tomada la urbe, éstos comenzaron a destruir todas las imágenes sagradas que encontraban en las iglesias del lugar. En uno de los templos hallaron la figura de Santa María con el Niño; les pareció la más hermosa de todas las que habían visto e intentaron destruirla como habían hecho con las demás, pero no lo consiguieron, y quienes lo habían intentado estuvieron a punto de morir en el empeño⁶⁹.

Como decíamos al principio de nuestra exposición, y después del análisis que hemos efectuado sobre las escenas bélicas de las *Cantigas*, observamos que la imagen de la guerra, en la plástica hispana del siglo XIII, presenta matices diferentes bastante acusados.

Por lo que a los manuscritos alfonsíes se refiere, es claro que se trata de una obra literaria y musical para honrar a Santa María. En ella se recoge la tradición mariana difundida también en otros ámbitos europeos; se concibe con un profundo sentido y orientación religiosos. En algunos contenidos y formas de hacer sigue mirando al pasado aunque, tímidamente, se va abriendo a nuevos horizontes. Por otro lado, como se ha visto, no son muchas las *Cantigas* que tratan sobre la guerra; no

to en el que están deliberando y el instante posterior en el que el capitán del rey les dice: «que lo mismo que los portugueses creen en Dios firmemente, yo tengo la esperanza en la Virgen» y toman la decisión de efectuar la referida ofrenda. A continuación, despojados de sus arneses, ya consiguieron girar la nave y orando a Santa María del Puy comienzan a izar las velas. Finalmente, esa rica «nave que ni en Montpellier hallaríase (otra) mejor» ya está en mar abierto y sus tripulantes en sosegada paz. Véase GUERRERO LOVILLO, José, «Arquitectura naval», en IDEM, *Las Cantigas. Estudio arqueológico de sus miniaturas*, Madrid, 1949, pp. 324-339.

⁶⁷ Esta *Cantiga* nos recuerda otro pasaje de esta obra alfonsí y que aconteció en el Mont-Saint Michel; en esa ocasión la imagen de la Gloriosa se salva a sí misma de un gran incendio acaecido en el templo de ese monasterio normando. Véase FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Etelvina, «*Au Péril de la mer: la imagen del Mont-Saint-Michel en el medievo*», en *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV*, v Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval, Cádiz, 2003 (en prensa).

⁶⁸ Fol. 144. FILGUEIRA VALVERDE, «Introducción», p. 176.

⁶⁹ En las dos primeras escenas miniadas que acompañan al texto se ha dispuesto la ciudad con la puerta cerrada; desde el paseo de ronda sus habitantes contemplan la llegada del ejército enemigo; en la miniatura siguiente los moros montan el campamento; a continuación se inicia el combate. Seguidamente, encontramos la miniatura más expresiva del conjunto, pues en ella vemos a los enemigos que ya han entrado en el recinto murado. Muchos, piqueta en mano, han logrado arrancar los estucos pintados del interior de uno de los templos y dejaron, a la vista, los sillares de la fábrica del paramento. En la escena contigua, ya se ve la iglesia de Santa María y, en su interior, la imagen mariana entronizada, es el momento en el que los soldados que intentaron destruirla caen en tierra medio muertos; mientras tanto, parte del ejército espera el desenlace de la ocupación. A la vista del milagro obrado por la Virgen, los moros abandonan la ciudad asombrados por el suceso.



interesa la guerra en sí misma, como asunto principal del relato. El hecho bélico en esta obra no es «real», sólo encontramos ciertas connotaciones que podemos considerar «reales» en lo que se refiere a algunos lugares concretos o a ciertos personajes.

Al llegar a este punto es el momento de preguntarnos cómo se ven los ejércitos que entran en liza. En líneas generales, su imagen plástica es muy convencional. Se presentan de manera bastante similar, como un conjunto de peones y caballeros bien pertrechados, con monturas de color arbitrario y con un armamento, tanto defensivo como de ataque, a la moda de la época. Se da importancia a las tiendas y a símbolos como banderas, pendones y estandartes.

En el caso del ejército cristiano, notamos la ausencia de la figura del rey; en las *Cantigas* de tema bélico el rey cristiano no va a la guerra, no toma parte en la contienda. Su papel se intuye en un segundo plano. El soberano de esta obra alfonsí no es guerrero, sino un rey piadoso⁷⁰. La vencedora es Santa María; ella es la que consigue, obrando un milagro, la victoria para el ejército cristiano. Cuando se hace referencia al monarca hispano, se alude a él de manera tangencial: por lo que hizo, por lo que está haciendo o por lo que puede ordenar. Nos sirve de ejemplo el relato del código de Florencia (*Cantiga* CCLVI), cuando se dice de Fernando III que conquistó y repobló la localidad extremeña de Capilla que, en ese momento del que se habla, está en campaña y que da orden a la reina para que se instale en Cuenca. Como se ha dicho, las miniaturas que acompañan la referida *Cantiga* están inconclusas. En el ejército cristiano no hay ninguna figura que, con toda seguridad, podamos decir que es el soberano. No obstante, parece que en el dibujo de la seña ferpada que acompaña a los caballeros se intuyen castillos y leones heráldicos como los que ya usaba, regularmente, Fernando III en sellos y ropajes⁷¹. Por otro lado, la figura de la soberana tampoco tiene, por supuesto, un papel bélico. En este relato, a la reina Beatriz se le otorga un lugar en la obra, que no es otro que el de mostrar su fervor mariano, y por ello la Gloriosa obró un milagro en su persona.

Tal vez, en esta obra, Alfonso X el Sabio incluye, como referente de los monarcas cristianos hispanos, a Fernando III y a doña Beatriz, en reconocimiento a que son sus progenitores. En resumen, el rey no tiene protagonismo bélico, la vencedora de las victorias es Santa María. Por la misma razón tampoco son vencedores de la contienda los nobles y caballeros que van a la cabeza del ejército. Del mismo modo, el alto clero no está presente en estas hazañas militares. En todo caso, puede aparecer en la segunda parte del relato de algunas *Cantigas* cuando, solucionado el conflicto, el beneficiado o el convertido por el milagro acude al templo. No obstante, observamos que éstos suelen ir a orar, sin que sea necesaria la intervención de un eclesiástico. Sólo se figura al clero cuando hay celebración de bautismos y se requiere la presencia de un ministro de la Iglesia; en una ocasión éste se identifica con San Germán (*Cantiga* XXVIII).

⁷⁰ FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, «El retrato», p. 50.

⁷¹ Sobre este último aspecto, consúltese MENÉNDEZ PIDAL, «La España», pp. 285-286.

Al ejército musulmán se le presta tanto interés como al cristiano; en él se señalan las diferencias de sus componentes, según su rango social. La barba y el tocado son, a primera vista, los rasgos diferenciales más expresivos. En este caso, el jefe supremo, el sultán o el emir de Egipto y Marruecos, identificados por sus nombres, sí van a la cabeza de sus tropas; se dejan aconsejar por sus allegados antes de tomar la decisión de partir para el combate y también imploran la ayuda de Mahoma o consultan el *Corán*, su libro sagrado.

En una ocasión entran en lid dos ejércitos muy desiguales. Nos sirve de ejemplo la ya mencionada *Cantiga* CLXV, en la cual el sultán egipcio interviene en singular combate contra los cristianos, pues el baluarte que intenta tomar está defendido por un «ejército celestial» (fig. 6). El caudillo sarraceno se da cuenta, rápidamente, de lo sucedido y dice a la tropa: «todos esos caballeros que veis, de los cielos son, porque son más blancos que la nieve y el cristal». Estamos, pues, ante una batalla irreal en la que luchan un ejército terrenal y otro que no es de este mundo. Asimismo, en la descripción que se hace de este último tiene una gran relevancia, como elemento distintivo, el color simbólico: sus soldados son «blancos» y puros como el «cristal», símbolos propios de Santa María.

Aunque a lo largo de toda la Edad Media se dio gran relevancia a convencionalismos simbólicos, no podemos dejar de mencionar, en este caso, el modo con el que en las *Cantigas* del Rey Sabio se alude, de forma expresa, tanto en el texto como en las imágenes miniadas, a la idea del enemigo. El enemigo se identifica, de forma expresa, con el concepto de fealdad y, por extensión, con la idea del mal; por eso se representa verde o negruzco, que son los colores simbólicos del diablo. En el ejemplo concreto que nos ocupa, además de malo es infiel: es un sarraceno. Por todo ello, no podemos pasar por alto una frase del texto de la *Cantiga* CLXXXI que dice: «Y murió allí mucha gente, de esa fea y barbuda». Es evidente que en esta expresión se pone de manifiesto el hecho que comentamos.

En esta obra también observamos que conviven en el mismo ciclo moros y cristianos. Se diferencian unos de los otros, a primera vista, por la indumentaria, por el enjaezamiento de los caballos y por las armas y enseñas que portan. No obstante, el aspecto más significativo se advierte en el tratamiento del rostro, barbado para los moros e imberbe para los cristianos, y en el turbante con el que se tocan los primeros. Con estas formas plásticas el miniaturista tiene perfectamente definidos ambos grupos. Sin embargo, es curioso señalar que según el referido relato los musulmanes, en este caso magrebíes, pertenecen a dos facciones distintas: los «malos», que son los soldados del ejército del sultán, y los «buenos», los de Marraquech, súbditos del emir. Al llegar a este punto observamos que el texto escrito y la narración en imágenes no coinciden plenamente, ya que se empleó la misma plantilla para efigiar a las tropas musulmanas en su conjunto y solamente podemos diferenciar a los buenos, a los amigos de Santa María, por su posición tras la enseña mariana, mientras que de los otros, de los malos, no hay signos específicos; de ellos dice el relato en sentido despectivo: «no los apreciaron ni en dos higos».

Asimismo, la contienda o el acontecimiento que ésta ha generado, como cualquier otra historia narrada en la obra alfonsí que nos ocupa, se resuelven con un milagro obrado por Santa María. En todos los casos, tanto la representación del

ejército como del hecho bélico son un pretexto para narrar un milagro mariano y para generar una actividad pía o la conversión por parte del sujeto beneficiado. Por todo ello entendemos que la visión de la imagen de la guerra en las *Cantigas* sigue muy apegada a la concepción religiosa que de la misma se tenía en el pasado y a ciertos elementos de «modernidad» propios del siglo XIII.

Recordaremos, por último, que, como sucedía habitualmente en la Edad Media con este tipo de obras miniadas que ornaban manuscritos ricos, en las que el destinatario principal es el rey, la contemplación de sus ciclos miniados es restringida, es para el monarca y para su entorno más próximo.

Después del análisis que hemos efectuado sobre el tema bélico en las *Cantigas* del Rey Sabio, nos ocuparemos, seguidamente, de las pinturas murales que ornaron varias arquitecturas civiles de la ciudad de Barcelona. Del conjunto de fragmentos que llegaron hasta nuestros días interesan, para este trabajo, los del Palacio Real Mayor y los del palacio de los Caldes, conocido también como palacio de Berenguer de Aguilar⁷². Desde que se descubrieron, a mediados del siglo pasado, en el Salón del Tinell y en otra estancia del referido palacio de la calle de Montcada, ambos ciclos pictóricos han merecido la atención de destacados especialistas en la materia⁷³. No obstante, dada su complejidad, estas obras bien merecerían que se efectuasen nuevos estudios sobre ellas. Por el momento nos basaremos en la bibliografía reseñada. En las obras mencionadas se ha querido ver cierta pervivencia de la tradición románica tardía, si bien parece claro que los artistas que elaboraron esos murales conocían lo que se entiende como gótico lineal, de finales del siglo XIII o rebasado ya 1300. Desde el punto de vista plástico se establecieron filiaciones con algún ejemplo de la pintura hispana del momento⁷⁴, con la tradición francesa⁷⁵, con

⁷² Como ya se ha dicho, ambas han sido arrancadas de su lugar de origen y se encuentran expuestas, respectivamente, en el Museo de Historia de la Ciudad de Barcelona y en Museo Nacional de Arte de Cataluña.

⁷³ Seguidamente remitimos a una sucinta y reciente relación bibliográfica: AINAUD DE LASARTE, Joan, *Pintures del segle XIII al carrer de Montcada de Barcelona*, Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 1969 (en adelante, AINAUD DE LASARTE, «*Pintures*»); ALCOY, Rosa, «Un *Decretum Gratiani* vaticà i la pintura catalanoballear a l'entorn del 1300», en *Miscel·lania en homenatge a Joan Ainaud de Lasarte*, Barcelona, 1998, t. I, pp. 307-325 (en adelante ALCOY, «Un *Decretum*»); DALMASES, Nuria y PITARCH, José, «L'època del Cister (segle XIII)», en *Història de l'Art Català, II*, Barcelona, 1985, pp. 221-222 (en adelante DALMASES y PITARCH, «L'època»); SUREDA I PONS, Joan, *La pintura gòtica catalana del segle XIV*, Barcelona, 1989, pp. 61-62, y CARBONELL, Eduard y SUREDA, Joan, *Tresors medievals del Museu Nacional d'Art de Catalunya*, Madrid, 1997, pp. 378-382 (en adelante CARBONELL y SUREDA, «*Tresors*»).

⁷⁴ En el caso de las pinturas del palacio de Aguilar, se han visto conexiones con las del monasterio vallisoletano de Valbuena. Consúltense la obra de AZCÁRATE RISTORI, José María, *El protogótico hispano*, Madrid, 1974, p. 71. Además se han relacionado también con pinturas de la gruta de Santa Margarita de Melfi: BOLOGNA, Ferdinando, *I Pittori alla corte angioviniana di Napoli 1266-1414 e un riesame dell'arte nell'età friedericiana*, Roma, 1969, pp. 60-62.

⁷⁵ AINAUD DE LASARTE, «*Pintures*», pp. 23-25.



los modos de hacer italianos y con la plástica anglo-francesa⁷⁶. Los sucesos que se narran en estos murales se han puesto en relación con la toma de Mallorca por Jaime I (1229) o la de Valencia (1238)⁷⁷. No se conserva documentación puntual sobre estas obras; no obstante, tampoco sería imprescindible para acercarnos a su mensaje si tenemos en cuenta la trascendencia de los hechos que describen y que, por ello, permanecieron fijos en el recuerdo y se pudieron transmitir por vía oral o por las narraciones de los cantares de gesta; además, no olvidemos que uno de esos murales se concibió para el palacio real, por lo que sería un modelo a emular. Por otro lado, se consideran fuentes textuales para ellos dos de las grandes crónicas catalanas: la *Crónica de Jaume I o Llibre dels Feits*⁷⁸ y la *Crónica de Bernat Desclot*⁷⁹, así como las noticias contenidas en el *Llibre de l'ordre de cavalleria* de Ramon Lull⁸⁰, el *Ordonament pels cavallers y llurs soldades en lo segle XIII*⁸¹ y los *Inventaris de les cases del Temple de la Corona d'Aragó en 1289*⁸².

Las pinturas del Palacio Real Mayor se descubrieron, en 1944, en el salón del trono (Tinell)⁸³. La composición del conjunto se distribuye en tres zonas, de las cuales dos se organizan en tres registros superpuestos. La tercera banda, muy deteriorada, sólo dispone de dos campos pintados. En los murales tripartitos, la zona superior imita un revestimiento de contraplacado de carácter simplemente decorativo; en los otros se disponen las escenas historiadas. En éstas se han representado, de arriba abajo, una serie de ballesteros y soldados, con sus armas, en grupo compacto y en actitud de marcha (fig. 9). Bajo ellos está la caballería, muy bien pertrechada y portando sus enseñas. Entre esas figuras parece que se vislumbran las imágenes del

⁷⁶ Así, por ejemplo, en DALMASES y PITARCH, «L'època», p. 222, se comparan con miniaturas surgidas en San Juan de Acre entre 1275 y 1291; véase también ALCOY, «Un *Decretum*». Recientemente, la profesora Melero Moneo ha sometido a revisión la pintura sobre tabla del gótico lineal catalán; aunque en su trabajo se ocupa tangencialmente de los talleres de pintura mural, sí que hace algunas puntualizaciones sobre estas obras barcelonesas y su conexión con otras mallorquinas sobre tabla. Las considera del gótico lineal; retrasa su cronología hasta el primer tercio del siglo XIV y propone para ellas una filiación anglo-francesa. MELERO MONEO, Marisa, *La pintura sobre tabla del gótico lineal. Frontales, laterales de altar y retablos en el reino de Mallorca y los condados catalanes*, Bellaterra, Barcelona, Girona, Lleida, 2005, pp. 43-48, 59-66.

⁷⁷ COL I ROSELL, Gaspar, «Desfile de lanceros y ballesteros», en *Cataluña medieval*, Barcelona, 1992, pp. 298-299, principalmente en p. 298 (en adelante COL I ROSELL, «Desfile»).

⁷⁸ JAIME I, *Libro de los Hechos*, Madrid, 2003, especialmente, pp. 122-191 (en adelante JAIME I, «Libro»).

⁷⁹ BERNART DESCLOT, *Crònica*, 3 vols., Barcelona, 1949, y *Les quatre cròniques, Jaume I, Bernat Desclot, Ramon Muntaner, Pere III*, edic. de Soldevila, Barcelona, 1971.

⁸⁰ RIQUER, Martín de, *Història de la literatura catalana*, Barcelona, 1964, vol. 1, p. 246.

⁸¹ CARRERAS I CANDI, Francesc, *La Cavalleria Catalunya*, Barcelona, 1899.

⁸² MIRET I SANS, Joaquín, «Inventaris de les cases del Temple de la Corona d'Aragó en 1289», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1911, vol. 42, y BLASCO I BARDAS, Ana M^a, *Les pintures murales del Palau Reial Major de Barcelona*, Barcelona, 1993, p. 49 (en adelante BLASCO I BARDAS, «Les pintures»).

⁸³ Consúltese BLASCO I BARDAS, «Les pintures», pp. 22-26.

rey y del obispo. Desde el punto de vista plástico son interesantes los recursos naturalistas utilizados por su artífice; a pesar de la bidimensionalidad que envuelve la escena, se ha conseguido cierto volumen al colocar algunos personajes ligeramente vueltos y al incorporar una noción de paisaje mediante pequeños árboles y líneas ondulantes que sugieren un espacio animado por suaves colinas. Los otros dos fragmentos se cubren con infantes y caballeros en posiciones enfrentadas⁸⁴.

Por otro lado, es preciso señalar que, aunque no hay ningún elemento que permita afirmar de manera rotunda que se trata del hecho de la conquista de Mallorca, algún estudio reciente lo apunta como probable o que, en todo caso, se pueden referir a un período histórico concreto o a un reinado determinado⁸⁵. Para plantear estas hipótesis, su autora se basa en el análisis de la heráldica, teniendo en cuenta que las enseñas de casi todos los linajes que participaron en la conquista de Mallorca y de Valencia están pintadas, en esta sala, en manos de las figuras que componen el ejército. Además, los protagonistas de la conquista de Mallorca se mencionan en las *Crónicas* de Jaime I y de Bernat Desclot. Igualmente, tales linajes, a excepción de la familia de Bearn, se han efigiado en el palacio de Aguilar al que nos referiremos seguidamente⁸⁶.

No hay duda de que el ambiente barcelonés de finales del siglo XIII y principios de la centuria siguiente fue propicio para mantener vivo el recuerdo de hechos históricos tan importantes como los aludidos, que la arquitectura civil estaba en auge y que las familias aristocráticas emulaban a la realeza en el adorno de sus residencias. Esto debió de pasar en el palacio de los Caldes o de Aguilar⁸⁷. En 1960 se descubrieron estos paneles en los cuatro muros de la sala principal del referido palacio. Con un marcado sentido narrativo, se dispuso un ciclo pictórico en el que parece describirse, con pinceles y vivos colores, la conquista de la ciudad de Mallorca a los sarracenos⁸⁸. Una vez más, las fuentes cronísticas han servido para la posible

⁸⁴ *Ibidem*, p. 59.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 60.

⁸⁶ *Ibidem*, pp. 48-58 y 72-75.

⁸⁷ Es el edificio que alberga el actual Museo de Picasso. A las obras de carácter general, ya citadas, sobre la pintura civil catalana, se pueden añadir sobre este ciclo pictórico los siguientes estudios: COLL I ROSELL, Gaspar, «Batalla de Portopí (del ciclo de la conquista de Mallorca)», en *Cataluña Medieval*, Barcelona, 1992, pp. 130-131; GAGÈS I PARETAS, Monserrat, «Pinturas murales del palacio de Aguilar: Campamento de Jaime I. Asalto a la ciudad de Mallorca», en *Museu Nacional d'Art de Catalunya. Prefiguración*, Barcelona, 1992, pp. 201-202; BLASCO I BARDAS, «Les pintures», pp. 62-70, y CARBONELL y SUREDA, «*Tresors*», pp. 372-382; VERRIÉ, Federico Pablo, «Mestre de la Conquesta de Mallorca. El campament de Jaume I i l'assalt i conquesta de Madina Mayurqa», en *Mallorca gòtica*, Palma de Mallorca, 1999, pp. 108-111; especialmente en p. 110 trata de explicar la presencia de este ciclo pictórico en una arquitectura palaciega, fuera del ámbito regio, por la amistad y gran armonía que existía entre la corona y esta familia barcelonesa. Consúltense además: AAVV, *Guía de arte gòtico*, Barcelona, 1999, pp. 21-25 (en adelante AAVV, «*Guía*»).

⁸⁸ Véase CARBONELL y SUREDA, «*Tresors*», pp. 373-378, y BLASCO I BARDAS, «*Les pintures*», pp. 62-64.



identificación de los pasajes conservados. En la escena de las pinturas de la pared oriental se ha dispuesto una serie de personajes sedentes, ricamente engalanados; al lado, unas estructuras arquitectónicas muy cuidadas, con muralla almenada y torre. En esta escena se ha querido ver la reunión de Cortes celebrada en Barcelona en 1228, en la que se tomó la decisión de llevar a cabo la campaña⁸⁹. Aún se conservan unos restos en los que se aprecia el mar. La expedición marítima, apenas perceptible, continuaba por el paramento norte⁹⁰. También han desaparecido las pinturas del muro de poniente. Mejor suerte corrieron los frescos del muro meridional; en éste se perciben dos secuencias bien diferenciadas. En ellas se narra la batalla de la sierra de Portopí, en un espacio abierto, sobre un fondo montañoso y con árboles. Ambos ejércitos se han enfrentado; el de los musulmanes lo componen hombres de diversas razas. Unos van a pie y otros a caballo; son imágenes que recuerdan las escenas ya analizadas del Palacio Real Mayor. Los sarracenos se protegen con rodela y espadas a la vez que enarbolan banderas, estandartes y hacen sonar los «añafles» o trompetas de guerra⁹¹. Los soldados del ejército cristiano van bien pertrechados, tanto los jinetes como sus monturas⁹². Se describen con detalle las armas de los linajes que intervinieron en la contienda. En la zona inferior se representa un combate, cuerpo a cuerpo, en el que debieron de fallecer ilustres miembros del ejército cristiano; sin embargo, las escenas de lucha no parecen demasiado crueles. En el otro fragmento de este muro se representan varios episodios, bien diferenciados, del asedio y la toma de Mallorca⁹³. En una lectura de derecha a izquierda se ve el campamento real, simbolizado por varias tiendas dispuestas en profundidad (fig. 10). En primer plano está la del rey; ante ella, se efigió al soberano acompañado por los miembros de la nobleza que lo apoyaban en la campaña⁹⁴. Además, a su derecha se sienta un obispo, tal vez Berenguer de Palou, que lo era de Barcelona, o tal vez el prelado de Tarragona⁹⁵. Todos portan el correspondiente atuendo militar, además,

⁸⁹ BLASCO I BARDAS, «*Les pintures*», pp. 121-122.

⁹⁰ *Ibidem*, pp. 129-134.

⁹¹ *Ibidem*, pp. 135-137.

⁹² RIQUER, «*Larnés*», pp. 27-49.

⁹³ BLASCO I BARDAS, «*Les pintures*», p. 149 y ss.

⁹⁴ Debían de ser los condes de Rosellón y Ampurias, así como los señores de Montcada, Centelles y Gilabert de Crüiles, de los que hacen mención las *Crónicas*. Tomado de AAVV, «*Guía*», p. 22.

⁹⁵ Tal vez pudiera ser Guillermo de Montgrí (1234-1239), que sólo fue electo y que reconquistó la isla de Ibiza en 1235. *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, t. IV, Madrid, 1975, p. 2530, y MANSILLA REOYO, Demetrio, *Geografía eclesiástica de España. Estudio histórico-geográfico de las diócesis*, t. II, Roma, 1994, p. 277. Implícitamente, parece que se alude a su intervención en la toma de Mallorca en una *Littera executoria* de Gregorio IX, dada en Letrán el 24 de abril de 1240. En ella se manda al arzobispo de Tarragona (Pedro de Albalate) que haga todo lo posible para que los obispos y nobles que tomaron parte en la conquista de la referida ciudad doten la catedral de este lugar, tal como habían prometido: «Especialmente deberán dotar esta iglesia el obispo de Barcelona (Berenguer de Palou), los prepositos de Tarragona y Solsona [...]», DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, Santiago, *Documentos de Gregorio IX (1227-1241) referentes a España*, León, 2004, núm. 918, p. 715.

el monarca lleva corona y el prelado se toca con la mitra. En otra tienda, en un segundo plano, conversan dos caballeros; se opina que pueden ser el conde de Ampurias y Pero Maça quienes, por desacuerdo con las decisiones que se habían tomado, decidieron segregarse del grupo para mostrar así su disconformidad. En la parte baja de la escena del campamento se puede observar, de manera incompleta, el combate entre soldados musulmanes y ballesteros del ejército del rey cristiano. Como convenía en estas situaciones, el ya citado campamento real estaba algo distante de la ciudad. Entre ambos lugares había un espacio amplio, con algunas colinas pobladas de árboles que nos recuerdan los de los frescos del Palacio Real Mayor. Seguidamente se levanta la ciudad, protegida por un recinto murado y torreado. En su interior se elevan ricas mansiones y el castillo de la Almudaina con sus defensas y sus guardianes (fig. 11). La escena representada reviste gran dramatismo; es el instante en el que algunos soldados cristianos han tomado posiciones en una torre y han colocado su enseña; otro clava una daga a uno de los defensores, que está a punto de caer al vacío desde el muro de ronda. Desde otras torres los sarracenos se defienden con las armas disponibles, mientras en las más lejanas aún se ve la enseña mora.

La complejidad del ciclo pictórico del palacio de Aguilar es evidente. Desde el punto de vista plástico se ha puesto en relación con las tablas del desmembrado retablo de Santa Úrsula del convento de los franciscanos de Palma de Mallorca⁹⁶. En otros palacios barceloneses también se encontraron restos pictóricos de interés pero no con ciclos figurados como los que nos ocupan.

Al iniciar el presente estudio considerábamos las escenas bélicas de estas pinturas murales de los palacios de Barcelona como obras de gran «modernidad». Ambos ciclos se realizaron en fechas próximas, en edificios civiles cercanos y tienen posibles fuentes comunes. Parecen escenas válidas para ilustrar hechos reales, para narrar en imágenes un relato épico, un acontecimiento histórico concreto, un período de un reinado determinado, o para exaltar las glorias de un monarca respetado. Se han asociado, como se ha dicho, a la persona de Jaime I y, cronológicamente, a finales del siglo XIII o rebasado 1300. De ser así, la figura de este monarca ya estaba en el recuerdo; parece que era un recuerdo muy vivo que se deseaba mantener y ensalzar. Coincide con un tiempo en el que se venía considerando como una figura heroica. Así se desprende del relato de la *Crónica*⁹⁷ y, por ello, sus hazañas y su imagen lo convierten en protagonista de los murales. Interesaba mostrarlo en ellos para recordar su figura y su linaje. En todo caso, las pinturas están tan maltrechas e

⁹⁶ Sobre esta pieza y sus relaciones con los frescos que nos ocupan, véanse PADRÓS, M^a. Rosa, «Escola gòtica lineal catalanobalear. Quatre fragments d'un retaule dedicat a Santa Úrsula», en *Mallorca gòtica*, Palma de Mallorca, 1999, pp. 112-114; LLABRES I MARTORELL, Pere-Joan, «Retablo de Santa Úrsula», en *Cataluña medieval*, Barcelona, 1992, pp. 128-129, y MELERO MONEO, «La pintura», pp. 59-66. Asimismo, CARBONELL y SUREDA, «*Tresors*», 381, refieren que «no están muy distantes estas pinturas de las de Sigena».

⁹⁷ BERNAT DESCLOT, «*Crònica*», vol. II, cap. XII.



incompletas que apenas podemos intuir la riqueza iconográfica que estos murales podían ofrecer.

Las pinturas del salón del Tinell del Palacio Real Mayor se consideran más antiguas. Por el lugar que ocupan opinamos, a modo de hipótesis, que debieron de ser un encargo regio y que el propio monarca debió elegir o proponer el tema; un programa pictórico en el que se cantaban sus glorias. Por ese motivo creemos también que la imagen regia formaría parte del conjunto mural⁹⁸. Además, se elige para su emplazamiento un lugar visible, un lugar para que fuese visto sin problemas, en el ámbito áulico, en el que el rey reunía el Consejo y recibía audiencias.

Más expresivas son las pinturas del palacio de Aguilar, algo más tardías pero dentro de la misma línea y con un valor similar. Son obras que encajan dentro del naturalismo del gótico lineal y sus escenas yuxtapuestas se pueden considerar como crónicas en imágenes. Como en el caso anterior, también estaban en la sala principal de la mansión señorial. Su ciclo narrativo es más complejo que el del Palacio Real Mayor y, como decíamos, parece que se inspira en la Conquista de Mallorca. Aquí sí aparece la figura del monarca de forma muy evidente. Para su identificación se usan los recursos propios del momento: se efigia con el tamaño jerárquico, se sienta en el trono, en primera fila, con gesto expresivo, se enmarca a la puerta de su tienda, va vestido para la ocasión como guerrero y no se olvida la corona. El rey es el protagonista principal y, como tal, preside las reuniones solemnes, ordena y se lleva a cabo su decisión: se pone en marcha el propio hecho del asalto a la ciudad de Mallorca. A su lado están los nobles, reconocidos por las enseñas de su linaje, y un prelado tocado con la mitra.

Por lo que hemos visto, estas pinturas de los palacios de Barcelona ofrecen unos ciclos pictóricos de carácter narrativo diferente a los que ofrece la obra alfonsina. En ningún caso hallamos signos de religiosidad. Su función es mucho más que un mero recurso ornamental. En el ciclo en el que está el rey, el mensaje parece claro; él nos dice que, como soberano, delibera, decide, ordena y está presente en los acontecimientos más trascendentales de su época y nada hay más trascendente, en cualquier reinado, que un hecho bélico. Su figura da fe de la campaña que llevó a cabo, la válida y la refrenda. Es un documento en imágenes, hecho con pinceles y color, válido para el momento en el que se hizo y para el futuro; con él se pretendía que quedase vivo en el recuerdo de quienes lo contemplasen en la posteridad. Y, en todo caso, ya sea una batalla real o no, es «verosímil» y es un claro ejemplo de «modernidad» que se puede englobar dentro del concepto de «pintura histórica».

Como se ha visto, creemos que se ha puesto de relieve la clara diferencia que existe entre el modelo de las *Cantigas* anclado, con la presencia del hecho milagroso, en el pasado y con una modernidad que apenas se vislumbra, y la modernidad que denotan las pinturas de Barcelona; una modernidad abierta a lo que se

⁹⁸ Parece que puede ser uno de los personajes que aparece en la cabalgada delante de la figura del obispo.

estaba haciendo en otros ámbitos europeos. Si la lectura que hemos hecho, a partir de las narraciones históricas mencionadas, es la verídica, parece plausible que, en ellas, se deseaba resaltar la importancia del acontecimiento bélico, la importancia de su emplazamiento palatino, el afán propagandístico y la legitimación real por el derecho de conquista. La imagen del rey así lo evidencia.

Después de la revisión que hemos efectuado sobre las escenas bélicas de las *Cantigas* y las pinturas palatinas de Barcelona parece claro que la intención y función de estas obras es bien diferente y que pocos elementos tienen en común, si bien hay aspectos que, por proximidad cronológica, pueden resultar coincidentes.



Fig. 1. *Cantiga* CXXVI. Sitio de Elche. El Escorial. Biblioteca del Real Monasterio, Ms. T. i. 1, fol. 179, 10. (Foto: Patrimonio Nacional)



Fig. 2. *Cantiga* CXXVI. Sitio de Elche. El Escorial. Biblioteca del Real Monasterio, Ms. T. i. 1, fol. 179, 20. (Foto: Patrimonio Nacional)

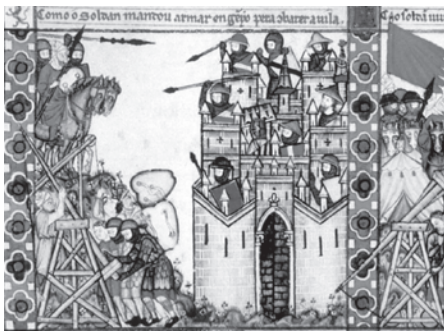


Fig. 3. *Cantiga* XXVIII. Sitio de Constantinopla. El Escorial. Biblioteca del Real Monasterio, Ms. T. i. 1, fol. 43, 30. (Foto: Patrimonio Nacional)



Fig. 4. *Cantiga* XXVIII. Sitio de Constantinopla. El Escorial. Biblioteca del Real Monasterio, Ms. T. i. 1, fol. 43, 40. (Foto: Patrimonio Nacional)



Fig. 5. *Cantiga* CLXV.

Defensa de Tortosa de Ultramar.
El Escorial. Biblioteca del Real Monasterio,
Ms. T. i. 1, fol. 221v., 50.
(Foto: Patrimonio Nacional)

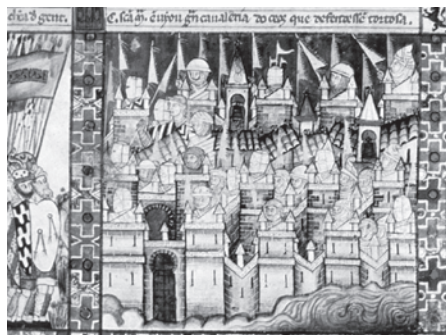


Fig. 6. *Cantiga* CLXV.

Defensa de Tortosa de Ultramar.
El Escorial. Biblioteca del Real Monasterio,
Ms. T. i. 1, fol. 221v., 60.
(Foto: Patrimonio Nacional)



Fig. 7. *Cantiga* CLXXXI. Sitio de Marraquech.
El Escorial. Biblioteca del Real Monasterio,
Ms. T. i. 1, fol. 240, 30.
(Foto: Patrimonio Nacional)



Fig. 8. *Cantiga* CLXXXI. Sitio de Marraquech.
El Escorial. Biblioteca del Real Monasterio,
Ms. T. i. 1, fol. 240, 40.
(Foto: Patrimonio Nacional)



Fig. 9. *Pinturas del Salón del Tinell. Palacio Real Mayor* (Barcelona). Detalle.
Museu Ciutat de Barcelona. (Foto: cortesía del Museu Ciutat de Barcelona)



Fig. 10. *Pinturas del Palacio de Aguilar* (Barcelona). Detalle. Museu Nacional d'Art de Catalunya. (Foto: MNAC, Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona, 2005)
(Fotógrafos: Calaveras/Mérida/Sagristà)



Fig. 11. *Pinturas del Palacio de Aguilar* (Barcelona). Detalle. Museu Nacional d'Art de Catalunya. (Foto: MNAC, Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona, 2005)
(Fotógrafos: Calaveras/Mérida/Sagristà)

MILITAT OMNIS AMANS.
LAS GUERRAS DE AMOR EN LA LITERATURA
*MEDIEVAL FRANCESA Y SU HERENCIA LATINA**

Elena Llamas Pombo
Universidad de Salamanca

RESUMEN

La concepción del amor como una guerra, entablada entre el dios Eros/Cupido/Amor y el enamorado, conforma una alegoría que heredó la literatura medieval francesa de la poesía erótica latina y, concretamente, de las obras de Ovidio. Se analizan cinco aspectos de esta herencia: 1. El significado de los atributos del dios Amor en la mitología. 2. El anacronismo como forma en que la literatura medieval transmite los modelos clásicos. 3. Las relaciones entre los textos y la iconografía medieval del dios Amor. 4. El paso del isomorfismo amor/guerra a la literatura religiosa. 5. La presencia de la metáfora amor/guerra en la lengua común.

PALABRAS CLAVE: Dios, amor, guerra, Ovidio, literatura francesa, Edad Media.

ABSTRACT

The vision of love as war between two combatants, Eros/Cupid/Love and the lover, fashions an allegory that French Medieval Literature inherits from Classical erotic literature and, more specifically, from Ovid. I intend to analyze five aspects of this heritage: 1. The significance of Cupid's attributes in mythology. 2. Anachronism as the way in which medieval literature conveys classical models. 3. The relationship between the texts and medieval iconography of Cupid. 4. The passage of the love/war isomorphism to religious literature. 5. The presence of the love/war metaphor in common speech.

KEY WORDS: Love, cupid, war, Ovid, French Literature, Middle Ages.

1. CUPIDO GUERRERO
EN LA POESÍA OVIDIANA

La literatura erótica latina formuló una concepción alegórica del amor como combate desigual entre un dios guerrero todopoderoso y un enamorado vencido. Dentro de tal ficción alegórica, el motivo amoroso de la *milicia de amor* o *militia amoris*, ya cultivado en el epigrama griego y en la elegía romana, llegó a ser un lugar común omnipresente en la poesía de Ovidio.

Militat omnis amans, et habet sua castra Cupido;
Attice, crede mihi, militat omnis amans.
quae bello est habilis, Veneri quoque conuenit
aetas.
(*Amores* I, IX, ed. Kenney)

Todo amante es soldado
y Cupido posee sus ejércitos.
Ático, créeme, todo amante es soldado.
La edad que es propia para hacer la guerra
también para el amor es la adecuada.
(Ovidio, *Amores*. 1. 9. Traducción de J.A.
González Iglesias)

En su transposición de términos bélicos al vínculo amoroso, el poeta latino recoge tradiciones mitográficas anteriores, pero las reviste de una coherencia singular y del nuevo lirismo de su personal expresión poética. En virtud de su alegoría bélica, Amor se sirve de ardidés y emboscadas para hacer uso de sus armas principales, las flechas, y el poeta mismo, en las noches de insomnio descritas en *Amores*, sufre la imperceptible flecha del dios:

nam, puto, sentirem, si quo temptarer amore—
an subit et tecta callidus arte nocet?
sic erit: haeserunt tenues in corde sagittae,
et possessa ferus pectora uersat Amor.
(*Amores* I, II, vv. 5 y ss., *ibidem*)

Pues, creo, me daría cuenta si estuviera
siendo acosado por algún amor.
¿O acaso entra furtivo y hábilmente
me hace daño con artes encubiertas?
Así debe de ser. Sus finas flechas
están clavadas en mi corazón
y el fiero Amor trastorna el pecho que ya es suyo.
(«Noche sin sueño y triunfo de Amor», *Amores*
1, 2, vv. 5 y ss., *ibidem*)

El amante cae cautivo y se entrega a su vencedor sin oponer resistencia:

acrius inuitos multoque ferocius urget,
quam qui seruitium ferre fatentur, Amor.
en ego, confiteor, tua sum noua praeda, Cupido;
porrigimus uictas ad tua iura manus.
nil opus est bello: pacem ueniamque rogamus;
nec tibi laus armis uictus inermis ero.
(*ibidem*, vv. 17-22)

A los que se resisten el Amor los fustiga
más duro y con crueldad mucho mayor
que a quienes le declaran servidumbre.
Pues bien, yo lo confieso,
Cupido, soy tu presa más reciente,
y hacia tu poder tiendo mis manos derrotadas.
Para nada la guerra es necesaria:
tregua y paz te suplico.
Desarmado y vencido por las armas
yo no te voy a dar ninguna gloria.
(*ibidem*, vv. 17-22)

* Este trabajo se inserta en el marco del Proyecto de investigación HUM2004-03007/ FILO, financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

Hallamos aquí el motivo alegórico del *triumfo del Amor* sobre el poeta, ya tratado por Propertio y antes por Píndaro y Calímaco, y que será desarrollado por Virgilio¹. La victoria de Amor se celebra en un *desfile triunfal*:

inque dato curru, populo clamante triumphum,
stabis et adiunctas arte mouebis aues.
ducentur capti iuuenes captaeque puellae:
haec tibi magnificus pompa triumphus erit.
(*ibidem*, vv. 25-28)

[...] el pueblo aclama el triunfo tuyo.
Desfilarán los jóvenes cautivos
y con ellos cautivas las muchachas.
Un magnífico triunfo te dará ese cortejo.
(*ibidem*, vv. 25-28)

Entre los cautivos va el amante, con su «recién abierta herida, arrastrando sus cadenas como un esclavo», y siguen a este cortejo, ya doblegadas, las tropas que resistieron contra Amor: *Mens Bona* (la Cordura) y *Pudicitia* (el Pudor), personificaciones abstractas originarias del helenismo, a las que se dedicaban templos en Roma².

Mens Bona ducetur manibus post terga retortis
et Pudor et castris quicquid Amoris obest.
(*ibidem*, vv. 31-32)

Allí irá la Cordura
con las manos atadas a la espalda,
el Pudor, todo aquello que a las tropas
del Amor se resiste [...]
(*ibidem*, vv. 31-32)

El ejército vencedor cuenta con las fuerzas de otras tantas personificaciones:

Blanditiae comites tibi erunt Errorque Furorque,
assidue partes turba secuta tuas.
his tu militibus superas hominesque deosque;
(*ibidem*, vv. 35-37)

Las Seducciones
te irán acompañando, y el Error, el Delirio,
la banda habitual de tus secuaces.
Con esa soldadesca
sometes a los hombres y a los dioses.
(*ibidem*, vv. 35-37)

La representación de Cupido como un guerrero vencedor que presenta esta elegía de Ovidio coincide con el primero de los cuatro grandes tipos iconográficos de Eros/Cupido/Amor en el arte occidental: el de una figura antropomórfica masculina y adulta. Recordemos, en grandes líneas, cuáles son estos tipos³:

a) En el arte griego arcaico y clásico, Eros era representado con la apariencia de un hombre adulto o un adolescente alado, como podemos ver, por ejemplo, en

¹ GONZÁLEZ IGLESIAS, ed., *ibidem*: 140.

² GONZÁLEZ IGLESIAS, ed., *ibidem*.

³ Aludiremos a estos cuatro grandes tipos, sintetizando la información que nos proporciona AGHION *et al.* (1997), MOORMANN *et al.* (1997), ZUFFI (2001) y BALLISTINI (2004).

un ánfora del siglo V antes de J.C. (véase figura 1). La figuración adulta de Eros nunca llegará a desaparecer, fundamentalmente, gracias a las representaciones del episodio mitológico griego de Psique y Cupido, héroes en edad adulta dentro de la tradición pictórica europea.

En la iconografía medieval, como veremos más adelante, Amor es una figura adulta y masculina en la mayoría de sus representaciones, aunque también, de modo ocasional, femenina y, excepcionalmente, infantil.

b) Desde finales del siglo V antes de J.C., en el arte helenístico, y más tarde, en el romano, Eros/Cupido tendrá un aspecto cada vez más infantil: esta figura mitológica será representada como un niño con alas, armado con el arco y las flechas, figuración que pasará a ser la más difundida en todo el arte occidental posterior.

El propio Ovidio, junto al Cupido encarnado en un soldado adulto, hace intervenir a este otro Cupido que, aunque siendo niño, no es menos poderoso y certero con sus flechas que el Eros adulto. En *Amores* lo evoca:

Sunt tibi magna, puer, nimiumque potentia regna:
[...]
questus eram, pharetra cum protinus ille soluta
legit in exitium spicula facta meum
[...]
me miserum! certas habuit puer ille sagittas.
uror, et in uacuo pectore regnat Amor
(*Amores* 1, 1, vv. 13-26, *ibidem*)

Niño, tus reinos son
grandes y en demasía poderosos
[...]
Apenas acababa de quejarme
cuando él, abriendo su carcaj de pronto,
extrajo las saetas
para perdición mía fabricadas,
[...]
(Desgraciado de mí! El niño tiene flechas
certeras. Yo me abraso, y el Amor
reina en mi corazón deshabitado.
(*Amores* 1,1, vv. 13-26, *ibidem*)

En la historia del arte, hallamos, pues, en primer lugar, la intervención individual de Eros/Cupido, desplegada en toda una serie de episodios: infancia, educación, edad adulta, amores con Psique, oposición entre *amor sagrado* y *amor profano*, etc.

c) Junto a esta individualidad, hemos de distinguir un tercer tipo iconográfico de Cupidos: los innumerables amorcillos que cumplirán una función esencialmente decorativa en las artes y que constituirán un motivo ornamental esencial a partir del siglo XV. Su modelo remoto son los amorcillos griegos y romanos (como los que aparecen en el *Nido de Amorcillos*, pintado en la casa de Cornelio Diadumeno en Pompeya (s. I a. J.C.) y los amorcillos que se incorporaron a las imágenes del naciente cristianismo, en escenas de vendimia (como las del mausoleo de Santa Costanza en Roma) o de vida cotidiana, como representación de la vida eterna y del Paraíso⁴.

⁴ Representaciones citadas por Marco BUSSAGLI en ZUFFI (2001: 47).



En estos tres primeros tipos, los atributos de Eros/Cupido/Amor serán las alas, el arco y el carcaj o la antorcha.

d) Se ha de tener en cuenta, por último, que en ciertos contextos Amor se representó mediante la figura de una mujer desnuda, símbolo del amor carnal⁵. Así ocurre, por ejemplo, en el arte alemán del final de la Edad Media, debido al hecho de que las palabras *Liebe* ('amor, afecto') y *Minne* ('amor cortés') son femeninas. Esta figuración femenina perdurará en el arte a través de la pintura de algunas alegorías, como la que opone *Amor sagrado* a *Amor profano*⁶.

Tanto en su lírica amatoria como en las *Metamorfosis*, Ovidio recoge toda la tradición mitográfica en torno a los atributos de Cupido: su antorcha enciende la pasión amorosa, y los efectos de sus dardos, los más poderosos del Parnaso, se hallan ya especializados. En la fábula de Dafne y Apolo, el dardo de oro desencadena el amor, y el de plomo lo hace huir:

Batiendo las alas se abrió camino por los aires y fue rauda a detenerse en la sombreada cima del Parnaso, donde sacó de su aljaba portadora de flechas dos dardos de diferente efecto; el uno hace huir al amor, el otro lo produce. El que lo produce es de oro, y resplandece su afilada punta; el que lo hace huir es romo y tiene la caña guarnecida de plomo. Este fue el que clavó el dios en la ninfa del Peneo [Dafne], mientras que con el otro hirió hasta la médula de Apolo después de atravesarle los huesos (*Metamorfosis*, I, 465 ss., ed. Ruiz de Elvira).

En la poesía ovidiana, muy próximo al motivo literario de la *militia amoris*, hallamos el del *servitium amoris*, o esclavitud del amor. Ovidio confiesa ser, él mismo, esclavo de Corina, estar cautivo de la belleza de su dueña. Se trata de un tópico frecuente en la poesía augústea, que interpreta las relaciones amorosas mediante una visión, eminentemente literaria, de servidumbre del amante respecto a su amada o *domina* (señora, dueña); una vivencia del amor que somete al enamorado a toda suerte de penalidades⁷. Este lugar común es importante, porque influyó de modo decisivo en el concepto del amor cortés, posteriormente en el petrarquismo y, a través de éste, en buena parte de la representación literaria del amor en Occidente.

La Edad Media concedió a Ovidio tal primacía sobre los demás poetas de la Antigüedad que el siglo XII ha llegado a ser considerado como una verdadera *aetas ovidiana*. Por ejemplo, a imitación del lenguaje de Ovidio, la transposición de términos bélicos al sentimiento amoroso será tempranamente adoptada por la literatura medieval francesa: los motivos del Amor como un arquero, de las flechas que hieren corazones, de la milicia que ejerce el amante, de la prisión que sufre una vez

⁵ Así lo recuerda PANOFSKY (1962 [1972: 157]).

⁶ Por ejemplo, Tiziano representó las dos figuras de mujer, *Amor sagrado* y *Amor profano*, acompañadas de un Cupido, niño, desnudo y alado. Analizan en esta obra las relaciones entre arte y erotismo, entre otros muchos autores, BALLISTINI (2004: 335-345) y BUSSAGLI (en ZUFFI 2001: 84).

⁷ Cf. GONZÁLEZ IGLESIAS (*ibidem*: 31), HALLET (1973), LYNE (1979) y MURGATROYD (1981).



vencido, etc., contribuirán a forjar el ideal amoroso de tono negativo propio del amor cortés.

2. EL ISOMORFISMO *AMOR-GUERRA*

Antes de ahondar en la herencia ovidiana de la literatura medieval francesa, nos será útil introducir algunas claves para explicar el origen de los dos atributos primarios que han caracterizado a Eros/Cupido/Amor, desde las cosmogonías y el arte griegos hasta la literatura latina. Gilbert Durand, en su arquetipología de estructuras antropológicas de la imaginación, nos proporciona una interesante explicación al respecto.

Los atributos que conservará Amor en el arte y la literatura medievales, a saber, las flechas y las alas, pertenecen al *simbolismo ascensional y diurno*, y están organizados a partir de esquemas de movimiento. ¿Por qué Amor es alado?, ¿por qué lleva el objeto simbólico de una flecha, que es atributo de un guerrero?

Para G. Durand, en la configuración de los símbolos, el medio y las circunstancias humanas condicionan y orientan los esquemas culturales. Así, cada uno de los tres gestos básicos del hombre orienta un tipo de *objeto simbólico* y suscita la aparición de una materia, una técnica y un utensilio simbólicos⁸. En primer lugar, los gestos rítmicos llevan emparejados sustitutos técnicos del ciclo como la rueda o la rueca. En segundo lugar, el gesto elemental del descenso, ligado a la digestión, atrae las materias de la profundidad, como el agua o las cavernas, así como los utensilios continentales: copas, cofres, etc. Y, en tercer lugar, el primer gesto esencial, la dominante postura vertical, exige las materias luminosas y las técnicas de separación y purificación, cuyos símbolos más frecuentes son las armas, las flechas y las espadas.

Los objetos simbólicos que caracterizan la figura mitológica de Amor vienen determinados por este tercer tipo de simbolismo diurno.

Amor/Cupido es alado, en primer lugar, porque *el ala*, utensilio ascensional por excelencia, es símbolo de la elevación y de la altura, que es la orientación espacial apropiada para un dios de la mitología. En segundo lugar, podemos considerar que posee este atributo merced a la función de *mensajero* que le otorgó el pensamiento griego. En *El Banquete* de Platón, por ejemplo, se presenta a Eros como mediador entre los hombres y los dioses⁹; para ejercer dicha función de mensajero entre dos mundos ha de llevar un atributo que señale la posibilidad de realizar un movimiento ascensional. Y es esta posibilidad de elevación lo que tiene en común Eros con los ángeles de los monoteísmos semitas: entre judíos, cristianos y musul-

⁸ DURAND (1969: 52, 54-55, 150).

⁹ Cf. AGHION *et al.* (1997: 18).

manes, el ángel es originariamente un mensajero y, por ello, su característica más universal es también la de ser alado¹⁰.

En segundo lugar, podemos recordar con Durand que «todo ángel es un poco militar», porque «la trascendencia siempre está armada»; en efecto, el héroe diurno o solar suele ser un guerrero violento y se opone en ello al héroe lunar, de carácter más bien resignado. En el héroe solar, cuentan más las hazañas propias que la sumisión al orden de un destino¹¹.

Esta imagen de una trascendencia armada no es ajena al imaginario de los textos judeocristianos. En la Biblia aparecen a menudo los ángeles de Dios organizados en ejércitos celestiales. La diestra de Yahvé sintetiza su poder y es temible cuando inflige su castigo a los pueblos. Este lenguaje bélico pervive entre los exégetas de nuestros días; por ejemplo, uno de los comentaristas actuales del *Libro del Apocalipsis* describe a San Juan como «el postrer general de los ejércitos del Cordero, que aún continúa con vida en lo rudo de la batalla»¹².

En tercer lugar, hemos de explicar las razones por las que el arma que porta el héroe es, concretamente, una flecha: ¿por qué el ángel suele ser sagitario? Y al referir la pregunta al ángel, podemos referirla igualmente al otro héroe alado, al arquetipo de Eros/Cupido/Amor¹³.

Gilbert Durand explica que, con frecuencia, la imagen tecnológica de la flecha viene a sustituir al símbolo del ala, porque la altura, más que una ascensión suscita un impulso. La flecha aparece así como símbolo de impulsión, porque su movimiento se produce con celeridad y en la dirección certera.

Su impulso, por otra parte, es reversible: a la flecha le corresponde el rayo, que es como flecha invertida, ya que, aunque en sentido descendente, mantiene también la celeridad y la dirección. La reversibilidad de ambos símbolos queda reflejada en algunas lenguas: en la etimología de ciertas palabras, en metáforas enraizadas en el léxico común y, por supuesto, en el lenguaje literario. Durand¹⁴ hace notar, por ejemplo, que el antiguo alemán *Strala* ('flecha'), está relacionado con el alemán moderno *Strahlen*, que significa 'rayo'. La lengua francesa, por su parte, ha condensado en la metáfora *coup de foudre* ('rayo'), lo que el español expresa con el sustantivo *flechazo*, es decir, el 'enamoramamiento súbito'. La literatura románica hará pervivir el símbolo del rayo, junto al de la flecha, como atributo y

¹⁰ Así nos lo recordaban Juan Pedro MONFERRER (2003) y M^a. Dolores BARRAL RIVADULLA (2003: 213), en una convocatoria anterior del CEMyR, al tratar, respectivamente, de «Ángeles, demonios y anticristos en los monoteísmos semitas» y «Ángeles y demonios, sus iconografías en el arte medieval».

¹¹ DURAND (*ibidem*: 179).

¹² *Sagrada Biblia*, ed. NÁCAR y COLUNGA (1944: 1380).

¹³ De hecho, en los textos medievales, ya se establece una analogía entre Amor y un ángel. En el *Roman de la Rose*, GUILLAUME DE LORRIS, al describir al dios *Amour*, lo compara con un ángel (*Il sembloit que ce fust uns angres / qui fust tot droit venuz dou ciel*. Vv. 902-903, ed. LECOY. «Parecía que fuera un ángel / recién bajado del cielo»).

¹⁴ DURAND (*ibidem*: 148).

arma certera del dios de Amor. Recordemos, por citar algún texto antológico, el célebre *Épitafile* de François Villon, en el que pervive en pleno siglo XV un motivo del amor cortés: la muerte del poeta, herido por el rayo de Amor¹⁵:

CI GIT ET DORT EN CE SOLIER,
QU'AMOUR OCCIT DE SON RAILLON,
UN PAUVRE PETIT ÉCOLIER
QUI FUT NOMMÉ FRANÇOIS VILLON.

AQUÍ YACE Y DUERME EN ESTE SOLAR
UN POBRE BACHILLER
LLAMADO FRANÇOIS VILLON,
QUE AMOR MATÓ CON SU RAYO.

Para completar nuestra lectura de los elementos iconográficos que acompañan al dios Amor, hemos de tener en cuenta una última observación de Durand: por su asimilación al rayo, la flecha simboliza no sólo la pureza sino también la luz; lo recto y súbito se hermana así con lo luminoso.

3. LAS GUERRAS DE AMOR EN LA LITERATURA MEDIEVAL FRANCESA

Todo este imaginario en torno a los atributos y objetos simbólicos del Amor personificado en una divinidad mitológica fue heredado por la literatura medieval francesa a través de los textos latinos y, fundamentalmente, a través de Ovidio.

Nuestro objetivo, en este artículo, no será el de establecer una genealogía completa de las fuentes, ni un repertorio exhaustivo de los textos que imitaron a Ovidio: la labor sería larga y poco útil, puesto que disponemos de numerosas monografías sobre la huella del poeta latino¹⁶. Nos limitaremos a trazar tres perfiles del cauce estético a través del cual se produjo la recepción de Ovidio y, en particular, la del motivo literario de la *milicia de amor*. Nos detendremos en los siguientes aspectos:

- a) El anacronismo y las relaciones de este motivo literario con la contemporaneidad medieval.
- b) La curiosa divergencia entre textos e iconografía (relaciones de los motivos literarios con el arte).
- c) Las relaciones del motivo literario con el caudal léxico de la lengua en general.

Como punto de partida, hemos seleccionado dos textos modélicos en lo que respecta a la transmisión de los motivos literarios que nos interesan aquí (véase ANEXO II). El primero es un texto del último tercio del siglo XII: un fragmento de *Piramus et Tisbé*, adaptación anónima en lengua francesa del episodio de las *Metamorfosis* de Ovidio, que narra la historia de los amantes babilonios Píramo y Tisbe.

¹⁵ «Épitaphe et Rondeau», «Le testament», François VILLON (ed. MARY 1962: 114).

¹⁶ Entre los trabajos esenciales, cabe destacar los de RAND, (1925), FRÄNKEL (1949), BATTAGLIA (1959) y CHEVALIER, ed. (1982).

El segundo es uno de los poemas líricos del *romancier* Chrétien de Troyes, igualmente del último tercio del siglo XII. Ambas composiciones se inscriben en la corriente de imitación de Ovidio propia del que ha sido denominado *Renacimiento del siglo XII*, época para la que ya hemos de tener en cuenta la posible influencia de los hallazgos líricos de la poesía provenzal.

En el primero de los textos seleccionados, el narrador apostrofa al dios Amor y describe sus efectos, asimilándolos a los de un guerrero. En el segundo de ellos, Amor, además de encarnar una fuerza batalladora, se transfigura en un señor feudal. *Milicia de amor, servicio de amor y flechas del dios*: la tónica de estas composiciones medievales es básicamente la que procede de Ovidio.

Ahora bien, como ya advirtió Edmond Faral (1913), aunque admitamos una poderosa tradición antigua en la literatura francesa del siglo XII, más que el hecho mismo de que los textos antiguos fueran leídos e imitados, importa el espíritu con que se leyeron.

Sin duda, podemos aplicar a la literatura la interpretación que el historiador del arte Erwin Panofsky ha dado sobre el valor de la mitología clásica en el arte medieval: las concepciones clásicas —filosóficas, científicas y artísticas— persistieron durante toda la Edad Media, pero las *formas artísticas* en las que perduraron tales concepciones durante el medievo fueron totalmente diferentes de nuestras ideas actuales sobre la Antigüedad.

Durante la Edad Media —explican Panofsky y Saxl—, en los países de Europa occidental, era inconcebible que un tema mitológico clásico fuera representado según los cánones del estilo clásico. El arte medieval de Occidente no podía o, lo que es lo mismo, no quería retener un prototipo clásico sin destruir su forma o su significación originales. Una de las características esenciales que Panofsky y Saxl atribuyen al espíritu occidental es, precisamente, «el modo como destruye las cosas y las reintegra después sobre nuevas bases, rompiendo con la tradición, para volver a ella desde un punto de vista completamente nuevo, y producir así un renacimiento en el verdadero sentido del término»¹⁷.

Aquel particular modo de recibir y destruir lo antiguo que predomina en la estética medieval se manifiesta en un curioso fenómeno, que Panofsky considera de fundamental importancia y que denomina el «principio de disyunción».

Cada vez que en la Edad Media [...] una obra de arte toma su forma de un modelo clásico, esa forma es casi siempre investida de una significación no clásica, normalmente cristiana; cada vez que en la Edad Media [...] una obra de arte toma su tema de la poesía, la leyenda, la historia o la mitología clásicas, ese tema es siempre presentado en una forma no clásica, normalmente contemporánea (Panofsky 1960 [2001: 136]).

En la literatura medieval, el instrumento fundamental para romper con la tradición y reconstruirla desde otro punto de vista es el *anacronismo*. (Fundamen-

¹⁷ PANOFSKY y SAXL (1990: 8 y 10).



tal, evidentemente, si dejamos a un lado la ruptura más importante, la de las formas y los géneros literarios, puesto que nuestro interés se centra aquí en la recepción de algunos temas antiguos.)

3.1. SOBRE EL ANACRONISMO

En el primer texto que hemos seleccionado, un fragmento de *Piramus et Tisbé*, el narrador se dirige a Amor, en el más puro estilo ovidiano del apóstrofe. El autor anónimo del poema francés que amplifica la fábula de Píramo y Tisbe no hace sino *ovidianizar a Ovidio*; reelabora el relato de las *Metamorfosis* mediante todo un tejido de monólogos y diálogos, nutridos de elementos textuales y tópicos literarios extraídos de otras obras de tema amoroso del poeta latino¹⁸. El poeta francés teoriza sobre el amor a la manera de Ovidio y emplea elementos presentes en *Ars amatoria*, *Amores*, etc. En el pasaje citado, de gran trabazón retórica, desarrolla el tópico del *poder omnímodo de los dardos* de Amor. Por imitación de Ovidio, surge, puede que por primera vez en lengua de oíl, esta alegoría originaria del arte y la literatura antiguos:

Contre ton dart n'a nul essoigne
Double hausberc ne double broigne.
Ta saiete ne set faillir,
(*Piramus et Tisbé*, vv. 27-29)

Contra tu dardo no hay defensa alguna,
ni doble cota de malla, ni doble coraza;
tu saeta no puede fallar;

La metáfora procede, sin duda, de Ovidio, pero al emplear un léxico de semantismo bélico, el adaptador medieval ha recuperado algunos clichés de la literatura épica francesa, frescos aún —podemos imaginar— en su propia memoria y en la competencia lingüística y estética del público cortés del norte de Francia.

Esta alegoría no es un hallazgo de nuestro poeta: sabemos, gracias a estudios exhaustivos sobre la técnica formularia de la épica y la novela caballeresca, que una de las escenas tópicas del combate es la del «resultado desfavorable de la batalla»: en una fórmula muy extendida, se nombra habitualmente el *haubert* o el *haubert y otra arma*, que no han resultado eficaces a pesar de su fortaleza y calidad. Por ejemplo¹⁹:

Le blans aubers ne li valut un gant
[La brillante cota de malla de nada le sirvió...]
(*Mort Aymeri de Narbonne*, 1225)

Que escus ne haubers ne l'a pas garenti
[Que ni el escudo ni la cota de malla lo protegieron...]
(*Quatre Fils Aymon*, 2320)

¹⁸ LLAMAS POMBO (1991).

¹⁹ ARAGÓN FERNÁNDEZ y FERNÁNDEZ CARDO (1985).



En los versos 27-29 de *Piramus* pervive la antigua alegoría del amante soldado, pero su verbalización, en el poema del siglo XII, pasa por un cliché épico que convierte al amante en un soldado medieval, vestido con una cota de malla (el *haubert*) o con una coraza (*broigne*), inútiles frente a los dardos del Amor.

En los *romans antiques* del siglo XII —así denominados por tratarse de ficciones novelescas basadas en textos latinos— y concretamente los *Romans de Thèbes* y *d'Enéas*, la pasión amorosa de las heroínas, Antígona y Lavinia, es descrita como un triunfo de Amor, en una guerra donde la enamorada es la torre de un castillo²⁰, asaltado y tomado por el dios siempre vencedor, en el más puro estilo de los asedios medievales. Y esta alegoría que asimila la honestidad o reputación de la mujer a un castillo alcanzará su máximo desarrollo en el *Roman de la Rose*; el castillo levantado por *Jalousie* (Celos) es descrito con toda minuciosidad: perfección de los muros, calidad de la piedra, fosos, almenas y torres, máquinas de guerra para la defensa, ballestas, guarniciones de soldados, etc. Amor, cual señor feudal, reunirá un gran ejército para hacer la guerra y vencer a *Jalousie*²¹.

De modo análogo, la iconografía medieval revestirá habitualmente de formas contemporáneas la apariencia del antiguo dios Eros/Cupido. En concreto, la figuración de Amor en la Edad Media responde a tres grandes tipos:

a) En figuraciones tempranas, Cupido es aún representado en su apariencia antigua, desnudo y sin actualización alguna por medio de atributos medievales, como podemos observar en el «Cupido volando» que figura en un ejemplar de hacia 1100 de la *Psychomachia* de Prudencio, conservado en Lyon. (Véase la figura 2: el dios pagano lleva sus cuatro atributos clásicos: el arco, el carcaj con flechas, las alas y la antorcha, esta última símbolo de la luminosidad que puede representar igualmente el rayo. Una tela lo cubre parcialmente, pero el torso mantiene la desnudez de los amorcillos del mundo clásico.)

b) Pronto, la literatura romance impregnará de su tópica la propia ilustración de los libros: en consonancia con la tradición clásica de la *militia amoris* y del Cupido guerrero, Amor puede ser representado con la protección propia de un soldado medieval. En un manuscrito del *Ovide moralisé*, de finales del siglo XV, por ejemplo (véase figura 3), el dios Amor, en su encuentro con Venus, lleva la coraza medieval, con sus dos partes, peto y faldón, además de los atributos habituales del arco, las flechas y las alas²². Una apariencia análoga presenta Cupido en *Le Livre des*

²⁰ Cf. PETIT (1982: 233).

²¹ *Roman de la Rose*, vv. 3.779 ss. y 10.465 ss., ed. LECOY.

²² La figura presenta otro elemento simbólico, que se incorporará al final de la Edad Media a la iconografía de Amor: la venda de los ojos, propia de «Cupido el ciego». Reproducimos en este artículo únicamente un fragmento, pero en su forma original completa, la miniatura representa a Venus, Amor y las tres gracias. Sobre la interpretación de la escena completa, así como sobre los orígenes del motivo de «Cupido el ciego», cf. los estudios ya clásicos en materia de iconología de PANOFKY (1962 [1972: 158, 169]), (1960 [2001: 140]).



Échecs amoureux de Evrart de Conty (ms. BNF, f. fr. 9197)²³: en una escena en la que aparecen Apolo, Vulcano y Venus (véase fragmento en figura 4), Cupido va ataviado como un soldado medieval, con la espada ceñida a la cintura. Las diferencias de detalle entre texto e imagen que presenta la escena, en esta obra alegórica de 1400, pueden ser representativas de la divergencia que presentan a menudo los programas iconográficos del libro medieval respecto a los textos; el autor describe a un Cupido niño, alado y ciego, mientras que la miniatura representa a un joven soldado con los ojos descubiertos:

Son filz cupido y estoit qui avoit eslez et se moustroit aveugle. Lequel aussi trayoit d'ung arcq contre appollo des sayettes qu'il portoit. Et pour ce que les deux s'en courouchoient l'enfant paoureux s'en racourroit par samblant a sa mere (Guichard-Tesson y Roy, eds. 1991).

[Allí estaba su hijo Cupido, que tenía alas y estaba ciego. Y tiraba con un arco contra Apolo las flechas que llevaba. Y como los dioses se enojaban, el niño asustado corría hacia su madre.]

c) La apariencia más frecuente de *Amor* en la Edad Media será, sin embargo, la de un rey coronado, aunque siga siendo portador de los símbolos clásicos de las alas y las flechas. Su atuendo podrá ser el de un joven galante (como en la figura 5) o el propio de un rey medieval, con un rico manto lleno de colorido.

La categoría suprema de «divinidad» que poseía Eros en el mundo antiguo viene representada por la corona, atributo medieval del estrato social superior, el de la «realeza». Así aparece habitualmente en los códices iluminados del *Roman de la Rose* de los siglos XIV y XV o en un célebre ejemplar de las obras poéticas de Guillaume de Machaut, del siglo XIV (véanse figuras 5 y 6). Pero esta corona real recae simbólicamente sobre Cupido en la Edad Media, de modo especial, porque calca el poder supremo del dios sobre el máximo poder en la sociedad feudal, esto es, el del rey a quien los súbditos deben su servicio.

Precisamente, un segundo anacronismo, relacionado muy de cerca con el anterior, es el de la transformación del latino *servitium amoris* en una relación feudal y vasálica. Chrétien de Troyes, en el poema «Amors tençon et bataille» (véase ANEXO II: TEXTOS), traduce al lenguaje cortés los conceptos ovidianos: el *miles* se convierte en un *champion*, un campeador o luchador en el campo de batalla. El *romancier* francés parafrasea, prácticamente, una elegía de los *Amores* de Ovidio; intercala la milicia de amor con el tópico del servicio de amor, pero la sumisión es expresada en el marco conceptual del vasallaje, del *servise*: el vasallo defiende la

²³ Cuya noticia y reproducción fotográfica debo a la profesora Dulce M^a. GONZÁLEZ DORESTE (2004), quien en sus trabajos sobre *Le livre des Échecs amoureux* y el *Roman de la Rose* evalúa, entre otros muchos aspectos, aquellas relaciones de divergencia o convergencia entre texto literario y tradición iconográfica (*cf.*, igualmente, entre otros estudios, GONZÁLEZ DORESTE 1996, 1997, 1998).

franchise, «el derecho de disposición» del señor; paga su talla (*sa taille*), su tributo (*li usages*) y el peaje (*li passages*) necesario para entrar en su feudo.

Desde Guillermo de Aquitania, que compuso sus poemas en los años de transición entre los siglos XI y XII, los trovadores habían adoptado el motivo literario del servicio de amor. Así, por ejemplo, Guilhem de Peitieu escribe:

Ja no sera nuils hom ben fis
Contr'amor, si non l'es aclis,
[...]
et a totz sels d'aicels aizis
obediens.

Nadie será de veras fiel
A Amor, si no se le somete
[...]
y si no se pone al servicio
de todos los que Amor hospeda

(Guilhem de Peitieu, VII, estr. VI, ed. bilingüe de Riquer)

Pero Chrétien amplifica el antiguo motivo y lo erige en una alegoría nueva.

En el *roman antique*, como en los *poemas ovidianos* del siglo XII, Amour personificado todavía es considerado un dios pagano —se le llama *li dieux d'amour*—. Según la nueva alegoría que amplifica Chrétien, propia del amor cortés de los trovadores, *Amour* ya no es un dios pagano, sino la personificación de un sentimiento abstracto.

El *Roman de la Rose* aún lo nombrará *li dieu d'Amours*, aunque ya no conserve de la divinidad sino el nombre, porque la personificación se habrá convertido en ficción alegórica y cauce de expresión del sentimiento.

Una primera conclusión se desprende de la comparación entre los textos literarios medievales y la figuración artística de Amor: la literatura suele preceder a la iconografía. En la transformación de las figuras mitológicas que presenta el libro medieval, primero se divulgaron las tradiciones mitográficas y a ellas se fue adaptando, más o menos de cerca, la ilustración miniada.

3.2. SOBRE LA RELACIÓN ENTRE LITERATURA E ICONOGRAFÍA

En la recepción medieval de la alegoría *amor-guerra*, se producen tanto convergencias como divergencias entre los textos literarios y la iconografía.

Uno de los atributos de Amor, las alas, permanecerá en la figuración humana de Amor a lo largo de los siglos; sin embargo, la literatura francesa de los siglos XII y XIII no indagó en su simbolismo, aunque los mitógrafos latino-medievales habían teorizado sobre el significado de las alas, como se verá más adelante. Las alas constituyen, sobre todo, un elemento de tradición iconográfica. En las miniaturas que ilustran el *Roman de la Rose*, por ejemplo, Amor siempre será alado, aunque en el texto esta cualidad no es objeto de un gran desarrollo alegórico, sino de una mera referencia; como apuntábamos anteriormente, Guillaume de Lorris describe a *Amour* como «un ángel recién bajado del cielo»²⁴.

²⁴ *Roman de la Rose*, vv. 902-903, ed. LECOY.



Al contrario, algunas convenciones pictóricas tuvieron un origen exclusivamente literario, como es el caso del *Cupido con garras*²⁵, que podemos encontrar en la *Alegoría de la Castidad*, de hacia 1320, en San Francisco de Asís (véase figura 7). En la escena, *Amor* es expulsado de la *Torre de la Castidad*: tiene la apariencia de un muchacho de doce o trece años, con alas, y lleva una corona de rosas. Sus ojos están vendados y se encuentra completamente desnudo, a excepción de la correa de su carcaj, en la que lleva enlazados los corazones de sus víctimas, a modo de trofeos de guerra. En vez de pies humanos, tiene garras de grifo.

Para conocer la «genealogía» de las diferentes figuraciones mitológicas, hemos de recordar con Panofsky y Saxl (1990) que no hay manuscritos medievales ilustrados de las obras de Ovidio y Virgilio, por lo que la iconografía relativa a sus obras sólo puede tener dos fuentes:

- a) Algunas representaciones bíblicas donde se insertan figuras mitológicas.
- b) Las ilustraciones de los enciclopedistas y mitógrafos medievales que trataron sobre las divinidades paganas.

A esta segunda circunstancia debe sus orígenes la figuración del *Cupido con garras*. Isidoro de Sevilla, en *De Diis Gentium*, había desarrollado ya una definición de Cupido como un *daemon fornicationis*, un demonio de la fornicación. Y Teodulfo de Orleans, a finales del siglo VIII, heredó y glosó esta figura demoníaca de Cupido, en un importante poema mitológico, *De libris quos legere solebam*²⁶, donde explica que *est sclaratus enim moechiae daemon et atrox* («el demonio de la fornicación es terrible y maligno»). *De libris* inaugura la imitación de Ovidio y su moralización —de tan intensa tradición en la literatura medieval románica—, cuando interpreta el infierno figurativamente habitado por dioses paganos: Cupido aparece allí con los importantes atributos de *alatus* (que es interpretado como símbolo de su modo de ser caprichoso e inconstante) y de *puer*, niño, porque carece de uso de razón.

Otro elemento figurativo de origen textual es el de la flecha lanzada por Amor directamente al ojo el amante. La escena es característica del texto y la tradición pictórica del *Roman de la Rose*. Véase la figura 8, correspondiente al pasaje siguiente²⁷:

Il a tantost pris une floiche ;
 [...] et tret a moi par tel devise
 que par mi l'ueil m'a ou cuer mise
 sa saiette par grant roidor.
 (*Roman de la Rose*, vv. 1687 ss., ed. Lecoy).

²⁵ Estudiado por PANOFSKY (1962 [1972: 159]).

²⁶ *De libris quos legere solebam et qualiter fabulae poetarum a philosophis mystice pertractentur* («Sobre los libros que yo solía leer y el modo como los filósofos pueden encontrar un significado místico en las fábulas de los poetas»). Cf. el excelente estudio de Jane CHANCE (1994).

²⁷ La ilustración corresponde al ejemplar del *Roman de la Rose* conservado en la BN de Madrid. Para una explicación completa de la escena, cf. OLIVER FRADE (2003).

[Tomó una flecha [...] y apuntándome, hizo que la flecha me entrara por un ojo y me llegara hasta el corazón con violencia.] (*Roman de la Rose*, vv. 1706 ss., traducción de C. Alvar, 1985)

El simbolismo de este ataque de Amor parece claro. Panofsky explica, en su estudio sobre *Cupido el ciego*, que en la literatura medieval Amor/Cupido nunca es ciego y que no puede serlo por la creencia platónica de que las emociones más nobles entran en el alma humana a través del más noble de los sentidos, el de la vista²⁸.

Fundamentalmente, el sentimiento amoroso es el que, súbito y certero como una flecha, prende más fácilmente por la contemplación del ser amado. La preceptiva erótica que ofrecía Ovidio se detenía especialmente en la importancia de la mirada en la conquista amorosa: en el *Arte de Amar*, el poeta latino recomienda mirar a los ojos de la mujer deseada con ojos que declaren el fuego y, en *Amores*, confiesa emplear él mismo este lenguaje del rostro, cuando anuncia a su conquista que con las cejas le dirá elocuentes palabras²⁹.

Como señala al respecto Carlos Alvar —evocando literalmente las palabras de otro poeta latino, Propertio (*Oculi sunt in amore duces*, Prop. II, 15, 12)—, los tratadistas y *romanciers* franceses del siglo XII, como Andreas Cappellanus o Chrétien de Troyes, repetirán incesantemente el motivo del poder de la mirada. En el siglo XIII, el *Roman de la Rose* convertirá a *Doux Regars* en ficción alegórica y personaje destacado del *Roman*, como compañero inseparable del dios Amor. Muy anteriormente, los trovadores occitanos habían indagado en los efectos de la mirada.

Bernart de Ventadorn, por ejemplo, expresó la idea de que el amor no nace de una elección de la voluntad, sino que penetra por la vista y sorprende al poeta súbitamente, desposeyéndolo de toda forma de control. Ventadorn, embebido de literatura ovidiana, se compara así con Narciso: una mirada hasta el fondo de los ojos, como en un espejo, despierta en el poeta el recuerdo de la leyenda del bello efebo:

Anc non agui de me poder
ni no fui meus de l'or'en sai
queAm lasset en sos olhs vezer
en un miralh que mout me plai.
Miralhs pus me mirei en te,
m'an mort li sospir de preon,
c'aissi-m perdei com perdet se
lo bels narcisus en la fon.

²⁸ PANOFSKY (1962 [1972: 147]). Más adelante, el célebre iconólogo señala que el arte alemán representará en el siglo XV a Amor como una figura femenina y ciega, que dispara una flecha al ojo del hombre enamorado o alocado (*ibidem*: 157).

²⁹ Cf., por ejemplo, *Arte de Amar*, I, 570-575 y *Amores*, I, 4, 17-20.



[Nunca más tuve poder sobre mí, ni fui mío desde aquel momento en que me dejó mirar en sus ojos, en un espejo que me place mucho. Espejo: desde que me miré en ti, me han muerto los suspiros de lo profundo, porque me perdí de la misma manera que se perdió el hermoso Narciso en la fuente.] («Can vei la lauzeta mover», 30 estrofa, ed. bilingüe de Riquer, vol. I, p. 385)

Si el amor penetra por la vista, no debe extrañar que, en algunas ocasiones, la flecha simbólica sea sustituida por otro símbolo, de tipo luminoso, por una emisión de luz procedente de los propios ojos del dios:

Haï Amors, devant tes iex
Ne puet garir ioenes ne viex
(*Piramus*, 23-24).

Ay, Amor! De tus ojos
no puede guarecerse joven ni viejo

En estos versos de *Piramus et Tisbé*, Amor no lanza una flecha a los ojos del amante, sino que es el propio destello de su mirada el que parece anular las defensas de aquellos a quienes alcanza, es decir, de todos y a cualquier edad.

3.3. TRANSPOSICIONES ALEGÓRICAS EN LA LÍRICA PIADOSA DEL SIGLO XIII

La transposición de términos bélicos al sentimiento amoroso va a pervivir en la lírica religiosa. En realidad, podemos considerar que es una de las posibilidades de expresión más característica de la permeabilidad existente entre poesía profana y poesía religiosa en Occidente.

Esta permeabilidad caracteriza, por ejemplo, la lírica piadosa en francés del siglo XIII que imitó el lirismo profano; del mismo modo que las canciones a la Virgen se componen mediante transposiciones del canto cortés o de la *chanson de femme*, algunos autores reescriben la *chanson d'ami* (canción de amigo), de tal modo que el poeta piadoso adopta el papel de *enamorado* y se dirige a Cristo, al que se le otorga el papel de amado o amigo. Este tipo de lenguaje amoroso puede leerse en una canción piadosa anónima del siglo XIII que hemos seleccionado (figura en último lugar, en el ANEXO II de textos).

Jesucristo es, en esta composición, el *ami*, el enamorado; y la relación de amor a lo divino reproduce un tópico de la poesía latina, omnipresente en las elegías ovidianas y ya ampliamente ilustrado por la lírica cortés del siglo XII: el amor es *una prisión* que el enamorado-Cristo inflige a la amada. La llamada divina a la vocación religiosa, igual que el enamoramiento profano, surge por un dardo que hiere imperceptiblemente: *Il m'a si navrée d'un dart / Mais que la plaie n'i pert* (Me ha herido con un dardo / sin que se vea la llaga).

Compárense estos dos versos con el texto citado de *Piramus*, del siglo XII: [*ta saiete*] *fet plaie sanz pertus / Vers qui ne puet herbe ne ius* («Tu saeta hace una llaga sin herida, contra la que nada puede hierba ni bebedizo», vv. 31-32). Se comprobará que el tópico de la herida sin llaga, de la herida que no se ve, se había convertido en un cliché en la primera literatura novelesca del siglo XII. Por ejemplo, uno de los manuscritos del *Roman de Thèbes*, el más ovidianizado, reproduce el tópico, referido a Antígona:



De son dart l'a ore ferue
El coer, ke el cors ne remue ;
Et nonporquant il n'i pert plaie,
Ne sans n'en ist, mais mout s'esmaie
(*Roman de Thèbes*, vv. 9337 y ss. Ms. P, *apud* Petit 1984: 232).

[Amor] con su dardo, entonces, la ha herido
en el corazón, que queda en su cuerpo inmóvil
y, sin embargo, no se le abre herida alguna,
ni sale sangre, pero ella pierde el sentido.

Más allá del mero formulismo literario, más allá de la actividad de reescritura en que consiste la literatura medieval, la Edad Media transmitirá todo un imaginario, toda una serie de constelaciones metafóricas que han conformado un lenguaje para expresar las diversas experiencias del amor.

En la poesía mística, permanecerá durante siglos la idea del corazón llagado o inflamado por una flecha y cuya curación sólo es posible si procede de quien lanzó la flecha. En las palabras de Santa Teresa de Jesús (*El corazón que mucho ama no admite consuelo sino del mismo que le llagó*) o de San Juan de la Cruz (*No llora por haberle amor llagado, / que no le pena verse así afligido, / aunque en el corazón está herido, / mas llora por pensar que está olvidado*³⁰) podemos reconocer un lenguaje similar al de la canción piadosa francesa (*Ja nul jour ne gariré, / Se par li non, «ya nunca sanaré si no es por Él»*).

El «dulce mal de amor»³¹ de la poesía ovidiana había cristalizado, en el *Roman de la Rose*, en las propiedades de una de las flechas del dios *Amour*, que tenía la virtud de ser dulce y dolorosa al mismo tiempo³². La literatura religiosa no dejará de expresar una antítesis análoga sobre la dulzura de la flecha o la llama que hieren. La canción francesa del siglo XIII (*Dieu, sa flèche qui m'a blessée, / Comme elle est douce et exquise*) no podría dejar de evocarnos otros versos de San Juan de la Cruz: *Oh llama de amor viva / Que tiernamente hieres / De mi alma en el más profundo centro*³³.

La cercanía entre textos tan alejados en el tiempo y el espacio nos lleva, ciertamente, lejos de las genealogías y herencias entre los textos de la literatura occidental. Para explicar esa cercanía sería preciso volver a las teorías generales del imaginario y a las configuraciones de imágenes que se repiten en civilizaciones diversas. Ahora bien, las imágenes tienen un medio muy fértil para sobrevivir; y no nos referimos aquí, precisamente, al medio visual de lo iconográfico. Nos referimos a las propias lenguas como cauce y sustancia de los conceptos en el habla común. Por esta razón, después de referirnos a la literatura y a la iconología, no podemos dejar de acudir a la Historia de la lengua.

³⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ. *Poesías VI. Un pastorico. Canciones a lo divino de Cristo y el alma*, 4-8.

³¹ Por ejemplo: *usque adeo dulce puella malum est* («hasta tal punto una muchacha es un dulce mal») *Amores* 2, 9b, v. 26, ed. KENNEY, trad. GONZÁLEZ IGLESIAS.

³² *Cele floiche ot fiere costume : / doçor i ot et amertume* (*Roman de la Rose*, vv. 1871-2, ed. LECOY). «Esta última flecha tenía una curiosa virtud: producía dulzor y amargura» (*Roman de la Rose*, vv. 1890-1. Traducción de C. ALVAR).

³³ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Poesías, VII. Llama de amor viva. Canciones del alma en la íntima comunicación de unión de amor de Dios*, 1-3.

4. ACERCA DEL ISOMORFISMO *AMOR-GUERRA* EN LA HISTORIA DE LA LENGUA

Para completar una historia somera del isomorfismo *amor/guerra*, se impone franquear los límites entre algunas disciplinas. El paso al territorio de la Historia de la lengua nos permitirá detenernos, en primer lugar, en un hecho gramatical del francés antiguo, y esbozar, en segundo lugar, la proyección de aquellas transposiciones metafóricas sobre nuestras lenguas actuales.

4.1. EL ESTATUS GRAMATICAL DE LA PERSONIFICACIÓN DE *AMOUR*

La personificación de *Amour* desde la más temprana literatura en lengua francesa y la todavía más temprana personificación de la palabra *amor* en la poesía occitana, dejaron su huella en el propio *estatus gramatical* de este sustantivo convertido en nombre propio.

Tal categoría, la de nombre propio, aparece reflejada en las ediciones y traducciones de los textos medievales³⁴ a través del empleo de la mayúscula inicial. Veamos varios ejemplos de la poesía de Guillermo de Aquitania (1071-1126), de finales del siglo XI o comienzos del XII, en la edición de Luis Alberto de Cuenca.

a) Nombre propio *Amor*: sentimiento personificado.

Greu partir si fai d'amor qui la trob' a son talen.

Difícilmente se separa de Amor quien halla en él placer.

(I. «Companho, farai un vers qu'er convinen», ed. bilingüe de L.A. de Cuenca)

D'amor no dei dire mas be.

De Amor no debo decir sino bien.

(VII. «Pos vezem de novel florir», *ibidem*)

b) Nombre común *amor*: 'sentimiento de afecto, amor, pasión'.

Si-m vol midons s'amor donar,

Si mi señora quiere darme su amor,

(IX. «Molt jauzens, mi prenc en amar», *ibidem*)

La nostr'amor va enaissi

A nuestro amor le ocurre igual

(X. «Ab la dolchor del temps novel», *ibidem*)

³⁴ En algunas de ellas, no en todas. Las ediciones que recoge Martín DE RIQUER, por ejemplo, así como sus traducciones correspondientes no establecen mediante la mayúscula dos especies para el sustantivo *amor*.

El editor moderno expresa con una simple oposición ortográfica la diferencia entre dos especies de nombres (minúscula/mayúscula = nombre común/nombre propio); la mayúscula convierte el concepto en *persona*, siquiera sea en el sentido etimológico de la palabra; esto es, lo transforma en *personaje* literario. Ahora bien, en la Edad Media no existía la mayúscula de nombre propio.

La mayúscula aparece muy esporádicamente en los manuscritos latinos como marca del nombre propio; Monique Bourin (1998), por ejemplo, describe algunos usos de la mayúscula en documentos latinos del siglo XII; Pedro Sánchez-Prieto (1998) señala algún caso infrecuente de mayúscula del nombre propio en castellano, en la escritura gótica libraria del siglo XIII. Nosotros mismos hemos señalado algún empleo ocasional de esta marca gráfica en francés, en manuscritos del *Ovide Moralisé* del siglo XIV³⁵. En todos los casos, se trata de precedentes aislados de una norma ortográfica que no cristalizará hasta las gramáticas del siglo XVI: los nombres propios, en francés como en español, se escribirán habitualmente con minúscula hasta comienzos del XVI³⁶. Por ejemplo, las palabras *Dieu* y *Dios* se escriben casi siempre con minúscula en el medievo.

Ahora bien, en el francés antiguo y en un número reducido de sustantivos, entre los que se encuentra *amour*, la lengua escrita produjo una marca de personificación, pero ésta no fue grafemática sino gramatical, puramente morfológica. La marca -s, característica del caso sujeto de una clase de sustantivos entre los que se hallan numerosos animados humanos y antropónimos, se extendió por analogía a sustantivos a los que no les correspondía etimológicamente. En los casos de *amors*, (*par*) *amistiés*, *paours* ('miedo') y *riens* ('la persona amada'), la adjunción de la marca -s funciona como *indicio de personificación*³⁷.

Respecto al género gramatical, se ha de notar que, en lengua de oíl, *Amour* fue originariamente una palabra de género femenino³⁸, aunque ocasionalmente, en singular, podemos encontrarla empleada con género masculino, que será el predominante a partir de los siglos XVI y XVII. Tal cambio de género se produjo tempranamente en la literatura cortés, porque el sustantivo siempre estuvo cerca de la personificación y ésta pasa por la imagen latina de un dios poderoso, es decir, una imagen antropomórfica masculina.

Es, pues, una tradición cultural, eminentemente literaria, la que sustenta esta modificación del género gramatical.

Pero pasemos al análisis de la marca de personificación. Recordemos brevemente, en primer lugar, las formas de la flexión nominal: el francés antiguo distin-

³⁵ LLAMAS POMBO (2005: 640).

³⁶ Cf. BEAULIEUX (1927: 157), SÁNCHEZ-PRIETO (1998: 170-174).

³⁷ Cf. «Emploi particulier de la marque Bs», en BURIDANT (2000: 81-28).

³⁸ Nótese que, aunque en francés moderno *amour* es un nombre masculino tanto en singular como en plural (p. ej.: *des petits amours*), sigue existiendo, dentro del léxico poético, la posibilidad del género femenino cuando este nombre va en plural (p. ej: *le vert paradis des amours enfantines*. Baudelaire). (Ejemplos citados en el Diccionario *Petit Robert, s.v. amour*).



guía entre el llamado *caso sujeto* (para las funciones de sujeto, atributo del sujeto, vocativo y aposición al sujeto) y un *caso régimen* (para las demás funciones). Por ejemplo, en el tipo primero de los masculinos, los parisílabos, tenemos una pequeña declinación:

Caso sujeto singular: <i>murs, li reis</i>	Caso sujeto plural: <i>mur, li rei</i>
Caso régimen singular: <i>mur, le rei</i>	Caso régimen plural: <i>murs, les reis</i>

El caso sujeto singular viene marcado por una *-s* (del latín *murus*, por ejemplo), frente al caso régimen singular (de *murum*) que no lleva tal marca.

P. ej.: CASO SUJETO (subrayado)

Li reis est fiers
(*Chanson de Roland*, 56)
[*li reis* desempeña la función de sujeto]

El rey es orgulloso...

Ainçois qu'il eussent AvijA ans
Toucha amors les AijA enfans
(*Piramus et Tisbé*, v. 14, ms.BNF 837)
[*amors* desempeña la función de sujeto]

En cuanto tuvieron siete años,
tocó Amor a los dos niños

P. ej.: CASO RÉGIMEN (subrayado)

La mort le roi Artu
[*le roi Artu*, caso régimen en función de complemento de nombre]

La muerte del rey Arturo

Car j'ai le roi tolu son fil
(*Thèbes*, 2404, cit. Buridant 2000: 88)
[Complemento dativo no preposicional]

Pues al rey le he quitado a su hijo

Mes ce que l'en les garde plus [...]
Fet lor amor plus aviver
(*Piramus et Tisbé*, v. 120-123, ms. BNF 837)

Pero aquello que más les impiden hacer
más hace avivar su amor

Realmente, la flexión no era fundamental para la discriminación de las funciones sintácticas del sustantivo, ya que, en la mayoría de los casos, era redundante respecto al orden de las palabras en la frase. Esta declinación quedaba, pues, disponible para desempeñar en los textos un papel que ya no sería de orden estrictamente sintáctico³⁹.

La declinación terminó institucionalizándose en cierto sentido⁴⁰, convirtiéndose en un efecto estilístico propio de la lengua escrita: un arcaísmo mantenido

³⁹ CERQUIGLINI (1983: 29).

⁴⁰ *Institutionalisation* es el término empleado por BURIDANT (2000: 80), entre otros autores, para caracterizar el conservadurismo y el refuerzo de la declinación que se produjo en los siglos XIII y XIV.

sólo en el registro literario por una voluntad de buen uso (algo semejante —como explica Roger Wright— al mantenimiento en lengua española del imperfecto de subjuntivo o en francés de algunas formas de pretérito como posibilidad latente, formas comprendidas en ciertos contextos, en virtud de la competencia pasiva de los locutores, pero no vivas ni disponibles en la lengua hablada⁴¹).

En este contexto literario del francés antiguo, una lengua elaborada por los letrados, encontramos que, a partir de 1150-1160, la palabra *amor* comienza a ser empleada con la -s final no solamente en el caso sujeto, sino también en caso régimen, dentro de las expresiones *d'amors*, *par amors* (cuando lo esperable sería *d'amor* y *par amor*), expresiones que estuvieron en uso hasta el siglo XVI. Ello era posible porque la flexión nominal sobrepasaba la noción sintáctica de sujeto y podía marcar la función de *actanté*⁴².

D'amors y *par amors* pueden ser analizados como locuciones adverbiales calcadas sobre el modelo de otras locuciones (*a geus*, *de jors*, *a merveilles*), en las que la terminación -s es una marca adverbial. Sin embargo, los textos también presentan en ocasiones formas de caso régimen con función de complemento, en los que la -s es la marca del estatus de actante que posee *Amors*. Por ejemplo:

Douce amors [porte] *la coche d'arriere*
(*Piramus et Tisbé*, v. 40 ms. BNF 837)

La muesca [de la flecha lleva] dulce amor

[Sujeto: *la coche d'arriere*. Complemento directo en Caso Régimen: *douce amors*]

Jean Frappier (1967) analizó minuciosamente el fenómeno: no está en los cantares de gesta y aparece, curiosamente, en el momento en que las concepciones cortesas están extendiéndose por el norte de Francia. La importancia del tema del amor en la novela acrecienta la frecuencia de empleo de la palabra, empieza a enriquecerla, a matizarla y a afinar sus valores.

Con la adjunción de una -s al caso régimen de la palabra *amour* se había producido un cambio gramatical, pero no a causa de determinada erosión fonética o por una necesidad sintáctica, sino por una concepción estrictamente literaria. Era ante todo en la literatura escrita donde *Amor* desempeñaba una función de *actante*. En los textos, predominaron los aspectos significativos más sobresalientes de la palabra sobre la sintaxis. Esto es, prevaleció una concepción del amor no como un sentimiento que emana de los enamorados, sino como una fuerza exterior, activa e incontrolable.

En efecto, *Amour* es, mayoritariamente, un *actante* en los textos de los siglos XII y XIII; o, mejor dicho, puesto que hablamos de literatura, es un *actor*. Es *un personaje que actúa*: no llevaba mayúscula de nombre propio, pero sí llevó una -s antietimológica de actante, como indicio de *personificación*.

⁴¹ WRIGHT (1998: 304).

⁴² CERQUIGLINI (1976: 190; 1983: 29).



En suma, el sistema conceptual que identificó a Amor con una divinidad guerrera o con una personificación del sentimiento terminó influyendo en la propia gramática del francés antiguo. Como afirma Bernard Cerquiglini, la historia de la lengua también se fragua en la literatura⁴³.

4.2. «METÁFORAS DE LA VIDA COTIDIANA»

Pensando ya en nuestras lenguas actuales, a nadie se nos esconde: la metáfora que identifica el sentimiento amoroso con una guerra estructura parcialmente los conceptos que usamos a diario y permanece viva en la literatura. Citaremos, entre los cientos o miles de ejemplos posibles, cómo la revitalizan Vicente Aleixandre y Paul Éluard:

La sequedad viviente de unos ojos marchitos,
de los que yo veía a través de las lágrimas,
era una caricia para *herir las pupilas*,
sin que siquiera el párpado se cerrase *en defensa*.
(«No busques, no». *La destrucción o el amor*. 1932-1933)⁴⁴

Au fond de notre cœur, tes yeux dépassent tous les ciels, leur cœur de nuit. Flèches de joie, ils tuent le temps, ils tuent l'espoir et le regret, ils tuent l'absence (Paul Éluard, *Donner*, 1939, p. 69). [En el fondo de nuestro corazón, tus ojos van más allá de todos los cielos, su corazón de noche. Flechas de alegría, matan el tiempo, matan la esperanza y la pena, matan la ausencia.]

Más allá de las filiaciones directas entre la poesía latina y la poesía romance del medievo, nuestras lenguas, en su historia, se han nutrido de los sistemas conceptuales metafóricos que la literatura ha cultivado. Sabemos que «las metáforas son básicamente culturales y además en gran medida propias de cada lengua»⁴⁵. Las metáforas fraguadas en la lengua latina, lógicamente, se convertirán en troquel semántico de las palabras en las distintas lenguas romances. No sólo compartimos el esqueleto etimológico de las palabras, compartimos, en gran medida, toda una ordenación verbal de los conceptos. Son, seguramente, mucho más abundantes las metáforas básicas comunes que los hallazgos individuales entre las lenguas neolatinas.

El concepto 'el amor es guerra' no es sino «una metáfora de la vida cotidiana», si se nos permite evocar aquí el título de la obra de George Lakoff y Mark Johnson *Metáforas de la vida cotidiana*, cuyo original inglés *Methaphors we live by*

⁴³ Cf. CERQUIGLINI (1983: 22).

⁴⁴ En su edición de los *Amores* de OVIDIO, J.A. GONZÁLEZ IGLESIAS (1997: 140) compara la elegía del poeta latino dedicada al triunfo de amor con el poema de Aleixandre del mismo título: «Triunfo de Amor».

⁴⁵ MILLÁN y NAROTZKY (1995: 24).

(«Las metáforas a través de las que vivimos») acierta, aún más si cabe, en la diana de lo que ha ocurrido con las flechas de Amor. Estos autores nos muestran cómo la metáfora *amor-guerra* posee plena vigencia en numerosos conceptos cotidianos y cómo se refleja en el lenguaje literal (citaremos únicamente ejemplos del español, pero podrían aportarse los equivalentes en lengua francesa actual):

Es conocido por sus abundantes y rápidas *conquistas*. *Luchó* por él, pero su amante *venció*. *Huyó* ante sus *avances* (insinuaciones). Lo *persiguió implacablemente*. Lentamente va *ganando terreno* con ella. Consiguió su mano (*ganó*). Le *subyugó*. La *asedian* los pretendientes. Tiene que *defenderse* de ellas. *Reclutó la ayuda* de sus amigos. *Se alió* con la madre de ella. Si he visto un matrimonio desigual (*alianza*) es ése (Lakoff y Johnson, 1995: 88).

La vieja alegoría bélica sigue viva hasta en los mensajes electrónicos de los más jóvenes, como lo prueba el siguiente mensaje, extraído de una guía para entender los SMS en francés:

—<3— se traduce como «une flèche traverse mon coeur», esto es, «una flecha atraviesa mi corazón» (*SMS/TEXTO*, 2002: 91).

Tal pervivencia del isomorfismo *amor-guerra* constituye un ejemplo inmejorable para sustentar y dar razón al medievalista Paul Zumthor, cuando afirma que

la Edad Media creó, a base de elementos heterogéneos, las lenguas que hablamos hoy. Forjó, en lo esencial, los discursos que mantenemos y que formalizan nuestras pulsiones y nuestro pensamiento: se ha dicho ya, hace tiempo, aunque de modo insuficientemente matizado, *de nuestro discurso amoroso* (Zumthor 1980: 70).

La literatura ha sido la caja de resonancia donde se ha templado el decir de las lenguas, donde se ha fraguado a veces el valor semántico de las palabras que son la moneda en curso de nuestras lenguas.

Como advertía el profesor Coseriu, «en la lingüística actual se considera muchas veces sólo la lengua hablada primaria como ‘natural’ y ‘libre’, en tanto que la lengua ejemplar [...] y su forma literaria se consideran como ‘artificiales’ e ‘impuestas’». Pero realmente —afirma el profesor rumano— la lengua literaria es también el «taller» donde se experimenta y elabora la ejemplaridad idiomática⁴⁶; donde se forjan en ocasiones, podríamos añadir, los significados que damos a las palabras.

Los breves ejemplos citados sobre la metáfora *amor-guerra* son buena prueba de la imposibilidad de establecer fronteras en algunos territorios que comparten lengua literaria y lengua común.

Si la lengua es un «saber hacer», un «saber hablar tradicional», en el sentido de «transmitido», su historia está esencialmente presente. O, dicho con palabras

⁴⁶ COSERIU (1997: 9).



más bellas de Emilio Lledó: el presente del acto del habla es también «un acto del pasado», porque el pasado común de la lengua —incluida la lengua literaria, podemos añadir— «preexiste como gran memoria colectiva»⁴⁷.

Pues bien, en esa gran memoria, la lengua literaria medieval es la que nos ha legado la idea de las flechas vencedoras en las batallas de Amor.

ANEXO I: FIGURAS⁴⁸



Figura 1. *Eros volando con una lira*. Ánfora, ca. 470 a. J.C. París, Musée du Louvre.

⁴⁷ LLEDÓ (1992: 19).

⁴⁸ Se trata, en todos los casos, de dibujos actuales realizados a partir de las correspondientes ilustraciones medievales a las que se alude en el «pie de foto». Realizados por Malocha POMBO.



Figura 2. *Cupido volando*. Prudencio, *Psychomachia*, ca. 1100. Lyon, Bibliothèque du Palais des Arts, ms. 22, detalle del fol. 17v.



Figura 3. *Cupido ciego*, *Venus y las Tres Gracias* (detalle), *Ovide moralisé*, ca. 1480. Copenhague, Biblioteca Real, ms. Thott 399, 2º, fol. 9v.



Figura 4. *Cupido con Venus, Apolo y Vulcano* (detalle). Évrart de Conty.
Le Livre des Échecs amoureux. Siglo xv. Ms. Bibliothèque Nationale de France, f. fr. 9197.



Figura 5. *Amor hiere al amante con sus flechas* (detalle). *Roman de la Rose*. Siglo XIV, Viena, Österreichische Nationalbibliothek.



Figura 6. *Amor presenta a Dulce Pensamiento, Placer y Esperanza al poeta Guillaume de Machaut* (detalle). En *Oeuvres poétiques de Guillaume de Machaut*, ca. 1375. Ms. Bibliothèque Nationale de France.



Figura 7. *Cupido ciego* (detalle de la *Alegoría de la castidad*), ca. 1320-1325.
Dovela de la bóveda atribuida al llamado «Maestro de las Dovelas»,
en la iglesia inferior de San Francisco de Asís.

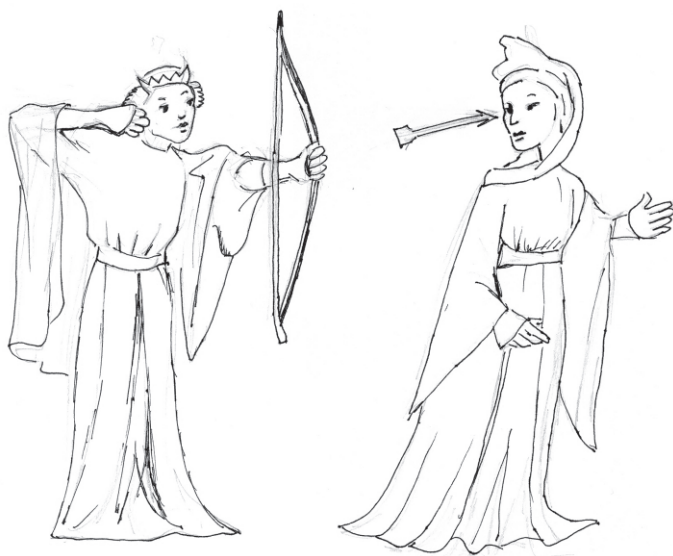


Figura 8. *Amor hiere al amante con sus flechas*. *Roman de la Rose*. Finales del siglo XIV.
Ms. Biblioteca Nacional de Madrid, Vitr. 24/11, fol. 13vº.

ANEXO II: TEXTOS⁴⁹

§ 1. *Piramus et Tisbé* (fragmento, vv. 24-42, ed. Branciforti)

<p>Hai, Amors! Devant tes iex Ne puet garir ioenes ne vieix ; Il n'est iovenite ne aëz Qi de ton dart ne soit navrez. Contre ton dart n'a nul essoigne Double hausberc ne double broigne. Ta saiete ne set faillir, Vers lui ne puet nulz homs garir ; Ele fet plaie sanz pertus Vers qui ne puet herbe ne ius ; Sanz dolor fait traire souspir, Sanz sanc expandre fait parir. Li fers de ton dart porte feu, Souspirs la fleche du mileu, Li penon engiens et priere, Douce amors la coche d'arriere. Li fers navre en l'esgarder, La fleche coule el penser, Li penon font les apareulz, La coche aioste les conseilz.</p>	<p>(Ay, Amor!, ante tus ojos no puede guarecerse joven ni viejo; no hay juventud ni ancianidad que por tu dardo no sea herida. Contra tu dardo no hay defensa alguna, ni doble cota de malla ni doble coraza; tu saeta no puede fallar; ante ella nadie puede guarecerse; hace una llaga sin herida contra la que nada puede hierba ni bebedizo; sin dolor hace suspirar, sin sangre derramar, hace palidecer. El hierro de tu dardo lleva fuego, suspiros el asta del medio, las plumas, astucias y ruego, dulce amor la muesca del extremo. El hierro hiera con la mirada, el asta penetra en el pensamiento, las plumas hacen los preparativos, la muesca alía las decisiones.</p>
--	--

§ 2. Chrétien de Troyes. *Amors tençon et bataille* (ed. Zai)

<p>I Amors tençon et bataille Vers son champion a prise Qui por li tant se travaille Q'a desrainier sa franchise A tote s'entente mise : N'est drois q'a sa merci faille ; Mais ele tant ne lo prise Que de s'aïe li chaille.</p>	<p>Amor combate y batalla contra su campeón ha emprendido, contra quien por él se atormenta tanto que ha puesto su empeño todo en defender los derechos de tal señor. Es injusta de Amor la impiedad, y en tan poco lo aprecia que nada le importa su tributo.</p>
<p>II Qui que por Amor m'assaille, Senz loier et sanz faintise Prez sui k'en l'estor m'en aille, Que bien ai la peine aprise. Mais je criem k'en mon servise Guerre et aïne li faille. Ne quier estre en nule guise Si frans, q'en moi n'ait sa taille.</p>	<p>Quiquiera me ataque en nombre de Amor, presto estoy a entrar a la carga, sin titubeos y aun sin soldada, pues bien tengo aprendido a sufrir. Mas temo, en mi vasallaje, no dar por Amor suficiente guerra. No quiero estar, en modo alguno, liberado y exento de pagarle mi talla.</p>

⁴⁹ La traducción al español de los tres textos es nuestra. Igualmente lo es, salvo que se señale otra fuente, la traducción de los textos en francés citados a lo largo de este artículo.



- | | | |
|-----|---|--|
| III | Nuls s'il n'est cortois et sages,
Ne puet d'Amors riens aprendre ;
Mais tels en est li usages,
Dont nulz ne se seit deffendre,
Q'ele vuet l'entree vandre.
Et quels en est li passages?
Raison li covient despandre
Et metre mesure en gages. | Quien no sea juicioso y cortés
nada puede aprender de Amor.
Según su tributo,
del que nadie se libra,
él vende el derecho de entrada en su feudo.
¿Y cuál es su peaje?
Hay que gastar la razón
y poner en juego la medida. |
| IV | Fols cuers legiers ne volages
Ne puet rien d'Amors aprendre.
Tels n'est pas li miens corages.
Ki sert senz merci atendre.
Ainz que m'i cuidasse prendre,
Fu vers il durs et salvages ;
Or me plaist, senz raison rendre,
Ke ses prou soit mes damages. | El corazón alocado, ligero y voluble
nada puede aprender de Amor,
pero no es así mi corazón,
pues sabe amar sin esperar recompensa.
Antes de que me aprisionara,
fui con él duro y feroz,
mas ahora, no sé por qué razón,
pláceme que mi daño sea su beneficio. |
| V | Molt m'a chiers Amors vendue
S'onor et sa seignorie,
K'a l'entrée ai despendue
Mesure et raison guerpie.
Lor consalz ne lor aiue
Ne me soit jamais rendue ;
Je lor fail de compaignie,
N'i aient nule atendue. | Muy caros me ha vendido Amor
su feudo y su señorío,
que a la entrada he gastado
medida y perdido razón:
el consejo y la ayuda de ambas,
que ya no me los devuelvan;
les niego mi compañía:
que ya no me esperen más. |
| VI | D'Amors ne sai nule issue,
Ne ja nus ne la me die !
Muër puet en ceste mue
Ma plume tote ma vie :
Mes cuers n'i muèrat mie ;
S'ai en celi m'atendue
Que je dout que ne m'ocie :
Ne por ceu cuers ne remue. | Al feudo de Amor no le conozco salida,
¡mas que nadie me la muestre!
Podría estar mudando el plumaje en esta jaula
durante toda mi vida,
que mi corazón en nada se mudaría.
Y así, toda esperanza he puesto
en quien temo me mate:
mas ni por ello mudará mi corazón. |
| VII | Se merciz ne m'en aiue
Et pitiez, qui est perdue,
Tart iert la guerre fenie
Que j'ai lonc tens maintenue ! | Si merced y piedad, que tengo perdidas,
no vienen en mi ayuda,
mucho tardará en acabar
la guerra que por tan largo tiempo he mantenido. |

§ 3. *Chanson pieuse. Li debonnaires Diex m'a mis en sa prison*
(Fragmento. ed. Dufournet 1989)

Li debonnaires Diex m'a mis en sa prison
Vous ne savez que me fist
Jhesu Crist li miens amis,
Quant jacobine me fist
Par grant amours.

El Dios de bondad me ha encerrado en su prisión
No sabéis lo que en mí ha hecho
Jesucristo, mi amigo,
cuando me hizo religiosa
por su gran amor.

Li debonnaire Diex m'a mis en sa prison.

Il m'a si navrée d'un dart
Mais que la plaie n'i pert,
Ja nul jour ne gariré,
Se par li non.

Li debonnaire Diex m'a mis en sa prison.

Diex, son dart qui m'a navré
Com il est douz et souefs,
Nuit et jour m'i fait penser
Com Diex est douz.

Li debonnaire Diex m'a mis en sa prison.

El Dios de bondad me ha encerrado en su prisión

Me ha herido con un dardo
sin que se vea la llaga;
ya nunca sanaré
si no es por Él.

El Dios de bondad me ha encerrado en su prisión

La flecha de Dios que me ha herido,
qué tierna y suave es;
día y noche me hace pensar
qué dulce es Dios.

El Dios de bondad me ha encerrado en su prisión

BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS CITADOS

- BRANCIFORTI, Federico, ed. *Piramus et Tisbé. (Introduzione, testo critico, traduzione e note)*. Florencia, Leo S. Olschki, 1959.
- CHRÉTIEN DE TROYES. «Chansons». Ed. de Marie-Claire Zai, en *Romans*, Col. «Classiques modernes. Le livre de poche», París, Librairie Générale Française, 1994.
- DE RIQUER, Martín. *Los trovadores. Historia literaria y textos*, 3 vols., Barcelona, Ariel, 1992³.
- DUFOURNET, Jean. *Anthologie de la poésie lyrique française des XI^e et XIII^e siècles*, París, Gallimard, 1989.
- *Eneas, roman du XI^e siècle*. Ed. de J.J. Salverda de Grave, 2 vols., CFMA, París, Honoré Champion, 1973.
- ÉVRART DE CONTY. *Le Livre des Echecs Amoureux*. Edición parcial de Françoise Guichard-Tesson y Bruno Roy, París, Éditions du Chêne, 1991.
- GUILLAUME DE LORRIS. *Roman de la Rose. El libro de la rosa*. Ed. de Carlos Alvar, Barcelona, El festín de Esopo-Quaderns Cremà, 1985.
- GUILLAUME DE LORRIS ET JEAN DE MEUN. *Le Roman de la Rose*. Edición de Félix Lecoy, 3 vols., París, Champion, 1965 (vol. I), 1966 (vol. II) y 1970 (vol. III).
- GUILLERMO DE AQUITANIA. *Poesía completa*. Edición bilingüe de Luis Alberto de Cuenca, Madrid, Siruela, 1983.
- *Isidori Hispalensis Episcopi. Etymologiarum sive originum libri XX*. W.M. Lindsay, ed., Oxford, 1911.
- *Le Roman de Thèbes*. Publié par G. Raynaud de Lage, cfma, 94, París, Champion, 1966.
- OVIDIO NASÓN, P. *Metamorfosis*. Texto y traducción de Antonio Ruiz de Elvira, 3 vols., Madrid, CSIC, 1992.
- *Amores. Arte de amar*. Edición de Juan Antonio González Iglesias, Madrid, Cátedra, 1997.
- *P. Ovidi Nasonis Amores, Medicamina faciei femineae, Ars Amatoria, Remedia Amoris iteratis curis edidit* E. J. Kenney, Oxford, Oxford University Press, 1961 [1994].



— *Sagrada Biblia*. Ed. Eloíno NÁCAR FUSTER y Alberto COLUNGA O.P., Madrid, BAC, 1944.

SAN JUAN DE LA CRUZ. *Obras completas*. Ed. José Vicente Rodríguez, Madrid, Editorial de espiritualidad, 1988.

TEODULFO DE ORLEANS. «De libris quos legere solebam et qualiter fabulae poetarum a philosophis mystice pertractentur». *Carmina*, núm. 45, in *Poetae latini aevi Carolini*. Ed. Ernest Duemmler, *Poetarum Latinorum medii aevi*, vol. 1 MGH, Berlín, 1881, pp. 543-544.

VILLON, François. *Oeuvres*. Edición de André Mary, Col. «Classiques Garnier», París, Garnier, 1962.

ESTUDIOS CITADOS

AGHION, I., C. BARBILLON y F. LISSARRAGUE. *Héroes y dioses de la Antigüedad*, Madrid, Alianza Editorial, 1997 [10 ed.: París, Flammarion, 1994].

ARAGÓN FERNÁNDEZ, M^a. Aurora y José María FERNÁNDEZ CARDO. *El estilo formulario en la épica y en la novela francesas del siglo XIII*, Universidad de Oviedo, 1985.

BALLISTINI, Mathilde. *Symboles et Allégories* (traduit de l'italien par Dominique Férault), París, Éditions Hazan, 2004.

BARRAL RIVADULLA, M^a. Dolores. «Ángeles y demonios, sus iconografías en el arte medieval». *Cuadernos del CEMYR*, 2003, 11, 211-235.

BATTAGLIA, Salvatore. «La tradizione di Ovidio nel medioevo», *Filologia Romanza*, 22, 1959, pp. 185-224.

BEAULIEUX, Charles. *Histoire de l'orthographe française*. Tome 1^o: *Formation de l'orthographe, des origines au milieu du XVI^e siècle*, París, Champion, 1927.

BOURIN, Monique. «L'écriture du nom propre et l'apparition d'une anthroponymie à plusieurs éléments en Europe occidentale (XI^e-XII^e siècles)», en A.-M. Christin, ed., *L'écriture du nom propre* (Colloque International, 8-10 juin 1995), París y Montreal, L'Harmattan, 1998, pp. 193-213.

BURIDANT, Claude. *Grammaire nouvelle de l'ancien français*, París, Sedes, 2000.

CERQUIGLINI, Bernard, J. CERQUIGLINI, Ch. MARCHELLO-NIZIA y M. PERRET-MINARD «L'objet "ancien français" et les conditions propres à sa description linguistique», en J.-C. Chevalier y M. Gross, eds. *Méthodes en Grammaire française*, París, Klincksieck, pp. 185-200.

CERQUIGLINI, Bernard. «Une langue, une littérature», *Prologue* en D. Poirion, *Précis de littérature française du Moyen Âge*, París, PUF, 1983, pp. 17-31.

CHANCE, Jane. «Ovid's Cupid as demon of fornication: the Episcopal Mythographies of Isidore of Seville and Theodulf of Orleans», *Medieval Mythography. From roman north Africa to the school of Chartres, A. D. 433-1177*, Gainesville, University of Florida Press, 1994, pp. 129-157.

CHEVALIER, R., ed. *Colloque Présence d'Ovide*, Col. «Caesarodunum», XVII bis, París, Les Belles Lettres, 1982.

COSERIU, Eugenio. «Sobre ejemplaridad idiomática y lengua literaria», *BALP*, 28, 1997, pp. 9-14.

DURAND, Gilbert. *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, París, Dunod, 1969¹ [1984].

FARAL, Edmond. *Recherches sur les sources latines des contes et romans courtois du Moyen Âge*, París, Champion, 1913.



- FRÄNKEL, H. *Ovid, a poet between two worlds*. Berkeley-Los Ángeles, 1949.
- FRAPPIER, Jean. «*D'amors, par amors*». *Romania*, 88, 1967, pp. 433-474.
- GONZÁLEZ DORESTE, Dulce M^a. «El texto medieval o la fabulación esquizofrénica de la escritura y la imagen», en J.M. Fernández Cardo, coord., *Figuración y Narración*, Secretariado de publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1996, pp. 61-76.
- «¿Palas o Minerva?: la recreación del mito clásico en dos textos literarios franceses de la Edad Media», *Revista de Filología Románica*, 14, vol. II, 1997, pp. 183-195.
- «Imagen y discurso en un manuscrito del *Roman de la Rose*», en T. García Sabell *et al.* eds., *Les Chemins du texte*, Universidad de Santiago de Compostela -APFUE, 1998, pp. 263-274.
- «Ociosa y venus: del *Roman de la Rose* de Guillaume de Lorris (ms. 387 de la Biblioteca de la Universidad de Valencia) a *Le Livre des Echecs Amoureux* de Évrart de Conty», en J. Oliver Frade ed., *Isla Abierta. Estudios franceses en memoria de Alejandro Cioranescu*, vol. 2, Universidad de La Laguna, 2004, pp. 582-598.
- HALLET, J.P. «The role of Women in Roman elegy», *Aretusa*, 6, 1973, pp. 103-123.
- LAKOFF, George y Mark JOHNSON. *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1995. [Introducción de José Antonio Millán y Susana Narotzky. Original inglés: *Methaphors We Live By*, Chicago, The University of Chicago Press, 1980.]
- LLAMAS POMBO, Elena. «Une mise en jeu de l'intertextualité: *Piramus et Tisbé*, poème français du XII^e siècle», *Cuadernos de Filología Francesa*, 5, 1991, pp. 131-147.
- «Réflexions sur la variation graphique dans l'écrit médiéval (XIII^e s.)», en D. Lagorgette y M. Lignereux, eds., *Littérature et linguistique : diachronie / synchronie —Autour des travaux de Michèle Perret* (CDROM), Chambéry, Université de Savoie, 2005, pp. 637-651.
- LLEDÓ, Emilio. *El silencio de la escritura*, Madrid, Centro de estudios constitucionales, 1992.
- LYNE, R.O.A.M. «*Seruitium amoris*», *Classical Quarterly*, 29, 1979, pp. 117-130.
- MILLÁN, José Antonio y Susana NAROTZKY, 1995. *Vid.* LAKOFF y JOHNSON.
- MONFERRER, Juan Pedro. «Ángeles, demonios y anticristos en los monoteísmos semitas», *Cuadernos del CEMYR*, 2003, 11, 87-112.
- MOORMANN, Eric M. y Wilfried UITTERHOEVE. *De Acteón a Zeus. Temas de mitología clásica en literatura, música, artes plásticas y teatro*, Madrid, Akal, 1997.
- MURGATROYD, Paul. «*Seruitium amoris* and the Roman Elegists», *Latomus*, 40, 1981, pp. 589-606.
- OLIVER FRADE, José M. «Nuevas consideraciones sobre el programa iconográfico del *Roman de la Rose* de Guillaume de Lorris (ms. Vitr. 24/11 de la BNE)», en M^a.J. Salinero Cascante *et al.* eds. *El texto como encrucijada. Estudios Franceses y francófonos*, 2 vols. Vol. 1, Universidad de La Rioja, 2003, pp. 97-113.
- PANOFKY, Erwin. «Cupido el ciego», *Estudios sobre iconología*, Madrid, Alianza Universidad, 1962¹, [1972], pp. 139-188.
- *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*, Madrid, Alianza Editorial, 1960¹ [2001].
- PANOFKY, Erwin y Fritz SAXL. *La mythologie classique dans l'art médiéval*, Saint-Pierre-de-Salerno, Gerard Monfort, 1990.
- PETTIT, Aimé. «Aspects de l'influence d'Ovide sur les romans antiques du XII^e siècle», en R. Chevalier, ed. *Colloque Présence d'Ovide*, París, Les Belles Lettres, 1984, pp. 119-240.
- RAND, E.K. *Ovid and his influence*, Londres, Harrap, 1926 (reimpr., Nueva York, 1963).



- SABOT, M.A.-F. «Présence d'Ovide au XII^e siècle: poésie latine élégiaque, lyrique provençale», en R. Chevalier, ed. *Colloque Présence d'Ovide*, París, Les Belles Lettres, 1984, pp. 241-260.
- SÁNCHEZ-PRIETO BORJA, Pedro. *Cómo editar los textos medievales. Criterios para su presentación gráfica*, Madrid, Arco/Libros, 1998.
- SMS/TEXTO: Le guide pratique. Mobile choc*, París, Robert Laffont, 2002.
- WRIGHT, Roger. «Cambios lingüísticos y cambios textuales», en J.M. Blecua, J. Gutiérrez y L. Sala, eds. *Estudios de Grafemática en el dominio hispano*, Salamanca, Universidad e Instituto Caro y Cuervo, 1998, pp. 303-308.
- ZUFFI, Stefano. *Arte y erotismo*, Milán, Electra (Grijalbo-Mondadori), 2001.
- ZUMTHOR, Paul. *Parler du Moyen Age*, París, Minuit, 1980.



LA GUERRA Y LA PAZ EN LA POLÍTICA Y EN EL PENSAMIENTO DE LOS BIZANTINOS*

Evangelos Chrysos
Universidad de Atenas

RESUMEN

El Estado bizantino heredó el legado político y el territorio de Roma e invirtió toda la fuerza de la que fue capaz en salvaguardarlo a cualquier precio. Sin embargo, el gobierno bizantino siempre fue consciente de que la guerra era la peor opción para relacionarse con los enemigos. La paz, generalmente «comprada» con pagos al contado o de otro tipo, ofrecimientos territoriales u honoríficos a los adversarios, tuvo ciertamente su coste, tanto financiero como político. Pero se consideró como la mejor opción. Ya que la guerra era la *ultima ratio*.

PALABRAS CLAVE: diplomacia bizantina, pagos a aliados y a enemigos, territorio del Estado Bizantino.

ABSTRACT

The Byzantine state inherited Rome's political legacy and territory and invested all its available strength in safeguarding it at any cost. However the Byzantine government was always aware that the war was the absolutely worse option in dealing with enemies. Peace, usually «bought» with cash payments or other, territorial or honorary offers to the adversaries had of course also its cost, both financial and political. But it was seen as the better option. Thus the war was the *ultima ratio*.

KEY WORDS: Byzantine diplomacy, Payments to Allies and to Enemies, Byzantine State Territory.

En el congreso *Bizancio armado* organizado por Nikos Ikonomidis participé con una comunicación titulada «El arma del dinero»¹. El estudio que tiene en sus manos tiene como finalidad extender, en su memoria, la cuestión de aquella comunicación en el vasto marco de investigación de la posición de los bizantinos ante el dilema «Guerra o Paz».

En los tres volúmenes de su obra *El Mundo bizantino*, Louis Bréhier hizo la siguiente observación: «Los bizantinos preferían siempre la vida diplomática al ataque bélico»². Con dicha observación están conformes la mayoría de los investigado-



res sobre Bizancio. Así, por ejemplo, en su estudio *Senado y Pueblo de Constantinopla* H.-G. Beck escribe que «por muy sorprendente que pueda sonar, el Imperio Bizantino ha permanecido en el transcurso de su historia como un estado que rehusaba la guerra. En los periodos críticos y decisivos de su historia casi nunca estuvo suficientemente armado y en la mayoría de los casos se vio obligado a concentrar y lanzar al combate, hasta la extenuación, a todos sus ejércitos. En numerosos casos intentó invalidar cualquier tipo de medida bélica que supusiera una amenaza con los muchos medios de su diplomacia y, en esencia, veía la guerra sólo como la solución última (*ultima ratio*)»³.

En su ensayo titulado *Sangre y tinta: Algunas observaciones sobre la posición de los bizantinos ante la guerra y la diplomacia*, J. Haldon⁴, conocido por sus investigaciones en temas relacionadas con la táctica y la estrategia del ejército bizantino, corrobora el punto de vista de Bréhier, planteando hasta qué punto este comportamiento antibelicista puede atribuirse a valores éticos o sólo a decisiones militares⁵: «La mayoría de los bizantinos a menudo han adquirido su reputación sobre el principio de ser amantes de la paz, rechazando entrar en guerra debido a que a ellos les disgusta la violencia y el derramamiento de sangre que acompaña. Quizás esto se haya exagerado; sin embargo, resume una determinada actitud que puede encontrarse en una parte de la literatura moderna. Y podría argumentar que esto se ha simplificado sobremanera y es incorrecto, a nivel general, si bien representa el reverso de la reacción menos simplista del Occidente medieval, especialmente después del siglo XI, por una parte, y de los historiadores de la Ilustración, por la otra. Conforme a dichas tradiciones, los bizantinos eran cobardes, débiles, 'afeminados' y traicioneros —un punto de vista que ha venido determinado por prejuicios culturales o malas interpretaciones más que por otra cosa—. Pero en su intento de corregir esa falsa impresión, algunas veces los historiadores han dado una respuesta más que compasiva y anacrónica». Es muy fácil estar de acuerdo con el punto de vista de Haldon —pese a la tradicional frialdad anglosajona de su formulación por la que se

* El texto aquí publicado es una versión revisada del que aparece en el tomo *Βυζάντιο. Κράτος καὶ κοινωνία. Μνήμη Νίκου Οικονομίδη*. Ad. A. Avramea/A. Laiou/E. Chryssos, Institute for Byzantine Studies-The National Research Foundation, Athens, 2003, pp. 543-563.

¹ *Το εμπόλεμο Βυζάντιο (9^{ος}-12^{ος} αι.)*, Ἀθήνα 1997, pp. 261-268.

² L. BRÉHIER, *Le monde byzantin*, vol. II, *Les institutions de l'empire byzantin*, Paris 1949, [chapitre III: «La diplomatie»], p. 281: «La diplomatie était le fondement même de l'État byzantin et contribuait encore plus que ses armes à assurer sa survivance... La voie diplomatique était toujours préférée à l'agression, ce qui a valu souvent au gouvernement impérial l'accusation injuste de faiblesse».

³ Ç.-G. BECK, *Senat und Volk von Konstantinopel*, [Bayerische Akademie der Wissenschaften, phil-hist. Klasse], München 1966, p. 29; reeditado en su obra *Ideen und Realitäten in Byzanz*, London 1972, p. XII.

⁴ J. HALDON, «Blood and Ink: Some Observations on Byzantine attitudes towards warfare and diplomacy», en *Byzantine Diplomacy*, J. Shepard & S. Franklin (eds.), London 1992, pp. 281-294, p. 285 y ss.

⁵ J. HALDON, «Blood and Ink», p. 285 y ss.



hace necesario no sólo parecer objetivo sino serlo— ya que creo que los prejuicios y los juicios colectivos sobre la conducta moral de los pueblos y, sobre todo, de los estados precedentes, sea por simpatía o por antipatía, no facilitan la labor del historiador, antes bien, la oscurecen⁶. Efectivamente, es cierto que el Estado bizantino no constituye una excepción a la regla general según la cual las elecciones del comportamiento estatal, o la *raison d'état*, no han dejado un ancho margen para que los valores morales y estéticos que predominaban en la sociedad se aplicaran a la acción política. Sin embargo, la preferencia de los bizantinos por el arreglo pacífico y no bélico de las discrepancias políticas con sus rivales es tan evidente que precisa una explicación.

Un modo de investigar la posición general «pro-pacífica» del Estado bizantino es analizar el coste económico de la guerra comparándola con la solución alternativa del arreglo pacífico. Dos estudios especializados ayudan a orientar cómo respondían los bizantinos en diferentes momentos al dilema «guerra o paz»: J. Iluk⁷ ha estudiado las informaciones existentes sobre el dinero pagado por los bizantinos del primer periodo a sus rivales para evitar la guerra y comprar la paz. Por su parte, N. Ikonomidis ha tratado las respectivas informaciones sobre el periodo de los siglos IX al XII en un artículo con el elocuente título *El arma del dinero*⁸. Veamos algunos números concretos resultado de los datos recogidos en estos dos estudios.

Si concentramos en una suma total las cantidades mencionadas en las fuentes que, en el siglo V, el gobierno bizantino entregó en el marco de los vínculos contraídos con los aliados o para satisfacer nuevas o sobrevenidas exigencias de enemigos peligrosos con el fin de invalidar maniobras bélicas de sus vecinos del norte, es decir, de los godos y principalmente de los hunos, pero también de otras naciones, en el territorio de las provincias del norte de la soberanía imperial, como añade detalladamente Iluk⁹, llegamos a la conclusión de que pagaron en total aproximadamente unos 7.000.000 *nomismata* (*nomisma* = *solidus* de oro). No es una cantidad pequeña, todo lo contrario, resulta grande si se compara con el dinero que en el mismo periodo pagaba el gobierno de la parte occidental del Imperio para necesidades semejantes. Pero la importancia real de este gasto puede apreciarse en las consecuencias, conocidas por todos, de la elección política de ambas administraciones: Roma, dada su imposibilidad para abonar el coste de la paz¹⁰, no logró conte-

⁶ Haldon no atestigua su referencia en la historiografía contemporánea que es como si alabara con exagerada simpatía a Bizancio incluso de modo anacrónico. No conozco historiadores serios que hayan caído en este error.

⁷ «The export of gold from the Roman Empire to barbarian countries from the 4th to the 6th centuries», *Münstersche Beiträge zur antiken Handelsgeschichte* 4 (1985) pp. 79-102.

⁸ *Cf. supra* n. 1.

⁹ ILUK, «The export of gold», pp. 87-89.

¹⁰ Muchas fuentes históricas contienen una severa crítica al emperador Honorio por su incapacidad para interceptar a los millares de bárbaros que pasaron el Rin y el Alto Danubio circundando las provincias en los primeros años del siglo V. Después del 455 los sucesos en Occidente

ner a sus enemigos fuera de las fronteras y controlar así sus movimientos con el resultado de verse inundada por ellos y, a continuación, retirarse para repartirse el poder entre ellos y para ser abolido más tarde por ellos. Constantinopla, al contrario, logró elogiar a los rivales y librarse del peligro final en el que también ella había sido rodeada. En efecto, sencillamente y, si acaso, con cierta exageración, uno podría dejarse llevar por la entusiasta conclusión de que la salvación del Imperio oriental durante el siglo V —en oposición a la destrucción del Imperio occidental— costó al erario imperial de Constantinopla 7.000.000 *nomismata*.

En cálculos semejantes a los de Iluk para el siglo VI, cuando Bizancio se enfrentaba principalmente al gran peligro de Oriente, el joven estado persa de los sasánidas, el erario imperial abonó a los persas un total de casi 5.000.000 *nomismata*¹¹. Además, la frustración de las incursiones árabes en la segunda mitad del siglo VI y el primer cuarto del siglo VII, y hasta 626, es decir, hasta el frustrado sitio avaro-persa de Constantinopla, costó un total aproximado de 6.000.000 *nomismata*¹². Ikonomidis también ha calculado que en el periodo comprendido desde finales del siglo VIII hasta el siglo X —es decir, durante casi dos siglos— el Imperio abonó a los árabes en total, más o menos, la cantidad de 7.500.000 *nomismata*¹³.

Estas cantidades adquieren su importancia real si las comparamos con los gastos de las operaciones bélicas. Como medida comparativa podemos mencionar selectivamente los siguientes datos. Sólo la fracasada expedición de León I contra los vándalos en 468 costó al Estado casi 7.500.000 *nomismata* de oro¹⁴. Es interesante señalar que de acuerdo con Ioannis Lidos se contaba con este dinero en el erario imperial desde la época en que se preveían entregas fijas a Atila, «el enemigo de la ecumene», quien, no obstante, en 454¹⁵ ya había muerto. Por otra parte, la fracasada expedición de 911 para reconquistar Creta costó 240.000 *nomismata*¹⁶, mientras que la de 949, también para la reconquista de Creta, costó 225.000 *nomismata*¹⁷. Estos cálculos ciertamente no son exactos ya que proceden de fuentes

estaban ya en una situación completamente lamentable, ya que tras la caída y saqueo de Roma los vándalos robaron el tesoro imperial completo: «Y tras depositar [Gicerico] en sus naves una gran cantidad de oro y de otras riquezas pertenecientes al emperador, se hizo a la mar rumbo a Cartago, sin haberse privado ni del bronce ni de todos los demás objetos que se encuentran en la residencia imperial», PROCOPIO, *De Bellis*, III, 5, 1-3.

¹¹ Cf. «The export of gold», pp. 90-92.

¹² ILUK, «The export of gold», p. 93. *Vid.*, W. POHL, *Die Awaren*, München 1988, pp. 180-81.

¹³ Cf. «Το όπλο του χρήματος», pp. 263-264.

¹⁴ La cantidad obedece a los cálculos de J.B. BURY, *History of the Later Roman Empire*, vol. 1, London 1924, p. 335. *Vid.*, M. HENDY, *Studies in the Byzantine Monetary Economy, c. 300-1450*, Cambridge 1985, p. 221.

¹⁵ *De magistratibus* III, 43, p. 200, 8-11 BANDY.

¹⁶ ΟΙΚΟΝΟΜΙΑΗ, «Το όπλο του χρήματος», p. 267.

¹⁷ ΟΙΚΟΝΟΜΙΑΗ, «Το όπλο του χρήματος», p. 267. Un destino distinto de la inversión para esta campaña nos ofrece Ch. MAKRYPOULIAS, «Byzantine expeditions against the Emirate of Crete, c. 825-949», V. Christides & Th. Papadopoullos (eds.), *Proceedings of the sixth international congress of Graeco-Oriental and African Studies*, Nicosia 2000, pp. 347-362; p. 354, núm. 39.

de dudosa fiabilidad¹⁸, pero son indicativos de la magnitud y, por ello, dignos de confianza para obtener una imagen general a cuya conformación aspira la investigación referente a la cuestión.

No obstante, he de añadir que el dinero que he mencionado como inversiones para asegurar la paz, considerado aproximadamente y en ratio anual, constituye no más de una décima parte (1/10) de los ingresos estatales anuales del Imperio en manos del fisco. A partir de las informaciones reunidas por Lázsló Várady, se calcula que para el siglo V la conservación de disponibilidad relativa de toda la máquina bélica de la magnitud de unos 250.000 hombres costaba anualmente unas 3.800.000 *nomismata*¹⁹. Señalo asimismo que Alexander Demandt asciende los gastos anuales del ejército de la época de Justiniano a cinco millones cuando el conjunto de los ingresos estatales se calcula en siete millones²⁰. Sabemos también que al morir el emperador Marciano, en 457, dejó en el tesoro 7.200.000 *nomismata* para contribuciones a los hunos²¹, mientras Anastasio I impresionaba a sus coetáneos al haber acumulado la gran suma de 23.000.000 *nomismata* que su sucesor Justino aumentó en 4.000.000²². Sabemos, por otra parte, que en el periodo mesobizantino Teófilo había dejado en el tesoro estatal 7.000.000 y Basilio II —pese a sus largas y destructivas guerras— dejó en herencia a sus sucesores la cantidad de 15.000.000 *nomismata*²³. Las fuentes transmiten por lo general estas informaciones para caracterizar la política financiera de los emperadores pero indirectamente desvelan la sensación de seguridad que creaba la buena situación del tesoro estatal dispuesto a enfrentarse a los enemigos externos bien con la acción bélica o bien con el método de la compra de paz dado que, según los cálculos de Demandt, para la necesidades del ejército consumían generalmente cinco séptimas partes de los ingresos públicos. Según estos cálculos el gravamen de las concesiones a los bárbaros apenas era de 250.000 *nomismata*²⁴, es decir, que apenas llegaba a un 3,5% del presupuesto estatal.

Conforme a estos datos llegamos a la conclusión, por una necesidad por lo general indeterminada pero concreta e impresionante, de que la compra de paz costaba al erario imperial aproximadamente 8 ó 10 veces económicamente más que la realización de la guerra. Esta conclusión por sí sola impresiona pero resulta catalizadora si, junto al gravamen del estado por la guerra, suponemos (i) los daños que provocan las destrucciones y pillajes de ciudades y campos por las incursiones y

¹⁸ ΟΙΚΟΝΟΜΙΑΗ, «Το όπλο του χρήματος», p. 264: «Ciertamente nada nos certifica que estos números sean exactos».

¹⁹ «Contributions to the Late Roman Military Economy and Agrarian Taxation», *Acta Archaeologica* 14 (1962) p. 436.

²⁰ *Die Spätantike. Römische Geschichte von Diokletian bis Justinian (284-565 n. Chr.)*, München 1989, p. 238 y ss.

²¹ *De magistratibus* III 43. Cf. *infra* núm. 14.

²² Según la más bien poco creíble afirmación de PROCOPIO, *Historia Arcana*, 19, 7.

²³ N. ΟΙΚΟΝΟΜΙΑΗ, «Το όπλο του χρήματος», p. 265 y ss. Cf. para estos datos HENDY, *op. cit.*, p. 225.

²⁴ *Die Spätantike*, p. 238.



por las fuerzas armadas de los ejércitos de ocupación, pero también (ii) el daño al comercio, y naturalmente (iii) la pérdida de vidas humanas al igual que (iv) los gastos derivados del rescate de cautivos²⁵. Menciono como ejemplo la expedición de los persas a Siria en 540 que acarreó el saqueo y la destrucción de muchas ciudades importantes, entre ellas las de Antioquía y Beirut: la esclavización de muchos habitantes que fueron hechos cautivos y murieron en Persia como esclavos y, además de eso, el hurto de 72.000 *nomismata* en dinero que Cosroes tenía como objetivo desde el inicio de la expedición²⁶.

Si estos cálculos son hasta cierto punto indicativos, parece evidente que la compra de paz, o la entrega «de las compras de paz» era para el gobierno bizantino una dirección única y que su abandono costaba muy caro. Por eso, naturalmente, el gobierno bizantino sabía que todo sacrificio debía evitar la guerra. Ha de acentuarse, sin embargo, que todos los datos anteriormente expuestos se refieren al gravamen por guerras defensivas. Las guerras ofensivas, como veremos, rara vez se insertan en las pretensiones de los bizantinos, tal vez eran más inversores en gastos puramente militares pero vinculados al beneficio económico previsto que la victoria traía, es decir, el botín y la explotación fiscal de las zonas reconquistadas o conquistadas²⁷. Recuerdo que la exitosa conclusión de la guerra de Carlomagno contra los ávaros en 796 acumuló en el tesoro de los francos un *thesaurus inestimabilis*, que fue transportado «por más de quince carros cargados de oro, plata y seda»²⁸. Con este enorme tesoro Carlomagno fortaleció de forma significativa las diócesis y los monasterios de su reino y esencialmente financió el llamado renacimiento carolingio de las letras y de las artes en el Occidente latino que, no obstante, parece que desarrolló el bienestar económico extendiendo inesperadamente sus expediciones a la conquista de Sajonia y la España nororiental. Por otra parte, Nicéforo Focás, después de la última expedición exitosa para reconquistar Creta en 961, recogió y trasladó a Constantinopla una «riqueza inenarrable» y «una abundancia mayor e inagotable»²⁹ que mostró con toda su pompa a los impresionados ciudadanos. Claro que comparativamente entonces era grande la ganancia del Imperio por el impuesto de la

²⁵ Hemos de calcular además que una parte importante del dinero que los rivales recibían se apresuraban en gastarlo en los mercados bizantinos que estaban organizados en la frontera. *Vid.*, ΟΙΚΟΝΟΜΙΔΗ, «Το όπλο του χρήματος», p. 264, núm. 10.

²⁶ PROCOPIO, *De Bellis* II 6, 25. *Cf.*, ΙΛΥΚ, «The export of gold», p. 92, con cuadro de ingresos de los persas por la compra de libertad de siete ciudades de Siria.

²⁷ Esta previsión no dejó margen a la idea de una guerra «total» como hemos conocido a lo largo del siglo XX. *Vid.*, E. CHRYSOS, «Vernichtungskriege im 6. Jahrhundert», en *Krieg im Mittelalter*, H.-H. KORTÜM (ed.), Áerlin 2001, pp. 45-58.

²⁸ *Annales regni Francorum*, a. 796 y EINHARDI, *Vita Karoli* 13. *Cf.*, POHL, *Die Awaren*, p. 181 y ss.

²⁹ Πλείστον γὰρ καὶ ἀνεξάτλητον τῶν Κρητῶν λέγεται πόλιν ἔνδον τὸν ὄλβον παρακατέχειν, ἐπὶ συχνὸν οὐχ ἥκιστα εὐημερήσασαν, εὐμενοῦς τε καὶ μιελιχίου πειραθεῖσαν τῆς τύχης... κάκ τῶν τοιούτων ἐπιτηδευμάτων ἀποθησαύρισαι πλούτον ἀμύθητον, ΛΕὼΝ ΔΙΑΚΟΝΟ, *Historiae* 2, 8, pp. 27, 11-19. *Cf.*, D. TSOUGARAKIS, *Byzantine Crete*, Athens 1988, p. 72.

productiva Creta. Nicéforo Focás, teniendo en calidad de emperador el tesoro a su disposición desde 963, tuvo la posibilidad económica de emprender la guerra ofensiva por la reconquista de Siria.

Sin embargo, la política de la compra de paz no fue obvia ni estuvo falta de serias desventajas. Hay tres perspectivas que debemos describir:

1) La perspectiva económica, el gravamen económico. En principio debe señalarse que la política de la entrega «de las compras de paz» no suponía magnitudes económicas de forma estable y prevista. A pesar de que los acuerdos se cerraban para más tiempo, a menudo para treinta años, con frecuencia su vigencia no duraba tanto, porque a los vecinos, con los que el gobierno imperial llegaba al acuerdo de pagar contribuciones anuales³⁰, por lo general no les bastaba lo prometido sino que reivindicaban más, fortaleciendo sus peticiones con maniobras militares, es decir, con incursiones o amenazas de incursiones, o diplomáticas, con alianzas-acuerdos, reales o figurados, con otros enemigos del Imperio. Así, por ejemplo, los hunos consiguieron en pocos años, durante el segundo cuarto del siglo V, forzar numerosas veces al gobierno para que aumentara las contribuciones con el resultado de que en cincuenta años sextuplicaron sus ingresos por dichas concesiones³¹: la anterior escalada de concesiones es semejante a la de los ávaros. Con el primer acuerdo con Bizancio, en 574, los ávaros estuvieron conformes con recibir anualmente 80.000 *nomismata* de oro. El acuerdo se renovó en 582 por la misma cantidad. Sin embargo, ya en 585 la cantidad ascendió a 100.000 *nomismata* y, en 598, subió a 120.000. Los éxitos de los ávaros en el campo de batalla les permitieron ya en 604 aumentar la cantidad a 140.000 ó 150.000, tal vez a 160.000 *nomismata*. Pero, en 619, la cantidad pareció ascender a los 180.000 y, finalmente, en 623, concluyó a la sorprendente cifra de 200.000³². Al final, al gravamen de las contribuciones regulares

³⁰ R. BLOCKLEY, *East Roman Foreign Policy. Formation and Conduct from Diocletian to Anastasius*, [ARCA 30], Melksham 1992, p. 108, señala acertadamente la preferencia de los bizantinos en evitar, por razones obvias, la referencia a las concesiones en los textos de acuerdos de paz.

³¹ En conjunto, los hunos cobraron desde 422 (ca. 25.000 anuales) hasta 474 (ca. 150.000 anuales) casi 4.000.000 de *nomismata*. Cf. cuadro relativo al tema en ILLUK, «The export of gold», p. 87 y ss.

³² Cf. el cuadro de las concesiones anuales a los ávaros en POHL, *Die Awaren*, p. 502, y el análisis histórico p. 180 y ss. Se calcula que en conjunto los ávaros cobraron desde 574 hasta 626 casi 6.000.000 de *nomismata*. Cf. los cálculos diferentes de KOLLAUTZ, KOVACEVIC y DEÉR en ILLUK, «The export of gold», p. 93. Tras el frustrado sitio de Constantinopla por los ávaros y los persas en 626, parece que los ávaros no extrajeron más dinero. A esta conclusión ha llegado recientemente, después de una larga discusión, la investigación de los *nomismata* bizantinos que han sido encontrados en tumbas y tesoros ávaros en una vastísima región que poseían al norte del Danubio durante los siglos VII y VIII. Cf. J. SMEDLEY, «Seventh-century Byzantine coins in southern Russia and the problem of light weight solidi», en W. HAHN & W.E. METCALF (eds.), *Studies in Early Byzantine Gold Coinage* [Numismatic Studies no. 17], New York 1988, pp. 111-130. La dramática disminución del número de *nomismata* sostiene finalmente esta hipotética conclusión, hipotética dado que las fuentes silencian un supuesto acuerdo de paz bizantino-ávares después de 626.



y extraordinarias a los bárbaros ha de añadirse el coste de los notorios regalos «personales» en forma de objetos preciosos, alhajas o monedas, que los emperadores ofrecían en cada situación a los dirigentes extranjeros y a sus colaboradores³³. Como indica el ejemplo que sigue, a menudo los regalos provocaban enredos diplomáticos convirtiéndose, a su vez, en causa de la disminución del prestigio del Imperio, como en aquellos casos en que la aceptación de los regalos explotaba el gesto de la contribución para ofender a su dador con sobrada altanería. La concesión de regalos contenía el peligro añadido de ser considerada como un derecho adquirido por los receptores, que solicitaban su repetición³⁴.

Baste un ejemplo para comprender las a menudo bochornosas vejaciones a que el gobierno bizantino se veía obligado a soportar: después de la toma de Sirmio por los ávaros y la subida al trono imperial de Mauricio, las negociaciones condujeron a la firma de un acuerdo de paz. Teofilacto Simocates ofrece impresionantes datos sobre el comportamiento del dirigente ávaro que delimitó la subida de las contribuciones anuales a la cifra de 80.000 *nomismata* de oro que, sin embargo, fueron entregados en monedas de plata y tejidos. Solicitó a continuación que se le ofreciera un elefante que, no obstante, devolvió inmediatamente una vez recibido y pidió en vez de eso una cama de oro. Sin embargo, después que la cama hubo sido revestida de oro en los talleres imperiales y le hubo sido enviada, la devolvió también considerándolo un regalo barato e inaceptable y pidiendo un aumento de la contribución en 20.000 *nomismata*³⁵. Finalmente y, pese a todo ello, los ávaros avanzaron en la toma y la destrucción de Singedon³⁶. El modo en que Teofilacto

³³ De la rica bibliografía véase ahora principalmente la monografía de E. GARAM, *Funde byzantinischer Herkunft in der Awarenzeit vom Ende des 6. bis zum Ende des 7. Jahrhunderts*, [É. Garam et T. Vida (eds.), *Monumenta Avarorum Archaeologica* 5], Budapest 2001, y un poco anterior la de P. SOMOGYI, *Byzantinische Fundmünzen der Awarenzeit* [Monographien aus Frühgeschichte und Mittelalterarchäologie 5], Wien 1997; así como los artículos de F. DAIM, «Byzantinische Gürtelgarnituren des 8. Jahrhunderts», en *Die Awaren am Rand der byzantinischen Welt. Studien zu Diplomatie, Handel und Technologietransfer im Frühmittelalter*, F. DAIM (ed.), [Monographien aus Frühgeschichte und Mittelalterarchäologie 7], Wien 1999, pp. 77-204 y A. KISS, «Die «barbarischen» Könige des 4.-7. Jahrhunderts im Karpatenbecken, als Verbündeten des römischen bzw. byzantinischen Reiches», *Communications Archaeologicae Hungariae*, Budapest 1991, pp. 115-128. Cf. también el análisis histórico de los datos arqueológicos de W. POHL, *Die Awaren*, pp. 178-185.

³⁴ En las negociaciones bizantino-persas de 561, el embajador persa solicitó que el jefe de la tribu de los sarracenos obtuviera un importante regalo monetario con el argumento de que también su predecesor había contratado un regalo semejante. El embajador bizantino contestó que τὸν ἡγεμόνα (τῶν Σαρακηνῶν) δωρεᾷ τιμὴ ἀγράφῳ καὶ ὅσῳ ἂν ἐβούλετο χρυσίῳ καὶ ὀπηνίκα ὁ καθ' ἡμᾶς ἐφιλοτιμεῖτο δεσπότης, MENANDRO PROTIKTOR, frag. 6,1, pp. 292-4 BLOCKLEY. Por otra parte, durante la audiencia de la representación de los ávaros ante Justino II en 565, el emperador rechazó la petición de entrega de concesión que pagaba Justiniano con el argumento de que la concesión fue una concesión de servicio (ἔρανος δουλείας) y no un impuesto (φορολογία), MENANDRO PROTIKTOR, frag. 8, p. 94, 56 BLOCKLEY.

³⁵ TEOFILACTO SIMOCATES, *Historiae* E 13, 5.

³⁶ TEÓFANOS, *Cronografía* 253, 8.



presenta estos datos castigando el comportamiento altanero de los ávaros, descubre indirectamente su intenso descontento y nos permite suponer los sentimientos del humillado emperador Mauricio en los primeros años de su reinado y tal vez de este modo expliquemos la obstinación con la que insistía en enfrentarse a los ávaros, obstinación que, sin embargo, resultó, como es conocido, funesta para él y para su reinado³⁷.

II) La segunda perspectiva es de carácter estratégico y hace referencia al defecto que presenta por lo general la defensa ante la política ofensiva.

La permanente disposición a elegir el acuerdo pacífico en vez del enfrentamiento bélico condujo a los bizantinos a la destrucción de la ventaja de tomar la iniciativa en los movimientos contra los vecinos atacantes quienes, para imponer sus peticiones, movían con ágiles tropas las incursiones en el territorio imperial y a menudo llegaban sin menoscabo hasta las murallas de la misma Constantinopla.

El historiador Agatías escribía al respecto que ciertamente era contrario a la política de reconciliaciones pacíficas de Justiniano: «Pues en esta suerte se condujeron los hechos de los Romanos quienes incluso en los alrededores de la ciudad imperial padecían estos males a manos de unos muy pocos bárbaros. A los que hasta el momento no han aplacado el ánimo sino que yendo allí traspasaron fácilmente las murallas llamadas grandes y se aproximaron al interior de los puestos de guardia»³⁸. La elección de la estrategia defensiva, que Diocleciano fue el primero en inaugurar de forma sistemática, presupuso ciertamente un alto grado de medios y obras de interceptación, pero también cuerpos militares con estructura, armamento y educación semejantes³⁹.

III) La tercera perspectiva está vinculada al prestigio del Imperio entre los extranjeros que reclamaban territorios bizantinos. La imagen de un estado grande y fuerte que, no obstante, rehusaba mostrar su fuerza armada buscando siempre formas de soluciones conciliadoras que aspiraran a la satisfacción de las peticiones de sus enemigos no es aduladora a los ojos de los mismos rivales que, por lo general, lo que tienen en sus vidas son sus armas. Así, por ejemplo, Menandro presenta a los embajadores ávaros solicitando, en 565, audiencia a Justino II para poder ampliar, explotar si pudieran, la tradicional «holgazanería» y «despreocupación» de los bizantinos en su propio beneficio⁴⁰. Resulta pues comprensible que la política defensiva fuera dañina para el prestigio del Imperio a los ojos de los extranjeros que de

³⁷ W. POHL, *Die Awaren*, p. 212, analiza con perspicaz sensibilidad el código de comportamiento de los bárbaros durante la reivindicación y la recepción de presentes y concesiones.

³⁸ AGATÍAS, *Historiae* E 13, 5.

³⁹ E.N. LUTTWAK, *The grand strategy of the Roman Empire*, Baltimore 1976, p. 127 y ss. y W. KAEGI, *Some Thoughts on Byzantine Military Strategy*, Brookline 1983.

⁴⁰ Frag. 8, p. 92, 9 BLOCKLEY: Εἶ γε οὐκ ἄλλως ἐνείη δῶρα λαμβάνειν αὐτοῖς καὶ τῆ Ῥωμαίων ῥαθυμία ἐπειντροφᾶν καὶ τὸ ἀμελὲς αὐτῶν οἰκεῖον τίθεσθαι κέρδος.



este modo lo mostraba susceptible a presiones y coacciones, y alimentaba el comportamiento altanero de los bárbaros⁴¹. Esto, efectivamente, lo sabían bien los bizantinos, que evitaban, como veremos, dar en contrapartida una imagen de dependencia y subyugación a las peticionarios y receptores de las contribuciones, mientras, cuando se ofrecía la oportunidad, referían el orgulloso verso con el que Virgilio había cantado epigramática y programáticamente la política de Roma hacia los bárbaros en los años de esplendor, es decir, «seguir las huellas de los ancestros familiares para quienes era costumbre tratar con consideración a los súbditos, pero también vencer a los que se enfrentaban»⁴², sabiendo ciertamente muy bien que entre tanto las circunstancias habían cambiado radicalmente.

El conocimiento de esta realidad tuvo consecuencias importantes en la organización del estado y en su comportamiento con los vecinos.

En primer lugar, definía que el Imperio no tendría planes para guerras expansivas, aunque delimitaría sus objetivos militares en la defensa de su soberanía, dado que, como hemos visto, el rescate de la paz puede ser planificado y manejarse como medida defensiva, no ofensiva.

En segundo lugar, para que la política de paz o la compra de paz fuera eficaz, el Imperio se beneficiaba rodeándose de un escudo militar defensivo bastante eficaz, hasta el punto de encontrar el precio ofrecido a la paz en equilibrio con el expectante deterioro o destrucción del enemigo en caso de que éste finalmente decidiera rehusar la oferta. En otros términos, la política de la paz no se rendía al ejército sobrante, sino que simplemente definía el tipo de organización, de su táctica y armamento y, naturalmente, trasladaba el fiel de la balanza del enfrentamiento de las armas a la diplomacia, «de las lanzas reales a las de plata»⁴³, o según Haldon, «de la sangre a la tinta», o variando el título del artículo de Iconomidis, de las armas al dinero.

En tercer lugar, la compra de paz presupone la posibilidad de llenar con dinero el erario en la cantidad del rescate sin excesivos o peligrosos retrasos o retracciones que condujeran a los solicitantes a una exasperación o a ataques de desesperación.

En cuarto lugar, es clara la tradición y la ideología romano-cristianas por la cual se solicita que el emperador tenga como principal virtud la destreza militar y la victoria en el campo de batalla, que fuera vencedor y triunfante⁴⁴, como desean los títulos imperiales oficiales, y no «pacificador». Tiene validez además el principio, que formuló Vegetio, de que «si quieres la paz, prepárate para la guerra»⁴⁵. Es caracterís-

⁴¹ W. POHL, *Die Awaren*, p. 211, señaló dicha repercusión en el prestigio del imperio.

⁴² PETRUS PATRICIUS, frag. XII. Es una clara referencia al verso de VIRGLIO, *Aen.* 6, 853: «parcere subiectis et debellare superbos». Ciertamente es paralela la referencia de los *Paroimiae* 3, 34 en esta situación como posición divina: Κύριος ὑπερηφάνους ἀντιτάσσειται, ταπεινοὺς δὲ δίδωσι χάριν, que se repite en la v *Epístola* de Iacobus 4, 6 y en la i *Epístola* de Pedro 5, 5. No obstante, la frase τοῖς τῶν οἰκείων ἴχνησιν remite a los antiguos romanos.

⁴³ Γ. ΚΟΛΛΙΑ, «Βυζαντινὴ διπλωματία», [*Πολιτικὴ Επιθεώρηση* 3], Αθήνα 1946, pp. 1-12.

⁴⁴ M. McCORMICK, *Eternal Victory*, Cambridge 1986.

⁴⁵ VEGETII *Epitoma rei militaris*, praef.: *Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum.*

tico que el término «pacífico» como sobrenombre imperial no se mantuviera como título y, cuando se utilizaba, se refería a la capacidad de resolver las rencillas internas⁴⁶ del *basileus*, normalmente religiosas. Sin embargo, para que fuera aceptada la política contraria a este axioma de la compra de paz, era imprescindible adecuar su tratamiento ideológico y su proyección en el pueblo y, principalmente, en el ejército, que cultivaba la mentalidad sobre su ideal de valentía, como virtud natural, es decir, de robustez corporal aunque también de costumbre viril y digna de varón⁴⁷. Todos sabían, por otra parte, que la guerra era una profesión u oficio lucrativos, que permitía la expectativa de un sueldo incrementado y regalos, pero también de ganancias por la captura de botín tras un desenlace bélico victorioso. ¿Existían condiciones *sine qua non* para todo ello en Bizancio? Veamos las cuatro cuestiones por orden:

PRIMERO. D. Obolensky ha observado que un «imperialismo defensivo» caracteriza la política exterior bizantina. Es éste un «imperialismo», una vez delimitado por los principios y la mentalidad de un *imperium* con el correlativo sentimiento de supremacía en el comportamiento hacia todos los demás como política y culturalmente ignorantes pero es, al mismo tiempo, un imperialismo «defensivo», dado que no tiene aspiraciones territoriales si se exceptúa del espacio de su dominio —más allá naturalmente del tradicional esplendor ecuménico que cultiva para sí mismo— aunque a su vez ambiciona conservar lo obtenido que ha heredado de Roma⁴⁸. Sin duda es correcto que desde la época de Constantino el Grande hasta la caída de Constantinopla a manos de los turcos, el Imperio lleve a cabo un perenne combate por la salvaguarda de sus fronteras, con algunas excepciones concretas de guerras ofensivas, especialmente en los años de la dinastía macedonia, los años de la llamada «epopeya bizantina», que son ciertamente importantes, si bien no vuelcan esta imagen general del estado defensivo. No obstante, el hombre bizantino siente dificultad de admitir como hecho cumplido las destrucciones que ha tenido en el decurso del tiempo, con la primera cesión —en orden cronológico— de Nisibea en Mesopotamia a los persas en 363⁴⁹. La negación de aceptar lo cumplido se expresa

⁴⁶ Sobre el uso del título en el nombramiento oficial del Imperio véase G. RÖSCH, *Όνομα βασιλείας. Studien zum offiziellen Gebrauch der Kaisertitel in spätantiker und frühbyzantinischer Zeit*, Wien 1978, p. 49. Cf., Sp. TROIANOS, «La paix comme bien légal protégé à Byzance» en *Προσφορά στον Ηλία Κρίσπη, Αθήνα*, 1995, pp. 603-609.

⁴⁷ *Vid.*, A. KAZHDAN & A. WHARTON EPSTEIN, *Byzantine Culture in the eleventh and twelfth centuries*, Berkeley 1985, pp. 110 ss., [traducción griega, *Αθήνα*, MIET 1997, p. 178 y ss.] y T. MANIATH-KOKKINH, «Η επίδειξη ανδρείας στον πόλεμο κατά τους ιστορικούς 11^{ου} και 12^{ου} αι.», *Το εμπόλεμο Βυζάντιο* (cf. núm. 1), pp. 239-259.

⁴⁸ Sobre las ideas del Patriarca Focio acerca de las obligaciones del *basileus* como se han formulado en la Έπαναγωγή, cf., H. AHRWEILER, *L'idéologie politique de l'empire byzantin*, París 1975, cap. III [trad. griega: *Η πολιτική ιδεολογία της Βυζαντινής αυτοκρατορίας*, Atenas 1977, cap. III, p. 49 y ss.]

⁴⁹ E. CHRYSOS, «Räumung und Aufgabe von Reichsterritorien. Der Vertrag von 363», *Bonner Jahrbücher* 193 (1993) pp. 165-202 y del mismo, «Some aspects of Roman-Persian legal relations», *Κληρονομία* 8 (1976) pp. 1-52.



de diversas maneras, cultiva además un sentimiento de expectativa por la reconquista de territorios perdidos⁵⁰. Los territorios del Imperio se consideran expropiados y su pérdida sólo podía ser temporal.

SEGUNDO. Tanto los conocidos manuales de estrategia, el llamado *Strategón* de Mauricio de finales del siglo VI y también aquellos del siglo X, insisten en la disposición defensiva del Estado bizantino. El capítulo relativo a la diplomacia en el libro de A. Guillou sobre *La cultura bizantina*, comienza certeramente con la siguiente cita característica del *Strategón* de Mauricio⁵¹: «La guerra debe suceder sólo si todos los medios pacíficos, incluso los costosos, se consideran ineficaces; una victoria, para que no sea irracional, debe ser ganada sin pérdidas serias». Las armas de los bizantinos, muchas de las cuales tienen nombres extranjeros (de escitas, hunos, ávaros, etc.), así como los tipos de «orden y ejercitación (escita, alana, africana, ejercitación de formación italiana)⁵²», traicionan la estrategia general aplicando el preparativo militar sobre modelos foráneos. Los bizantinos no muestran interés por desarrollar su propia tecnología bélica. Resulta característico, no obstante, que los capítulos del *Strategón* en donde se refieren los datos sobre los ejércitos de los enemigos repartidos, Mauricio los titule así: «Cómo se corresponde con los persas, los escitas, los pueblos rubios»⁵³, mientras para los «pueblos rubios» no olvida añadir la información de que «se corrompen fácilmente con dinero, siendo amantes de ganancias»⁵⁴.

La misma impresión se desprende al observar el sistema de reclutamiento de los soldados y la compra de servicios a naciones extranjeras, colectiva o individualmente, tanto en el primer periodo como en los posteriores, pese a los muchos cambios económicos y sociales que hubieran sobrevenido. Los servicios mercenarios se compraban para el acorazamiento defensivo del Imperio. Finalmente, las informaciones que recoge el espionaje bizantino aspiran principalmente al seguimiento de los movimientos de los pueblos enemigos para una mayor y eficaz vigilancia defensiva y para el probable movimiento de una tropa extranjera contra otra, con el objeto de que los rivales se debiliten y se controle su agresividad⁵⁵. Ejemplos

⁵⁰ En un pequeño trabajo mío de hace años intenté documentar la conclusión de que la visión de la recuperación que conocemos desde los años de la Dominación otomana, se encuentra mucho más atrás en el tiempo: «Οι βυζαντινές ρίζες της "Μεγάλης Ιδέας"», *Δωδώνη* 16 (1987) pp. 193-202.

⁵¹ A. GUILLOU, *La civilisation Byzantine* (Paris 1974), traducción griega de P. Odorico y S. Tsojandaridu, Atenas, 1996, p. 185.

⁵² MAURICIO, *Στρατηγικόν*, ΣΤ' α'-δ'. Cf. también *Περὶ Σκυθινῆς ἐνέδρας* (δ' - β')

⁵³ *Στρατηγικόν*, ΙΑ' α'-δ'.

⁵⁴ *Στρατηγικόν*, ΙΑ' γ', p. 370, 23 DENNIS.

⁵⁵ N. KOUTRAKOU, «Diplomacy and Espionage: their Role in Byzantine Foreign Relations, 8th-10th Centuries», *Graeco-Arabica* 6 (1995) pp. 125-144. Cf. asimismo Z. RUBIN, «Diplomacy and War in ôhe Relations between Byzantium and the Sassanids in the Fifth Century», en *The Defence of the Roman and Byzantine East* [BAR, IS 297,2], P. FREEMAN and D. KENNEDY (eds.), Oxford 1986, pp. 677-695.

esclarecedores de esta política se encontraban en la obra de Constantino Porfirogéneta *Πρὸς τὸν ἴδιον υἱὸν αὐτοῦ Ῥωμανόν*, que hacen referencia, como en la mayoría de los casos, a la realidad del siglo X.

Especialmente característico es el párrafo del capítulo «Sobre los pechenegos», donde se define de forma evidente el marco de enfrentamiento de esta nación:

«Supongo pues que conviene muy mucho siempre al emperador de los Romanos desear la paz con los pechenegos y establecer acuerdos de amistad y convenios con ellos y enviarles allí cada cierto tiempo un ‘emisario’ *con los acuerdos extranjeros y necesidades para la nación* y tomar de allí rehenes, o vigías y un ‘emisario’ (ἀποκρισιάριον) quienes, en esta ciudad protegida de Dios, convendrán con el ‘ministro’ (καθουργῶν) en estos asuntos y gocen de la beneficencia imperial y el pundonor del todo excepcional del *basileus*»⁵⁶. El coronado escritor explica también la razón de este comportamiento especialmente favorable: «Porque tal nación de los pechenegos es vecina de la región del Quersoneso y si no estuvieran amigablemente con nosotros, podrían marchar contra el Quersoneso, piratear y saquear esta península y la llamada ladera»⁵⁷. Sin embargo, esta nación tiene más allá de esto un añadido, una ventaja geográfica que debía considerarse en la configuración de su política exterior en el norte: «Que los de Roes no podrían acceder a esta ciudad imperial de los Romanos, si no estamos en paz con los pastinaquitas ni por mor de la guerra ni de la negociación, ya que, por estar ellos con las naves en las riberas del río y no poderlo atravesar, a no ser que arrastren sus naves desde el río y lo atraveses cargándolas en hombros, los de ese pueblo de los pechenegos los atacarán y, fácilmente entonces, como no podrán soportar dos pesares se separarán y de degollarán entre sí»⁵⁸. En fin, especialmente significativo para nuestro tema es la información que se ofrece en el capítulo siguiente: «Que estando en paz el *basileus* de los Romanos con los pechenegos, ni los de Roes por ley de guerra podrán enviar una expedición contra los Romanos, ni los Turcos, pero tampoco pueden solicitar de los Romanos en pro de la paz grandes y abultadas sumas de dinero y cosas, sabedores de la fuerza de tal nación para con su *basileus* contra ellos de enviar una expedición a aquellos contra los Romanos»⁵⁹.

TERCERO. La historia económica de Bizancio se caracteriza por el control central duradero y seguro de los tributos y, en especial, aquellos de carácter crematístico. En consecuencia, los problemas para la seguridad del estado comienzan a engrosarse cuando se manifiesta esencialmente vacío el erario estatal, de modo que el gobierno se ve obligado a aumentar el excesivo gravamen tributario de los ciudadanos hasta su agotamiento con consecuencias por lo general catastróficas⁶⁰. Cuan-

⁵⁶ DAI, 1, *Περὶ τῶν Πατζινακιτῶν καὶ πρὸς πόσα συμβάλλονται μετὰ τοῦ βασιλέως Ῥωμαίων εἰρηνεύοντες*, p. 48, 16-24 MORAVCSIK.

⁵⁷ DAI 1, p. 48, 25-28 MORAVCSIK.

⁵⁸ DAI 2, 16-23 MORAVCSIK.

⁵⁹ DAI 4, 3-8.

⁶⁰ M. HENDY (*cf.* n. 13), p. 223 y ss. donde refiere ejemplos al respecto.

do existe un optimismo económico, el gobierno se ve obligado a proceder a la concesión de comercios y otros privilegios a los aliados para poder hacer frente a sus necesidades defensivas. Alejo Comneno, que al inicio de su reinado se encontró con el tesoro completamente vacío, en la necesidad de hacer frente a los muchos y serios enemigos, se refugió en esta medida de concesión de privilegios a Venecia con resultado, como sabemos, funesto, no obstante, un poco antes se había refugiado en la medida especialmente antipopular de la confiscación bajo la forma de préstamo obligatorio de objetos de plata y oro de iglesias y monasterios para acuñar las monedas imprescindibles con que pagar el salario de los soldados⁶¹. No obstante, no olvidó más tarde las serias repercusiones que tuvieron dichas decisiones en el frente interno de modo que en las llamadas «Últimas amonestaciones y disposiciones» que dejó en herencia a su hijo y sucesor Juan, escritas en verso, le aconseja, entre otras cosas, atesorar mucho dinero para estar en situación de satisfacer la codicia de las naciones:

Concede en abundancia y en abundancia acepta la corriente
Y saludo concediendo y recibiendo mucho,
[...]
pero conservarás mucho en lugares secretos
Y los custodiarás para un día de necesidad,
Hasta que les cese la insaciabilidad de naciones
Tal vez de nuevo, moviéndose como antaño,
Perdiéndose terriblemente e intentando comerse
la abundante ciudad la mucha multitud⁶².

CUARTO. Cuando Valente firmó el tratado de paz con los visigodos en 369, el orador de la corte Temistio se vio obligado a justificar la elección de la paz en vez de la guerra con el argumento de que el emperador se había dado a conocer no sólo «filoromano-cristiano», como era beneficioso, sino también «filántropo», esto es, amaba a todos los hombres y quería ser el protector de todos⁶³. Se apresuró no obstante a certificar a su auditorio que concedió la paz a Valente pero no la compró⁶⁴. Por otra parte, en 382, en el *Χαριστήριον τῷ αὐτοκράτορι ὑπὲρ τῆς*

⁶¹ Glavina: A. Γλαβίνα, *Ἡ ἐπὶ Ἀλεξίου Κομνηνοῦ (1081-1118) περὶ ἱερῶν σκευῶν κειμηλίων καὶ ἀγίων εἰκόνων ἔρις (1081-1095)*, Tesalónica 1972.

⁶² P. MAAS, *BZ* 22 (1913) pp. 348-362. *Byzantinische Zeitschrift* 22 (1913) p. 348 y ss. Sobre la política relacionada con el ahorro, cf., HENDY (cf. núm. 13), p. 224 y ss.

⁶³ TEMISTIO, *Λόγος Ι'*, pp. 200-202 DOWNEY. Sobre el sentido de la filantropía en este contexto, cf., HALDON, (núm. 4), p. 286, con referencia al estudio básico de H. HUNGER, «*Philanthropia. Eine griechische Wortprägung auf ihrem Wege von Aischylos bis Theodoros Metochites*», *Anzeiger der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, phil.-hist. Klasse* 100, Wien 1963, pp. 1-20.

⁶⁴ Διδόντας τὴν εἰρήνην, οὐκ ὠνουμένους. Οὐδεὶς εἶδε χρυσίον ἀπαριθμούμενον τοῖς βαρβάροις, οὐκ ἀργύρου τάλαντα τόσα καὶ τόσα, οὐκ ἐσθῆτος ναῦς γεμιζόμενας, οὐχ ἄ πρότερον ὑπομένοντες διετελοῦμεν, βαρυτέραν τῶν καταδρομῶν ἔκκαρπούμενοι τὴν ἡσυχίαν καὶ φόρον ἐτήσιον φέροντες, οὗ τὸ ἔργον οὐκ αἰσχυνόμενοι τοῦνομα



εἰρήνης καὶ τῆς ὑπατείας τοῦ στρατηγοῦ Σατορνίνου, Temistio alaba la decisión de Teodosio I de instalar a los visigodos en territorios del Imperio, apelando al ejemplo de los antiguos gálatas que se habían instalado en Asia Menor, donde también se habían integrado⁶⁵. Como ha sido confirmado por las investigaciones, la argumentación de Temistio aspiraba a convencer a la sospechosa clase de los terratenientes gravados con impuestos que componían su auditorio en el senado de que la política de paz transformaría a los belicosos godos en buenos trabajadores de la tierra y que eran indispensables para el fortalecimiento de la economía del campo⁶⁶.

Sin embargo, esta argumentación del orador y propagandista Temistio no era compartida por todos. La mayoría consideraba indigna e infame la política de apaciguamiento de los bárbaros. Ya el propio Temistio descubre la evidente crítica sentida en el ambiente del senado y por eso intenta demostrar que la política de Teodosio tenía una noble motivación y no se apoyaba en la compra de paz, insinuando que esto había sucedido en el pasado⁶⁷. Muchos escritores vinculan la política de compra de paz con la holgazanería y la insensatez del mando. Amiano Marcelino transmite la arenga de Juliano a sus hombres de camino a la guerra contra Persia, en la cual se formula el anuncio de que el Imperio ha llegado al mayor desamparo a causa del comportamiento de quienes, gracias a su enriquecimiento personal, convencían a los mandos a comprar con oro la paz a los bárbaros⁶⁸. Por otra parte, en 409, Jerónimo se encontraba desesperado por la situación que había rodeado al Imperio hasta el punto de no luchar ya por la gloria sino por su supervivencia y, es más, ni siquiera lucha sino que salva su vida con la entrega de oro⁶⁹. También el historiador Prisco escribía sobre el nieto de Teodosio el Grande, Teodosio II,

ἐξηρνούμεθα, I', p. 205, 12-19 DOWNEY. Cf., E. CHRYSOS, *Τὸ Βυζάντιον καὶ οἱ Γότθοι*, Tesalónica 1972, pp. 103-108.

⁶⁵ *Λόγος ΙΣΤ'*, p. 302, 18-24: Καὶ νῦν οὐκέτι βαρβάρους Γαλάτας ἄν τις προσείποι, ἀλλὰ καὶ πάνυ Ῥωμαίους. Τοῦνομα γὰρ αὐτοῖς τὸ πάλαι παραμεμένηκεν, ὁ βίος δὲ σύμφυλος ἦδη. Καὶ εἰσφέρουσιν ἅς ἡμεῖς εἰσφοράς καὶ στρατεύονται ἅς ἡμεῖς στρατείας καὶ ἄρχοντας δέχονται ἐξ ἴσου τοῖς ἄλλοῖς καὶ νόμοις τοῖς αὐτοῖς ὑπακούουσιν. Οὕτω καὶ Σκύθας (*scil.* Βησιγόθους) ὀψόμεθα ὀλίγου χρόνου. Como es sabido, los visigodos se alejaron más tarde de Tracia, sin embargo, el pronóstico de Temistio se verificó en el caso de los godos que entonces se establecieron en la zona noroccidental de Asia Menor, donde más tarde los encontramos que han sido integrados como greco-godos, Cf., K. AMANTOY, «Γοτθογραϊκοί-Γοτθογραϊκία», *Ἑλληνικά* 5 (1932) p. 306. *Vid.*, J. HALDON, «Kosmas of Jerusalem and the Gotthograikoi», *BSI* 56 (1995) pp. 45-54, y C. ZUCKERMAN, «A Gothia in the Hellespont in the Early eighth century», *BMGS* 19 (1995) pp. 234-241.

⁶⁶ P.J. HEATHER, «*Foedera and Foederati* of the Fourth Century», *Kingdoms of the Empire. The Integration of Barbarians in Late Antiquity*, W. POHL (ed.), Leiden 1997, pp. 57-74. *Vid.*, E. CHRYSOS, «Conclusion: De Foederatis Iterum», en el mismo tomo, pp. 185-206.

⁶⁷ ...οὐχ ἅ πρότερον ὑπομένοντες διετελούμεν (*cf.* el texto en la núm. 64).

⁶⁸ *Res Gestae* xxiv 3, 4: «Ex immensis opibus egentissima est —tandem credite— Romana res publica, per eos qui (ut auferent divitias) docuerunt principes auro quietem a barbaris redemptare».

⁶⁹ *Epistola* 123, 16: «Quis hoc crederet... Romam in gremio suo, non pro gloria, sed pro salute pugnare? Immo ne pugnare quidem, sed auro et cuncta superlectili vitam redimere?».



que «Teodosio, demostrando al principio a su padre Arcadio que no era belicoso y que obtendría el cobarde convenio y la paz con dineros y no con armas»⁷⁰. Juan Lido desvela con evidente descontento que Zenón «era cobarde, o mejor, acobardado, no sólo imponía tributo a las guerras (ni una vigésima parte soporta ver una batalla) y empujaba al gobernador a ultrajar la paz con mucho dinero, él mismo sobre las confiscaciones y la destrucción de los que velaban por el cumplimiento del estado»⁷¹. Finalmente, Procopio acusa a Justiniano de que «a los dirigentes hunos reclamando por una causa insignificante grandes sumas de dinero para ellos arrojaba inconvenientemente el pundonor, sirviéndose de la palabra como garante de la amistad»⁷². La aversión a la política de la compra de paz continuó también más tarde. Así, por ejemplo, Miguel Psello incita a Isaac I a ganar la paz con la Victoria en la guerra y no comprándola⁷³.

Del mismo modo, el historiador Agatías fue también un crítico comentarista de la política exterior de Justiniano, sin embargo, extrañamente su reproche no se vuelve contra la política ofensiva para reconquistar los territorios perdidos, que le condujo a la restauración del poder imperial en África e Italia tras la disolución de los reinos de los vándalos y ostrogodos respectivamente, como hubieran esperado nuestros críticos contemporáneos de la política de Justiniano acusándolo de que con sus guerras había destruido Italia y el norte de África. Completamente contrario, Agatías juzga la política de los últimos años del reinado de Justiniano, al que se le reprocha que por aburrimiento senil⁷⁴ hubiera limitado la fuerza guerrera del ejército de 645.000 a 150.000 hombres y hubiera preferido más el acuerdo pacífico con los rivales que el enfrentamiento bélico con ellos⁷⁵. Resulta interesante que el portador oficial de la posición crítica contra Justiniano fuera también su sucesor, Justino II⁷⁶, quien manifiestamente abandonó la política de compra de paz; despi-

⁷⁰ PRISCO, frag. 3, 1, p. 226 BLOCKLEY. Cf. SUDA, Θ' 145. Cf. U. ASCHE, *Roms Weltbeherrschungs-idee und Aussenpolitik in der Spätantike im Spiegel der Panegyrici Latini*, Bonn 1983, p. 126 y ss.

⁷¹ *De magistratibus* III 45, p. 202, 15-18 BANDY.

⁷² *Historia Arcana* XI, 5. En el párrafo siguiente (6) utiliza el tono crítico $\theta\eta\eta\epsilon\iota\sigma\iota\sigma\iota\epsilon\iota$ $\omega\upsilon\tau\omega\varsigma$ $\epsilon\iota\sigma\tau\epsilon\lambda\epsilon\upsilon\sigma\epsilon\iota$.

⁷³ *Scripta minora* II, p. 181 KURTZ-DREXEL: Μόνον [...] ἡ διὰ τῆς εἰρήνης πράξις ἔμφρασις ἐχέτω πολεμικοῦ ἀγωνίσματος [...] Ὑπεκέτῳσαν ἐν πᾶσις ὡς δοῦλοι, οἱ χρήμασις ἐξωνηθέντες, ἀλλὰ τῷ βουλευθῆναι σὲ ἔργον τούτους γενέσθαι πολέμου καὶ πανωλεθρία περιπεσεῖν. Cf. A. ΔΕΡΜΙΤΖΑΚΗ-ΚΟΛΙΑ, «Το εμπόλεμο Βυζάντιο στις ομιλίες και τις επιστολές του 10^{ου} και 11^{ου} αι. Μια ιδεολογική προσέγγιση», en *Το εμπόλεμο Βυζάντιο* (cf. n. 1) pp. 213-238; p. 220.

⁷⁴ AGATHIAS, *Historiae* 5, 14: Τότε δὲ ἀμφὶ τὴν ἐσχάτην τοῦ βίου πορείαν ἦδη γὰρ καὶ ἐγεγραμμένοι ἀπειρηκέναι τοῖς πόνοις ἐδόκει, καὶ μᾶλλον τὸ αὐτὸν ἦρεσκε ξυγκρούειν ἐν σφίσι τοὺς πολεμίους δώροις τε αὐτοῦς εἶ που δέησαι, καταθωπεύειν καὶ ταυτῇ ἀμωσγέπως ἀποκρούεσθαι ἢ ἐφ' ἑαυτῷ πεποιθέναι καὶ μέχρι παντὸς διακινδυνεύειν.

⁷⁵ A. CAMERON, *Agathias*, Oxford 1970, p. 125 y ss.

⁷⁶ Apenas un año después de su ascenso al poder, Justino escribía lo siguiente: Τὸ γὰρ δημόσιον χρέεσι πολλοῖς καταπεφορτισμένοις εὐρόντες καὶ ἀπαλλάξαντες τοῦτο. Καὶ τὸ στρατιωτικὸν δὲ πρᾶρρην ἐῖδη τῆ τῶν ἀναγκαίων ἀπορία, ὡς τὸ πολίτευμα ταῖς τῶν



dió violentamente a los embajadores vecinos, los persas y los ávaros, que pedían la renovación de la paz con las mismas o aumentadas peticiones; y, sobre todo, se negó altaneramente a entregar las concesiones anuales a sus vecinos, a pesar de que constituían obligaciones convencionales urgentes del Estado⁷⁷. Escritores posteriores que escriben en otras situaciones políticas desfavorables para difamar la obra de sus emperadores héroes demostrarán como virtud la preferencia por la paz⁷⁸.

Por otra parte, Ana Comneno escribirá sobre su padre, Alejo, que «a los bárbaros de todo tipo, no dando motivos de guerras ni teniendo necesidad, él mismo, sin embargo envió, al igual que los malos generales, que tranquilizan las cosas, a que ellos a cualesquiera bárbaros, tomando él como motivo no conceder guerras ni ponerse en marcha necesariamente, pero los rechazo, tranquilizando de este modo las cosas y a los malos generales, sublevando a los más capaces en la guerra en derredor. Pues la paz es el fin de toda guerra, que él siempre se impulsaba por eso [...] y siempre se preocupaba por su buen fin, pues si esto se desentendía era la destrucción de generales y políticos que llevaban a cabo las labores de la Ciudad. Sin embargo, el *basileus* Alejo hacía todo lo posible en contra de esto trabajando por alcanzar la paz en todo lugar, que prolongaba teniéndola siempre presente y confiscaba muchas veces cuando ésta faltaba, como volvería a suceder. Y era él por naturaleza pacífico, aunque también muy belicoso, obligado por las circunstancias»⁷⁹.

En efecto, en las aclamaciones del ejército al *basileus*, «tan pronto el emperador como marcha victorioso contra los belicosos, o concede salarios al ejército, o bien algún otro reparto real» los soldados no vacilaban, antes bien, conforme a la especificaciones de la *Orden real*, eran invitados a alardear de todas las particularidades militares regias:

Larga vida a los *basileis* valientes,
Larga vida a los *basileis* victoriosos,
Larga vida a los *basileis* triunfadores,
Larga vida a los *basileis* pacificadores⁸⁰.

Otro modo de disimular y embellecer la política de compra de paz era invertir en una terminología técnica para las contribuciones que resultara menos

βαρβάρων ἐφόδους τε καὶ ἐπιδρομαῖς ἀμέτροις καταβλάπτεσθαι, καθ' ὅσον γέγονεν ἡμῖν δυνατὸν τῆς θεούσης ἐπανορθώσεως ἀξιούμεν. Cf. *Νεαρά* 148 (566). W. POHL, *Die Awaren*, p. 211 y ss. Refiere a partir de fuentes chinas que en esa misma época también el emperador de China Kao-Tsu censuraba la correspondiente política conciliatoria de sus predecesores ante los turcos.

⁷⁷ Cf. J. IRMSCHER, «Justinianbild und Justiniankritik im frühen Byzanz», en *Studien zum 7. Jahrhundert in Byzanz*, H. KÖPSTEIN & Fr. WINKELMANN (eds.), Berlin 1976, pp. 131-142.

⁷⁸ Cf. ejemplos desde los siglos XI y XII en A. ΔΕΡΜΙΤΖΑΚΗ-ΚΟΛΙΑ, *op. cit.* (cf. n. 86), p. 218 y ss.

⁷⁹ ANNA COMNENO, *Alexiada* XII, 5, 2.

⁸⁰ *De ceremoniis aulae Byzantinae* II 19, p. 607, 16-612. Las aclamaciones las analiza TREITINGER, *Die oströmische Kaiser- und Reichsidee nach ihrer Gestaltung im höfischen Zeremoniell*, Jena 1938, p. 176 y ss.

provocativa. Para la suma global de contribuciones la propaganda gubernamental prefería utilizar términos como «aportación» (εἰσφορά), «donación» (δωρεά), mientras que para los pagos anuales elegía términos como «paga» (μισθός), «salario» (στυπρέσιον), «jubilación» (σύνταξις) —en latín *subsidia* o *consuetudina dona*— y otros semejantes. De este modo se creaba la impresión de que las contribuciones eran una expresión espontánea de la magnanimidad del *basileus*, una paga anual por la concesión de servicios concretos hacia el Imperio, y para disimular este método vinculaba los pagos a la concesión de cargos superiores y hasta cargos militares superiores, hasta el punto de que las concesiones fueran consideradas como una compensación por los servicios militares prestados⁸¹. Podemos explicar esta insistencia de la Corte en la «correcta» terminología y en todo tipo de sacrificio conducente a evitar el término «impuesto» si tenemos en cuenta que como expresión establecida para el sometimiento de un pueblo a otro los escritores bizantinos utilizaban la expresión «tener en raptor del impuesto». Los numerosos críticos y graciosos rivales a esta política elegían términos como «impuesto» (φόρος), «arancel» (δασμός), «rescate» (λύτρον), etc., que presentaban al Imperio en relación de subyugación ante los receptores de la llamada generosidad (*munificentia*) imperial⁸².

Es característico el ejemplo de Atila que llegó a ser nombrado «general de los Romanos» —*magister utriusque militiae*—, con objeto de que las contribuciones hacia él no fueran consideradas como «impuestos»: «Y tenía el cargo [...] de general de los Romanos, gracias a lo cual Atila aceptó del *basileus* el nombre del llamado impuesto, hasta el punto que decidió que le fueran remitidas a él las pensiones del salario concedido a los generales»⁸³. Por otra parte, Procopio transmite que en un caso la suma global de las contribuciones otorgadas durante cinco años a los persas con este pensamiento: «rendirles por todo un año el no parecer aranceles», y añade con sarcasmo incontenible: «pues los hombres acostumbran a hacer vergonzosos los nombres, no los hechos de los que muy mucho se avergüenzan»⁸⁴. Cosroes mostró

⁸¹ Esta cuestión ha sido analizada numerosas veces. Cf. R.C. BLOCKLEY, *East Roman Foreign Policy*, p. 106 y ss. y H. BRANDT, *Zeitkritik in der Spätantike. Untersuchungen zu den Reformvorschlägen des Anonymus De rebus bellicis*, München 1988, p. 17 y ss.

⁸² Tenemos muchos ejemplos de uso de este término en las obras de Procopio así como en otros escritores. Así se explica, p. ej., por qué en un caso de las relaciones bizantino-persas en la propuesta de Cosroes a los persas δεῖν τοῖνυν Ῥωμαίους τακτόν τι φέρειν ἐπέτειον Πέρσiais, los persas bizantinos avergonzados responden: Οὐκοῦν ὑποτελεῖς Πέρσαι βούλονται Ῥωμαίους ἐς φόρον ἀπαγωγῆν ἔχειν, *De Bellis* II 10. Véase la expresión en el *Thesaurus Linguae Graecae*.

⁸³ PRISCO, frag. 11, p. 278. BLOCKLEY. En la misma época Salviano se burla de la teoría sobre la supremacía del imperio contra los bárbaros, diciendo entre otras cosas lo siguiente: «aurum, quod pendimus, munera vocamus. Dicimus donum esse quod pretium est et quidem pretium condicionis durissimae ac miserrimae», *De gubernatione dei* VI 98 ss.

⁸⁴ *De Bellis* VIII 15, 6. JUAN DE ÉFESO, *Ἐκκλησιαστική Ἱστορία* 6, 24 PAYNE-SMITH, describe la conversación del embajador bizantino Zemarco con Sizabulo, el jefe de los ávaros en 560, según la cual el jefe ávaro le preguntó al embajador si era cierto aquello que le habían referido los persas, es decir, que los romanos eran tributarios porque pagaban impuestos como tributarios.

al final de las negociaciones su generosidad y, mofándose de las sensibilidades hipócritas de la corte bizantina, aceptó que el arancel se considerara en suma global la contribución pagada gracias al acuerdo, «establecido en los acuerdos en nombre del arancel»⁸⁵. Caterina Sinellis ha demostrado que desde el siglo VI en adelante se ha fijado el uso del término «pacto» (πάκτων) para indicar las obligaciones regulares contraídas para las contribuciones que retomó el Imperio con la firma de un acuerdo. Por la capital importancia de este término —*pacto*— como acuerdo hemos llegado a la definición de la importancia y a su profesionalización en las contribuciones que el acuerdo preveía comerciar pactos = contribuciones monetarias ordinarias. El término se generalizó de este modo porque con este significado resultaba neutro aunque elocuente⁸⁶.

⁸⁵ *De Bellis* VIII 15, 17. *Vid.* también II 10, 22-23. Por otra parte, MENANDRO PROCTOR, frag. 8, presenta a los ávaros para que calculen según las negociaciones con Justino II que con sus amenazas conseguirían que ὥστε ὡς ἐκ τούτου ἀναγκασθήσονται Ῥωμαῖοι ὡσπερ ὑπόφοροι εἶναι Ἀβάρων. Justino responde que οὔτε δεηθεῖν ποτὲ τῆς καθ' ἡμᾶς συμμαχίας, οὔτε τι λήψεσθε παρ' ἡμῶν ἢ καθ' ὅσον ἡμῖν δοκεῖ, ὡσπερ δουλείας ἔρανον, καὶ οὐχ, ὡς οἶεσθε, φορολογίαν τινά.

⁸⁶ K. SYNELIS, «Die Entwicklung der Bedeutung des Terminus «πάκτων» im Rahmen der Entwicklung der 'internationalen' Beziehungen von Byzanz vom 4. bis zum 10. Jahrhundert», en E. CHRYSOS (ed.), *Studien zur Geschichte der Römischen Spätantike. Festgabe für Professor Johannes Straub*, Athen 1989, pp. 234-250.



GUERREROS HISTÓRICOS, HÉROES ÉPICOS Y PERSONAJES DE FICCIÓN: EL OTRO LEGADO DE ALFREDO EL GRANDE

Trinidad Guzmán González
Universidad de León

RESUMEN

El artículo estudia a tres de los descendientes del rey Alfredo el Grande de Wessex como guerreros históricos y héroes épicos: sus nietos Æthelstan y Eadmund y, sobre todo, su hija Æthelflæd, «Señora de los Mercianos», con una atención especial a la contribución de esta última en la lucha contra los invasores vikingos y la formación de la nación inglesa. También se estudia su carácter de héroes épicos, tomando como modelos las figuras que aparecen en la poesía épica anglosajona, en particular, *Beowulf* y *Judith*. El estudio lo completan unas breves notas sobre obras de ficción que incorporan estos personajes históricos.

PALABRAS CLAVE: Inglaterra anglo-sajona, poesía épica, mujeres, vikingos, ficción.

ABSTRACT

This article considers three of King Alfred's descendants as warriors and epic heroes: his grandsons Æthelstan and Eadmund, and his elder daughter Æthelflæd, «Lady of the Mercians», with particular attention to the latter, and her contribution to the fight against the vikings and the ultimate shaping of England as a nation. Their characterisation as epic heroes departs from the models in Anglo-Saxon epic poetry, especially *Beowulf* and *Judith*. Some brief notes on fiction works of various kinds dealing with Alfred the Great and his descendants complete the study.

KEY WORDS: Anglo-Saxon England, epic poetry, women, Vikings, fiction.

INTRODUCCIÓN

El concepto de Inglaterra, al menos tal y como hoy lo entendemos, no puede decirse que existiera en la época en la que gobernó Alfredo el Grande (871-899), por mucho que *Angelcynn* («el pueblo, la nación de los anglos»), *Englisc* («lengua inglesa») y *rex Anglo-Saxonum* («rey de los anglo-sajones») fuesen términos empleados por el propio rey¹, por ejemplo en la carta-prefacio a su traducción de la *Cura Pastoralis* de San Gregorio Magno, enviada a varios obispos, y que constituye una especie de justificación programática de su reforma educativa²: «Swæ clæne hio

wæs oðfeallenu on Angelcynne ðæt swuiðe feawa wæron behionan Humbre ðe hiora ðeninga cuðen understondan on Englisc oððe furðum an ærendgewrit of Lædene on Englisc areccan; ond ic wene ðætte noht monige begiondan Humbre næren». («Tan completa era la decadencia del conocimiento entre el pueblo de los anglos que había muy pocos a este lado del Humber que fueran capaces de entender los oficios divinos en inglés o incluso traducir una carta del latín al inglés; tampoco creo que hubiera muchos más allá del Humber».)

La historia de las palabras es, empero, curiosa en ocasiones, y, siempre, reveladora. A principios del siglo VIII, Beda el Venerable describe la penúltima invasión de la isla de Gran Bretaña en los siguientes términos³: «Aduenerant autem de tribus Germaniae populis fortioribus, id est Saxonibus, Anglis, Iutis.» («Habían llegado, sin embargo, de entre las tribus más valientes de Germania, esto es, de los sajones, los anglos, los jutos».) En esta cita, una de las más conocidas de la *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum*, se mencionan tres tribus germánicas continentales. Unos mil quinientos años después, el nombre de los jutos se ha difuminado en la larga historia de la isla. El de los sajones se conserva en el compuesto «anglo-sajón» para referirse, por un lado, al período y a la lengua (esto último, no sin controversia por parte de los lingüistas) anteriores a la última invasión de la isla por parte de Guillermo de Normandía en 1066; por otro, al enorme ámbito cultural de nuestro tiempo que hunde sus raíces en ese período y en esa lengua. Por lo demás, tenemos que Inglaterra (*Engla-land*, que significa, literalmente, «la tierra de los anglos») es sólo una parte (la más rica y la más grande, ciertamente) de las que forman el Reino Unido de la Gran Bretaña, pero su nombre y su gentilicio son empleados constantemente fuera de la isla para referirse a toda ella y a todos sus habitantes, mal de su grado para galeses y escoceses. «Inglés» (*Englisc*, «la lengua de los anglos») es el nombre que, sin mayor empacho aunque luego lo apelliden, le dan a su lengua materna unos 341 millones de hablantes en todo el mundo⁴. No obstante, uno de los principales responsables de este estado de cosas⁵ fue no un anglo, sino un sajón,

¹ Una interesante discusión sobre el uso de estos términos puede encontrarse en Kathleen DAVIS, «National writing in the ninth century: a reminder for postcolonial thinking about the nation», *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 28: 3 (1998), pp. 611-637.

² Cito por Antonio BRAVO, Fernando GARCÍA y Santiago GONZÁLEZ, *Old English Anthology*, Oviedo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1992, p. 31. La traducción al español es en ésta, como en todas las citas del inglés antiguo que siguen, mía.

³ Cito por la edición electrónica incluida en <http://www.thelatinlibrary.com/bede.html>. Como en el caso de las citas en inglés antiguo, todas las traducciones del latín al español son mías.

⁴ El informe de *Ethnologue* correspondiente al año 1996 da esta cifra para *first language speakers*; en la versión más reciente (2005) (http://www.ethnologue.com/show_language.asp?code=eng) ha desaparecido la expresión *first language* y la cifra se ha modificado a 309,352,280 como *population total all countries*.

⁵ A este respecto, véase Richard HOGG, «Introduction», *The Cambridge History of the English Language, vol. 1: The Beginnings to 1066*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p. 6: «If Alfred had not come to the throne of Wessex in 871 the course of England and of its language would no doubt have been immeasurably different».

Alfredo de Wessex —«el reino de los sajones del oeste»—, el único al que no sólo los divulgadores, bastante más dados a los epítetos con resonancias heroicas, sino también los historiadores, no han regateado en la historia de Inglaterra el sobrenombre de «El Grande».

Podría resultar tentador ver una cierta «justicia poética» en todo ello: en efecto, fueron los descendientes de Alfredo, los reyes de Wessex, los que, a través de una compleja peripecia histórica, acabaron por construir el reino que invadió Guillermo el Conquistador, alegando parentesco y supuestas promesas de Eduardo el Confesor. Esa peripecia supuso anexionarse la mayor parte de los restos de la antigua Heptarquía de reinos germánicos formada a partir del siglo V y hacer frente a la única amenaza que, de hecho, puso en peligro cierto su supervivencia desde fines del siglo VIII: los vikingos. Pero los reinos y el poder político no se alcanzan solamente por medio de la espada y, desde luego, no se vertebran sólo con ella en absoluto: como es bien sabido, además de en lo militar, Alfredo puso en marcha un ambicioso programa de gobierno en lo legal, cultural y religioso, continuado con mayor o menor fortuna por su dinastía, con un aroma a propaganda más o menos acentuado según los tiempos que corriesen. Y poco hubiera podido hacer sin la concurrencia del otro gran reino superviviente de la gran «debacle» de la Heptarquía: el reino de Mercia, que fue, para Wessex, mucho más que un vecino imprescindible en la lucha contra los vikingos, como estado fronterizo con ellos que era.

La política de matrimonios entre las casas reales había situado a Æthelswith, hermana de Alfredo de Wessex, como esposa del último rey independiente de Mercia, (si no contamos a Ceolwulf, apoyado por los daneses), Burhred, depuesto en 873. Y de la casa real de Mercia procedía Ælswith, la esposa del propio Alfredo, una raíz importante para las aspiraciones al trono de Mercia de sus descendientes⁶. Más allá aún de eso, el florecimiento cultural de Mercia, entroncado directamente con la pretérita época dorada de Northumbria, ya le había proporcionado a Alfredo de Wessex una muy importante base desde la que construir su propio proyecto de «renacimiento»: las leyes de Offa de Mercia forman parte de su código legal, y mercianos serán colaboradores suyos en sus distintas empresas culturales, como el obispo Wærferth, lo que probablemente le diera también un cierto «barniz» merciano al dialecto de Wessex⁷. Los centros de poder político y cultural estaban en Wessex, una vez que Mercia había dejado de ser un reino independiente, pero serán las diversas circunstancias históricas, tras la invasión normanda, las que hagan que, a la

⁶ Véanse ASSER, *De rebus gestis Alfredi*, <http://www.thelatinlibrary.com/asserius.html>, 2; E.L. WOODWARD, *Historia de Inglaterra*, Madrid, Alianza, 1982 [1962].

⁷ Véase R. HOGG, *op. cit.*, p. 6: «But even under Alfred, who ruled from 871 to 899, although we witness the first real flourishing of Anglo-Saxon literature, with the Anglo-Saxon Chronicles and various translations of Latin originals, the West Saxon dialect is markedly influenced by Mercian. This is because Alfred, in order to establish a firm cultural, educational and literary foundation, had to seek the help of Mercians such as Bishop Wærferth and the Welshman Bishop Asser, for it was only in Mercia that the scholarly tradition of the North had been able to survive, and there is precious little evidence to support any such tradition in the South».

larga, sea el dialecto de Mercia el que se constituya en la base de la variedad estándar de la lengua inglesa actual. No el dialecto de Wessex, sino el de Mercia, al cual, junto con el de Northumbria, los historiadores de la lengua inglesa conocemos bajo el común denominador de «Ánglico», y no sólo en razón a las tradicionales divisiones de Beda, sino porque comparten características que los diferencian del resto de variedades dialectales del inglés antiguo.

Las cosas no son, sin embargo, tan sencillas como las he presentado hasta ahora: en realidad, no puede hablarse de una «venganza póstuma» por parte de una hipotética identidad ánglica sojuzgada por los reyes de Wessex, que habrían usurpado el nombre de los anglos a la vez que se anexionaban sus tierras, en muchos casos arrancándoselas a los vikingos. Ya desde Beda se había venido utilizando la expresión *Anglorum* para referirse a la lengua y los habitantes de un territorio en líneas generales similar al ocupado por la Heptarquía antes de mediados/fin del siglo IX. Así, el propio título de la obra, y la descripción de la isla en el capítulo uno, que reza⁸: «Haec in praesenti, iuxta numerum librorum, quibus lex diuina scripta est, quinque gentium linguis, unam eandemque summae ueritatis et uerae sublimitatis scientiam scrutatur, et confitetur, Anglorum uidelicet, Brettonum, Scottorum, Pictorum et Latinorum, quae meditatione scripturarum ceteris omnibus est facta communis.» («Una única y misma ciencia de la suma verdad y la auténtica divinidad se estudia y se confiesa ahora en las lenguas de cinco pueblos, el mismo número que el de libros en los que se ha escrito la ley divina, a saber, la lengua de los Anglos, la de los Britanos, la de los Escotos, la de los Pictos y la de los latinos, que se ha convertido en la común para todos los otros a causa del estudio de las escrituras».)

Éste es el marco en el que se desarrolla el núcleo de interés de este artículo, que gira en torno a la figura de tres descendientes de Alfredo el Grande, en tanto, precisamente, guerreros, héroes épicos y personajes literarios: sus nietos Æthelstan y Eadmund, vencedores de Brunanburh, y, sobre todo, su hija mayor, Æthelflæd, Señora de los Mercianos.

1. ÆTHELFLÆD

1.1. LA «SEÑORA DE LOS MERCIANOS»

No es mucho lo que las fuentes históricas nos dicen de Æthelflæd; la biografía⁹ que el obispo galés Asser redactó de su padre, *De rebus gestis Alfredi*, a fines del siglo IX le dedica apenas dos líneas: «Nati sunt ergo ei filii et filiae de supradicta coniuge sua Æthelflaed primogenita, post quam Eadwerd, deinde Æthelgeofu, postea Ælfthryth, deinde Æthelweard natus est, exceptis his, qui in infantia morte prae-

⁸ Cito por la edición electrónica incluida en <http://www.thelatinlibrary.com/bede.html>.

⁹ Cito por la edición electrónica de incluida en <http://www.thelatinlibrary.com/asserius.html>.

veniente praeoccupati sunt; cuius numerus est Æthelflæd, adveniente matrimonii tempore, Eadredo, Merciorum comiti, matrimonio copulata est; [...]» («Así pues, de la esposa antedicha le nacieron: Æthelflæd, la mayor, después de la cual nacieron Eduardo, luego Æthelgeofu, Ælfhryth, y Æthelward, además de aquellos que fueron sorprendidos en la infancia por una muerte prematura. De este número están Æthelflæd, que, llegado el tiempo de casarse, fue unida en matrimonio con Eadred, Señor de los Mercianos; [...]».)

La entrada corresponde al año 890: las fuentes no son ni precisas ni unánimes con respecto a cuál era la edad *matrimonii* para las princesas anglo-sajonas, aunque parece que el lapso entre los doce y los veinte años era el más habitual¹⁰. Debió, pues, nacer en la década de 870, y de su vida anterior no sabemos nada más: a partir de la ausencia de información en un largo párrafo en el que se detalla la educación recibida por el resto de sus hermanos, algún autor¹¹ ha especulado con la probabilidad de que fuese educada por su tía, la antigua reina de Mercia y esposa de Burhred. Sin embargo, por atractiva que pueda ser esa posibilidad en razón de su vida posterior, no se han encontrado pruebas que lo avalen, más allá del hecho de que la década de su nacimiento y primera infancia es una de las más difíciles de la historia de Wessex y, por ende, para la familia de Alfredo: su padre fue elegido rey a la muerte de su hermano Æthelred, en el curso de continuas batallas contra invasores vikingos, que redujeron el territorio independiente de Wessex a proporciones mínimas, hasta la victoria sobre Guthrum en 878 en Edington. Las campañas militares siguieron siendo una constante durante todo el periodo anglo-sajón, porque esa victoria no terminó, en absoluto, ni con las razias y las invasiones vikingas, ni, por supuesto, con las intenciones de los monarcas de Wessex de hacer coincidir su reino con las fronteras de aquel *Angelcynn* del que hablaban Beda y Alfredo. Estas circunstancias acabarían por decidir el destino de Æthelflæd: la convulsa situación de Mercia, con la deposición del cuñado de Alfred, con Ceolwulf, el rey-marioneta de los daneses, con éstos campando a sus anchas por la parte oriental del reino... fue una excelente oportunidad. Quizá pensar en un programa claramente prefigurado de anexión y unificación del *Angelcynn* sea en exceso aventurado, al menos en el caso de Alfredo (no así en el de sus sucesores). Pero sí que es cierto que Æthelred, que se había hecho con el poder efectivo en Mercia hacia 877, aceptó a Alfredo como rey y se contentó con el título de *Myrcna Hlaford* («Señor de los Mercianos»). Desde esa posición subordinada colaboró con él en las campañas contra los escandinavos. Alfredo se aseguró su lealtad con la cesión de la administración de Londres en 886 y con la boda con su hija mayor, Æthelflæd, la cual se convirtió de modo oficial (más o menos oficiosamente lo había sido desde años antes) en la gobernante de Mercia a la muerte de su marido en 911.

¹⁰ Christopher BROOKE («Both small and great beasts»: an introductory study», *Medieval Women*, D. BAKER ed., Oxford, Basil Blackwell, 1978, p. 2) habla de entre doce y quince.

¹¹ Jane WOLFE, *Æthelflæd, Royal Lady, War Lady*, Chester, Fenris Press, 2001, pp. 8-9.

La mayoría de los historiadores coincide en considerar la actividad bélica desarrollada durante el gobierno de los dos hijos de Alfredo en Wessex y Mercia como integradas en una clara estrategia conjunta¹² con dos líneas básicas de actuación: por un lado, el establecimiento de una línea defensiva mediante la fortificación de enclaves estratégicos; por otro, las campañas militares propiamente dichas, ofensivas, o defensivas, para cuyo éxito la creación de un ejército semi-permanente (*fyrd*) por parte de Alfredo fue fundamental. Conviene no olvidar, además, la notable actividad diplomática entrelazada con todo ello, y de la que también Alfredo fue iniciador con el tratado de Wedmore, que supuso la subsiguiente «oficialización» del dominio de los escandinavos sobre el territorio de la isla conocido como Danelaw¹³.

La red de fortificaciones (*burz* en inglés antiguo) es una estrategia también iniciada por Alfredo tras la victoria de Edington, y, sin duda, supuso una de las claves del éxito que permitió a los anglo-sajones poner bajo su control de nuevo todas las tierras al sur del río Humber. Los dos hermanos (para entonces la enfermedad de Æthelred ya había colocado a Æthelflæd abiertamente como gobernante de Mercia), Eduardo en Wessex y Æthelflæd en Mercia, retomaron la construcción de plazas fuertes y la fortificación de las ya existentes en una línea desde el río Mersey hasta Essex, y que, no por casualidad, corría paralela a las guarniciones militares danesas. Aprovecharon para ello unos años de relativa tranquilidad tras la derrota y muerte, en 902, en la batalla de Holme, de Æthelwold, hijo del rey Æthelred, el hermano y predecesor de Alfredo en el trono de Wessex, que se había rebelado contra la elección de Eduardo como rey y había buscado apoyos en los escandinavos de Northumbria, primero, y los de Anglia Oriental, después.

En una lista rápida, pueden mencionarse, en el sur, las construcciones de Eduardo: Hertford (911-912), Witham (912), las dos de Buckingham (914), Bedford (915) y Maldon (916). Æthelflæd construyó fortalezas en Bremesburh (910), Scergeat y Bridgnorth (912), Tamworth y Stafford (913), Eddisbury y Warwick (914) y Chirbury, Weardburh y Runcorn (915). Además, reconstruyó y posiblemente fue ella también quien amplió las defensas romanas de Chester. Un análisis detallado de las circunstancias en que se estableció este sistema de fortalezas¹⁴ coloca a éstas como una pieza esencial en el contexto de las campañas militares propiamente dichas: por una parte, protegía los territorios adyacentes y bloqueaba las rutas que los daneses seguían en sus razias; por otro, formaron cabezas de puente que afianzaban el terreno ganado y desde las que podían lanzarse nuevos ataques por parte de los anglo-sajones.

Éstos recomenzaron a partir de los años 909-910, y también ellos parecen responder a un plan común, al menos en parte. De hecho, es Eduardo, y no los

¹² F.T. WAINWRIGHT, «Æthelflæd Lady of the Mercians», *The Anglo-Saxons*, Peter CLEMOES, ed., Londres, Bowes and Bowes, 1959, p. 57.

¹³ D. WHITELOCK, *The Beginnings of English Society*, Penguin, 1979 [1952], p. 136.

¹⁴ Véase WAINWRIGHT, *op.cit.*, 1959, p. 58.



Señores de Mercia, el que envía un ejército de mercianos y sajones contra los daneses northumbrios en 910. La victoria fue tal, que no volvieron a aventurarse al sur del río Humber, con lo que sajones y mercianos pudieron concentrarse con mayor efectividad en los daneses que ocupaban las Anglia y Mercia Orientales. Las campañas posteriores, a partir del año 917, acabaron (ya tras la muerte de Æthelflæd en 918) por colocar, como ya se ha dicho, todos los territorios al sur del Humber bajo dominio anglo-sajón. Por lo que toca a la intervención de Æthelflæd en estas campañas, debe mencionarse la conquista de Derby en 917, tal vez aprovechando que estaba parcialmente desguarnecida a causa precisamente de los ataques de Eduardo en otra parte de la isla, y la anexión de Leicester sin que el ejército que la defendía ofreciese resistencia en 918¹⁵.

Esta victoria sin resistencia es muestra de que la actividad bélica de Æthelflæd estuvo notablemente trufada con una también notable actividad diplomática: de hecho, la fortificación de Chester es el último evento de un episodio que sirve, por otra parte, para probar cómo ya en vida de su marido era ella la gobernadora efectiva de Mercia. En realidad, este episodio debe enmarcarse¹⁶ en el contexto de una problemática específicamente merciana (pero cuyo manejo por parte de Æthelflæd probablemente le fue muy útil a Eduardo de Wessex para evitarle problemas adicionales y permitirle concentrarse en afianzar sus conquistas). Algunos autores¹⁷ hablan de movimientos migratorios en los primeros años del siglo x por parte de tribus noruegas e irlandeses-noruegos en una zona del oeste de la isla de Gran Bretaña a caballo entre lo que hoy son Escocia e Inglaterra. A lo que parece, Ingimund y su tribu obtuvieron de Æthelflæd permiso para asentarse cerca de Chester hacia 902. Fue su previsión al refortificar la ciudad en 907, la que evitó sin duda que cayera en manos de los escandinavos cuando Ingimund se las arregló para obtener apoyos entre sus vecinos y atacar Chester.

Æthelflæd no se limitó a defenderse cuando los inmigrantes escandinavos asentados en la península de Wirral y alrededores atacaban. De hecho, parece haber estado lo suficientemente informada y pendiente de la situación en Northumbria y en el Danelaw como para que, por un lado, alguna de sus fortificaciones, como la de Eddisbury (914) y Runcorn (915) respondiesen a avances en el poder escandinavo de la zona. Más aún, autores como Wainwright consideran que la información contenida en las fuentes históricas permiten situarla como «*active leader of a coalition*

¹⁵ Derby y Leicester son dos de los llamados *Five Boroughs* o plazas fuertes de los daneses durante los siglos x y xi: las otras tres son Nottingham, Stamford y Lincoln; éstas fueron conquistadas por Eduardo el Viejo. Véase Michael LAPIDGE, Michael, John BLAIR, Simon KEYNES y Donald SCRAGG, eds., *The Blackwell Encyclopædia of Anglo-Saxon England*, Malden, Oxford, Victoria, Blackwell Publishers, 2004 [1999], p. 186.

¹⁶ Véase WAINWRIGHT, *op.cit.*, pp. 62-64 y «The battles at Corbridge», *Saga-Book of the Viking Society*, 13 (1946-1953), pp. 156-173.

¹⁷ WAINWRIGHT, 1959, pp. 62-64 y 1946-1953, pp. 156-173. Véase también <http://www.nottingham.ac.uk/~sczsteve/>.

*against the Norwegians*¹⁸, junto con pictos, escotos, los bretones de Strathclyde y los daneses de Northumbria, en su intento de asegurar la frontera septentrional de Mercia. Así, se ha atribuido a su dirección la victoria en una batalla que bien podría haber sido contra el líder noruego Ragnald en Corbridge¹⁹ y con todo ello también se ha relacionado la oferta de sumisión y alianza que los *Eoforwicingas*, los habitantes de York, le hicieron en 918. La frontera galesa debió ser otra de las preocupaciones de la Señora de los Mercianos, aunque sólo existe evidencia documental de una expedición punitiva a Brycheiniog (Brecon Mere) en 916, como represalia contra el asesinato del abad Ecgberth y sus compañeros, y en la que tomó treinta y cuatro rehenes, entre ellos, la propia esposa del rey.

No es mucho lo que sabemos de sus otras tareas de gobierno. Aunque algunas fuentes contemporáneas cuyas hablan de la reina de Mercia, parece bastante claro que Mercia no volvió a ser nunca un territorio autónomo, y que Æthelflæd y su marido, si bien gozaron de una amplia capacidad de maniobra e iniciativa autónomas, sobre todo en el caso de ella, estaban bajo la autoridad de Wessex. De esta situación parece prueba el hecho de que no se acuñó otra moneda en Mercia que no fuese con la efigie de Eduardo de Wessex. Por el contrario, sí que pudieron otorgar *charters* o «cédulas», «fueros», esto es, los documentos mediante los cuales se concedían tierras o privilegios a distintas instancias. No son muchos los que nos han llegado: dos en nombre de Æthelred y Æthelflæd, y otros dos en nombre sólo de ella, donaciones de tierra, uno de la «*domina Merciorum*» a «*meo fideli amico Alchelme*», y otro a Eadric «*minister*»²⁰. El nombre de Æthelflæd, por otra parte, también aparece solo en el registro de muchas de las decisiones de índole militar o simplemente político-religiosa, como fue el traslado de las reliquias de san Oswald a Mercia, que tomó, aparentemente sola, o con el concurso de su hermano, en vida de su marido. Respecto a asuntos de índole más personal, parece que sólo tuvo una hija, Aelfwynn, a la que presumiblemente educó junto a su sobrino Æthelstan, el hijo mayor de Eduardo, y que acabaría sucediéndole en el trono.

Æthelflæd murió repentinamente el 12 de junio de 918, pero ningún historiador parece atribuir su muerte a hipotéticas heridas en la batalla de Corbridge

¹⁸ WAINWRIGHT, 1959, p. 63.

¹⁹ Véase WAINWRIGHT, 1946-1953, pp. 168-169: «[...] we cannot dismiss a source which, though itself confused and inaccurate, apparently preserves a core of genuine historical fact. [...] The battle seems to have been exceptionally bloody; many important men were slain, but the English were victorious and destroyed many of the pagan enemies. We are told that the king of the pagans, "attacked by a disease", was carried into a wood where he died, and that Oittir, "the most active jarl in the battle", also fled into the woods with the remaining Scandinavians. Then Æthelflæd, who seems to have been responsible for the English strategy, ordered the wood to be cut down; this was done, no doubt with facility possible only in legend, and all the pagans were killed. Æthelflæd's fame is reputed to have spread far and wide. So ends the story of the battle».

²⁰ Véase Christine FELL, *Women in Anglo-Saxon England*, Londres, Colonnade Books, 1984, p. 92; la autora interpreta este *minister*, como uno de los jefes militares que pudieron haber estado a sus órdenes.

contra los noruegos. Su hermano, el rey Eduardo de Wessex, recogió buena parte de los frutos de sus actividades diplomáticas; continuó afianzando sus avances con nuevas fortificaciones en las diversas fronteras mercianas y se colocó al frente de la coalición que ella habría creado contra los noruegos. Como tal, recibió la sumisión de Ragnald y pacificó relativamente la zona hacia 920; de modo análogo, durante un tiempo los galeses fueron sus aliados más o menos pacíficos, ya que lo reconocieron como señor tras la muerte de aquella²¹.

1.2. ÆTHELFLED, LOS CRONISTAS Y LA EDAD MEDIA

Según todo lo expuesto, parece claro el papel crucial que los historiadores le han reconocido a Æthelflæd en la vertebración del reino conjunto de Mercia y Wessex, que conduciría a la larga a la formación del reino de Inglaterra, excepción hecha de todos aquellos documentos en los que precisamente pudo haber tenido influencia su hermano, Eduardo el Viejo. Hasta ahora, sólo de pasada he mencionado alguna de las fuentes históricas a partir de las cuales conocemos a Æthelflæd y su época. Ha sido algo totalmente intencionado, porque quería presentar su figura sin los prismas que podría suponer el abierto contraste entre las fuentes documentales procedentes de Wessex y las procedentes de otros lugares, tales como Irlanda y la propia Mercia, por no hablar de cronistas de la época normanda, ya a partir del siglo XII.

918 Her on ðysum gere [...] þa gefor æþelflæd his swystar æt Tameþorþige .xii. nihtum ær middum sumera; 7 þa gerad he þa burg æt Tameworþige, 7 him cierde to eall se þeodscype on Myrcna lande þe Æþelflæde ær underþeoded wæs²²;

918 Durante este año, [...] murió Ethelfleda, su hermana, en Tamworth, doce días antes del solsticio estival; y entonces [Eduardo] ocupó la fortaleza en Tamworth y a él se sometieron todos los pueblos en la tierra de los Mercianos que habían estado sometidos a Ethelfleda

Esto es lo único que el manuscrito de la *Crónica Anglosajona* en su versión de Wessex dice de Æthelflæd. La *Crónica Anglosajona*, recordémoslo brevemente, es un conjunto hasta cierto punto heterogéneo de anales cuya compilación primigenia había surgido (también, cómo no) en la corte de Alfredo el Grande, a partir de fuentes diversas de los hechos anteriores a su reinado. Generalmente su origen se ha interpretado como un intento de aglutinar fuerzas y sentimientos nacionales en la convulsa época de las invasiones vikingas²³. A partir de 892 se copió en diversos

²¹ WAINWRIGHT, 1959, p. 66.

²² Cito por la versión electrónica incluida en <http://www.georgetown.edu/labyrinth/library/oe/texts/asc/a.html>.

²³ Véanse LAPIDGE, BLAIR, KEYNES y SCRAGG, eds., *op. cit.*, p. 35; también G.N. GARMONSWAY, ed. y trad., *The Anglo-Saxon Chronicle*, Londres, J.M. Dent, 1975 [1953], pp. xv-xlix; A.H. SMITH,

lugares del país, a la vez que se añadían los registros correspondientes a los años subsiguientes, con lo que las diversas copias adquirieron un indudable «sabor local». De todo ello sobreviven siete manuscritos de los cuales sólo uno, el más antiguo, conocido como la *Crónica Parker*, muestra trazas paleográficas de haber sido copiado por sucesivos escribas en un único lugar, y por lo que se refiere a los reinados de Eduardo y quizá Æthelstan, en época contemporánea más o menos a los hechos que se narran. Es, precisamente, de la *Crónica Parker* de la que procede la cita anterior.

La mayoría de lo que sabemos de Æthelflæd, la mayoría de lo referido hasta ahora, de lo que intencionadamente he excluido los juicios de valor, aparece, pues, en documentación ajena a Wessex. Estas fuentes son, por lo que se refiere a anales e historias, las siguientes: los llamados *Mercian Register*, *The Three Fragments*, los *Annals of Ulster* y las crónicas del siglo XII, tras la conquista normanda, especialmente las de William de Malmesbury y Henry de Huntingdon. El *Mercian Register* es un fragmento de una copia perdida de la *Crónica* presumiblemente hecha en Mercia, y que contiene, justamente, los hechos entre los años 902-924, con una incidencia especial en Æthelflæd²⁴. No sobrevive en el original, sino en lo que se conoce como las *Crónicas Abingdon*, dos manuscritos del siglo XI, probablemente, que son copias de la versión de los anales mantenida en Abingdon, en el noroeste de Wessex, y a la que se habría añadido dicho fragmento. *The Three Fragments* o *Anales Fragmentarios de Mercia* es una compilación que nos ha llegado en una transcripción del siglo XVII, cuyo manuscrito se conserva en Bruselas, y que cubre varios períodos salteados; aunque no están datados, el último puede decirse que corresponde a los últimos años de Æthelflæd. Los historiadores, como señala Wainwright²⁵, tienden a desconfiar de esta fuente, porque estiman que aunque contiene mucha información auténtica, también tiene mucha leyenda entremezclada (entre la que coloca la velocidad con la que se cumplió la orden de Æthelflæd en la batalla de Corbridge de talar un bosque, y que fue la clave de la victoria) y bastantes datos erróneos. Bastante mejor opinión tiene Wainwright²⁶ de los *Annals of Ulster*, una crónica que cubre el período 431-1540, comenzada a últimos del siglo XV, en latín y en diversas formas de la lengua irlandesa. En ellos se recoge su muerte, llamándola «*famosissima regina Saxonum*», pero, de forma bastante ilustrativa, no la de su padre o su hermano Eduardo²⁷. La *Gesta Regum Anglorum*, escrita por William de Malmesbury a petición de la reina Matilde en el primer cuarto del siglo XII, cuenta con una gran variedad de fuentes, entre ellas las entrevistas personales, y los historiadores la in-

ed., *The Parker Chronicle 832-900*, Londres, Methuen, 1968 [1935], pp. 1-16; BRAVO, GARCÍA y GONZÁLEZ, *op. cit.*, pp. 291-292; <http://www.georgetown.edu/labyrinth/library/oe/texts/asc/intro.html>.

²⁴Véanse WAINWRIGHT, 1959 y 1946-1953; GARMONSWAY, *op. cit.*; y para el resto de los textos anglo-sajones mencionados, también las diversas páginas htm en <http://www.stephen.j.murray.btiinternet.co.uk>.

²⁵ WAINWRIGHT, 1946-1953, pp.167-169.

²⁶ *Ibidem*, p. 160.

²⁷ Véase FELL, *op. cit.*, p. 92.



cluyen entre las más inteligentes y fiables²⁸. La mitad de la *Historia Anglorum* de Henry de Huntingdon se ocupa de la Inglaterra anglo-sajona y está basada sobre todo en Beda, y, entre los manuscritos de la *Crónica Anglosajona* utilizados, en las *Crónicas Abingdon*, además de en tradiciones orales²⁹. El tema central de su obra es justamente la unificación del reino bajo los monarcas de Wessex y fue una obra muy popular.

Estas diferencias en la presencia de Æthelflæd en una u otra documentación se ha presentado, por parte de los historiadores, como lo que Wainwright ha denominado una «conspiración de silencio»³⁰. La estrategia de Eduardo el Viejo de Wessex para configurar un país bajo su dirección pasaba, para bien o para mal, por Mercia. Ya se había ocupado de que su primogénito, Æthelstan, fuese educado allí por su hermana y su cuñado (aunque hay quienes lo atribuyen más a un oscuro nacimiento del muchacho³¹) y al morir Æthelred en 911 había retomado el control de Londres y Oxford, cuya administración le había cedido Alfredo. Y nada más conocer la muerte de su hermana en Tamworth, Eduardo ocupó la ciudad y procuró asegurarse la sumisión de los mercianos, que habían elegido a la única hija de Æthelflæd y Æthelred, Ælfwynn como nueva *Myrcna Hlafdige*. Ælfwynn sólo fue Señora de los Mercianos durante unos meses, y las diversas fuentes no son muy explícitas sobre las razones que pudo haber aducido Eduardo para deponer a su sobrina y trasladarla a Wessex. Nunca se volvió a saber de ella, pero hay un dato que nos hace preguntarnos cuál pudo haber sido la actitud o los planes de su madre respecto a ella: nunca se casó, en una época en la que el matrimonio era un instrumento diplomático y político de primer orden. De todos modos, no a todos los mercianos debió de agradarles: rescoldos del gusto por la independencia ya se habían manifestado en esta elección y, posteriormente, en el resentimiento provocado por la destitución de Ælfwynn que destilan las palabras del cronista del *Mercian Register*³² y tal vez también la posible revuelta, en coalición con los galeses, contra Eduardo hacia 920 recogida por William de Malmesbury. Tampoco se apagaron del todo los resentimientos de daneses, irlandeses y escoceses, por mucho que le presta- sen juramento de sumisión en 920. Eduardo y sus descendientes sabían, sin duda, reconocer el valor propagandístico de la escritura y de las crónicas; y es difícil sus- traerse a la idea de que la escasa presencia de Æthelflæd en la *Crónica Parker* no se deba a ello³³.

²⁸ LAPIDGE, BLAIR, KEYNES y SCRAGG, *op. cit.*, pp. 476-477.

²⁹ *Ibidem*, pp. 232-233.

³⁰ WAINWRIGHT, 1959, p. 52.

³¹ Véase, por ejemplo, K.G. HARE, «Athelstan of England, Christian king and hero», *The Heroic Age*, 7 (2004); <http://www.mun.ca/mst/heroicage/issues/7/hare.html>.

³² GARMONSWAY, *op. cit.*, p. 105.

³³ En ello abunda FELL, *op. cit.*, p. 12: «Wainwright's paper reminds us how in this area as in others we need to watch the *Anglo-Saxon Chronicle* for its West-Saxon propaganda, and it is important to remember that the suppression of information about female achievement is not necessarily anti-feminist. In the case of the writer of the *Anglo-Saxon Chronicle* it was more probably

Sea como fuere, Æthelflæd es una de las figuras más notables del periodo anglo-sajón. Su condición femenina, en la alta Edad Media, un periodo controvertido³⁴ donde los haya respecto al papel y la consideración de las mujeres, la convierte, sin ningún género de dudas, en un personaje único. Las razones son varias: en primer lugar, no parece disparatado concebir su boda con el Señor de Mercia, más que como un honor y una muestra de agradecimiento a Æthelred, como una excusa excelente para ejercer un mayor control sobre él y sobre los mercianos. Nada en el comportamiento ulterior de Æthelflæd delata a la persona incapaz. Además, no veo motivo para pensar que, bien en la corte, bien fuera de ella, la hija de Alfredo no hubiese recibido una educación tan esmerada como la de sus hermanos. Por otra parte, Æthelred parece haber sido bastante mayor que ella: de hecho, sus últimos años debió pasarlos bastante enfermo y fue su esposa quien gobernó Mercia, no precisamente en la sombra. A Alfredo, y desde luego a Eduardo, su hijo y sucesor, pudo haberles convenido que al lado del Señor de Mercia, y posteriormente en su lugar, estuviese alguien, no sólo próximo a ellos, sino también fuerte y capaz: como se vería después, los problemas no tenían por qué venir sólo del lado de los daneses, sino también de posibles aspirantes tanto al trono de Wessex como al de Mercia. Un trono que permaneció vacante hasta la llegada al poder de Æthelstan, sobrino de Æthelflæd y nieto del Grande.

No parece que Æthelflæd, o sus hermanas, hayan sido casos excepcionales en la Alta Edad Media inglesa, por lo que toca tanto a su educación, como a la capacidad de maniobra autónoma y en la que ella destacó notablemente. Ya se ha señalado que éste era un período polémico respecto al papel y la consideración de las mujeres: que la Alta y la Baja Edad Media presentan diferencias en este aspecto es el único punto en el que el acuerdo es general³⁵. A lo que parece, y con significativas diferencias de opinión, a partir del siglo XII las mujeres perdieron terreno de forma muy importante en todos los órdenes de la vida a lo largo y a lo ancho de Europa. No debió ser radicalmente distinto en Inglaterra, aunque la cuestión es más controvertida, al menos en lo que toca a la evaluación de la información de que disponemos³⁶. Sea como fuere, las fuentes históricas parecen apuntar a que, al me-

anti-Mercian, or at any rate a desire that Mercian achievement should not be seen to outshine West-Saxon».

³⁴ Véanse, a este respecto, Christiane KLAPISCH-ZUBER, ed., *La Edad Media*, en Georges DUBY y Michelle PERROT, eds. gen., *Historia de las mujeres*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992 [1990]; Bonnie S. ANDERSON y Judith P. ZINSSER, *Historia de las mujeres: una historia propia, vol. 1*, Barcelona, Editorial Crítica, 1991 [1988]; F. BERTINI, F. CARDINI, M.T. FUMAGALLI, B. BROCCIERI y C. LEONARDI, eds., *La mujer medieval*, Madrid, Alianza Editorial, 1991 [1989]; Margaret WADE LABARGE, *La mujer en la Edad Media*. Madrid, Editorial Nerea, 1989. [1986].

³⁵ Además de las obras mencionadas en la nota 33, véanse Anne L. KLINK, «Anglo-Saxon women and the law», *Journal of Medieval History*, 8 (1982), p. 121; M.J. FUENTE y P. FUENTE, *Las mujeres en la Antigüedad y la Edad Media*, Madrid, Anaya, 1995, pp. 50-51; FELL, *op. cit.*, pp. 13-14.

³⁶ Véanse Berit ÅSTRÖM, «The creation of the Anglo-Saxon woman», *Studia Neophilologica*, 70. (1998), pp. 25-34; B. BANDEL, «The English chroniclers' attitude toward women», *Journal of the History of Ideas*, 16:1 (1995), pp. 113-118.

nos entre las clases altas, no era extraño que mujeres y hombres (y no sólo eclesiásticos) supiesen, al menos, leer y escribir: Asser habla de que fue la madre de Alfredo la que despertó en él el gusto por los libros y los poemas antiguos³⁷, y los detalles que proporciona respecto a la educación de los otros hijos de Alfredo son también muy ilustrativos³⁸:

Æthelweard, omnibus iunior, ludis literariae disciplinae, divino consilio et admirabili regis providentia, cum omnibus pene totius regionis nobilibus infantibus et etiam multis ignobilibus, sub diligenti magistrorum cura traditus est. In qua schola utriusque linguae libri, Latinae scilicet et Saxonicae, assidue legebantur, scriptioni quoque vacabant, ita, ut antequam aptas humanis artibus vires haberent, venatoriae scilicet et ceteris artibus, quae nobilibus conveniunt, in liberalibus artibus studiosi et ingeniosi viderentur. Eadwerd et Ælfthryth semper in curto regio nutriti cum magna nutritorum et nutricum diligentia, immo cum magno omnium amore, et ad omnes indigenas et alienigenas humilitate, affabilitate et etiam lenitate, et cum magna patris subiectione huc usque perseverant. Nec etiam illi sine liberali disciplina inter cetera praesentis vitae studia, quae nobilibus conveniunt, otiose et incuriose permittuntur, nam et psalmos et Saxonicos libros et maxime Saxonica carmina studiose didicere, et frequentissime libris utuntur.

Aethelweard, el más joven de todos, fue educado bajo el cuidado de diligentes maestros, en la escuela elemental, junto con niños nobles de casi toda la región, y también plebeyos, según el consejo divino y la prudencia admirable del rey. En dicha escuela se leían asiduamente libros en una y otra lengua, es decir, en latín y en lengua sajona; también se dedicaban a la escritura, de tal manera que se mostra-

³⁷ «Cum ergo quodam die mater sua sibi et fratribus suis quendam Saxonicum poematae artis librum, quem in manu habebat, ostenderet, ait: "Quisquis vestrum discere citius istum codicem possit, dabo illi illum". Qua voce, immo divina inspiratione, instinctus, et pulchritudine principalis litterae illius libri illectus, ita matri respondens, et fratres suos aetate, quamvis non gratia, seniores anticipans, inquit: "Verene dabis istum librum uni ex nobis, scilicet illi, qui citissime intelligere et recitare eum ante te possit?" Ad haec illa, arridens et gaudens atque affirmans: "Dabo" inquit, "illi" Tunc ille statim tollens librum de manu sua, magistrum adiit et legit. Quo lecto, matri retulit et recitavit». («Pues enseñándoles un día su madre a él y a sus hermanos un libro sajón de poesía que tenía en su mano, les dijo: "Se lo daré a aquel de vosotros que sea el primero en aprender este códice". Respondiendo así a su madre y anticipándose a sus hermanos, mayores en edad pero no en dotes, [Alfredo] preguntó, incitado por estas palabras, o más bien por la inspiración divina y atraído por la belleza de la letra de inicio de aquel libro: "¿De verdad le darás este libro a uno de nosotros, esto es, a aquel que sea capaz de entenderlo con mayor rapidez y recitarlo ante ti?". Sonriendo y alegrándose ante esto, ella respondió, afirmando: "A él se lo daré". Entonces, él, cogiéndole el libro al punto de las manos, se dirigió a su maestro y lo leyó. Una vez leído, se lo devolvió a su madre y lo recitó». Cito por por la edición electrónica de incluida en <http://www.thelatinlibrary.com/asserius.html>. De todos modos, Patricia Shaw ha apuntado la posibilidad de que la protagonista de este episodio fuese no su madre, que murió cuando Alfredo tenía siete años, sino Judith, su madrastra (cf. P. SHAW, «Monster-mothers and minster-mothers: the role of the older woman in Anglo-Saxon writing», *Proceedings of the Second International Conference of SELIM*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1993, pp. 156-163.

³⁸ ASSER, *op. cit.*; véase, además M.J. FUENTE y P. FUENTE, *op. cit.*, p. 78.



ran hábiles en y aficionados a las artes liberales antes que adquirir las habilidades varoniles, tales como la de la caza y las restantes que convienen a los nobles. Eduardo y Ælfthryth, criados siempre en la corte con gran celo de nodrizas y ayos, continúan hasta ahora contando con gran amor de todos, humildad, afabilidad e incluso benignidad hacia todos, nativos y extranjeros, y con gran sumisión hacia su padre. Tampoco se les permitió vivir ociosa y negligentemente, sin la disciplina liberal entre las demás ocupaciones de la vida presente, puesto que han estudiado con aplicación los salmos, los libros sajones y sobre todo los poemas sajones, y emplean los libros con gran frecuencia.

Por otra parte, las leyes anglo-sajonas que regulaban la herencia y el matrimonio garantizaban una protección y una autonomía económica que, como era de esperar, aumentaba con el estatus del grupo social al que la mujer pertenecía³⁹, todo ello dentro de un marco referencial claro de una sociedad patriarcal y de dependencia del varón (como establecen, claramente, las leyes de Ine, o las de Alfredo, por mencionar sólo dos ejemplos)⁴⁰. Podríamos decir que con la consabida excepción de las religiosas, incluso en el caso de reinas y aristócratas el ámbito natural de actuación de las mujeres anglosajonas era el doméstico, entendido éste en un sentido muy amplio: podía incluir tanto las responsabilidades más inmediatas concernientes a la alimentación, el vestido, la crianza de los hijos, etc., como la administración de propiedades y tierras, y cualquier otra obligación derivada de la frecuente ausencia de sus maridos, ocasionada tanto por guerras constantes como por una corte itinerante.

No lejos del ámbito doméstico caen, también, actividades de gobierno, intrigas y regencia que como esposas de reyes y madres de príncipes desarrollaron reinas como Ælfthryth o Eadgifu, la tercera esposa de Eduardo el Viejo, Emma, la esposa de Æthelred y Cnut, o Edith, la esposa de Eduardo el Confesor, etc.⁴¹ No parece haber sido éste el caso de Æthelflæd, que resulta ser excepcional no sólo o no tanto por haberse hecho cargo, durante los últimos años de su marido, del gobierno de Mercia. La *Crónica Parker*, es verdad, sólo menciona como antecedente a la reina Seaxburh de Wessex: «672 Her forþferde Cenþwalh 7 Seaxburz an zear ricsode his cuen æfter him» («672 Entonces, murió Cenwalh y después de él, Seaxburgh, su reina, gobernó durante un año»)⁴². También es de imaginar que Cynethryth, esposa de Offa de Mercia (757-96), debió ser una reina poderosa puesto que es la única

³⁹ Véanse A.L. KLINK, *op. cit.*, pp. 107-121; Marc A. MEYER, «Land charters and the legal position of Anglo-Saxon women», *The Women of England From Anglo-Saxon Times to the Present*, Barbara KANNER, ed., Londres, Mansell, 1980, pp. 57-92.

⁴⁰ KLINK, *ibidem.*, p. 110; p. 117-118; véase también FELL, *op. cit.*, pp. 76-77.

⁴¹ Véase, respecto a esto, P. STAFFORD, «Sons and mothers: family politics in the Early Middle Ages», *Medieval Women*, D. BAKER, ed., Oxford, Basil Blackwell, 1978, pp. 79-101; también de la misma autora, *Queens, Concubines and Dowagers: the King's Wife in the Early Middle Ages*, Londres, Batsford Academic & Educational LTD, 1983, pp. 98-109.

⁴² Cito por la edición electrónica incluida en <http://www.georgetown.edu/labyrinth/library/oe/texts/asc/a.html>.

cuya efigie aparece en una moneda⁴³. Lo excepcional es más lo que sucedió a la muerte de Æthelred en 911: es bien sabido que ni el trono, ni los puestos relevantes del gobierno fueron estrictamente hereditarios durante el período anglo-sajón, siguiendo en esto la costumbre germánica. En teoría, y así sucedió muchas veces en la práctica (tal fue el caso de Alfredo) era el miembro varón de la familia real considerado más capaz para las circunstancias concretas el que ascendía al trono⁴⁴. Pero a los mercianos no parece habérseles ocurrido que, muerto Æthelred, pudiera haber otro gobernante en Mercia que no fuese Æthelflæd, que se convirtió en la *Myrcna Hlafdige* («Señora de los Mercianos»), un título que algunos han presentado como honorífico y laudatorio⁴⁵, cuando es, digamos, «técnico» y describe una situación de gobierno bien precisa, cuya mejor traducción tal vez fuese la de «virreina».

En calidad de tal, Æthelflæd afrontó, como hemos visto, las actividades bélicas que en la época conllevaban las tareas de gobierno. Es, por lo tanto, una «guerrera histórica», con un único precedente⁴⁶, recogido de forma lacónica en la entrada para el año 722 en la *Crónica*: «722 Her Æþelburȝ cuen toþearp Tantun 7 Ine ær timbrede». («722 Este año, la reina Ethelburg destruyó Taunton, la cual había sido construida por Ine») ⁴⁷. No consta una presencia efectiva suya en el campo de batalla tan frecuente como la que sí suele darse por descontada en los varones. Aparte de su presencia física en las actividades de fortificación de distintas ciudades, sólo se la menciona en la batalla de Corbridge contra el invasor noruego Ragnald, y en la defensa de Chester contra el sitio de Ingimund. En otro orden de cosas, las fuentes históricas del periodo anglo-sajón no parecen hacer especial hincapié en el hecho de que fuese una mujer, cosa que sí les llama notablemente la atención a los cronistas anglo-normandos⁴⁸. Escriben William de Malmesbury y Henry de Huntingdon en una época en la que tanto la situación legal de la mujer como su imagen han variado sustancialmente desde el período anglo-sajón: Æthelflæd les parece admirable, porque supera su naturaleza femenina para convertirse en una gobernante eminente y una guerrera victoriosa. Los elogios de Huntingdon, que por cierto, confunde varios datos de su vida, incluyen un pequeño poema laudatorio, insistiendo en la idea de que sus méritos son más propios de un hombre:

Mighty Ethelfleda! maiden, thou should'st bear
The name of Man: —though Nature cast thy frame

⁴³ Pero, sin embargo véase FELL, *op. cit.*, p. 90: «She became in late legend a stereotype figure of the evil woman and was accused in a number of hagiographical writings and Norman chronicles of instigating the murder of Æðelbert of East Anglia, king and saint».

⁴⁴ Véase D. DUMVILLE, «The ætheling: a study in Anglo-Saxon constitutional history», *Anglo-Saxon England*, 8 (1979), pp. 2-3 y pp. 16-19.

⁴⁵ Cf. Isaac ASIMOV, *La formación de Inglaterra*, Madrid, Alianza Editorial, 1982 [1969], p. 101: «Por ello, es conocida en las leyendas inglesas como la “Dama de los Mercianos”».

⁴⁶ Según FELL, *op. cit.*, p. 91.

⁴⁷ Cito por <http://www.georgetown.edu/labyrinth/library/oe/texts/asc/a.html>.

⁴⁸ Véase Betty BANDEL, *op. cit.*, 16:1 (1995), pp. 113-118.

In Woman's softer mould —yet he could fear
 Thy matchless might! Let him resign his claim,
 And, maiden do thou change thy sex's name,
 In grace, a queen —be hence a king in might,
 And ages shall renounce proud Caesar's fame,
 To gaze on thine, as on a fairer light!
 So, maiden fare thee well! surpassing queen, good night!⁴⁹

En cuanto a Malmesbury, de él deriva la historia de que:

Esta heroína se vio en inminente riesgo de la vida al dar a luz un hijo. Dotada de un valor muy diferente del que hace que el sexo femenino arrostre el mismo dolor y riesgo repetidas veces, creyó que podía exponer su vida de un modo más noble. Apartóse de su marido y tomando las armas contra los enemigos del reino, quiso más bien exponerse al furor de Marte que a los caprichos de Lucina.

Las palabras de José María Blanco White⁵⁰ (1775-1841) muestran la larga supervivencia de semejante interpretación de la historia, recogida también en el siglo XIII por Roger de Wendover y Robert de Gloucester⁵¹.

2. HÉROES ÉPICOS

2.1. LOS VENCEDORES DE BRUNANBURH

Pero una cosa es la vida, y otra la literatura, y, en consecuencia, una cosa es ser un guerrero histórico y otra bien distinta convertirse en un héroe épico, protagonista de un poema propio. Tal circunstancia sólo la reúnen en la literatura del período anglo-sajón cuatro figuras históricas: los sobrinos de Æthelflæd, Æthelstan y Eadmund, y Bryhnoth, *ealdorman* de Essex, protagonistas, respectivamente, de una sonada victoria, la batalla de Brunanburh, y una no menos sonada derrota, la batalla de Maldon. Los poemas que conmemoran estos hechos de armas comparten una peculiaridad que dice mucho de su carácter propagandístico: aparecen recogidos en las entradas de los años correspondientes en la *Crónica Anglosajona*; es decir, son obras literarias en el marco de lo que se supone que es una fuente histórica.

⁴⁹ Ésta es una de las dos versiones que hasta la fecha me ha sido posible localizar: es presumiblemente una traducción hecha por Mrs. Matthew HALL en 1854 e incluida en su obra *The Queens before the Conquest*. Más detalles y referencias bibliográficas completas de esta y otras obras pueden encontrarse en Fell, *op. cit.*, p. 9; otra interesante versión puede encontrarse en S. WOLFE, *op. cit.*, p. 20.

⁵⁰ J.M. BLANCO WHITE, «Bosquejos de la historia de Inglaterra», *Miscelánea Histórica*, <http://www.e-libro.net/E-libro-viejo/gratis/miscelanea.pdf>.

⁵¹ Véase BANDEL, *op. cit.*, pp. 116-117.



Dejando *La batalla de Maldon* aparte, ya había apuntado más arriba cómo presumiblemente Eduardo el Viejo había manejado a su conveniencia aquellos manuscritos de la *Crónica* copiados en áreas donde él tuviese influencia. Que su hijo Æthelstan siguió una línea de actuación parecida se evidencia claramente en este poema. El arte y la propaganda⁵² han ido muy frecuentemente de la mano y la mayoría de estudiosos emplean ese término u otros parecidos para describir la entrada del año 937 en cuatro de los manuscritos preservados de la *Anglo-Saxon Chronicle*, desde estudios puramente lingüísticos⁵³ a otros de índole más general. *La batalla de Brunanburh* está construido de acuerdo con la dicción poética tradicional anglosajona, con un marcado componente oral, y en la que los diferentes recursos estéticos (*variatio*, *kennings*, etc.) han sido articulados en un entramado estrechamente interdependiente: una enorme riqueza léxica con un vocabulario distintivo, formado a partir de expresiones formulaicas, y arcaísmos, en todos los cuales la composición se prefiere a la derivación; una sintaxis en la que predomina la coordinación asindética; una estructura rítmica basada en unos pocos patrones de acentuación y en la aliteración⁵⁴. El poeta los ha utilizado para configurar un mensaje propagan-

⁵² Véase, en este mismo volumen, el estudio de Etelvina FERNÁNDEZ GONZÁLEZ («Consideraciones sobre la imagen bélica en la Edad Media: los ejemplos de las *Cantigas de Santa María* y de las pinturas murales de los palacios de Barcelona», *Cuadernos del CEMYR*, 13 [2005], pp. 53-77): «Parecen escenas válidas para ilustrar hechos reales; para narrar en imágenes un relato épico; un acontecimiento histórico concreto; un período de un reinado determinado o para exaltar las glorias de un monarca respetado. [...] Por eso, sus hechos bélicos y su imagen son muy adecuados para convertirlo en protagonista de tales murales. Interesaban tanto para mostrarlo en ellas, como ejemplo a emular, como para ensalzarlo y, no sólo a él mismo, sino también a sus sucesores y a su dinastía. [...] Estas pinturas de los palacios de Barcelona ofrecen unos ciclos pictóricos de carácter narrativo, civil y laico, [...] Su función es mucho más que un mero recurso ornamental. En el ciclo en el que está el rey, el mensaje parece claro; él nos dice que, como soberano delibera, decide y ordena y está presente en los acontecimientos más trascendentales de su época [...] Parece plausible que, en ellas, se deseaba resaltar la importancia del acontecimiento bélico, la importancia de su emplazamiento palatino, el afán propagandístico y la legitimación real por derecho de conquista». En el caso específico de Inglaterra, WORLDMALD («Anglo-Saxon society and Its literature», *The Cambridge Companion to Old English Literature*, M. GODDEN y M. LAPIDGE, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 1-22) afirma: «The kingdom of England did not fuse spontaneously; it had to be welded by the mixture of force, cajolery and propaganda that is the stuff of statecraft in any age».

⁵³ Muy interesante es el análisis de Jayne CARROLL en «Words and weapons: *The Battle of Brunanburh*», *Nottingham Linguistic Circular*, 15 (2000), pp. 35-53; los siguientes comentarios son ilustrativos: «So, what does the extensive use of passive and intransitive verbs in the poem do? Well, it contributes to a stillness, a lack of progress surrounding the invaders. They are not *doing* anything to anyone else: things are done to them as they fall, lie, yield and depart. This sense of passivity is further emphasised with repetition of verbs». (p. 37); «Attention has been drawn to the varying linguistic structures which contribute to the reader/listener's perception of the English as active and primary and the invaders as passive and secondary, despite the large proportion of the poem devoted to the Norse-Scots alliance». (p. 46)

⁵⁴ Véase M. GODDEN, «Literary language», *The Cambridge History of the English Language*, vol. 1: *The Beginnings to 1066*, R. HOGG, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p. 509 y ss.: «The characteristic metrical form and specialised language of Anglo-Saxon poetry are to be

dístico («An unrestrained song of triumph, whose poet is “a gifted and well-trained publicist”» en palabras de Dobbie y Klaeber⁵⁵, en el que Æthelstan y Eadmund aparecen como bravos campeones de la nación inglesa frente a los enemigos extranjeros... que son, por cierto, una confederación de tribus del norte que incluían escoceses y escandinavos, parte de los cuales le habían jurado lealtad a su padre unos años antes, y a los que Æthelstan no se había cansado de hostigar con exhibiciones de poder⁵⁶.

Cabría plantearse hasta qué punto Æthelstan y Eadmund difieren, como héroes épicos, del otro héroe, éste de ficción, que protagoniza el único poema épico de extensión considerable en la literatura anglo-sajona, *Beowulf*, y que, como es bien sabido, recoge los distintos hechos de armas de un héroe gauta, primero en el *hall* del rey danés Hrothgar, a quien libera de los ataques terribles de dos monstruos, Grendel y su madre, y segundo, en su propio reino, cuando en su ancianidad, muere al librar a su pueblo de la amenaza de un dragón. Respecto a las características que definen al tipo de héroe épico, puede afirmarse que *Brunanburh* representa un salto cualitativo⁵⁷ importante: en *Beowulf* el acento se pone en las muchas virtudes personales del héroe, que representa las ideales en una sociedad aristocrática y guerrera, entre ellas el legítimo deseo de fama, mientras que en *Brunanburh* se hace hincapié sobre todo en el patriotismo⁵⁸, y tal vez incluso se vaya más allá de él⁵⁹:

afaran Eadwardes,
from cneomægum,
wiþ lābra gehwæne
hord and hamas.

swa him geæþele wæs
þæt hi æt campe oft
land ealgodon,

Era sólo lo natural en los hijos de Eduardo, a causa de su noble linaje, que a menudo defendieran su tierra, su tesoro y los hogares en la batalla contra cualquier enemigo.

found throughout period, from the very earliest recorded verse to the latest, and it is surprisingly difficult to trace indications of historical change or development in them. [...] The later poem, *The Battle of Brunanburh* (commemorating a battle of the year 937), reveals a poet familiar with the same heroic language and using it imaginatively without apparently inventing fresh terms»; también Mitchell y Robinson, *Beowulf, an Edition*, Malden y Oxford, 1998, p. 25 y ss.: «While we all recognize that the ancient Germanic tradition of oral poetry lies behind the surviving corpus of Old English [...] verse, and that many of the distinctive features of that verse result from the oral tradition, few, if any of these poems preserved in carefully lettered manuscripts were oral compositions».

⁵⁵ Véase J. CARROLL, *op. cit.*, p. 35.

⁵⁶ Véase ASIMOV, *op. cit.*, pp. 104-107.

⁵⁷ Véase David DAICHES, *A Critical History of English Literature, vol. 1: from the Beginnings to the Sixteenth Century*. 2ª ed., Londres, Secker & Warburg. 1975 [1969], p. 22.

⁵⁸ Así, WORLWALD, *op. cit.*, p. 15: «Chadwick made the striking point that the two heroic poems that certainly were written after 900, on the battles of Brunanburh and Maldon, express precisely the note of authentic «patriotism» that is absent in the others».

⁵⁹ Para éste, y todos los fragmentos de *La batalla de Brunanburh* cito por Elaine TREHARNE, *Old and Middle English, c.890-c.1400. An Anthology*, Malden y Oxford, 2004, pp. 29-33.

Los guerreros épicos Æthelstan y Eadmund subvierten los papeles tradicionales del héroe épico germánico porque el poema es un panegírico construido utilizando y manipulando los recursos tradicionales de la epopeya para unir a una nación en torno a unos reyes y, de paso, tal vez legitimar la corona del propio Æthelstan, que debió tener sus dificultades para acceder a ella, a tenor del desfase entre la muerte de su padre⁶⁰ (924), su elección primero como rey de Mercia y la de ascensión al trono conjunto en 925, la cual pudo haber pasado por un acuerdo de sucesión con su hermano Eadmund. Así, se insiste en que son descendientes de Eduardo, que los dos hermanos lucharon lealmente juntos y que su ascendencia se remonta tanto a los anglos como a los sajones (vv. 65-67; vv.73b-79a):

Swilce þa gebroþer
cyning ond æþeling,
Wesseaxena land,

begen ætsamne,
cyþþe sohton,
wiges hremige.

Del mismo modo, los dos hermanos, el rey y el príncipe, los dos juntos, se dirigieron a su tierra natal, el país de los Sajones Occidentales, exultantes a causa de la batalla.

on þis eiglande
folces gefylled
sweordes ecgum,
ealde uðwitan,
Engle ond Seaxe
ofer brad brimu

Ne wearð wæl mare
æfer gieta
beforan þissum
þæs þe us secgað bec,
siþþan eastan hider
up becoman,

Nunca hubo una carnicería mayor en esta isla, nunca tanta gente antes de ésta, abatida por el filo de una espada; nunca, según aquellos que nos lo narran en los libros, los sabios de antiguo, desde que los anglos y los sajones llegaron por el ancho mar desde el este.

⁶⁰ Véase, a este respecto, P. STAFFORD, *op. cit.*, Londres, Batsford Academic & Educational LTD, 1983, pp. 65-66: «As late as 924, on the death of the English king Edward the Elder, Æthelstan made good his claims to the throne. He was the son of Ecgwyna, the noble concubine of his father's youth. Edward had designated his younger, legitimate son, Ælfweard, to succeed to the family kingdom of Wessex, but Æthelstan had been destined to rule the newly acquired Mercia. Edward had wished to secure inheritance for Æthelstan, but preferred his legitimate son for the ancestral lands, governed perhaps by rules of legitimate inheritance. As Ælfweard died only sixteen days after his father, however, Æthelstan now had the opportunity to gain Wessex, backed by the nobility of Mercia, where he had been raised. He succeeded over the heads of three legitimate half-brothers, at least one of whom was no mere infant. Arguments were certainly against him; the German writer Hroswitha of Gandersheim had heard them through his half sister Eadgyth. William of Malmesbury echoed them in the twelfth century, through his history that Edward had fallen in love with a peasant's daughter is a romantic elaboration of accusations that Æthelstan's mother, though noble, was a concubine. Æthelstan's success arose from a combination of circumstances and support, though it suggests that illegitimate birth was still no absolute disqualification in early tenth-century England».



2.2. JUDITH, WEALTHEOW, HYGD, FREAWARY, HILDEBURH... ÆTHELFÆD

La dicción poética tradicional con resonancias épicas no es exclusiva, dentro de la literatura anglosajona, de los temas seculares, sino que precisamente esta literatura presenta la peculiaridad de que la aplica a temas y sujetos eminentemente religiosos. En verso aliterativo, y empleando los recursos propios de la misma, están una serie de traducciones-adaptaciones de temas bíblicos⁶¹, y, sobre todo, tres poemas con protagonistas femeninos: *Elene*, *Juliana* y *Judith*. Del último de ellos se ha sugerido que pudo haber sido escrito para conmemorar, precisamente, los éxitos guerreros de Æthelflæd, Señora de los Mercianos, mientras que Malcolm Godden ha señalado que «The climax is a lovingly described battle evoking all the traditional imagery and fervour of Anglo-Saxon battle poetry. The poet is clearly skilled in handling the traditional themes and much of the art is expressed in the subtle undermining of the imagery of a heroic society»⁶², y que:

[it] reveals a poet sufficiently conscious of the heroic tradition to use it in an ironic, perhaps mock heroic manner. The tyrannical, drunken and lustful Assyrian leader Holofernes is referred to by heroic epithets such as *gumena baldor* «lord of men» [...] His soldiers have epithets such as *lindwiggende* «shieldwarriors» [...], even in their most unheroic moments when they are escorting Judith to the pavilion of their leader or hovering on fear outside his tent supposing that he is asleep with her. The same poet shows an inventiveness in adapting language, with his play on images of drink and pouring in the banquet scene. Holofernes is *on gytosalum* [...]

La historia de Judith se narra en 349 versos, con alteraciones sustanciales con respecto a la historia recogida en los Apócrifos de la Biblia⁶³. Las diferencias consisten no sólo que en la historia original Judith sea viuda y aquí sea una doncella que consigue preservar su virginidad contra Holofernes, sino, sobre todo, en el acento puesto en los aspectos bélicos de la historia y de su personaje: así Malcolm Godden ha señalado su figura dominante, que ordena a sus conciudadanos que cierren las puertas y cómo los empuja a la batalla a la vuelta del campamento asirio, y sobre todo, cómo su recompensa por la victoria son las armas de Holofernes,

⁶¹ Estudio y detalles se pueden encontrar en M. GODDEN y M. LAPIDGE, *The Cambridge Companion to Old English Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, especialmente los estudios de Malcolm GODDEN «Biblical literature: the Old Testament», pp. 206-226, y Barbara C. RAW «Biblical literature: the New Testament», pp. 227-242.

⁶² GODDEN, 1991, p. 220; 1992, p. 511. Respecto a Æthelflæd y *Judith*, STAFFORD, *op. cit.*, p. 26; Sheila C. DIETRICH «An introduction to women in Anglo-Saxon society (c. 600-1066)», *The Women of England from Anglo-Saxon Times to the Present*, B. KANNER, ed., Londres, Mansell, 1980 [1979], pp. 41-42.

⁶³ Véase B. MITCHELL y F.C. ROBINSON, *A Guide to Old English*, Oxford, Blackwell, 2001, p. 300.

y no el ajuar doméstico, como sucede en la historia bíblica original⁶⁴ (vv. 334b-344a):

of ðam siðfate
eorlas æscrofe,
sweord ond swatigne helm,
gerenode readum golde,
swiðmod sincas ahte
beaga ond beorhtra maðma;
ageafon gearoþnocolre.
wuldor weroda Dryhtne,
mærdē on moldan rice,
sigorlean in swegles wuldre,

Hi to mede hyre
sylfre brohton,
Olofernes
swylce eac side byrnan
ond eal þæt se rinca baldor
oððe sundoryrfes,
hi þæt þære beorhtan idese
Ealles ðæs Judith sægde
þe hyre weorðmynde geaf,
swylce eac mede on heofonum,

Los nobles guerreros, valientes en la batalla, le trajeron como recompensa la espada y el casco sangriento de Holofernes, y también su amplia cota de malla, adornada de oro rojo, y todo lo que el arrogante señor de guerreros poseía como herencia personal, anillos y riquezas resplandecientes. Se lo entregaron a la brillante mujer, de rápido ingenio. Por todo esto, Judith le dio las gracias al Señor de los Ejércitos, que le había dado honor y gloria en el reino de la tierra y también como recompensa en el cielo⁶⁵.

La hipótesis de que *Judith* haya podido ser compuesto en honor a Æthelflæd no cuenta con demasiados seguidores. En su contra está el hecho de que Judith fue un personaje extraordinariamente popular en el medioevo, y su historia cuenta con muchas versiones; por otra parte, podría pensarse que el lenguaje épico y la presentación de Judith como guerrera deriva de una opción estética, acorde con la dicción poética escogida y el tema. En su favor podría hablar el hecho de que, de escoger un personaje para homenajear a la Señora de los Mercianos, precisamente no habría otro más apropiado que Judith, en virtud de esa misma popularidad. De todos modos, no tenemos evidencia documental que avale esta hipótesis.

Por otra parte, *Judith* es bastante peculiar por lo que al tipo de heroína épica se refiere, en el contexto de las de la literatura más tradicionalmente germáni-

⁶⁴ Véase GODDEN, 1991, p. 222: «She is a dominating figure who issues commands to her fellow-citizens, instructing them to guard the gates in her absence and commanding them to go to war when she returns. [...] Her military status is emphasized by the fact that her prize at the end of the battle is not the bed coverings and pots and pans of Holofernes, as in the biblical version, but his war equipment, and there is no suggestion here, and as there is in Ælfric, that she refuses to accept them. The poet underlines the point at the end when he remarks that God gave Judith both fame in the world and reward in heaven. Though the traditional vision of the heroic society seems to be mildly ironized or subverted in the picture of the Assyrian army, in the representation of Judith and the Hebrews there seems to be a full-hearted acceptance of heroic values within the context of a citizen army and the defence of the native land».

⁶⁵ Cito por TREHARNE, *op. cit.*, pp. 196-211.

ca, en tanto en cuanto en *Beowulf* se nos presentan unos tipos de mujer bastante distintos. Evidentemente, como poema épico que es, *Beowulf* refleja los valores ideales de una sociedad pretérita, eso sí, guerrera y aristocrática: de ahí que sólo nos encontremos con reinas y princesas. Reinas y princesas que ni guerrear ni gobiernan de manera efectiva, y cuyas figuras se presentan siempre en referencia al mundo masculino, aun cuando sea Hygd, la viuda del rey Hygelac, el tío de Beowulf, le ofrezca a él el trono (vv. 2.367-2.370a)⁶⁶:

Oferswam ðā sioleða bigong	sunu Ecgðēowes,
earm ānhaga	eft to lēodum;
þær him Hygd gebēad	hord ond rīce,
bēagas ond bregostōl.	

Entonces el triste exiliado, el hijo de Ecgtheow, cruzó los mares circundantes, de vuelta con su pueblo; allí le ofreció Hygd tesoro y reino, anillos y asiento real.

El poema presenta, adornadas e idealizadas, las funciones de las mujeres nobles, las cuales, como se había señalado antes, caen más bien dentro de un ámbito doméstico. El de madre de héroe (aunque sea a consecuencia de desgraciados eventos, como es el caso de Beadohild en el poema lírico *Deor*) está entre ellos (vv. 942b-946a):

efne swā hwylc mægþa	Hwæt, þæt secgan mæg
æfter gumcynnum,	swā ðone magan cende
þæt hyre ealdmetod	gyf hēo gyt lȳfað,
bearngebyrdo.	ēste wære

A fe mía que bien puede decirse que cualquier mujer que haya dado a luz a este hijo entre la raza de los hombres, que el dios de los antiguos le fue favorable a la hora de tener hijos, si ella todavía vive.

Reinas como Wealtheow o Hygd aparecen desempeñando la función, muy valorada, de consejera de su señor (vv. 1.170a-1.180a):

goldwine gumena,	þū on sǣlum wes,
mildum wordum,	ond tō Gēatum spræc
Bēo wið Gēatas glæd,	swā sceal man don.
nēan ond feorran	geofena gemyndig,
Mē man sægde	þū nū hafast.
	þæt þū ðē for sunu wolde

⁶⁶ Véase Stephen O. GLOSECKI, «*Beowulf* and the wills: traces of totemism?», *The Heroic Age*, 5 (2001), <http://www.mun.ca/mst/heroicage/issues/5/Glosecki.html>. Por otra parte, todas las citas de *Beowulf* están tomadas de B. MITCHELL y F.C. ROBINSON, *op. cit.*, 1998.

hererinc habban.
bē ahsele beorhta;
manigra mēdo,
folc ond rīce,
metodscaft seon.

Heorot is gefælsod,
brūc þenden þū mōte
ond þīnum māgum lāf
þonne ðū forð scyle

Alégrate tú, dorado amigo de los hombres, y habla a los Gautas con palabras amables, como conviene. Sé favorable a los Gautas, recuerda los dones que ahora posees, venidos de cerca y de lejos. Heorot ha sido purificado, el brillante palacio anillado; tú haz uso de las muchas recompensas mientras puedas y lega tu pueblo y tu reino a tus familiares cuando debas ir al encuentro de tu destino.

También lo es el de presidir las celebraciones de los guerreros en el *hall*, donde es su función específica, probablemente ritual, ofrecer las bebidas a sus invitados y a su rey (vv.1.980b-1.983a):

geond þæt hēalreced
lufode ðā lēode,
hæðnum to handa.

Meoduscencum hwearf
Hæreðes dohtor,
līðwæge bær

La hija de Hæreth se movió por el *hall* con la jarra de hidromiel, atendiendo a la compañía, llenando las copas que sostenían los guerreros.

Una función muy importante, que marca su estatus como reina, es la de dispensar valiosos regalos a los guerreros e invitados (vv. 1.215-1.218):

Wealhðeo mæpelode,
«Brūc ðisses bēages,
hyse, mid hæle,
þeodgestreona,

hēo fore þām werede spræc:
Bēowulf lēofa,
ond þisses hrægles nēot,
ond geþeoh tela,

Habló Wealthweow ante la compañía: «Disfruta este collar, querido Beowulf, y, con fortuna, usa esta cota de malla, tesoro de mi pueblo, y prospera».

El papel de *beaga brytta* «distribuidor de anillos» es crucial dentro de la literatura épica germánica, en la que la relación entre un líder y el grupo de guerreros que lo acompañan, a la que Tácito dio el nombre de *comitatus*, resulta ser el modo fundamental de estructurar conceptos como «honor», «lealtad», «generosidad», etc. Es el deber de los *thanes* y *retainers* luchar al lado de su señor, defenderlo hasta el extremo que es deshonoroso sobrevivirle en el campo de batalla; es el del señor distribuir con generosidad entre sus guerreros las riquezas y el botín alcanzado. La liberalidad en los regalos es también uno de los deberes básicos de la hospitalidad, y otras figuras femeninas como las de la reina Ealhild en *Widsith* o la prometida en *The Husband's Message* también son descritas en este mismo papel.

A este respecto, un buen resumen de lo que se consideraban las obligaciones respectivas de los esposos reales aparece en el siguiente texto:

Cyning sceal mid ceape
 bunum ond beagum;
 geofum god wesan.
 wig geweaxan,
 leof mid hyre leodum,
 rune healdan,
 mearum on maþmum,
 fore gesiðmægen
 eodor æþelinga
 forman fulle
 ricene geræcan
 boldagendum

cwene gebicgan,
 bu sceolon ærest
 Guð sceal in eorle
 ond wif geþeon
 leohtmod wesan,
 rumheort beon
 meodorædenne
 symle æghwær,
 ærest gegretan,
 to fream hond
 ond him ræd witan
 bæm ætsomne.

Un rey obtendrá a su reina mediante un precio, mediante gobletes y anillos; ambos serán, en primer lugar, liberales con los regalos. El valor en la batalla crecerá en el hombre y la mujer prosperará, amada entre su pueblo, será de ánimo alegre, guardará secretos y será de corazón generoso para regalar caballos y tesoros, estará en todas partes siempre en el banquete, ante la banda de guerreros, saludará antes que nadie al señor de nobles con la primera copa, se la presentará a la mano; y le dará consejo en la vida compartida por ambos en el *hall*.

Resulta muy ilustrativo porque no pertenece a la épica, sino a un conjunto poético generalmente denominado «poesía gnómica», que trata de los aspectos esenciales del pensamiento, la naturaleza, el comportamiento y la experiencia humanos, en forma similar a los proverbios bíblicos. Las llamadas «Máximas I», entre las que figura el fragmento que se incluye aquí, aparecen recogidas en su mayoría en el manuscrito conocido como *Exeter Book*. Tienen la peculiaridad de que se construyen en torno a dos verbos: *sceal* o *bið*. El primero expresa, por un lado, que la acción del verbo principal ha de llevarse a cabo bien por una necesidad o una obligación impuesta; por otro, y quizá derivando de este primer significado, que algunos autores reconocen como el principal, acciones habituales, que responden a la costumbre, o a lo que es lógico esperar o deriva de la naturaleza del sujeto⁶⁷.

⁶⁷ Vease LAPIDGE, BLAIR, KEYNES y SCRAGG, eds., *op. cit.*, pp. 210-211; P. LENDINARA, «The world of Anglo-Saxon Learning», *The Cambridge Companion to Old English Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 268-269. Cito por la edición de MITCHELL y ROBINSON, 1998, pp. 216-217. Respecto a la traducción, este abanico de significados plantea un problema espinoso, por cuanto la opción entre uno u otro conduce a interpretaciones divergentes: yo he preferido los valores de «necesidad, obligación», por dos motivos: uno, que la mayoría de los lingüistas se decantan por ellos como los significados modales fundamentales de *sceal* (véanse, por ejemplo, MITCHELL y ROBINSON, 2001, pp. 114-115; D. DENISON, *English Historical Syntax*, Londres, Longman, 1993, p. 295; y dos, en virtud de sus similitudes con poesía como los proverbios bíblicos. El empleo del tiempo verbal futuro en español deriva, pues, de esa coincidencia, que puede también encontrarse en las respectivas versiones de los Mandamientos: «No matarás», «Thou shalt not kill».

Pero sin duda el papel real de la mujer⁶⁸ que *Beowulf* explota literariamente con mayor efectividad es uno de los típicos compuestos del lenguaje poético (infrecuente fuera de él) como *freo ðuwebbe*, que se ha trasladado al inglés moderno como *peace-weaver*, esto es «tejedora de la paz»: Sweet traduce *freoðu* no sólo como «paz» sino también como «trato»; para *webbela* no se recoge otra cosa que «tejedor/a», mientras que el correspondiente verbo *wefan*, de raíz indoeuropea, se traduce no sólo como tejer sino como «arrange, contrive». Sweet recoge el nombre tanto en femenino como en masculino (*freoðuwebba*), pero las diferencias en los significados son altamente ilustrativas: ambos incluyen «peace-weaver», pero el masculino, además, «Messenger» y el femenino, «woman»⁶⁹. El matrimonio constituyó siempre un instrumento más en el complejo juego de las relaciones diplomáticas y de poder entre pueblos⁷⁰, y entre ellas, el final de las hostilidades mediante una boda resulta especialmente atractivo, tanto por el conflicto de lealtades que puede provocar como para un hilo argumental que está tejido, entre otras tramas, por un complejo juego de *flash-backs* y *fore-flashes*, podría decirse, en el que el destino ineludible y la vulnerabilidad del individuo son protagonistas principales⁷¹. En *Beowulf* se narran diversos episodios, bien como recuerdos, bien como predicciones de un personaje. De entre ellos, uno de los que ha despertado más curiosidad y debate⁷² es la historia de Modthryth, que se utiliza para ejemplificar lo que una reina no debe ser: feroz, cruel, castigaba con la tortura y la muerte a cualquier guerrero que osara levantar la vista hacia ella (versos 1.931-1.943); y es precisamente aquí donde, por única vez en todo el poema, aparece la expresión *freoðuwebbe* (vv. 1.940b-1.943):

idese tō efnanne,

Ne bið swylc cwēnlic þēaw
þēah ðe hīo ænlicu sý,

⁶⁸ Cabe señalar, no obstante, que aunque sea la figura femenina la que con abrumadora frecuencia es presentada en este contexto, hay autores que han tenido en cuenta que ambos contrayentes se veían en la situación; así Joan NICHOLSON, «*Feminae Gloriosae: women in the age of Bede*», *Medieval Women*, D. BAKER, ed., Oxford, Basil Blackwell, 1978, p. 23, apunta que «Dynastic marriages dictated by political factors do not reflect a race of downtrodden women. The bridegroom was in pretty much the same boat: young prince Egfrid was married off to Ethelthryth who firmly refused to have anything to do with him and Oswy, seeking a bride who would endear him to the Deirans, was obliged to take Eanfled whether he liked her or not.» No obstante, y como acertadamente hizo hincapié el profesor Eduardo Aznar en la sesión correspondiente del Seminario, a medida que el cristianismo se fue afianzando en la isla, los autores cristianos se manifestaron en contra de esta práctica, e inclinándose por el libre albedrío como condición fundamental para contraer matrimonio.

⁶⁹ H. SWEET, *The Student's Dictionary of Anglo-Saxon*, Oxford, Clarendon Press, 1987 [1896]; C.T. ONIONS, *The Oxford Dictionary of English Etymology*, Oxford, Clarendon Press, 1966.

⁷⁰ Cf., entre otros, P. STAFFORD, 1983, pp. 34-37.

⁷¹ Véase MITCHELL y ROBINSON, 1998, p. 19: «The anticipation of future events is a device for showing that in the ancient heroic world no triumph is lasting and even men's greatest accomplishments cannot escape the doom that overhangs all».

⁷² Véase, por ejemplo, Tom SHIPPEY, «Wicked queens and cousin strategies in *Beowulf* and elsewhere», *The Heroic Age*, 5 (2001), <http://www.mun.ca/mst/heroicage/issues/5/Shippey1.html> y <http://www.mun.ca/mst/heroicage/issues/5/Shippey2.html>.



þætte freoðuwebbe
æfter ligetorne

fēores onsāce
lēofne mannan.

No es costumbre apropiada para una reina, aquella que es tejedora de paz, por incomparable que sea, privar de la vida a hombres valiosos, por causa de insultos imaginados.

Las dos *freoðuwebban* que mejor sirven como engranaje para poner de relieve la fatalidad, y el destino ineludible, uno de los *topoi* por excelencia de *Beowulf* son Freawaru y Hildeburh, en cuyas historias se entremezclan leyenda y datos históricos⁷³. Freawaru es la hija de Hrothgar y Wealtheow (*frīðusibb folca*, «prenda de paz» ella misma, v. 2.016), y a la que su padre destina a casarse con Ingeld, el rey de los Heathobards con el fin de (vv. 2.028-29)

þæt hē mid ðȳ wīfe
sæcca gesette.

wælfæhða dæl,

terminar con gran número de las ofensas mortales y los conflictos, por medio de la mujer

Beowulf no es optimista respecto al resultado de tales propósitos; el pasaje (vv. 2.024 y ss.) en el que anticipa cómo la llegada de la desposada a la corte de su marido podría reabrir viejas heridas y reavivar el deseo de venganza es una historia posiblemente conocida en la época; más famosa aún es la de Hildeburh (vv. 1.050-1.160) (que aparece así mismo en un fragmento poético independiente): la princesa danesa fue entregada como *freoðuwebbe* a Finn, en Frisia, pero aun transcurridos largos años, una visita de Hnæf, hermano de Hildeburh, termina en una lucha en la que mueren tío y sobrinos, y en otra posterior, el propio Finn, con lo que Hildeburh es llevada de nuevo con los suyos.

No puede decirse, ciertamente, que Æthelflæd se limitara a la división de papeles que especifica el poema gnómico, aunque ignoramos hasta qué punto su vida cotidiana pudo haber incluido tareas protocolarias que se asemejaran en parte a las recogidas más arriba para las reinas en el *hall*. En cambio, su propia boda presenta puntos de coincidencia con la de Freawaru, Hildeburh, etc. (por no hablar de los numerosos casos propiamente históricos), en lo que tiene de conveniente alianza en tiempos de guerra y de maniobras políticas. Como «heroína épica» pues, se asemeja más a Judith, la heroína de la Biblia, que las de la épica germánica, al menos en la versión transmitida a través de los poemas anglo-sajones.

⁷³ Véanse C.L. WRENN, ed., *Beowulf with the Finnesburg Fragment*, Londres, Harrap, 1982 [1953], pp. 35-37; p. 41 y G. JACK, *Beowulf, a Student Edition*, Oxford, Clarendon Press, 1995 [1994], pp. 11-13.

3. LA FICCIÓN

El paso a «personaje de ficción», finalmente, ha requerido un salto en el tiempo de muchos siglos en su caso, por lo que muestran los resultados de una incursión, necesariamente breve, puesto que no perseguía otra cosa que apuntar nuevos caminos de investigación en un momento en el que, según puede verse, la ficción histórica está experimentando un auge al que no son ajenos los vientos que soplan desde la industria cinematográfica. Tres referencias recientes son *Swords across the Thames*, de Elizabeth Garwood Haley, aparecida en 1999 en Writer's Block; *The edge on the sword*, una novela juvenil de Rebeca Tingle, 2001, Penguin Putnam, y *Lady of the Mercians*, de Penny Ingham, publicada por Writer Services en 2004. Su muy desconocida hija protagonizó *Elfwyn*, una novela publicada en 1930 por S. Fowler Wright⁷⁴, en la que, como es lógico, su tío Eduardo aparece como un personaje clave en el desarrollo de la historia. Por lo que se refiere a su primo Æthelstan, además de secundario en ésta o en otras obras, preferentemente las que recrean el mundo vikingo, entre las que cabe mencionar *The Eye of Odin*, publicada en 2003 por iUniverse, y una absoluta novedad editorial en el momento en que redacto este trabajo (abril de 2005, Nueva York, iUniverse Inc.) es *Noble Stone*: la traducción (en alguna medida discutible) al inglés moderno de su nombre anglo-sajón da título a una novela de Curt Bissonette que, a juzgar por la presentación editorial, abunda en las leyendas respecto a su origen bastardo y su ascensión al trono.

Es, sin embargo, y como no podría suceder de otro modo, el patriarca, Alfredo el Grande, el que ha atraído mayor atención como personaje ficticio, aunque nunca haya podido hacerle la competencia a Ricardo Corazón de León, Enrique VIII o Isabel I Tudor, por mencionar sólo a tres de sus más famosos descendientes. Además de autores más conocidos que le han otorgado un papel protagonista, como G.K. Chesterton, en 1911, con su epopeya *Ballad of the White Horse*, pueden citarse una serie de novelas históricas de mediados del siglo XX, *Alfredo el Grande*, o *El rey de Athelney*, de Alfred Duggan, *The Edge of Light* de Joan Wolf o, la más reciente de todas, *The Lost Kingdom*, de Bernard Cornwell, aparecida este pasado febrero. En cuanto al teatro y la música, *Alfred: A Masque*, un drama histórico musical escrito por James Thomson y David Mallet, y musicado por Thomas Arne, fue representado por primera vez en Clifden en agosto de 1740 y re-escrito como una ópera para ser estrenado en Drury Lane con el título de *Alfred the Great, King of England* en 1745; en varias versiones revisadas, fue una función popular en los escenarios londinenses en el siglo XVIII, con el mismísimo David Garrick como uno de sus intérpretes. Un siglo después se estrenaba en el Teatro San Carlos de Nápoles *Alfredo Il Grande*, de un músico que estaba particularmente fascinado por los asuntos de la realeza inglesa, hasta el punto de dedicarles nada menos que siete de sus

⁷⁴ En <http://www.sfw.org>.

óperas: Gaetano Donizetti. Por último, Alfredo el Grande no se asomó a la pantalla grande como protagonista hasta 1969, en el film homónimo de Richard Donner.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÅSTRÖM, Berit. «The creation of the Anglo-Saxon woman», *Studia Neophilologica*, 70, (1998), pp. 25-34.
- ANDERSON, Bonnie S. y Judith P. ZINSSER, *Historia de las mujeres: una historia propia*, vol. 1, Barcelona, Editorial Crítica, 1991 [1988].
- ASIMOV, Isaac, *La formación de Inglaterra*, Madrid, Alianza Editorial, 1982 [1969].
- BANDEL, Betty, «The English chroniclers attitude toward women», *Journal of the History of Ideas*, 16:1 (1995), pp. 113-118.
- BERTINI, F., F. CARDINI, M.T. FUMAGALLI, B. BROCCHERI y C. LEONARDI, eds., *La mujer medieval*, Madrid, Alianza Editorial, 1991 [1989].
- BLAKE, Norman, *A History of the English Language*, Londres, Macmillan, 1996.
- BROOKE, Christopher N.L., «“Both small and great beasts”: an introductory study», *Medieval Women*, Derek BAKER, ed., Oxford, Basil Blackwell, 1978, pp. 1-14.
- CARROLL, Jayne, «Words and weapons: *The Battle of Brunanburh*», *Nottingham Linguistic Circular*, 15 (2000), pp. 35-53
- DAICHES, David, *A Critical History of English Literature, vol. 1: From the Beginnings to the Sixteenth Century*, Londres, Secker & Warburg, 1975 [1969].
- DENISON, D. *English Historical Syntax*, Londres, Longman, 1993.
- DAVIS, Kathleen, «National writing in the ninth century: a reminder for postcolonial thinking about the nation», *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 28 :3 (1998), pp. 611-637.
- DIETRICH, Sheila, C. «An introduction to women in Anglo-Saxon society (c. 600-1066)», *The women of England from Anglo-Saxon times to the present*, B. KANNER, ed., Londres, Mansell, pp. 32-56.
- DUMVILLE, D., «The ætheling: a study in Anglo-Saxon constitutional history», *Anglo-Saxon England*, 8 (1979), pp. 1-33.
- FELL, Christine, *Women in Anglo-Saxon England*, Londres, Colonnade Books, 1984.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Etelvina, «Consideraciones sobre la imagen bélica en la Edad Media: los ejemplos de las *Cantigas de Santa María* y de las pinturas murales de los palacios de Barcelona», *Cuadernos del CEMyR*, 13 (2005).
- FUENTE, M.J. y P. FUENTE, *Las mujeres en la Antigüedad y la Edad Media*, Madrid, Anaya, 1995, pp. 50-51.
- GARMONSWAY, G.N., ed. y trad., *The Anglo-Saxon Chronicle*, Londres, J.M. Dent, 1975 [1953].
- GLOSECKI, Stephen O., «*Beowulf* and the wills: traces of totemism?», *The Heroic Age*, 5 (2001), <http://www.mun.ca/mst/heroicage/issues/5/Glosecki.html>
- GODDEN, Malcolm, «Biblical literature: the Old Testament», *The Cambridge Companion to Old English Literature*, M. GODDEN y M. LAPIDGE, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 206-226.



- «Literary language», *The Cambridge History of the English Language, vol. 1: The Beginnings to 1066*, R. HOGG, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 490-535.
- GODDEN, Malcolm y M. LAPIDGE, eds., *The Cambridge Companion to Old English Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- HARE, K.G., «Athelstan of England, Christian king and hero», *The Heroic Age*, 7 (2004), <http://www.mun.ca/mst/heroicage/issues/7/hare.html>.
- HOGG, Richard, «Introduction», *The Cambridge History of the English Language, vol. 1: The Beginnings to 1066*, R. HOGG, ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 1-25.
- JACK, G., *Beowulf, a Student Edition*, Oxford, Clarendon Press, 1995 [1994].
- KLAPISCH-ZUBER, Christiane, ed. *La Edad Media*, en *Historia de las Mujeres*, DUBY, Georges y Michelle PERROT, eds. gen., Barcelona, Círculo de Lectores, 1992 [1990].
- KLINK, Anne L., «Anglo-Saxon women and the law», *Journal of Medieval History*, 8 (1982), pp. 107-121.
- LAPIDGE, Michael, John BLAIR, Simon KEYNES y Donald SCRAGG, eds., *The Blackwell Encyclopædia of Anglo-Saxon England*, Malden, Oxford, Victoria, Blackwell Publishers, 2004 [1999].
- LENDINARA, P., «The world of Anglo-Saxon learning », *The Cambridge Companion to Old English Literature*, M. GODDEN y M. LAPIDGE, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 264-281.
- MEYER, Marc A. «Land Charters and the Legal Position of Anglo-Saxon Women», *The women of England from Anglo-Saxon times to the present*, Barbara Kanner, ed., Londres, Mansell, 1980, pp. 57-92.
- MITCHELL, Bruce y Fred C. ROBINSON, *Beowulf, an Edition*, Malden, y Oxford, Basil Blackwell, 1998.
- *A Guide to Old English*. 6th edition. Oxford, y Maldon, Basil Blackwell, 2001.
- NICHOLSON, Joan, «*Feminae Gloriosae*: women in the age of Bede», *Medieval Women*, Derek BAKER, ed., Oxford, Basil Blackwell, 1978, pp. 15-29.
- ONIONS, C.T., *The Oxford Dictionary of English Etymology*, Oxford, Clarendon Press, 1966.
- RAW, Barbara C., «Biblical literature: the New Testament», pp. 227-242. *The Cambridge Companion to Old English Literature*, M. GODDEN y M. LAPIDGE, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 227-242.
- SHAW, Patricia, «Monster-mothers and minster-mothers: the role of the older woman in Anglo-Saxon writing», *Proceedings of the Second International Conference of SELIM*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1993, pp. 156-163.
- SHIPPEY, Tom, «Wicked queens and cousin strategies in *Beowulf* and elsewhere», *The Heroic Age*, 5 (2001), <http://www.mun.ca/mst/heroicage/issues/5/Shippey1.html>; <http://www.mun.ca/mst/heroicage/issues/5/Shippey2.html>.
- SMITH, A.H., ed., *The Parker Chronicle 832-900*, Londres, Methuen, 1968 [1935].
- STAFFORD, P., «Sons and mothers: family politics in the Early Middle Ages», *Medieval Women*, Derek BAKER, ed., Oxford, Basil Blackwell, 1978, pp. 79-101.
- *Queens, Concubines and Dowagers: the King's Wife in the Early Middle Ages*, Londres, Batsford Academic & Educational LTD, 1983.
- SWEET, H., *The Student's Dictionary of Anglo-Saxon*, Oxford, Clarendon Press, 1987 [1896].

- THE NEW ENCYCLOPEDIA BRITANNICA, 15th Edition, Chicago, The University of Chicago, 1985.
- TREHARNE, Elaine, *Old and Middle English, c. 890-c. 1400. An Anthology*, Malden y Oxford, 2004.
- WADE LABARGE, Margaret. *La mujer en la Edad Media*. Madrid, Editorial Nerea, 1989. [1986].
- WAINWRIGHT, F.T., «Æthelflæd Lady of the Mercians», *The Anglo-Saxons*, Peter CLEMOES, ed., Londres, Bowes and Bowes, 1959, pp. 53-69.
- «The battles at Corbridge», *Saga-Book of the Viking Society*, 13 (1946-1953), pp. 156-173.
- WHITELOCK, Dorothy, *The Beginnings of English Society*, Penguin, 1979 [1952].
- WOLFE, Jane, *Æthelflæd, Royal Lady, War Lady*, Chester, Fenris Press, 2001.
- WOODWARD, E.L., *Historia de Inglaterra*, Madrid, Alianza Editorial, 1982 [1962].
- WORLDALD, Patrick, «Anglo-Saxon society and its literature», *The Cambridge Companion to Old English Literature*, M. GODDEN y M. LAPIDGE, eds., Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 1-22)
- WRENN, C.L., ed., *Beowulf with the Finnesburg Fragment*, Londres, Harrap, 1982 [1953].



LAS CANCIONES DE CRUZADA DE THIBAUT DE CHAMPAGNE*

María Dolores Sánchez Palomino

RESUMEN

Como conde de Champaña y de Brie y rey de Navarra, Thibaut de Champagne tuvo una participación activa en importantes acontecimientos de su tiempo, en particular en la sexta cruzada. Ello se reflejó en su variada producción poética, que incluye una serie de canciones de cruzada. En este trabajo se analizan estas piezas situándolas en su contexto histórico y literario, con objeto de señalar su contribución al género y las principales características del poeta en lo que se refiere a este tipo concreto de composiciones.

PALABRAS CLAVE: canciones de cruzada, Thibaut de Champagne, Edad Media.

ABSTRACT

As count of Champagne and of Brie and king of Navarre, Thibaut de Champagne had an active participation in important events of his time, especially in the sixth crusade. It was reflected in his varied poetical production, which includes a series of songs of crusade. In this work these pieces are analyzed placing them in their historical and literary context, in order to indicate their contribution to the genre and the principal characteristics of the poet regarding this concrete type of compositions.

KEY WORDS: Songs of crusade, Thibaut de Champagne, Middle Ages.

1. THIBAUT DE CHAMPAGNE, PERSONAJE HISTÓRICO INFLUYENTE

A la par que destacado poeta, reconocido por sus contemporáneos y por las generaciones sucesivas hasta nuestros días¹, Thibaut de Champagne, en razón de su posición y de su estirpe, participó en relevantes acontecimientos históricos, entre ellos las cruzadas.

Thibaut IV el Poeta o el Póstumo (1201-1253), conde de Champaña y de Brie y rey de Navarra, fue hijo de Thibaut III y de Blanca de Navarra. Estuvo casado en primeras nupcias con Gertrudis de Metz, de quien no tuvo descendencia; en segundas con Agnes de Beaujeu, con quien tuvo a Blanca, y en terceras con Margarita de Bourbon-Dampierre, que le dio siete hijos. Dos de los hijos habidos con esta última, Thibaut V y Enrique III, gobernarán también los destinos de Champaña y Navarra (entre 1253-1270 y 1270-1274, respectivamente).

Como indica uno de sus sobrenombres, Thibaut vino al mundo tras el fallecimiento de su progenitor, lo que supuso un largo período de regencia para su madre (1201-1222), hasta que él hubo alcanzado la mayoría de edad. Blanca, que demostrará grandes dotes políticas, sabía que necesitaría el apoyo real para gobernar un condado que no había tenido tiempo de conocer lo suficiente. Felipe Augusto, padrino de Thibaut, se lo concede con ciertas condiciones, entre ellas que no se volviese a casar sin su consentimiento y que Thibaut fuese criado en la corte de Francia. Entre los problemas no menores con los que tuvo que enfrentarse Blanca, se encontró el de la reivindicación de sus derechos sobre el condado por parte de Filipina, primogénita del conde Enrique II, para lo que se valió de la ayuda del rey de Francia y del papado.

Thibaut pasó, pues, los primeros quince años de su vida en la corte francesa, donde se encontraba su prima Blanca de Castilla, esposa del futuro Luis VIII, y donde tuvo la ocasión de escuchar a importantes trovadores, como Gace Brulé. Con Blanca de Castilla se le va a relacionar sentimentalmente en vida; una parte de los críticos e historiadores darán crédito a este amor y considerarán a la castellana como inspiradora de sus canciones de amor, si bien no parece que haya nada definitivamente probado al respecto².

El 27 de julio de 1214, con tan sólo trece años, encabezó ya a su ejército de Champaña, aunque sin entrar en combate, en la célebre batalla de Bouvines, que supuso una importante victoria de los Capetos sobre los Plantagenet. En 1222 fue nombrado caballero y tomó las riendas del condado. Durante los primeros años, la actitud de Thibaut fue de lealtad hacia el rey de Francia, pero en lo sucesivo sus cambios de posición le granjearán bastantes enemistades entre la nobleza y una cierta fama de volubilidad³ a los ojos de los historiadores. Como quiera que fuera, a favor o en contra de uno u otro bando, tuvo una parte activa en los conflictos surgidos entre los grandes señores feudales y la dinastía capeta.

* Este trabajo se encuadra en el proyecto de investigación «Cancionero de Thibaut de Champagne», de la Universidade da Coruña, que recibió la financiación del Ministerio de Ciencia y Tecnología (DGICYT) y los fondos FEDER (ref. BFF2000.0759.C03.02). En el marco de dicho proyecto, en el que también participa la profesora Gema Vallín, se está preparando la edición de los poemas del *trouvère* champañés.

¹ V. WALLENSKÖLD (1925: LXXXIII-XCV). Aunque traduzcamos muchos de los nombres que aquí aparezcan utilizaremos normalmente el nombre de Thibaut en francés, por estar muy extendido entre los estudiosos.

² Así ocurre, por ejemplo, con TAITTINGER (1987ab), quien, a decir verdad, noveliza la historia de Thibaut y considera su amor por Blanca fruto del complejo de Edipo; afirma incluso, sin ánimo de crítica por su parte, que Thibaut pudo haber cambiado la historia de Francia si no hubiera actuado movido por el amor, de manera que probablemente se perdió un hombre de Estado pero se ganó un poeta (1987a: 33-34). WALLENSKÖLD (1925: xvi) y DIJKSTRA (1995: 116, núm. 157, 117), en cambio, se muestran escépticos ante ese amor (más allá de la convención poética).

³ Explicable una vez más, según TAITTINGER (1987a: 30), por su amor hacia Blanca de Castilla.

Junto al rey de Francia participó en 1224 en el asedio de La Rochelle, que el monarca inglés Enrique III utilizaba como base marítima y núcleo de sus comunicaciones con el continente; la victoria francesa acabaría temporalmente con el dominio inglés sobre la región. Pero los problemas entre Thibaut y la monarquía francesa aparecerían ya con motivo de su participación en la cruzada contra los albigenses en 1226⁴. Thibaut acompañó a Luis VIII en el asedio de Aviñón pero, una vez cumplidos los cuarenta días de servicio obligatorio (el 30 de julio), regresó a Champaña, dejando solo al rey, no sin antes haber intentado convencerle para que levantase el asedio. Se dio la circunstancia de que el rey murió pocos meses después, lo que desencadenó la especie de un posible envenamiento por parte de Thibaut a causa de su supuesto amor por la esposa de aquel. Lo cierto es que, aunque las relaciones entre Thibaut y Luis VIII no eran buenas, la teoría del asesinato parece más fruto de una conspiración que de la realidad, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido entre la partida de uno y la muerte del otro, así como el desarrollo ulterior de las relaciones entre la regente y el conde (*v.* Wallensköld 1925: xvi ss., Dijkstra 1995: 116-117, Taittinger 1987b: 129 ss.). Luis VIII debió de morir de disentería. Lo que ocurrió es que, en realidad, Thibaut no aprobaba la finalidad solapada de la cruzada, que era la anexión a la corona de Francia del Languedoc, donde gobernaba su primo Raimundo VII.

Estas sospechas pudieron ser la causa de que la Curia real prohibiese la asistencia de Thibaut a la coronación de Luis IX en Reims (coronación ritual pues, al tener sólo doce años, Blanca continuará siendo regente). Humillado por este hecho⁵, Thibaut se sumó a una liga de barones contra el rey, de la que formaban parte nobles de la talla de Pedro Mauclerc, duque de Bretaña; el conde de la Marche, Hugo de Lusignan; el conde de Bar; el conde de Tolosa y el mismo rey de Inglaterra, descontentos, entre otras cosas, por la creciente política de exclusión de los grandes barones por parte de la monarquía. Pero los barones se sintieron traicionados por Thibaut, que sirvió de puente a Blanca de Castilla para imponerles el Tratado de Vendôme (1227) y más tarde le advirtió de su plan de raptar al rey. La liga se volvió entonces contra Thibaut (1229-30). Champaña fue asaltada, sus ciudades incendiadas... Derrotado en Provins, Thibaut se salvó gracias a la llegada de Blanca de Castilla con el joven Luis IX, lo que evitó la destrucción del condado.

⁴ Recordemos que la cruzada contra los albigenses fue convocada por Inocencio III en 1208 y que, a diferencia de las demás, fue una cruzada realizada en suelo occidental. Con el pretexto de acabar con la herejía cátara, el reino de Francia fue consiguiendo el dominio de una buena parte de los prósperos territorios meridionales. La cruzada sufrió un receso en la segunda década del siglo XIII, lo que hizo recuperarse a los heréticos. Ello permitió que en 1226 se celebrase el Concilio Cártaro de Pieuze, en el que se decidió la creación de un nuevo obispado cátaro. Esta fue la razón última de que Luis VIII hiciese un nuevo llamamiento a la cruzada.

⁵ Esta parece la versión más verosímil, y no la de quien dice que Thibaut se negó a asistir y se coaligó contra la regente, por considerarla extranjera. En cuanto a la participación de Thibaut en la conspiración, algunas fuentes históricas lo dan como promotor de la misma; sin embargo, parece que a la cabeza de la rebelión estuvieron el bretón Pedro Mauclerc y Enrique III de Inglaterra.

Pero los barones no cejaron en su animadversión hacia Thibaut y alentaron (1233) las reivindicaciones de una antigua pretendiente al condado de Champaña, Alix de Chipre, prima de Thibaut. Además, Thibaut, que en un intento de limar asperezas había anunciado su intención de casarse con la hija del duque de Bretaña, se doblegó al veto real y papal y lo hizo finalmente con Margarita de Borbón, lo que soliviantó aún más los ánimos. En 1234 Thibaut se convierte en rey de Navarra, al suceder a su tío materno Sancho VII el Fuerte, fallecido sin descendencia legítima. Mientras está en su nuevo reino, se firma la paz con Alix. Para afrontar los pagos que han de hacerle a cambio de la renuncia a sus reivindicaciones, los representantes de Thibaut venden a Luis IX los derechos de los condados de Blois, Chartres, Saucerre y Châteaudun. Cuando el conde intenta recuperarlos en lo que entiende había sido un empeño y no una venta, se encuentra con la oposición del rey. Este hecho marca el inicio de un nuevo distanciamiento entre Thibaut, que se considera engañado por el rey, y la corona francesa. El conde se vuelve a acercar a Pedro Mauclerc y pacta el matrimonio de su hija Blanca con Juan, hijo de aquel, matrimonio que se produce en 1235. El rey acusa entonces a Thibaut de haber casado a su hija sin su autorización. Las intervenciones del papa Gregorio IX y de Blanca de Castilla permiten al año siguiente la reconciliación de Vincennes, que será ya definitiva.

El enfrentamiento de Thibaut con el papado y la dinastía capeta a causa de la cuestión albigense se había zanjado en 1229 gracias a la firma del Tratado de Meaux entre los representantes de los legados y de la regente y Raimundo VII de Toulouse. Este tratado, beneficioso para la corona de Francia, había sido posible por la mediación de Thibaut, que seguramente quiso preservar también al condado de Tolosa de un fin semejante al de Aviñón y otras ciudades del sur. Sin embargo, diez años más tarde, Thibaut tendrá que enfrentarse de nuevo al problema en sus propias tierras, y esta vez su comportamiento será distinto. Empujado por el papa y el inquisidor general Robert le Bougre (al que se abrirá después una investigación por supuestas irregularidades en el proceso), hará quemar a 183 herejes el 13 de mayo de 1239.

Si ese fue su papel en la cruzada albigense, su participación en la sexta cruzada⁶ estuvo marcada por serios reveses. En la familia de Thibaut ya había habi-

⁶ No todos los historiadores coinciden en la consideración de determinados movimientos como cruzadas y, por lo tanto, en su numeración, ni en el tratamiento de algunos hechos. Normalmente la intervención de Thibaut se enmarca en la sexta cruzada (TAITTINGER 1987: 368 se refiere a ella como «sexta cruzada bis»), que iría desde 1228 hasta 1239, aunque en algún caso se ha tomado como preludio de la séptima (1248-1254) e, incluso, hay quien considera la cruzada de 1228 como la quinta (LOSTE 1990: 76 ss.). Algunos no mencionan siquiera la expedición de Thibaut y se limitan a hablar de los sucesos en torno a Federico II, que en 1215 se había comprometido a tomar la cruz. Sin embargo, los años pasaban y el emperador, ocupado en afianzar y extender su poder en Italia, y enfrentado por él con el papado, no acababa de partir. El nuevo papa, Gregorio IX, vuelve a instar a Federico a cumplir su promesa. Por entonces, este se había casado ya con Isabel de Brienne, hija del rey de Jerusalén, de manera que sus intereses habían cambiado. Así, en 1227 sale de Brindisi en



do varios cruzados (su propio padre había sido designado para encabezar la cuarta cruzada, aunque había fallecido poco antes de embarcar para Tierra Santa), de manera que no es de extrañar que en su momento se le eligiese para encabezar una nueva expedición. La salida se fue retrasando porque el papa Gregorio IX prefería intervenir en el Imperio Latino de Oriente, amenazado por los griegos. Por fin, la expedición salió de Marsella en agosto de 1239, y en ella Thibaut se vio acompañado por los condes de Nevers y de Forez, de Bar, de Macon, el condestable Amaury de Montfort, Robert de Courtenay y el conde de Borgoña, de ahí que se denominase también a esta expedición como la «cruzada de los barones». Llevaba más de ciento cincuenta navíos y unos diez mil combatientes, entre ellos bastantes navarros. Parece que Thibaut había decidido negociar con el sultán de Egipto, aunque los barones no le secundaban. Llegados a San Juan de Acre el primero de septiembre, el ejército cruzado se puso en camino hacia Jaffa, pero el desentendimiento y la indisciplina llevaron al desastre de Gaza (13 de noviembre), en el que murieron doscientos hombres y otros muchos fueron capturados (como el propio Amaury de Montfort, que capitaneó la incursión, y Felipe de Nanteuil).

Sobre el resultado de la cruzada de Thibaut, existe diversidad de opiniones, desde los que la consideran un gran fracaso (Bellenger 1987: 136, Dijkstra 1995: 118) y destacan que supuso un descrédito para el champañés, hasta los que creen que el balance no fue tan negativo, ya que, además del rescate de sus hombres, Thibaut habría conseguido la devolución de Jerusalén y algún otro territorio (Régnier-Bohler 1997: XXIII, XLIX). No obstante, hay quien pone esta negociación con el sultán de Egipto (Tratado de Áscalon, 1241) en el haber de Ricardo de Cornualles, y no de Thibaut de Champagne (*v.* al respecto Taittinger 1987: 265). En 1244 el sultán volverá a tomar Jerusalén, con la ayuda de los khwaresmianos; ello dará pie para la séptima cruzada, la de San Luis, en la que participará Thibaut v.

dirección a Siria, pero una epidemia entre sus hombres lo obliga a regresar a Italia. El papa, que ve en ello otra disculpa para postergar su compromiso, lo excomulga. En 1228 Federico vuelve a partir para Tierra Santa, ya sin el aval del papa, de ahí el nombre de «cruzada de los excomulgados» por el que también se conoce a esta expedición. Según LOSTE (1990: 78), llevaba una pequeña escuadra de cuarenta navíos y un ejército de quinientos caballeros, de modo que la vía militar no ofrecía demasiadas garantías. Ello y sus dotes como negociador le hicieron inclinarse por el camino de la diplomacia, con la intención de establecer un condominio cristiano-musulmán en la zona. El 29 de febrero de 1229 firmó con el sultán egipcio Al-Kamil el Tratado de Jaffa, válido por diez años, mediante el cual los cristianos obtenían Jerusalén, Belén, Nazareth y un corredor entre el puerto de Jaffa y la Ciudad Santa, a cambio de que las mezquitas de Omán y al-Aqsa quedasen en manos musulmanas y de que el emperador apoyase al sultán contra sus enemigos. Federico II se aut coronó rey de Jerusalén, aunque actuó como regente de su hijo Conrado IV. El tratado soliviantó aún más al papa, que lo excomulgó de nuevo, si bien a su regreso ambos firmaron la Paz de San Germano. Con todo, el emperador será objeto de otra excomunión en 1239. Por la forma de desarrollarse, al margen del papa y mediante negociaciones, así como por sus consecuencias, fue esta una cruzada muy importante. La actuación de Thibaut se produce, pues, al cabo de esos diez años. *V.* interpretación de DIJKSTRA (1995: 117-118).

De Tierra Santa trajo Thibaut la rosa de Damasco, así como un fragmento de la cruz de Cristo que depositó en la iglesia de Saint-Laurent-des-Ponts de Provins, rebautizada iglesia de la Santa Cruz. Vivió desde su regreso entre Champaña y Navarra, donde tuvo problemas con las autoridades eclesiásticas y, según dicen, se mostró bastante autoritario con sus súbditos. Todavía asistió a Luis IX en dos batallas contra los ingleses (Taillebourg y Saintes, 1242) y fue vencido en Gascuña por el senescal del rey de Inglaterra (1244). Llevó a cabo una importante labor de mecenazas, fundó diversos monasterios y entre 1249 y 1250 emprendió un viaje de penitencia a Roma. Murió en Pamplona en julio de 1253.

A su fallecimiento, fue regente su esposa Margarita, dado que el futuro Thibaut V sólo tenía quince años. Este se casaría con Isabel, hija de Luis IX, sellando así definitivamente la reconciliación con Francia (1257). Thibaut V no se opuso a la pérdida de ciertos privilegios a favor de la corona de Francia, como el control de la justicia y la moneda champañesas. Tras el corto reinado de tres años de su hermano, Enrique III, y la regencia de su esposa Blanca de Artois, el linaje de los condes se extinguió. Champaña se integró en el reino de Francia por el matrimonio de Juana de Navarra (hija de Blanca y Enrique) con el futuro Felipe IV el Hermoso en 1284. Esta unión puso fin a más de tres siglos de existencia del condado de Champaña.

2. THIBAUT DE CHAMPAGNE, «TROUVÈRE». LAS CANCIONES DE CRUZADA

En el conjunto de los *trouvères*, Thibaut de Champagne destaca sobremedida, y no sólo por lo que se refiere a la elaboración del texto, sino también por su manejo magistral de la música (Räkel 1987). La transmisión misma de su obra, a través de un elevado número de manuscritos, es un indicio inequívoco de la difusión y reputación que alcanzó. Sin entrar ahora en detalles sobre la cuestión, ya que no pretendemos realizar aquí una edición de sus poemas, conviene recordar que, aunque el número de manuscritos que nos han legado en mayor o menor medida la obra de Thibaut llega a treinta y dos, los más importantes suelen agruparse en dos grandes familias: MT, por una parte (en M se recoge en dos lugares y momentos diferentes, y por manos distintas), y KNOPXV, por otra; la mayor parte de estos manuscritos recogen el *corpus* poético casi completo de Thibaut o en una proporción muy elevada. La edición de Wallensköld de 1925 se basó en el ms. M, con la grafía de K, y más recientemente, el trabajo de Brahney (1988) se apoyó en los mss. K y M, según los casos.

A menudo se ha ponderado la labor de Thibaut como autor de canciones de amor; de hecho, es considerado uno de los maestros del *grant chant courtois*. Supo recoger la tradición meridional y, a la vez, darle una modulación original en numerosos aspectos: desde el temático (escasez de *lausengiers*, tratamiento de ciertos motivos...), hasta, sobre todo, el retórico (versificación, riqueza de lenguaje, empleo de alegorías...), pasando por el tono de las composiciones, en las que sabe mezclar la ternura y la ironía, la gravedad y el humor, sin renunciar a la sátira, e incluso, como queda dicho, por el plano musical. Thibaut es un poeta culto, distin-



guido, aristocrático, y esto se refleja tanto en sus referencias como en algunas imágenes o en el uso ya mencionado de la alegoría, que refleja la influencia del *Roman de la rose*. Su tendencia al refinamiento roza a veces el preciosismo (Micha 1991: 12).

Otra característica de la obra de Thibaut es su amplitud y diversidad. Además de treinta y seis canciones de amor, dos pastorelas, seis debates y nueve *jeux-partis* (el de Champaña fue uno de los primeros en cultivar este género), Wallensköld le reconoce una serie de ocho composiciones de asunto religioso: tres canciones dedicadas a la Virgen, un *serventesio*⁷, un *lai* y tres canciones de cruzada⁸. A estas últimas dedicaremos nuestra atención en las páginas que siguen.

Thibaut de Champagne probablemente empezó a escribir antes de 1230, aunque para muchas de sus composiciones no se pueda ofrecer una fecha aproximada. Esta es una de las ventajas que presentan las canciones de cruzada: al tener como puntos de referencia hechos históricos concretos, su fecha de composición puede concretarse más y de forma más verosímil. Las tres canciones que nos ocupan tienen claramente como fecha tope agosto de 1239, en que la expedición de Thibaut salió de Marsella para participar en la sexta cruzada. En cada caso particular, veremos si es posible concretar aún más el momento de la composición.

El *corpus* de las canciones de cruzada de los *trouvères* abarca unas treinta piezas⁹, compuestas mayoritariamente entre los siglos XI y XIII (hay una anónima del siglo XIV) bajo la influencia de géneros como las canciones de peregrinación, las predicaciones y la epopeya. De algunas de ellas fueron autores importantes *trouvères* (Conon de Béthune, el Castellano de Coucy, el propio Thibaut) pero tampoco faltan las anónimas o de autoría desconocida. Aunque alguno haya podido dudar de la existencia de un género en torno a esta clase de composición, en general se acepta la existencia de un tipo convencional, si bien de carácter fuertemente híbrido y heterogéneo. Así, Bédier (1909: x) afirma que las canciones de cruzada confor-

⁷ Este *serventesio*, *Deus est ensi comme li pellicanz*, tiene un tono próximo al de las canciones de cruzada. Su punto de arranque se relaciona precisamente con este tema: la polémica que tuvo lugar entre el papa Gregorio IX y Federico II, entre 1236 y 1239, sobre el destino de los cruzados. Mientras que el emperador sostenía que debían ir a Palestina, el papa pensaba que debían hacerlo a Constantinopla, para defender el Imperio Latino de Oriente. Thibaut, que compartía la opinión del emperador, llama al papa y a sus aliados «mauvais oiseaux qui portent du poison dans leurs becs» (v. 54), lo que no deja de sorprender, y ofrece una visión pesimista del mundo.

⁸ BÉDIER & AUBRI (1909) incluyen en su repertorio, con el número XVIII, la canción *Li douz penser et li douz souvenir*, igual que DIJKSTRA (1995). Para WALLENSKÖLD (1925: 64) no se trata de una canción de cruzada, sino de amor.

⁹ El número varía de una recopilación a otra. BÉDIER & AUBRI (1909) incluyen veintinueve (aunque el primero ya decía: «je crains bien d'avoir commis plus d'une omission», *ib.*: XIII); SCHÖBER (1976), veintisiete, y DIJKSTRA (1995) eleva el número a treinta. Ello es indicio de los contornos difusos que tiene este género. Por otro lado, aunque el cultivo de la canción de cruzada tuvo especial relevancia en lengua de oïl (no olvidemos que las cruzadas fueron un fenómeno de impronta francesa), existen también canciones de cruzada en latín, en lengua de oc, en medio alto alemán e incluso dos en italiano. Para la caracterización que sigue, v. BÉDIER & AUBRI (1909), FRAPPIER (1966), BEC (1977-1978), GUIDA (1992abc, 2001) y DIJKSTRA (1995).

man un grupo «très composite, assurément, mais non tout à fait artificiel». En la misma línea se manifiesta Dijkstra (1995: 2), quien ha llevado a cabo una caracterización tipológica de las canciones de cruzada desde el punto de vista temático y las considera un género «hautement hybride» que «jouit d'un statut spécial à l'intérieur de l'ensemble de la lyrique médiévale».

Para Bec (1977: 151 ss.) se trata igualmente de un género híbrido, que constituye uno de los casos más interesantes de «interferencia de registros»¹⁰: si, por lo que toca estrictamente al contenido, habría que enmarcarlas en el género piadoso, lo cierto es que se sitúan en la órbita de tres géneros exógenos, como son el serventesio, la cansó y la *chanson de femme*, lo que comporta al mismo tiempo una interferencia entre el registro aristocratizante y el popularizante. Por un lado, la canción de cruzada es una especie de sermón y serventesio religioso a la vez, pues, al igual que este, tiene como punto de partida un suceso histórico concreto y objetivo, localizable en el tiempo y en el espacio; en este sentido, su entramado textual y semántico es bastante homogéneo, denso y estable, y puede derivar en una sátira moral o política. Este sería, sin duda, el primer elemento común a las canciones de cruzada. Para que exista canción de cruzada, la referencia al hecho histórico debe ser importante, y no simplemente una referencia de pasada. Pero el suceso histórico es vivido también de forma existencial y subjetiva y, por lo tanto, suscita una reacción lírica, auténtica o no. Por otro lado, el marco formal de la composición es el de la *cansó*, lo que supone una renovación de este género. El hibridismo se manifiesta, por tanto, a todos los niveles, tanto en el fondo y en el tono como en la forma.

Además de su valor intrínsecamente literario, las canciones de cruzada tienen un valor histórico y social, en tanto canalizaron un estado de ánimo, un *corpus* de creencias, y reflejaron una determinada situación histórica, política y social. De este modo, no sólo se constituyen como testimonios individuales, sino también como testimonios colectivos¹¹.

Otro elemento de complejidad se nos aparece en su propia diversidad tipológica. Bédier (1909) fue el primero en clasificar las canciones de cruzada en dos grupos, aparte de un reducido número de piezas de circunstancia: las exhortaciones a tomar la cruz y las canciones de amor o de *départie*, esto es, de separación (por parte de la dama, del caballero, o de ambos), aunque algunas serían las dos cosas. Entre las primeras, Frappier (1966: 79-90) distinguía las piezas compuestas por propagandistas de la cruzada, probablemente clérigos y juglares, de aquellas compuestas por auténticos cruzados, generalmente grandes señores poetas, con un tono más personal y dramático y mayor interés psicológico. Bec (1977-1978) recoge y amplía en cierto modo la clasificación de Bédier: las canciones de cruzada

¹⁰ Interferencia de la que carecen las treinta y cinco canciones de cruzada en lengua de oc, en su mayor parte serventesios compuestos por grandes señores, que no aceptan ni el amor ni la tristeza de la separación y apenas presentan rasgos popularizantes (BEC 1977: 157).

¹¹ Contra la idea de que este tipo de composiciones refleja un estado de opinión general se manifiesta SIBERRY (1988), que es contrarrestada por GUIDA (1992c).

pueden ser exhortaciones a tomar la cruz o sermones en verso (serventesios religiosos), cuyo modelo pudieron ser ciertos poemas de circunstancias en latín, y *cansós* o canciones de *départie*, ya sean de sujeto masculino (aristocratizante) o femenino (*chanson de femme*, con elementos popularizantes).

Es importante señalar la evolución que se observa en las canciones de cruzada y que, de alguna manera, refleja la evolución misma del hecho histórico. Las primeras canciones se centraban más en el aspecto militar y religioso pero, desde mediados del siglo XII, se aprecia un paso del caballero feudal al caballero cortés, que atiende no sólo al amor divino, sino también al de la dama. Esta evolución hacia la *cansó*, sobre todo a partir de la tercera cruzada, no sólo se manifiesta en la inspiración amorosa y en los motivos y tópicos cortesés, sino también en la versificación culta y otros aspectos formales, como la ausencia de refrán después de cada cobla (Bec 1977: 152). Precisamente en ese momento en que la canción de cruzada alcanza su apogeo, cuando se vuelca cada vez más en los moldes de la *cansó*, es cuando menos importa la autenticidad lírica o la verdad humana, ya que entramos en el terreno de la convención (Bec 1977: 155).

Pero, aún dentro de estas canciones de inspiración amorosa, se percibe otra línea de evolución: si bien al principio el deber de la cruzada sale neto vencedor, la duda se va instalando progresivamente en el poeta hasta llegar incluso a la protesta por la propia cruzada. Hay, pues, un descenso de la tensión espiritual, que en parte debía de responder a un incremento de la desconfianza en los líderes y a cierta decepción religiosa por el comercio con las indulgencias (Guida 1992: 30-33, Dijkstra 1995: 121-122). Las canciones de cruzada irán evolucionando hacia un cierto realismo e, incluso, una cierta ironía.

Analizaremos a continuación cada una de las canciones de cruzada de Thibaut de Champagne, para ver en qué medida responden a lo expuesto hasta el momento. Tomamos como base la edición de Wallensköld, variando la numeración de los versos, y prescindimos de aquellos elementos que sólo tendrían interés con vistas a una edición crítica. Del mismo modo, señalamos únicamente aquellas ediciones de los textos que tienen un interés especial.

W LIII, PP. 183-186 (R 6)¹²

Mss.: K, p. 1 b; M, fol. 13 vº a; N, fol. 1 vº a; O, fol. 127 rº b; S, fol. 316 rº b; T, fol. 2 vº; V, fol. 2 vº a; X, fol. 8 vº a.

Rúbrica: KNX, *Li rois de Navarre*¹³

Música: KMNOVX

¹² Se indica el número que lleva la pieza en la edición de WALLENSKÖLD (1925: 183-186) y en el repertorio de RAYNAUD (1884).

¹³ Según WALLENSKÖLD (1925: XXXIII, núm. 4), en T la pieza carece de rúbrica por negligencia, pero ha de contar como atribuida a Thibaut.

Ediciones: La Ravalière, II, p. 132 (núm. 54); Tarbé, p. 124 (núm. 80); Meyer, II, p. 370; Bartsch & Horning, col. 384; Clédat, p. 223; Bédier & Aubry, pp. 169-174 (núm. xv); Cremonesi, p. 200; Riemann, p. 575; Brahney, pp. 226-229 y 297 (núm. LIII); Rosenberg, pp. 360-362.

Versificación: 10 a b a b c c b. Cinco *coblas doblas* con siete decasílabos y un envío de tres versos.

Lengua: Rimas puras en *-is*, *-iez* e *-oir*; cuatro rimas en *-ance*. La palabra *mont* se repite dos veces en las rimas de la misma estrofa (v. 16 y v. 22).

- I Seigneurs, sachiez: qui or ne s'en ira
 En cele terre ou Deus fu morz et vis
 Et qui la croiz d'Outremer ne prendra,
4 A paines mès ira en Paradis.
 Qui a en soi pitié ne remembrance,
 Au haut Seigneur doit querre sa vengeance
 Et delivrer sa terre et son país.
- II 8 Tuit li mauvès demorront par deça,
 Qui n'aiment Dieu, bien ne honor ne pris;
 Et chascuns dit: «Ma fame, que fera?
 Je ne leroie a nul fuer mes amis.»
12 Cil son cheoit en trop fole atendance,
 Qu'il n'est amis fors que cil, sanz dotance,
 Qui pour nos fu en la vraie croiz mis.
- III Or s'en iront cil vaillant bachelier
16 Qui aiment Dieu et l'eneur de cest mont,
 Qui sagement vuelent a Dieu aler,
 Et li morveus, li cendreus demorront;
 Avugle sont, de ce ne dout je mie.
20 Qui un secors ne fet Dieu en sa vie,
 Et por si pou pert la gloire du mont.
- IV Deus se lessa por nos en croiz pener
 Et nos dira au jor ou tuit vendront:
24 «Vous qui ma croiz m'aidastes a porter,
 Vos en iroiz la ou mi angre sont;
 La me verroiz et ma mere Marie.
 Et vos par qui je n'oi onques aïe
28 Descendroiz tuit en Enfer le parfont.»
- V Chascuns cuide demorer touz hetiez
 Et que jamès ne doie mal avoir;
 Ensi les tient Anemis et pechiez
32 Que il n'ont sens, hardement ne pouoir.
 Biaus sire Deus, ostez leur tel pensee
 Et nos metez en la vostre contree
 Si saintement que vos puissions veoir!

vi 36 Douce dame, roïne coronee,
Priiez pour nos, Virge bone eüree!
Et puis après ne nos puet mescheoir.

Notas de interés relativas a la edición o a la comprensión del texto:

- i-1. Bédier entiende que *sachiez* rige la subordinada, por lo que no introduce puntuación. –2. Aunque Wallensköld considera la secuencia *ou Deus fu morz et vis* como un *hysteron-proteron*, con los hechos cronológicamente invertidos, concordamos con Guida (1992a: 328-329) en que, a la vista de secuencias análogas, se puede entender el verbo *vivre* en sentido figurado («resucitar»). –6. Bédier prefiere ligar el primer hemistiquio al verso precedente («Qui a en soi pitié et souvenir du haut Seigneur doit...»); ni Brahney ni Rosenberg sitúan tampoco la coma al final del verso.
- ii-18: *ceudreus*. Bédier comenta que se trata de una metáfora basada en personajes de los cuentos populares y de las canciones de gesta que pasan su infancia junto a las cenizas del hogar, sin ser capaces de actuar. Por su parte, Guida (1992a: 329) señala el paralelismo entre estos personajes y los mencionados por Marcabré en el sirventés *Pax in nomine Domini*, que son objeto del mismo desprecio. –19 Wallensköld liga este verso, contrariamente a Bédier, al verso precedente, para no tener que corregirlo contra todos los mss. (Bédier lee *Avugles est...*). Para el editor francés se trata de una falta común a todos los mss. –21. *Et* introduce aquí, según Wallensköld y Guida (1992a: 329), la proposición principal.

TRADUCCIÓN¹⁴

- i. Señores, sabedlo: quien ahora no vaya a esa tierra en la que Dios murió y vivió y quien no tome la cruz de Ultramar, difícilmente entrará en el Paraíso. Quien tiene en sí piedad y memoria, debe procurar vengar al Altísimo y liberar su tierra y su país.
- ii. Todos los cobardes permanecerán aquí, que¹⁵ no aman a Dios, ni el bien, ni el honor ni la gloria; y alguno dice: «Mi mujer, ¿qué hará? No dejaría por nada a mis amigos». Esos han caído en preocupación demasiado vana, pues no

¹⁴ Hacemos una traducción lo más fiel posible a la estructura original y a la edición seleccionada, con vistas al análisis que sigue. De ahí, por ejemplo, la traducción de los vv. 5-7, aunque pueda ser discutible. Para una versión en francés moderno más literaria, pero por momentos bastante alejada del original, v. RÉGNIER-BÖHLER (1997: 12-13), quien, por ejemplo, en los versos mencionados, aun siguiendo la edición de Bédier, interpreta «Celui qui s'en souvient et éprouve de la compassion doit chercher à venger le noble Seigneur...».

¹⁵ *Que* no causal, sino relativo.



hay más amigo que Aquel, ciertamente, que por nosotros fue puesto en la verdadera cruz.

- III. Ahora se irán esos jóvenes valientes que aman a Dios y el honor de este mundo, que juiciosamente quieren ir a Dios, y los perezosos, los cobardes se quedarán; ciegos están, no tengo duda de ello. Por tan poco pierde la gloria del mundo quien no socorre a Dios en su vida.
- IV. Dios se dejó torturar en la cruz por nosotros y nos dirá el día en que todos vendrán: «Vosotros que me ayudasteis a llevar mi cruz, vosotros iréis allí donde están mis ángeles; allí me veréis y a mi madre María. Y vosotros de quienes nunca tuve ayuda descenderéis todos a las profundidades del infierno».
- V. Algunos creen que permanecerán muy felices y que nunca hayan de pasar mal¹⁶; de tal manera los poseen el enemigo¹⁷ y el pecado que no tienen juicio, coraje ni fuerza. Buen señor Dios, ¡quitadles tal pensamiento y acogednos en vuestro país¹⁸ tan santamente que os podamos ver!
- VI. Dulce dama, reina coronada, ¡rogad por nosotros, Virgen bienaventurada!, y después nada malo puede sucedernos¹⁹.

En cuanto a la fecha de composición de esta pieza, hay que recordar que Thibaut se había comprometido a tomar la cruz en 1230, mediante una cláusula del tratado de paz con sus enemigos (el papa lo había apoyado frente a los invasores de Champaña), pero no fue realmente hasta 1235 cuando empezó a ocuparse de esta promesa, como consecuencia de la encíclica del 17 de noviembre de 1234 por la que Gregorio IX anunciaba su deseo de llevar a cabo una cruzada. De ahí que tanto Bédier como Wallensköld opinen que el período más verosímil para la composición debe de ser entre 1235 y agosto de 1239, fecha en que la expedición de Thibaut salió para Oriente. Según ambos autores, a los que se suma Guida (1992a: 104), podría pensarse incluso en un período de tiempo menor: el transcurrido entre el regreso de Thibaut de su reino de Navarra, en septiembre de 1238, y la salida para Tierra Santa. Para Dijkstra (1995: 118-119), en cambio, ningún elemento de la canción permite precisar nada, más allá del período entre 1230 y 1239.

Esta canción constituye un ejemplo claro de exhortación a la cruzada, en los términos de Bédier y Bec ya aludidos. Según la clasificación temática realizada por Dijkstra (1995: 44-45), prevalece la categoría relativa al material propagandístico de carácter religioso (acentuación del momento propicio: «quien ahora...»), llamada

¹⁶ Aunque literalmente se trate de un singular, traducimos en plural porque se acomoda mejor al sentido y a la frase siguiente.

¹⁷ El demonio. El miedo al demonio era algo atávico en la sociedad medieval.

¹⁸ El Paraíso.

¹⁹ En una nota al final de su traducción, BRAHNEY (1989: 229) apunta que la escena del juicio final está en condicional pero que ella lo ha modificado por el futuro. En realidad, se trata de futuros.



que emana de Dios, *passio Christi*, venganza divina, *conversio morum*, juicio final, *visio Dei*, promesa de salvación...), aunque también se dan cita otros motivos, como la *haereditas Domini*, mediante la referencia a Tierra Santa como el lugar donde Dios vivió y murió. La motivación religiosa domina, pues, por completo y, aunque ello la convierta al decir de muchos autores en modelo de este tipo de composición exhortativa, no quiere decir que esté exenta de ciertos elementos originales mediante los cuales Thibaut acierta, una vez más, a imprimirle su sello personal.

La exhortación se hace evidente desde el comienzo mismo de la canción, en que aparece un vocativo que puede ser objeto de diferentes interpretaciones. Por un lado, el término *Seigneurs* era un apelativo común entre los trovadores para dirigirse al público en general²⁰, como también lo era en los sermones que se dirigían al pueblo (Guida 1992a: 19, 328, y 1992c: 49). Pero también es posible ver en él una llamada más específica a los señores en el sentido feudal del término, es decir, a aquellos que tenían dinero y armas para afrontar la cruzada (Dijkstra 1995: 120). A partir de aquí toda la pieza se convierte en un intento de convencer para tal empresa a base de repetidos juegos de oposiciones, todas ellas condensables en una: quien toma la cruz realiza un acto de valor (es decir, caballeresco) y de fe, y tendrá como recompensa la gloria en este mundo y el Paraíso en el otro²¹; los que no lo hagan, demostrarán bajeza y cobardía y arderán en el infierno.

Obsérvese, además, cómo la concepción feudal del mundo se refleja a lo largo de la composición en las imágenes y el vocabulario utilizados, igual que se plasma en la relación entre el amante cortés y su dama. Así, en los vv. 5-6 es posible ver un traslado al «Señor», es decir, a Dios, del servicio al «señor»: como este, Aquel debe ser objeto de vasallaje, y ello incluye auxilio y venganza por parte del vasallo si es atacado o humillado. La imagen retorna en el v. 20: *Qui un secors ne fet Dieu en sa vie*, donde vemos, de nuevo, a Dios tratado a la manera de un señor feudal. En consecuencia, los que no toman la cruz no aman a Dios (v. 9), lo que implica la ausencia de una auténtica fe en el plano religioso, pero tampoco aman el honor y la gloria de este mundo que se asocian a la cruzada y, por lo tanto, no son caballeros²². El buen vasallo corresponde al sacrificio de su máximo Señor²³, quien a su vez se lo reclama pero sabe recompensarle con el Paraíso. La condición nobiliaria de Thibaut de Champaña es un elemento que pesa, sin duda, en estos versos.

²⁰ Se dirigían «nello stesso tempo e indistintamente a *milites, mediocres et rusticis*» (GUIDA 1992c: 46).

²¹ En 1095 el papa Urbano II había proclamado en el Concilio de Clermont la remisión inmediata de los pecados para todos aquellos que muriesen en la cruzada. Por otro lado, la gloria alcanzada en este mundo no era sino parte de la recompensa con que Dios hacía justicia ya en la tierra a los que respondían a su llamada.

²² GUIDA (1992a: 20) apunta cómo, en la mente de estos caballeros, su misión en la cruzada se asociaba a la de los héroes en los cantares de gesta. Ya en el acto de homenaje, la simbología convertía al caballero en soldado de Dios.

²³ DIJKSTRA (1995: 119) percibe una vaga reminiscencia de la *imitatio Christi* en el cruzado, en el sentido de que participa de la Pasión.

Mencionemos algunas de las numerosas oposiciones que concurren al objetivo final: el Paraíso (*Paradis, vostre contree*) frente al infierno (*Enfer le parfont*) y, por lo tanto, el ascender frente al descender (*descendre*), la salvación frente a la condenación y Dios frente al diablo; permanecer (*demorrer*) frente a marchar (*s'en aller*)²⁴; la muerte en contraposición a la vida (ya desde el v. 2); el honor frente a la vergüenza; el valor frente a la cobardía; el mundo celeste frente al terrenal; la sabiduría o la prudencia frente a la locura; incluso la ceguera de quienes no se atreven a tomar la cruz contrasta con la visión celestial de la que gozarán los que sirven a Dios (Dijkstra 1995: 120). Algunos paralelismos sintácticos sirven también al mismo fin: *Qui n'aiment Dieu, bien ne honor ne pris* (v. 9) vs. *Qui aiment Dieu et l'eneur de cest mont* (v. 16).

Totalmente contrapuestas son asimismo la figura del cruzado y la del que no se decide a tomar la cruz: si el primero es un dechado de virtudes (a él se asocian elementos como *pitié, remembrance, vaillant, sagement*), el segundo es un cúmulo de defectos: *mauvès, fole (atendance), morveus, cendreus, avugle*.

Thibaut se nos aparece, pues, como un maestro de la retórica en el tratamiento de los elementos o *leitmotiv* más o menos comunes de las canciones de cruzada, en concreto de las de exhortación. Pero, aun dentro de un «subgénero» tan cerrado, es capaz de introducir algún elemento que dinamice la composición. Ya Dijkstra (1995: 119-120) destacó el recurso al diálogo en la segunda estrofa. Ese estilo directo que pone las palabras en boca de sus propios emisores es empleado justamente para hacernos llegar de forma más eficaz sus vacilaciones, sus temores, incluso su apego al mundo terrenal. Esta parte en la que se muestran emociones²⁵ (junto a otros elementos, como las exclamaciones del final del poema) contribuyen a dar cierto toque lírico a un tipo de piezas en las que solía predominar un tono más narrativo. Frente al mundo de los afectos terrenales, Thibaut sitúa el plano divino, único auténtico: *Qu'il n'est amis fors que cil, sanz dotance/Qui pour nous fu en la vraie croiz mis*. ¿Acaso no pidió Dios a sus discípulos, como nos recuerda Guida (1992: 11) que dejasen todo, bienes y familia, para seguirle? Sin embargo, no se ha destacado bastante, a nuestro parecer, la reaparición del estilo directo en los vv. 24-28 nada menos que para escenificar el juicio final. El momento se vuelve más real y dramático: *Vous qui ma croiz m'aidastes a porter.../Et vos par qui je n'oi onques aïe...* Recordemos que la idea del juicio final estaba muy viva en la época medieval, y era alimentada por múltiples movimientos religiosos y herejías. Thibaut sabía sin duda que el temor a este *dies irae*, procedente de la literatura latina anterior al año 1000, era una poderosa arma de convicción, como también lo era, por lo menos por lo

²⁴ Fijémonos en cómo, en este caso concreto, uno de los miembros de la oposición es colocado al principio de un verso y el otro al final (vv. 15 y 18), en lugares estratégicos que destacan aún más el contraste.

²⁵ Después de Thibaut, un trovador como Raimon Gaucelm (*Qui vol aver complida amistansa*) se expresa en términos parecidos, también en estilo directo (*apud* GUIDA 1992: 270 y 37, núm. 63).

que se refería a la pequeña nobleza, la posibilidad de adquirir riquezas. Dijkstra (1995: 119) ha querido ver en los vv. 33-35 otro elemento novedoso: por primera vez se haría referencia a una necesidad de cambiar de actitud antes de emprender la cruzada, necesidad que reaparecerá con más fuerza en *Au tens plens de felonie*. Es posible que así sea, aunque en esta estrofa predomine la advertencia hacia quienes no quieren tomar la cruz por estar muy apegados a la comodidad terrenal y creerse a salvo de todo (*memento mori*). A ellos se les recuerda la vanidad de este mundo, el carácter pasajero que tienen en él la felicidad y la salud²⁶. Se trata de una situación transitoria, de una felicidad ilusoria con la que nos engañan el diablo y el pecado. La auténtica felicidad y la auténtica vida sólo se obtienen con la contemplación divina en el Paraíso. Y, sin embargo, aunque se predique la garantía del Paraíso para los que respondan a la llamada y la superioridad de la gloria celeste sobre la terrenal, prevalece un cierto tono sombrío en la composición.

Unas palabras finales para mencionar el papel de la Virgen en esta composición. No sólo aparece en el envío como mediadora o intercesora entre Dios y los hombres, y como protectora, a través de invocaciones e imágenes conocidas («douce dame», «roïne coronee»...), sino también como parte de esa visión celestial que colma de gozo, al lado de Dios: *La me verroiz et ma mere Marie*. El culto a la Virgen estaba muy extendido en el siglo XIII y había dado lugar incluso a un tipo específico de canciones, de las que el propio Thibaut compuso tres.

En resumen, toda la estructura de la canción está perfectamente pensada para contribuir a la doble aspiración que manifiesta el poema: la personal (la propia salvación) y la general (defender la fe):

- Estrofa I: exhortación a tomar la cruz y exposición inicial del motivo por el que se ha de hacer (introducción).
- Estrofa II: dedicada a los cobardes y villanos y a su forma de pensar.
- Estrofa III: se abre con una referencia a los valientes cruzados, que se oponen a los anteriores; la oposición continúa a lo largo de la cobla.
- Estrofas IV-V: aunque las estrofas anteriores se iban salpicando con la alegación de algún motivo para tomar la cruz y las consecuencias de hacerlo o no, estas dos se centran en esta cuestión.
- Envío: invocación a la Virgen para que interceda por nosotros y nos proteja.

W LIV, PP. 186-189 (R 757)

Mss.: K, p. 19 b; M, fol. 64 rº b; O, fol. 34 rº b; P, fol. 154 vº b; S, fol. 315 rº b; T, fol. 8 rº; V, fol. 75 rº a; X, fol. 20 vº a.

²⁶ Los vv. 29-30 pueden interpretarse de estas dos maneras, en virtud del doble significado de las palabras *hetiez* («felices / sanos») y *mal* («desgracia / enfermedad»).

Rúbrica: KTX *Li rois de Navarre.*

Música: anotada en KMOVX.

Ediciones: La Ravalière, II, 137 (núm. 56); Ménil, p. 755; Tarbé, p. 115 (núm. 74); Bédier & Aubry, pp. 189-195; Brahney, pp. 231-233.

Versificación: 10 a b a b a b a. Cinco *coblas doblas* de ocho decasílabos cada una con un envío de cuatro versos.

Lengua: Rimas puras en *-iz* y en *-oie*; ocho rimas en *-anz* y rima de *jame* (gemma), v. 39 en *-ame*. Rimas idénticas: *durer* (vv. 9 y 11; además, hay *endurer* en el v. 3), *joie* (vv. 18 y 28) y *puissans* (vv. 37 y 41). Rima equívoca u homónima: *voie* (vv. 20 y 23).

1 Dame, ensi est q'il m'en couvient aler
Et departir de la douce contree
Ou tant ai maus apris a endurer;
4 Quant je vous lais, droiz est que je m'en hee.
Deus! pour quoi fu la terre d'Outremer,
Qui tanz amanz avra fet desevrer
Dont puis ne fu l'amors reconfortee,
8 Ne ne porent leur joie remembrer!

II Ja sanz amor ne porroie durer,
Tant par i truis fermement ma pensee,
Ne mes fins cuers ne m'en let retourner,
12 Ainz sui a li la ou il veut et bee.
Trop ai apris durement a amer,
Pour ce ne voi comment puisse durer
Sanz joie avoir de la plus desirree
16 C'onques nus hons osast merci crier.

III Je ne voi pas, quant de li sui partiz,
Que puisse avoir bien ne solaz ne joie,
Car onques riens ne fis si a enviz
20 Con vous lessier, se je jamès vous voie;
Trop par en sui dolenz et esbahiz.
Par maintes foiz m'en serai repentiz,
Quant j'onques voil aler en ceste voie
24 Et je recort voz debonaires diz.

IV Biaux sire Deus, vers vous me sui guenchiz;
Tout lais pour vous ce que je tant amoie.
Li guerredons en doit estre floriz²⁷,

²⁷ Respecto a la expresión «guerredon flori», BÉDIER especula con una alusión a las «santas flores del paraíso» o bien con un significado del adjetivo próximo al que tiene en «almosne florie», según recoge del suplemento del diccionario de GODEFROY, s.v. *almosne*.

- 28 Quant pour vous pert et mon cuer et ma joie.
De vous servir sui touz prez et garniz;
A vous me rent, biaux Peres Jhesu Criz!
Si bon seigneur avoir je ne porroie:
- 32 Cil qui vous sert ne puet estre traiz.
- v Bien doit mes cuers estre liez et dolanz:
Dolanz de ce que je part de ma dame,
Et liez de ce que je sui desiranz
- 36 De servir Dieu, qui est mes cors et m'ame.
Iceste amor este trop fine et puissanz,
Par la couvient venir les plus sachanz;
C'est li rubiz, l'esmeraude et la jame
- 40 Qui touz guerist des vius pechiez puanz.
- vi Dame des cieus, granz roïne puissanz,
Au grant besoing me soiez secorranz!
De vous amer puisse avoir droite flame!
- 44 Quant dame pert, dame me soit aidanz!

TRADUCCIÓN

- I. Dama, así es que debo irme y abandonar el dulce país donde he aprendido a soportar tantos sufrimientos; al dejaros, es justo que me odie a mí mismo. ¡Dios! ¡Por qué existió la tierra de Ultramar, que habrá obligado a separarse a tantos amantes, por lo que no tuvieron consuelo de amor desde entonces ni pudieron recordar²⁸ su gozo!
- II. Ya sin amor no podría²⁹ vivir, con tanta fuerza pongo en él mi pensamiento, ni mi corazón leal me permite apartarme de él; al contrario, soy suyo allí donde quiere y desea. Me he acostumbrado duramente a amar, por eso no veo cómo pueda seguir viviendo sin tener el gozo de la más deseada, a quien ningún hombre osaría nunca suplicar merced.
- III. No veo que pueda tener bien, ni consuelo ni gozo, cuando estoy separado de ella³⁰, pues nunca hice nada tan a mi pesar como dejaros, si no os vuelvo a

²⁸ Según BRAHNEY (1989: xxxii), para Thibaut la memoria es un foco central de la experiencia de amor.

²⁹ Por el sentido, se podría traducir por un futuro.

³⁰ Tanto BÉDIER como MICHA (1991: 133) utilizan fórmulas desprovistas de referencia temporal: «séparé d'elle» y «loin d'elle», respectivamente. El problema es que se puede entender como un hecho habitual en presente o pasado («cuando me separo / estoy separado de ella») o como hecho puntual («ahora que estoy separado / me he separado de ella»), lo que repercute en la comprensión general de la pieza y en su posible fecha de composición.



ver³¹. Por ello estoy muy triste y afligido. Muchas veces me arrepentiré, cuando evoco vuestras dulces palabras, de haber querido emprender este viaje³².

- IV. Buen señor Dios, me he vuelto hacia vos; por vos dejo todo lo que tanto amaba. Mi recompensa por ello debe ser rica, pues por vos pierdo mi corazón y mi gozo. Para serviros estoy completamente dispuesto y pertrechado³³; ¡a vos me entrego, buen Padre Jesucristo! Tan buen señor no podría tener: quien os sirve no puede ser traicionado.
- V. Bien debe mi corazón estar alegre y afligido: afligido, porque me separo de mi dama, y alegre porque estoy deseoso de servir a Dios, a quien pertenece mi cuerpo y mi alma. Este amor es muy noble y poderoso; esta vía es preciso que tomen los más sabios; es el rubí, la esmeralda y la gema que a todos cura de los viles pecados malolientes³⁴.
- VI. Dama de los cielos, gran reina poderosa, ¡socorredme en la gran necesidad³⁵! ¡Que pueda tener la llama auténtica de vuestro amor! ¡Ya que pierdo a una dama, que otra Dama venga en mi ayuda!

Tanto Bédier como Wallensköld, que sigue su teoría, consideran que la fecha de composición de este poema debe de corresponder a un momento en que la salida para Tierra Santa era inminente (vv. 1-3), aunque, como hemos visto (v. *núm.* 31), en otros pasajes podría entenderse que la separación de la dama se ha

³¹ Esta parte del verso encierra cierta dificultad. BÉDIER entiende «j'en jure sur mes chances de vous revoir un jour», aplicando a la dama la fórmula de juramento «se je ja mès Dieu voie», y MÍCHA (1991:133) «si jamais je vous vois un jour». También RÉGNIER-BÖHLER (1997: 12, núm. 1) recoge esta dificultad y, por su parte, interpreta: «vous que j'espère revoir».

³² Para entender esta parte hay que sortear un poco la sintaxis. De todas formas, hay algún elemento complicado, que incide una vez más en la comprensión general del poema: si interpretamos literalmente «muchas veces me habré arrepentido de querer (de haber querido) emprender este viaje», podríamos entender que la partida ya se ha producido; si entendemos como futuro simple («me arrepentiré»), la separación puede estar produciéndose o a punto de producirse. La fluctuación verbal no nos permite concretar más en cuanto al tiempo en que se mueve el sujeto poético; en presente están: *il m'en couvient aler* (v. 1), *je vous lais* (v. 4); en presente o pasado *quant de lui sui partiz* (v. *núm.* 32), en pasado *ne fis si a envie* (v. 19) y en futuro perfecto *m'en serai repentiz* (v. 22), lo que en cierto modo inclinaría esta estrofa hacia el pasado. Pero inmediatamente vuelve el presente: *tout lais* (v. 26), *pour vous pert* (v. 28), *je part* (v. 33), *je sui desiranz* (v. 35, parece indicar que todavía no ha llegado a Tierra Santa o, al menos, no ha entrado en acción), *dame pert* (v. 44). DIJKSTRA (1995: 161) habla de empleo de *quant* en lugar de un hipotético *si*. Para las referencias a la cruzada como viaje o peregrinación (valor que también puede tener la palabra *voie*), v. GUIDA (1992a: 8-10, 1992b: 405-6).

³³ *Garni* puede tener el doble valor de «preparado» y «equipado, armado».

³⁴ El mal olor hay que relacionarlo con la impureza y el mal; se trata, una vez más, de una imagen típica medieval.

³⁵ *Besoin* también podría entenderse como «lucha, combate» (v. GREIMAS 1980: s.v.), en correspondencia con los vv. 29-30; aquí le damos, no obstante, el sentido más amplio de «cuando más lo necesito» o «cuando más lo necesite».

producido ya. Proponen el período de tiempo comprendido entre finales de junio de 1239, en que Thibaut dejó Champaña para ir a Lyon, donde estaban reunidos los cruzados, y la salida de Marsella en agosto de 1239.

Desde el punto de vista formal, aparte de ciertas repeticiones en la rima, por lo demás no infrecuentes en Thibaut, cabe destacar la riqueza de vocablos empleados para referirse, por ejemplo, a un concepto clave como es la separación de los amantes: *s'en aler* (v. 1), *départir* (v. 2), *laisser* (v. 4, v. 20, v. 26), *desevrer* (v. 6), *partir* (v. 17, v. 34).

El tono y el contenido de esta canción son muy distintos a los de la anterior. El único elemento que se podría entender como exhortación a tomar la cruz (más bien, invitación o consejo) aparece al final del poema (*Par la couvient venir les plus sachantz*) y, aunque en el verso anterior hubiera alguna alusión al «servicio» a Dios, en ese punto concreto se refiere al amor de Dios, más que a la lucha por una liberación o una venganza, como ocurría en *Seigneurs, sachiez*. Parece, pues, que poco tiene que ver esta composición con la precedente. No es esta la canción de un hombre que anima a participar en una cruzada más o menos lejana, sino la de quien ya está inmerso en ella y sufre la amargura de la separación de su amada. La presión del dolor obliga a otro tono, a otras reflexiones también.

La pieza se abre con un vocativo diferente al de la canción anterior. En una pieza en que predominaba la idea de la obligación de prestar servicio a Dios, el vocativo inicial era «Seigneurs»; aquí es sustituido por «Dame», lo que presagia ya un desarrollo ulterior muy diferente. Poco importa, como se ha discutido, si este «dame» se refiere o no a Blanca de Castilla. Se trata de la amada, una amada que responde a la convención literaria del amor cortés y es caracterizada como bella, de elevada posición (vv. 15-16: *la plus desirre c'onques nus bons osas merci criier*), tierna (v. 24: *vos debonaires diz*). La primera estrofa comienza con la alusión al deber de partir para Tierra Santa, pero acto seguido el poeta se lamenta de la existencia de ese lugar, no por cuestiones políticas o religiosas (porque haya sido ocupado por los musulmanes, por ejemplo), sino por razones de amor: su existencia ha separado a muchos amantes; podría apreciarse incluso una alusión a la posibilidad de una separación definitiva, si muere el cruzado (vv. 8 y 20). Esta queja era impensable en la canción que analizamos anteriormente. La situación ha cambiado y el yo poético también ha evolucionado. El dramatismo de este lamento, casi una protesta, viene acrecentado por la forma en que se realiza, elevándolo directamente a Dios (*Deus! Pour quoi fu la terre d'Outremer...*, v. 5).

La segunda estrofa se centra en la idea de que el amante no puede vivir sin amor. Su vida está centrada en él, a él dedica su pensamiento y ante él doblega su voluntad. Esto nos hará ponderar más aún la renuncia que vendrá después. La idea de no poder vivir sin amor no sólo inicia la estrofa sino que se repite con insistencia en el interior de la misma (v. 14), prácticamente con idénticas palabras. La estrofa tercera tiene como motivos principales el gozo ligado a la presencia de la dama frente a la tristeza que acompaña la separación de la misma, y un elemento fundamental, igualmente novedoso e impensable en la composición anterior: el arrepentimiento que puede acompañar al amante por haber decidido tomar la cruz. La cuarta cobla marca un punto de inflexión. Si la pieza se abría con una invocación a



la dama, aquí tenemos ya una invocación a Dios, porque las ideas centrales son la entrega a Él y la esperanza de obtener un buen galardón. Como consecuencia de lo expuesto en las dos estrofas anteriores, la v muestra los sentimientos enfrentados que ocupan el corazón del amante-cruzado: alegría y tristeza al mismo tiempo. Por último, la pieza se cierra de la misma forma que empezó: con un vocativo «Dame», en este caso dirigido a la Virgen, al igual que en la canción anterior.

Analicemos ahora algunos de los elementos esbozados hasta aquí con más detalle.

Toda la pieza gira en torno a la tensión entre el deber y el amor. Desde el primer verso se presenta la partida como una obligación (*il m'en couvient aler*) y en lo sucesivo se volverá a aludir a este aspecto de diferentes maneras (el concepto de entrega a Dios, los términos ligados al servicio); el atender esa obligación comporta pérdidas (la alegría, lo que más se quiere...). Frente a ello, al amor le corresponden el gozo (la palabra *joie* se repite cuatro veces), el bien, el consuelo, el *fins cuers*, aunque también es cierto que Thibaut hace alguna alusión a que su experiencia en el amor ha sido de sufrimiento³⁶. Sin embargo, hay una nota positiva relacionada con la obligación que no debe pasarnos desapercibida porque constituye, al mismo tiempo, su justificación: el galardón. La recompensa que se espera ha de ser grande y, aunque no se especifica su naturaleza, seguramente haya que entenderla en la doble dirección que se nos anunciaba en la canción anterior: honor en este mundo, salvación en el otro. Sólo la esperanza en este galardón levanta el ánimo del poeta. A partir de ese momento ocurre algo muy importante, y es que lo que hasta entonces era obligación se convierte ahora también en amor (estrofa v), un amor *trop fine et puissanz* (v. 37, fijémonos en cómo se le aplica el mismo adjetivo que describe por antonomasia el amor cortés, igual que se emplea el término *guerredons*, ligado normalmente al servicio amoroso³⁷), un amor por el que deben optar los más sabios y que salva de los pecados. Es el triunfo del amor divino sobre el terrenal. Ahora es el amor divino el que causa la alegría en el corazón: *Dolanz de ce que je part de ma dame, Et liez de ce que je sui desiranz De servir Dieu* (vv. 34-36). Si en el v. 12 el poeta manifestaba que le pertenecía al amor (*Ainz sui a li la ou il veut et bee*), tras su entrega a Dios (v. 30) a Este pertenecerán su cuerpo y su alma (v. 36)³⁸.

³⁶ *Trop ai apris durement a amer* (v. 13) podría entenderse en este sentido. Más enigmático resulta el v. 3, donde parece aludirse a Champaña como *douce contree Ou tant ai maus apris a endurer* (¿desgracias amorosas? ¿desgracias políticas?). La alusión a Champaña con el adjetivo *douce* está documentada en varias ocasiones aunque, forzando la interpretación, quizá se podría incluso entender la *douce contree* como la dama, en cuyo caso sólo cabría la referencia al amor.

³⁷ Por eso, más que pensar en una transformación del amor humano en divino, como hace DIJKSTRA (1995: 164), nos parece que se produce de alguna manera el proceso inverso: es el amor divino el que adquiere los atributos del terrenal. FERRAND (1987: 78) señala también que la canción religiosa substituye el objeto de amor profano por el sagrado en sus mismos moldes.

³⁸ Algunos editores y estudiosos prefieren aquí una versión con «corazón» y «alma», lo que variaría un tanto el sentido, ya que el corazón aparecía ligado a la dama (v. 28). Desde el punto de vista del contenido, la entrega «en cuerpo y alma» está más establecida que la de «corazón y alma»,

Sucede sin embargo que, más allá del conflicto de sentimientos, la tensión entre un amor y otro pone en juego la condición caballeresca del yo poético. Si el amor a la dama se entiende como un servicio, también lo es el amor a Dios. Ante la circunstancia de la cruzada, el caballero-vasallo debe decidir entre el servicio a dos señores: la dama y Dios. Es el servicio a Dios el que se pondera en la pieza y el que va a acabar triunfando, porque es posible que de la dama no obtenga «guerredon» e incluso que esta lo traicione, pero Jesucristo es el mejor señor posible, *cil qui vous sert ne puet estre traïz* (v. 32). La idea del servicio vasallático relacionada con la guerra, que es lo que supone la cruzada al fin y al cabo, quedaría englobada en la secuencia *De vous servir sui touz prez et garniz*, donde optamos por la traducción de *garniz* como «armado, pertrechado», por realzar precisamente ese aspecto. Todo ello no se produce, como es lógico, sin dolor, y tal vez ese odio hacia sí mismo que siente el poeta (v. 4) pueda relacionarse también con una flaqueza en el servicio a la dama.

Ese es el gran drama del caballero-amante: no puede vivir sin el amor a su dama, pero ha de dejarlo por otro amor superior; se debe a su dama, pero ha de desatender este servicio por atender otro que se sitúa en un plano jerárquico más elevado. Sólo por ocuparse de ese deber supremo el amante dejaría de lado a su dama (vv. 19-20). Si en la canción anterior quienes vacilaban y daban paso al mundo de los afectos (la esposa, los amigos...) eran los cobardes y perezosos, aquí vemos vacilante al propio Thibaut, aunque, como era de esperar, venza al final su sentido del deber. La duda llega a tal extremo que Thibaut sabe que se arrepentirá varias veces de haber tomado esa decisión.

Por eso la pieza se abre con una invocación a la dama y, cuando va a dar el giro, se produce la invocación a Dios, para terminar, como ocurría en la canción precedente, con una llamada a la Virgen, a la que el poeta pide que lo socorra y lo llene de su amor. El último verso expresa de forma muy bella el trueque que tiene lugar y resume de algún modo toda la composición: ya que pierde a una dama, que otra ocupe su corazón. La interferencia de temas y registros que mencionaba Bec llega aquí a su punto máximo y aparece condensada en ese juego en torno a la palabra «dame». Es, en efecto, el refrán, el lugar donde se produce una mayor interferencia, a menudo acompañada de una ruptura a todos los niveles (sintáctico, estilístico, léxico, prosódico y melódico) (Bec 1977: 42, 1978: 99).

Se trata, por lo tanto, de una canción de cruzada diluida con respecto a *Seigneurs, sachiez*. Aunque la referencia al hecho histórico se produce ya en los primeros versos, durante la mayor parte de la composición sirve más bien como base para el juego literario-amoroso de Thibaut. Ni siquiera en la exhortación final, cuando ya ha manifestado su entrega a Dios en cuerpo y alma, puede olvidarse de la dama. Esto, y los arrepentimientos que el poeta está seguro de que tendrá, indican que se trata de un conflicto mal resuelto. Tan sólo la estrofa v parece estar dominada

aunque no se puede descartar que el amante entregue su corazón a Dios en ese peculiar canje de amores. V. sobre el particular DIJKSTRA 1995: 162, núm. 62.



por la idea del servicio a Dios a través de las armas. Bédier la consideró en un primer momento una canción de amor, pero a continuación la situó entre las que son a la vez predicaciones y canciones de amor (1909: IX-X). Por su parte, Dijkstra (1995: 146-165) la incluye entre las «chansons de départie à sujet masculin».

W LV, PP. 189-194 (R 1152)

Mss.: K, p. 25 b; M, fol. 74 vº b; O, fol. 2 rº b; R, fol. 182 vº; T, fol. 12 rº; V, fol. 13 vº a; X, fol. 24 vº a.³⁹

Rúbrica: KTX *Li rois de Navarre*.

Música: anotada en todos los mss. salvo en T.

Ediciones: La Ravalière, II, p. 134 (núm. 55); Tarbé, p. 112 (núm. 72); Bédier & Aubry, pp. 175-186 (núm. XVI); Brahney, p. 234 (núm. LV).

Versificación: 7a 7b 7b 7a 7b 8c 8c 7b 7b. Cinco *coblas doblas* con un envío de cuatro versos. Cada estrofa tiene nueve versos, de los cuales el sexto cuenta, según Bédier, con ocho sílabas, y los otros con siete. El cómputo del verso 7 difiere en Wallensköld y Bédier a causa de las distintas opciones de cada uno en la edición; así, en la primera estrofa, Wallensköld opta por una forma con diéresis, en la segunda por los mss. con el pronombre *il*, en la tercera por los que presentan el adverbio *ja*, en la cuarta añade por su cuenta *or*, en la quinta ambos editores hacen el cómputo de forma diferente y en el envío ocurre lo mismo con el v. 47. En los dos estudiosos sorprenden algunos hechos: así, la diéresis que a efectos métricos coloca Wallensköld en el v. 7, iría en detrimento de la rima (*-ier / -iër*), y sólo con los mismos fines se justifica su añadido personal de *or* en el v. 34; en el caso de Bédier, choca el cómputo de 7 sílabas en los vv. 42 (*l'amors qui si m'assaut souvent*) y 43. Algo despistado debía estar Bédier cuando señala como fórmula métrica ababbccbb, cuando es evidente que se trata de ababccbb.

Lengua: Rimas puras en *-ie*, *-oie*, *-is* y *-oir*; cuatro rimas en *-ent*, *amendon*, 1ª. pers. pl. v. 12, rima en *-on*; *aviez* v. 27. Rima algo pobre en los vv. 24-25 (*avoir-voir*) y rima de participios (*chatis-apris*). Rima equívoca u homónima: *non* (vv. 14 y 17).

1 Au tens plain de felonnie,
 D'envie et de traïson,
 De tort et de mesprison,
 Sanz bien et sanz cortoisie,
5 Et que entre nos baron
 Fesons tout le siecle empirier,

³⁹ BÉDIER debió cometer un error al enumerar los mss. que incluyen la canción, pues cuenta entre ellos a U que, según el cuadro de WALLENSKÖLD (1925), no la trae y, sin embargo, no menciona el X.

- Que je voi esconmeniër
 Ceus qui plus offrent reson,
 9 Lors vueil dire une chançon.
- II Li roiaumes de Surie
 Nos dit et crie a haut ton,
 Se nos ne nos amendon,
 Pour Dieu! que n'i alons mie:
 14 N'i ferions se mal non.
 Deus aime fin cuer droiturier,
 De teus genz se veut il aidier;
 Cil essauceront son non
 18 Et conquerront sa meson.
- III Oncor aim melz toute voie
 Demorer el saint païs
 Que aler povre, chetis
 La ou ja solaz n'avroie.
 23 Phelipe⁴⁰, on doit Paradis
 Conquerre par mesaise avoir,
 Que vous n'i trouverez ja, voir,
 Bon estre ne geu ne ris,
 27 Que vous aviez appris.
- IV Amors a coru en proie
 Et si m'en maine tout pris
 En l'ostel, ce m'est a vis,
 Dont ja issir ne querroie,
 32 S'il estoit a mon devis.
 Dame, de qui Biautez fet hoir,
 Je vous faz or bien a savoir:⁴¹
 Ja de prison n'istrai vis,
 36 Ainz morrai loiaus amis.
- V Dame, moi couvient remaindre,
 De vous ne me qier partir.
 De vous amer et servir
 Ne me soi onques jor faindre,
 41 Si me vaut bien un morir
 L'amors qui tant m'asaut souvent.
 Adès vostre merci atent,

⁴⁰ Se trata de Felipe de Nanteuil, que reaparece en otras composiciones de Thibaut. Estuvo implicado en el desastre de Gaza y volvió a la séptima cruzada con San Luis.

⁴¹ BÉDIER apunta que este verso falta en todos los mss., incluido R, que, sin embargo, lo trae, conforme indica WALLENSKÖLD. Por consiguiente, no lo traduce, pero tampoco traduce, salvo el vocativo, el verso anterior, que declara no entender.



- 45 Que biens ne me puet venir,
Se n'est par vostre plesir.
- VI Chançon, va moi dire Lorent⁴²
Qu'il se gart bien outreement
De grant folie envair,
49 Qu'en lui avroit faus mentir!

TRADUCCIÓN

- I. En este tiempo lleno de felonía, de envidia y de traición, de injusticia y de ultrajes, sin bondad y sin cortesía, y en el que entre nosotros, los barones⁴³, hacemos que el mundo entero empeore, en el que veo excomulgar a aquellos que son más sensatos, quiero decir⁴⁴ una canción.
- II. El reino de Siria nos dice y grita en voz alta que no vayamos allí, ¡por Dios!, si no nos enmendamos: allí sólo causaríamos mal. Dios ama el corazón leal y justo, de tal gente quiere recibir ayuda; esos exaltarán su nombre y conquistarán su morada⁴⁵.
- III. Sin embargo, aún prefiero permanecer en Tierra Santa⁴⁶, que ir pobre, infeliz, allí donde no tendría ya consuelo. Felipe, se debe conquistar el Paraíso a fuerza de privaciones, pues allí no encontraréis, ciertamente, ni las comodidades ni los juegos ni las risas a los que estabais acostumbrado.
- IV. Amor se lanzó a la caza y me lleva bien preso a la morada, de donde, según creo, no intentaría ya salir, si fuese por mi gusto. Dama, a quien Belleza hizo su

⁴² Según apuntan WALLENSKÖLD y BÉDIER, *Lorent* debe de ser el mismo personaje al que se dirige Thibaut en la canción *Je me cuidoié partir* (W. xvii) donde, por cierto, vuelve a aparecer Felipe de Nanteuil. También podría ser el mismo al que se dirige Gace Brulé en otro poema, *Cil qui d'amor me conseilie*, es curioso que en estos versos se aluda igualmente a la mentira: «Beau Lorent, felon, d'envie, Vos fisent joie esloignier. Mainte douce compaignie Ont a lor tort depertie A mentir et a trechier, Ne nus ne s'en puet gaitier» (DYGGVE 1951).

⁴³ BRAHNEY (1989: 235) interpreta curiosamente «nos» como posesivo: «And when our barons Make the whole world grow worse».

⁴⁴ «Decir» o «entonar», cualquiera de estos dos verbos incidirían sólo en una parte de lo que realmente era una «canción», esto es, texto y música.

⁴⁵ Según WALLENSKÖLD y GUIDA (1992: 330), esta «casa» o «morada» es Palestina; MICHA (1991: 136, núm. 3) la interpreta de forma más restringida, como el Santo Sepulcro. Dándole un doble sentido, podría referirse incluso al Paraíso.

⁴⁶ WALLENSKÖLD entiende que Thibaut quiere quedarse en Palestina, lejos de su dama, antes que reunirse con ella para sufrir con su dureza. Bédier ofrece otra lectura que hace variar significativamente el texto: «en son pays»; ello le obliga a interpretar que esos versos estarían en boca de otra persona distinta de Thibaut: «'Pourtant, mieux vaut encore, dira-t-on, rester dans son pays qu'aller pauvre, misérable, où il n'y a plaisir ni joie.' —Philippe, c'est par des privations endurées...». Aunque intenta justificar su elección, esta tiene en su contra el tratarse de una versión única, que trae sólo el ms. R. El mismo BÉDIER acaba reconociendo que también se podría aceptar el texto con la variante «el saint pais».



heredera, ahora os lo hago saber: de prisión ya no saldré vivo, antes moriré como amigo leal.

- v. Dama, es preciso que me quede, de vos no me quiero separar. De amaros y serviros nunca he sabido abstenerme, y así⁴⁷ me duele como una muerte el amor que tan a menudo me asalta. Siempre aguardo vuestra merced, pues no puedo recibir ningún bien si no es por vuestra voluntad.
- vi. ¡Canción, ve a decirle de mi parte a Lorenzo que se guarde por completo de emprender una gran locura, pues entonces daría paso a la mentira!⁴⁸.

Es posible delimitar bastante el período de composición de esta pieza gracias a la referencia de los vv. 7-8, en los que se alude a la excomunión lanzada por el papa Gregorio IX contra Federico II el 20 de marzo de 1239 y anunciada a toda la cristiandad por una encíclica del 7 de abril del mismo año (Bédier & Aubry 1909: 178-181; Oeding 1910: 48-49, Guida 1992a: 104-105, y ya en La Ravalière), aunque el plural podría aludir a la amenaza de excomunión que el agente del papa en Alemania, Alberto de Bohemia, dirigió un poco después a todos los que no estaban de acuerdo con el pontífice en dirigir a los cruzados en auxilio del Imperio Latino de Constantinopla. Así pues, la canción pudo ser compuesta entre el 20 de marzo de 1239 y el primero de agosto del mismo año, en que los cruzados abandonaron Marsella. Si, además, se toma al pie de la letra la afirmación de Thibaut (vv. 37-38) de que prefiere quedarse con su dama antes que ir a Palestina, probablemente habría que situar la composición antes del día en que fue elegido para encabezar la cruzada, en la asamblea de Lyon de julio de 1239, ya que tal afirmación hubiera resultado inconveniente después.

Bédier resume los hechos que explicarían la irritación de Thibaut, visible ya en el comienzo de la canción: durante mucho tiempo, no pudo hacer efectivo su compromiso de tomar la cruz por el enfrentamiento entre el papa y el emperador, ya que el primero quería romper la tregua pactada por el segundo y enviar a los cruzados a Tierra Santa; más tarde, Gregorio IX cambia de opinión y considera prioritario acudir en auxilio del Imperio Latino de Constantinopla, amenazado por los griegos. Durante más de dos años, a partir del 9 de diciembre de 1236, intentó

⁴⁷ BÉDIER da un valor adversativo al nexo *si* («pourtant»), MICHA (1991) opta por no reflejarlo en su versión moderna y GUIDA (1992: 113) le da un sentido causal, más próximo al nuestro («por ello»).

⁴⁸ El significado de este envío es oscuro para BÉDIER, que deja sin traducir el último verso. Ya lo era, según indica, para LA RAVALIÈRE, que cambió «mentir» por «martir» sin mejores resultados. Tampoco lo vio claro WALLENSKÖLD (1925: 194), quien afirma: «Vers peu clairs. Thibaut paraît exhorter Lorent à ne pas s'adonner à un amour déraisonnable, puisqu'il ne pourrait pas s'abstenir de mentir». En versiones modernas, encontramos: «qu'il se tienne strictement sur ses gardes pour ne pas céder à une grande folie Puisqu'alors il tomberait dans le mensonge» (MICHA 1991: 136); «Di guardarsi bene Dal lasciarsi prendere da grande follia, Perché altrimenti dovrebbe inventare menzogne!» (GUIDA 1992: 113); «That he guard himself most carefully From undertaking the great folly Of being found to be false» (BRAHNEY 1989: 237). Todo esto no pone sino de manifiesto que Thibaut no es un poeta de lectura fácil.





convencer a los cruzados para que renunciasen a la expedición a Tierra Santa y se embarcasen para Constantinopla, pero Thibaut fue de los que permanecieron fieles al proyecto primitivo. Cuando, a punto de expirar la tregua, Federico ya había sido prácticamente convencido para encabezar la cruzada, le llegó una nueva excomunión del papa (marzo-abril de 1239). Thibaut dejó Champaña seguramente el 24 de junio en dirección a Lyon, para alcanzar desde allí el puerto de embarque. Al saber el papa que los cruzados llevarían como jefe a su enemigo, mandó un legado con una bula para los caballeros que cesasen en su empeño, al tiempo que el agente del papa en Alemania amenazaba con la excomunión a los que querían partir para Tierra Santa.

Una larga enumeración de elementos negativos, entre ellos la ausencia de *cortoisie*, término emblemático de la poesía trovadoresca, sirve para presentarnos en la primera estrofa un panorama pesimista del mundo, del que el mismo Thibaut, como barón, parece inculparse parcialmente. Esta inculpación nos muestra a un Thibaut nada autocomplaciente que podría estar realizando así un llamamiento a la concordia. Recordemos que la unidad del mundo cristiano se cimentaba no sólo en la comunión de fuerzas de cara a la cruzada sino también en la búsqueda de la paz entre los distintos pueblos y señores cristianos. Thibaut es consciente de la culpa, pero también del carácter «casi sagrado» (Guida 1992: 25-26) de la clase nobiliaria, como elegida para encabezar la peregrinación armada y establecer el orden social. Aunque, sin duda, entre esos culpables también habría que incluir a los dignatarios religiosos que, en otros lugares (*Deus est ensi com li pellicanz*), son objeto de la crítica de Thibaut por alentar la discordia y la desconfianza en lugar de fomentar la paz y la unión. Este elemento es un reflejo inequívoco de la evolución del movimiento de las cruzadas, que comporta al mismo tiempo una evolución en las canciones que surgen a partir de ellas.

La primera estrofa es, pues, una estrofa de introducción en la que se nos explica el motivo de la canción que sigue. En la segunda se plantea la necesidad de un cambio en la manera de vivir y de pensar antes de emprender la cruzada; es la *conversio morum* a la que hacen referencia algunos autores, y que se mostraría aquí por primera vez de manera explícita (Dijkstra 1995: 121-122, Guida 1992: 330). Más que necesidad, aparece incluso planteada como «exigencia», a juzgar por la insistencia con que se reclama: *nos dit et crie a haut ton* (v. 11). La degeneración en ideas y costumbres podría responder a la decadencia que se venía produciendo en las cruzadas, no sólo en el sentido de los resultados, sino en el aspecto moral (bulas, pagos para librarse de los votos...), de manera que se llegó a pensar que, si la cruzada fracasaba, era por los pecados de los propios cruzados, que no iban con la disposición de ánimo adecuada, y se habló incluso de «buenos» y «malos» cruzados⁴⁹. El motivo del arrepentimiento o, por lo menos, de la penitencia (Payen 1968: 275),

⁴⁹ Sobre la idea, que se fue extendiendo, de que la cruzada debía reservarse a aquellos realmente idóneos, por su actitud, pero también por su poder y su capacidad económica, v. GUIDA (1992: 29-30).

tanto individual como colectiva, es claro en esos versos; ello pone de manifiesto, como dice Guida, que las cruzadas representaban una ocasión de purificación (1992: 10-14), aunque sus motivaciones fuesen múltiples, no sólo de carácter espiritual. ¿En qué sentido ha de hacerse esa conversión? En el que Dios quiere: el de un *fin cuer droiturier* (v. 14). Los que poseen este corazón son los elegidos por Dios para prestarle socorro, ensalzar su nombre y conquistar su tierra; la cruzada se nos aparece aquí como un hecho que responde a la voluntad de Dios.

La tercera estrofa se abre con unos versos no muy claros. Es preferible permanecer en Tierra Santa antes que ir adonde no se tendrá consuelo. Si este «lugar» es la dama, tal y como se ha interpretado, el poeta nos estaría indicando que los sufrimientos del amor son mayores que los de la cruzada. Porque inmediatamente nos dice que el Paraíso hay que ganarlo con privaciones, en lo que podría suponer una vuelta del motivo de la imitación de Cristo. Se establece así una oposición entre el bienestar (*bon estre, geu, ris*) y las penalidades (*mesaise*). Continúa parcialmente el tema de la cruzada, pero con una modulación muy distinta a la de la estrofa anterior, con la que no parece tener mucho que ver. Por otro lado, si el «permanecer en Tierra Santa» se hubiese de tomar en sentido real y no hipotético, podría entrar en conflicto con la afirmación de los vv. 37-38.

En la cuarta estrofa la desconexión con las precedentes parece mayor. Su contenido es únicamente amoroso y responde a diferentes tópicos de la poesía cortés: la dama como personificación de la belleza: el yo poético «preso de amor» y encerrado en una cárcel de la que no quiere salir; el hecho de preferir la muerte de amor antes que dejar de amar (el amante es un «loiaus amis»)... En la imagen del amor en busca de presa podemos ver un reflejo del mundo caballeresco (la caza), aunque ya desde la época clásica se representaba a Cupido con su carcaj y las flechas. La diferencia, según Ménard (1987: 73), estriba en que la alegoría del amor personificado transforma al niño Cupido en un señor feudal.

En la quinta estrofa reaparece el vocativo *Dame* (la composición incluye cuatro vocativos). Continúa el tema del amor, con la prevalencia del amante, que prefiere quedar, sobre el cruzado, a quien corresponde el partir. El amante plantea que nunca flaqueó en amar y servir (de nuevo este término que ya ha sido analizado en las piezas anteriores) a la dama. El amor lo ocupa todo; es tan hondo y persistente que equivale a una muerte. Otros motivos y expresiones recurrentes del léxico cortés se muestran aquí, como el «esperar merced» de la dama, de quien proceden todos los bienes. Recordemos que esta idea aparecía también en la pieza anterior, y ofrece la imagen de un amante totalmente sometido a la voluntad de la dama.

Tampoco el envío parece hilvanarse de forma coherente con las estrofas anteriores. En él aparece la mentira como algo detestable para el poeta.

Como vemos, sólo las dos primeras estrofas se refieren realmente a la cruzada; en menor medida, ya que los contenidos aparecen mezclados, la tercera. Ninguna mención se advierte en la cuarta y, si la hay en la quinta, más bien es de pasada. Dudoso es que exista, asimismo, en el envío. Si a todo ello le añadimos el carácter aparentemente inconexo de las estrofas y los problemas en la comprensión de algunos versos y referencias, habremos de concluir que se trata de una pieza difícil de entender y, por tanto, de clasificar. Las imágenes que se suceden son en buena



medida lugares comunes en la poesía trovadoresca, con la excepción, si acaso, de la alegoría del amor personificado, por la importancia que esta figura tiene en la lírica del champañés; aunque también se advierte una cierta tendencia preciosista en toda la composición. Para Bédier (1909: 180, *cf.* también Brahney 1989), Thibaut se conforma con yuxtaponer el tema amoroso y el político sin incardinarlos; ni se funden ni se oponen como en otras ocasiones, de modo que no se establece un juego fecundo entre ellos. Llega incluso a observar un paralelismo con la incoherencia de pensamiento que, según recoge de Gaston Paris, sería típica de la poesía provenzal. No obstante, sitúa la composición entre las canciones que exhortan a tomar la cruz (1909: IX).

3. TRADICIÓN E INNOVACIÓN EN LAS CANCIONES DE CRUZADA DE THIBAUT DE CHAMPAGNE

Thibaut de Champagne, que en sus canciones de amor ha elevado el género a sus cotas más altas de delicadeza y virtuosismo, ha de ocupar sin duda un lugar especial en la lírica medieval por lo que se refiere también a las canciones de cruzada. El hecho de cultivar los dos géneros, el religioso y el profano, es ya en sí mismo un hecho original, que no exclusivo, dentro de los *trouvères*, y se podría entender como un intento de conciliación de ambos (*v.* Toury 1987: 78). Al componer canciones de cruzada, cuyo molde hemos visto que era el mismo de las *cansós*, ha contribuido a una actualización y a un rejuvenecimiento del gran canto cortés.

Pero, además, Thibaut ha sabido introducir elementos nuevos en el mismo género de la cruzada, de por sí difícil por sus connotaciones y su carácter pluridimensional (Bec 1977: 157). Desde el punto de vista formal, hemos podido observar cómo cada canción, aun dentro del modelo de la *cansó*, ofrecía un esquema diferente. Pero, sobre todo, Thibaut muestra sus grandes dotes retóricas a través de un rico vocabulario y de una sintaxis trabajada para una mayor eficacia expresiva (paralelismos, empleo o ausencia de nexos...), así como mediante el establecimiento de juegos de oposiciones, de imágenes y alegorías que muestran una influencia del *roman*, de variaciones de ritmo. Por lo que se refiere al contenido, sin perder de vista los elementos básicos, los clichés inconfundibles de la lírica trovadoresca, Thibaut los actualiza con componentes novedosos, frescos, que en ocasiones aportan realismo, en ocasiones lirismo, o ambos aspectos en una misma pieza. Por ello podríamos decir que en Thibaut, quizá más que en ningún otro trovero, la tradición y la innovación van de la mano, alimentándose mutuamente.

Por otro lado, las canciones de cruzada de Thibaut de Champagne son un reflejo de la diversidad y la evolución del género. En ellas no sólo hay lugar para lo puramente religioso, sino también para lo afectivo y lo amoroso, para la política y la crítica. No sólo caben el ideario y el imaginario colectivos, sino también la vacilación personal. Encontramos desde un ejemplo claro de exhortación o sermón y, por lo tanto, una pieza que se sitúa en el ámbito del serventesio religioso, hasta una *chanson de départie* de voz masculina, que pertenece al ámbito de la *cansó*, pasando por una pieza de difícil tipificación, por más que Bédier y Bec la hayan incluido

también entre las exhortaciones. De una canción que carece de referencias corteses a otras que combinan amor y predicación. Payen (1968: 274-275) se plantea qué crédito puede otorgársele a quien escribe, por una parte, encendidos sermones a favor de la cruzada y, por otra, duda o renuncia abiertamente a partir y prefiere el amor de la dama. ¿Se trata de una «confusión de valores», como apunta ese estudio, o principalmente de un juego literario, de carácter bastante culto? Si bien es cierto que lo religioso y lo profano se van mezclando a medida que avanza el siglo XIII, no hay que olvidar lo que de convención tiene el género, que nos ha de llevar más allá de un juicio sobre la autenticidad o no de los sentimientos.

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES Y REPERTORIOS (CON RELACIÓN A LAS CANCIONES DE CRUZADA DE THIBAUT)

- BARTSCH, Karl Friedrich & Adolf HORNING (1887), *La langue et la littérature françaises depuis le IX^e. jusqu'au XIV^e. siècle*, París, Maisonneuve & Leclerc.
- BÉDIER, Joseph & Pierre AUBRY (1909), *Les chansons de croisade avec leurs mélodies*, París, Champion (reimpr. Ginebra, Slatkine Reprints, 1974).
- BRAHNEY, Kathleen J. (ed.) (1989), *The Lyrics of Thibaut de Champagne*, New York & London, Garland Publishin, Inc.
- CLÉDAT, Léon (1892), *Chants de croisade en vieux français*, en *Revue de philologie française et provençale*, VI.
- CREMONESI, Carla (1955), *La lirica francese del Medio Evo*, Milán/Varese.
- LA RAVALIÈRE, Levesque de (ed.) (1742), *Les poésies du Roy de Navarre*, París.
- LEROUX DE LINCY (1841), *Recueil des chants historiques français depuis le XII^e. jusqu'au XVIII^e. siècle*, I, París, Ch. Gosselin.
- MÉRIL, É. du (1844), compte rendu de l'ouvrage de Leroux de Lincy en *Journal des Savants de Normandie*.
- MEYER, Paul (1877), *Recueil d'anciens textes bas-latins, provençaux et français*, 2^e. partie, París.
- OEDING, Friedrich (1910), *Das altfranzösische Kreuzlied*, Rostock.
- RAYNAUD, Gaston (1884), *Bibliographie des chansonniers français des XIII^e. et XIV^e. siècles*, 2 vols., París, Vieweg.
- RIEMANN, Hugo (1909-1910), *Die Beck-Aubrysche «modale Interpretation» der Troubadourmelodien*, en *Sammelbände der Internationalen Musikgesellschaft*, XI.
- ROSENBERG, Samuel N. & Hans TISCHLER (1995), *Chansons de trouvères. Chanter m'estuet*, París, Librairie Générale Française.
- TARBÉ, Prosper (ed.) (1851), *Chansons de Thibaut IV, comte de Champagne et de Brie, roi de Navarre*, Reims, Regnier.
- WALLENSKÖLD, Alex. (1922), «En fornfransk lyriker, Thibaut av Champagne», *Finsk Tidskrift*, XCIII.
- (1925), ed., *Les chansons de Thibaut de Champagne, roi de Navarre*, París, Libr. Ancienne Édouard Champion éditeur.



- BANITT, M. (1966), «Le vocabulaire de Colin Muset. Rapprochement sémantique avec celui d'un prince-poète: Thibaut de Champagne», *Romance Philology*, 20, pp. 151-167.
- BARTHEAU, Françoise (1984), «Mais à quoi songeaient donc les croisés? (Essai sur quelques chansons de Thibaut de Champagne, Conon de Béthune, Gui de Coucy)», *Revue des langues romanes*, 88, 1, pp. 23-38.
- BALARD, Michel (1987), «La croisade de Thibaut IV de Champagne», en *Les champenois et la croisade*, Paris, 8, pp. 85-95.
- BEC, Pierre (1977-1978), *La lyrique française au moyen âge (XI^e. et XIII^e. siècles). Contribution à une typologie des genres poétiques médiévaux*, vol. I: *Études*, vol. II: *Textes*, Paris, Picard.
- BÉDIER, Joseph (1906), «Deux chansons de croisade», *Romania*, 35, pp. 379-393.
- BELLENGER, Yvonne & Danielle QUÉRUEL (dirs.) (1987), *Thibaut de Champagne. Prince et poète au XIII^e. siècle*, Lyon, La Manufacture.
- BENDER, Karl-Heinz & Hermann KLEBER (1986), *Le premier cycle de la croisade. De Godefroy à Saladin: entre la chronique et le conte de fées (1110-1300)*, en *Grundriss der romanischen Literaturen des Mittelalters*, III, 1/2, 5, Heidelberg.
- BRAHNEY, Kathleen J. (1976), *The poetry of Thibaut de Champagne: a thematic study*, Michigan.
- BOUTET, D., E. GAUCHER & E. LALOU (eds.) (2001), *Corpus de la littérature médiévale en langue d'oïl des origines à la fin du XV^e. siècle. Prose narrative-Poésie-Théâtre*, Paris, Champion Électronique.
- BRÜCKER, Charles (1982), «Conventions, variations et innovations stylistiques dans la poésie lyrique du XIII^e. siècle: Thibaut de Champagne», en *Le génie de la forme. Mélanges de langue et littératures offerts à Jean Mourot*, Nancy, Presses Universitaires de Nancy, pp. 27-40.
- BUR, Michel (1982), «Rôle et place de la Champagne dans le royaume de France au temps de Philippe Auguste», en Robert-Henri Bautier (ed.), *La France de Philippe Auguste*, Paris, CNRS, pp. 237-254.
- CHAMPAGNE, Thibaut de (1991), *Recueil de chansons*. Traduction, présentation et notes par Alexandre Micha, Paris, Klincksieck.
- DELARUELLE, Étienne (1980), *L'idée de la croisade au Moyen-Âge*, Turin, Bottega d'Erasmus.
- DIJKSTRA, Cathrynke Th.J. (1994), «Les chansons de croisade: tradition versus subjectivité», en Donald Maddox & Sara Sturm-Maddox (eds.), *Literary aspects of courtly culture. Selected Papers from the Seventh Triennial Congress of the International Courtly Literature Society (1992)*, Rochester, NY, Boydell and Brewer, pp. 95-103.
- (1995), *La chanson de croisade. Étude thématique d'un genre hybride*, Amsterdam, Schiphouwer en Brinkman.
- DOLLY, Martha R. & Raymond J. CORMIER (1978), «Aimer, souvenir, souffrir: les chansons d'amour de Thibaut de Champagne», *Romania*, 99, pp. 311-346.
- DRONKE, Peter (1978), *La lírica en la Edad Media*, Barcelona, Seix Barral (1^a ed. 1968).
- DUPARC-QUIOC, Suzanne (1955), *Le cycle de la croisade*, Paris, H. Champion.
- DYGGVE, H. Petersen (1951), *Gace Brulé, trouvère champenois. Édition des chansons et étude historique*, Helsinki, Mémoires de la Société Néophilologique de Helsinki, XVI.

- FERRAND, Françoise (1987), «L'obsession du mal à la mort du chant», en Yvonne BELLENGER & Danielle QUÉRUEL (dirs.), pp. 77-88.
- FRAPPIER, Jean (1966), *La poésie lyrique française aux XII^e. et XIII^e. siècles. Les auteurs et les genres*, Paris, Centre de Documentation Universitaire.
- GODEFROY, Frédéric (1891-1902), *Dictionnaire de l'ancienne langue française et de tous ses dialectes du IX^e. au XV^e. siècle*, Paris (reimpr. Ginebra/Paris, Slatkine, 1982).
- GOSMAN, M. & C.Th.J. DIJKSTRA (1995), «Poetic fiction and poetic reality: the case of the romance crusade lyrics», *Neophilologus*, 79, pp. 13-24.
- GREIMAS, Algirdas J. (1980), *Dictionnaire de l'ancien français jusqu'au milieu du XIV^e. siècle*, Paris, Librairie Larousse.
- GUIDA, Saverio (al cuidado de) (1992a), *Canzoni di crociata*, Parma, Pratiche Editrice.
- (1992b), «Le canzoni di crociata francesi e provenzali», en *'Militia Christi' e crociata nei secoli XI-XIII. Atti dell'Undicesima settimana internazionale di studio (Mendola 28 agosto-1 settembre 1989)*, Milán, Vita e pensiero, pp. 403-442.
- (1992c), «Canzoni di crociata ed opinione pubblica del tempo», in *Medioevo romanzo e orientale. Testi e prospettive storiografiche. Atti del Colloquio internazionale (Verona, 4-6 aprile 1990)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, pp. 41-52.
- (al cuidado de) (2001), *Canzoni di crociata francesi e provenzali*, Milán, Luni Ed.
- JEANROY, Alfred (1925), *Les origines de la poésie lyrique en France au moyen âge*, Paris, Champion.
- LADERO QUESADA, Miguel Á. (1968), *Panoramas de la literatura universal. 14. Las cruzadas*, Bilbao, Ediciones Moretón.
- LASTE, M^a. Antonia (1990), *Las cruzadas*, Madrid, Anaya.
- LAVIS, Georges & M. STASSE (1981), *Les Chansons de Thibaut de Champagne. Concordance et Index établis d'après l'édition de A. Wallensköld*, Lieja, Institut de Lexicologie Française de l'Université de Liège.
- LINKER, Robert White (1979), *A bibliography of old french lyrics*, Mississippi, University.
- MARTIN, Dorothea C. (1984), *The crusade lyrics: Old Provençal, Old French and Middle High German, 1100-1280*, Michigan.
- MÉNARD, Philippe (1987), «Le dieu d'amour, figure poétique du trouble et du désir dans les poésies de Thibaut de Champagne», en Yvonne BELLENGER & Danielle QUÉRUEL (dirs.), pp. 65-76.
- MICHA, Alexandre (1991). *V. CHAMPAGNE, Thibaud de* (1991).
- OLDENBOURG, Zoé (2003), *Las cruzadas*, Barcelona, Edhasa (1^a ed. Paris, Gallimard, 1965).
- PAYEN, Jean-Charles (1968), *Le motif du repentir dans la littérature française médiévale (des origines à 1230)*, Ginebra, Droz.
- (1974), «'Peregris': de l'amor de lonh' au congé courtois. (Notes sur l'espace et le temps de la chanson de croisade)», *Cahiers de civilisation médiévale*, XVII, 3, pp. 247-255.
- PICOT, Guillaume (1975), *La poésie lyrique au Moyen Âge*, 2 vols., Paris, Larousse.
- RÄKEL, Hans-Herbert S. (1987), «Le chant du roi, le roi du chant. L'invention mélodique chez Thibaut de Champagne», en Yvonne BELLENGER & Danielle QUÉRUEL (dirs.), La Manufacture, pp. 57-64.
- RÉGNIER-BOHLER, Danielle (dir.) (1997), *Croisades et pèlerinages. Récits, chroniques et voyages en Terre Sainte XII^e.-XVII^e. siècle*, Paris, Robert Laffont.

- RIQUER, Martín de (1975), *Los trovadores. Historia literaria y textos*, 3 vols., Barcelona, Planeta.
- SÁNCHEZ PALOMINO, María Dolores & Gema VALLÍN (2005), «Una antología selecta de Thibaut de Champagne», en Rafael ALEMANY, Josep Lluís MARTOS i Josep Miquel MANZANARO (eds.), *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Univ. d'Alacant, 16-20 de setembre de 2003)*, Alicante, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, pp. 1461-1472.
- SÁNCHEZ PALOMINO, María Dolores (en prensa), «Notas para una edición de los poemas de Thibaut de Champagne», en V. BELTRÁN (ed.), *Actes del Congrés Trobadors a la Península Ibèrica. Homenatge al Prof. Dr. Martín de Riquer (Univ. de Barcelona, 27-29 d'octubre de 2005)*, Barcelona, Ed. Abadía de Montserrat.
- SCHÖBER, Susanne (1976), *Die altfranzösische Kreuzzugslyrik des 12. Jahrhunderts. Temporalibus aeterna... praeponenda*, Viena.
- SIBERRY, E. (1988), «Troubadours, trouvères, minnesingers and the crusades», *Studi medievali*, 3ª s., XXIX, pp. 19-43.
- TATE, Georges (1999), *Las cruzadas*, Barcelona, Ediciones Grupo Zeta, Biblioteca de Bolsillo CLAVES (1ª ed., París, Gallimard, 1991).
- TAITTINGER, Claude (1987a), «Thibaut IV, comte de Champagne, victime de l'amour courtois», en Yvonne BELLENGER & Danielle QUÉRUEL (dirs.), pp. 29-34.
- (1987b), *Thibaut le Chansonnier, Comte de Champagne*, París, Librairie Académique Perrin.
- THIOLIER-MEJEAN, Susanne (1978), *Les poésies satiriques et morales des troubadours*, París, Nizet.
- (1980), «Croisade et registre courtois chez les troubadours», en Jean Marie D'HEUR & Nicoletta CHERUBINI (eds.), *Études de philologie romane et d'histoire littéraire offertes à Jules Horrent à l'occasion de son soixantième anniversaire*, Lieja, pp. 295-307.
- THROOP, Palmer A. (1940), *Criticism of the crusade: a study of public opinion and crusade propaganda*, Ámsterdam, Swets & Zeitlinger (reimpr. Filadelfia, 1975).
- TOJA, Gianluigi (1966), *Lirica cortese d'oïl. Sec. XII-XIII*, Bolonia, Patron.
- TOURY, Marie-Noëlle (1987), «Les chansons de Thibaut de Champagne: l'écriture et le dire», en Yvonne BELLENGER & Danielle QUÉRUEL (dirs.), pp. 45-56.
- TROTTER, David A. (1985), *The treatment of crusading themes in French literature from 1100 to 1300*, Oxford.
- (1988), *Medieval french literature and Crusades: 1100-1300*, Ginebra, Droz.
- WENTZLAFF-EGGEBERT, Fr.-W. (1960), *Kreuzzugsdichtung des Mittelalters*, Berlín, De Gruyter.
- WISNIEWSKI, Roswitha (1984), *Kreuzzugsdichtung: Idealität und Wirklichkeit*, Darmstadt.
- ZAGANELLI, Gioia (1982), *Aimer soffrir joïr. I paradigmi della soggettività nella lirica francese dei secoli XII e XIII*, Florencia, La Nuova Italia.
- ZUMTHOR, Paul (1963), *Langue et technique poétiques à l'époque romane (XI^e-XIII^e siècles)*, París, Klincksieck.
- (1972), *Essai de poésie médiévale*, París, Seuil.
- (1980), *Parler du Moyen Âge*, París, Éditions de Minuit.
- (1984), *La poésie et la voix dans la civilisation médiévale*, París, Presses Universitaires de France.

LA CRÍTICA DE LA LECTURA EN EL *QUIJOTE*

José Manuel Martín Morán

RESUMEN

El objetivo declarado del *Quijote* es deshacer la autoridad y cabida que en el vulgo tienen los libros de caballerías. Tradicionalmente el cervantismo se ha resistido a aceptar lo que consideraba una limitación de la obra maestra. En realidad, tamaño empeño conlleva la creación de un nuevo género literario, a partir de la crítica de la interacción del más popular de los existentes, la imprenta y el lector. En el *Quijote* Cervantes analiza dos tipos de lectura derivantes de dos diferentes interacciones entre el género, el medio de difusión y el lector. De esa reflexión, que conlleva una severa toma de posición respecto a la autoridad del narrador, nacerá la novela moderna.

PALABRAS CLAVE: lectura, imprenta, novela moderna, autoridad del narrador.

ABSTRACT

The stated objective of the *Quixote* is break up the authority and credibility that the books of chivalry have among common people. Traditionally Cervantism has resisted acknowledging this that was considered a limitation of the masterpiece. Nevertheless, it is this initial determination the one that leads to the creation of a new literary gender, that emerging from the criticism of the interaction of the most popular gender of the extant, together with the printing press and the reader. In the *Quixote* Cervantes analyses two types of reading derived from two different interactions among the gender, the medium and the reader. Such a reflection, that means a severe positioning with respect to the narrator's authority, will give birth to the modern novel.

KEY WORDS: reading, printing press, narrator's authority.

Hace tiempo que la crítica cervantina se interroga acerca del crédito que se puede dar a las palabras de Cervantes en boca del amigo del prologuista de 1605, en las que declara el fin último de su libro:

Esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías. [I, prólogo, 18]¹

Una análoga declaración de intenciones anticaballerescas cierra, a modo de mensaje final moralizante, todo el *Quijote*:



No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna. *Vale*. [II, 74, 1139]

La mayoría de los críticos coincide en señalar la desproporción, en la tarea que Cervantes se ha impuesto, entre los medios empleados y el objetivo final declarado: los libros de caballerías estaban en franca decadencia²; dedicar tan magna obra como el *Quijote* a combatirlos parece de todo punto fuera de lugar, de donde necesariamente se ha de seguir que Cervantes tuvo miras más amplias al escribirlo, aunque no las declarara³.

Y sin embargo, la voluntad de desarraigar a los libros de caballerías de los gustos del público conlleva una serie de reflexiones acerca de la relación de la obra con el lector, del autor con su obra y con el mundo que la acoge, y de la obra y el autor con el medio de difusión, de tal alcance e importancia que sería más que suficiente para dotar de trascendencia a la novela. Por lo que, en mi opinión, no hay por qué buscar el significado último del *Quijote* fuera de esa intención declarada por Cervantes⁴; su puesta en práctica comporta la búsqueda de un nuevo código de

¹ He consultado la edición de Martín de RIQUER, Barcelona, Planeta, 1972, a la que me referiré, a partir de ahora, con la indicación entre paréntesis de la parte, el capítulo y la página oportunos.

² M. de RIQUER «Cervantes y la caballerescas», en J.B. AVALLE-ARCE y E.C. RILEY (eds.), *Suma cervantina*, Londres, 1973, pp. 273-292) defiende la credibilidad de las intenciones de Cervantes sobre la base de la efectiva vitalidad del género caballeresco a finales del siglo XVI.

³ El primero en desconfiar de la declaración de intenciones de Cervantes fue Charles SOREL, en la introducción a su *L'Anti-Roman ou l'histoire du berger Lysis, accompagnée de ses remarques*, París, 1633, *apud* C. MORÓN ARROYO, *Nuevas meditaciones del Quijote*, Madrid, 1976, pp. 316-319. Para el imitador francés era de vital importancia quitársela al *Quijote*, en cuanto parodia de los libros de ficciones, para así atribuírsela a su obra. Más rotundo aún en la negación de la inquina de Cervantes hacia sus siempre admirados libros caballerescos fue N. DÍAZ BENJUMEA, «La Estafeta de Urganda» (selección y presentación de Alberto SÁNCHEZ), *Anales Cervantinos*, XII, 1973, pp. 211-231. En esa misma línea se sitúa el argumento de M. MENÉNDEZ PELAYO («Estudios cervantinos», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, tomo I, pp. 255-420 (ed. de E. SÁNCHEZ REYES), en *Obras completas*, tomo VI (ed. de M. ARTIGAS), Madrid, 1941, pp. 314 y 320) para quien Cervantes escribió el mejor de todos los libros de caballerías, porque consiguió superar su intención inicial. La idea de la superación de la intención primigenia, demasiado limitada para el genio cervantino, la repiten, con diferentes variantes y en diferentes momentos históricos, J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, [1914], Madrid, 1964, p. 126; S. de MADARIAGA, *Guía del lector del Quijote*, [1926], Buenos Aires, 1947³, p. 61; F. SÁNCHEZ ESCRIBANO, «El sentido cervantino del ataque contra los libros de caballerías», *Anales cervantinos*, V, 1955-56, pp. 19-40; A. CASTRO, *Hacia Cervantes*, Madrid, 1957, p. 322; J. CASALDUERO, «Explicando la primera frase del *Quijote*», en *Estudios de literatura española*, Madrid, 1967, pp. 70-82 [p. 75]; E. C. RILEY, *Teoría de la novela en Cervantes*, [1962] Madrid, 1966, p. 66; F. LÁZARO CARRETER, «La prosa del *Quijote*», en AA.VV. *Lecciones cervantinas*, Zaragoza, 1985, pp. 113-130 [p. 119].

⁴ Ya lo había sostenido, viendo —con criterio muy dieciochesco— en la animadversión de Cervantes por los libros de caballerías una finalidad didáctica, V. de los RÍOS, «Juicio crítico del

representación, y de una nueva relación entre literatura y vida, entre literatura y poder, que es la que informa el texto todo del *Quijote*. Las huellas de tan ingente tarea se encuentran en la estructura semántica de un relato que pone en tela de juicio los fundamentos de la autoridad social y a sus representantes, e idealiza a quienes se sitúan al margen de la visión consensuada de la justicia y el poder; en la estructura comunicativa de una obra que reniega de la lectura evasiva, ligera, de puro entretenimiento, a la vez que demanda una lectura formativa⁵ y un tipo de lector acorde con las exigencias del nuevo medio de comunicación; en la estructura de una enunciación que pone en solfa la autoridad del autor, los narradores y las demás voces emisoras.

1. LA LECTURA ESCAPISTA Y LA IMPRENTA

El *Quijote* es la primera novela del lector⁶. De su protagonista no sabemos nada, o casi nada, antes de su enajenación lectora; todo lo que se nos cuenta de su vida tiene como presupuesto la transformación operada en su personalidad por la lectura de los libros de caballerías. Más aún, su condición de personaje principal de un libro la adquiere precisamente gracias a su desafortada pasión por la lectura, que le lleva, como contrapartida, a perder el contacto con su mundo. Don Quijote es

Quijote, Plan cronológico», [1780], en la ed. del *Quijote* de la RAE, Madrid, Imprenta Nacional, 1863, pp. 3-106 [pp. 74-5]. Modernamente han defendido la idea M. de UNAMUNO, «Sobre la lectura e interpretación del *Quijote*», [1904], en G. HALEY (ed.), *El «Quijote» de Cervantes*, Madrid, 1980, pp. 375-386, [p. 378]; R. MENÉNDEZ PIDAL, «Un aspecto en la elaboración del *Quijote*», [1920], en *España y su historia*, Madrid, 1957, vol. II, pp. 179-211 [pp. 183 y 210]; C. DE LOLLIS, *Cervantes reazionario e altri scritti d'ispanistica*, [1924], Florencia, 1947, p. 87; L. SPITZER, «Sobre el significado de *Don Quijote*», [1962], en *Estilo y estructura en la literatura española*, Barcelona, 1980, pp. 291-309 [p. 184]; E. MORENO BÁEZ, *Reflexiones sobre el Quijote*, Madrid, 1968, p. 22; M. de RIQUER, «El *Quijote* y los libros», *Papeles de Son Armadans*, XIV, 1969, pp. 5-24; C. FUENTES, *Cervantes o la crítica de la lectura*, México, 1976, p. 13; J.J. ALLEN, «Introducción» a su edición del *Quijote*, Madrid, 1986, pp. 9-43 [p. 19].

⁵ De las relaciones entre el lector y el narrador y el texto del *Quijote* se han ocupado, entre otros: RILEY, *Teoría de la novela en Cervantes*, cit., pp. 135-145; E.L. RIVERS, «Cervantes Art of the Prologue», en AA.VV. *Estudios literarios de hispanistas norteamericanos dedicados a Helmut Hatzfeld con motivo de su 80 aniversario*, Barcelona, 1974, pp. 167-171; R. EL SAFFAR, *Distance and Control in «Don Quixote». A Study in Narrative Technique*, Chapel Hill, University of North Carolina Department of Romance Languages, 1975, pp. 15-31; J.J. ALLEN, «The Narrators, the Reader and Don Quijote», *Modern Languages Notes*, 91, 1976, 201-212; H. CALDERÓN, *Conciencia y lenguaje en el «Quijote» y en «El obscuro pájaro de la noche»*, Madrid, 1987, pp. 116-121; A. BOGNOLO, «‘Desocupado lector’: il contratto di finzione nel prologo del primo Quijote», en *Atti della V Giornata Cervantina*, Padua, 1998, pp. 19-36.

⁶ En opinión de M.I. GERHARDT («*Don Quijote: La vie et les livres*, Ámsterdam, N.V. Noord-Hollandsche Uitgevers Maatschappij, 1955, p. 2), el *Quijote* es «entre una infinidad de otras cosas, la novela de un lector».



probablemente el primer lector escapista de la historia de la literatura⁷; en él se manifiestan por primera vez los síntomas de la locura de la letra impresa que tantos paraísos hará soñar a siglos enteros de lectores silenciosos.

En esos momentos de evasión, la realidad exterior se anula, y con ella su lógica, sus imposiciones y sus preceptos, y triunfan la fantasía y la lógica alternativa. Tal vez fuera precisamente esa posibilidad de evasión la que empujara a don Quijote, antes incluso de que la insania se insinuara en su mente, a enfrascarse a la veneranda edad de 50 años en la lectura de los libros de caballerías, verdadera tabla de salvación en el naufragio de la monotonía de su vida cotidiana, así descrita por el narrador:

Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mesmo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. [I, 1, 32-3]

Palabras éstas, que si por un lado describen la apacible y modesta existencia de un hidalgo de aldea, por el otro no esconden su persistente ritualidad; no parecerá extraño, por consiguiente, que fuera este elemento el que condujera a don Quijote a la búsqueda de una válvula de desahogo en las historias caballerescas. Y hasta tal punto surtió efecto su lectura, que no sólo abandonó los usos de su vida pasada, olvidando «casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda» [I, 1, 34], sino que llegó incluso a privarse de sus pertenencias por perseverar en el vicio lector:

vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y, así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos. [I, 1, 34]

Ninguna otra acción hubiera podido indicar mejor el radical desapego de don Quijote de su mundo como la alienación voluntaria de la clave de su identidad, la tierra; había que estar loco para perder el «algo» de su categoría social a cambio de un montón de libros. El precio pagado por el «hijodalgo» Alonso Quijano por su adicción a la lectura escapista es muy alto: a su vicio le debe la enajenación primero de sus tierras y después de la razón, los vínculos que lo unían a la comunidad: sus pertenencias le daban la colocación y la consideración social, eran el símbolo pasivo de su identidad; la razón le permitía entrar en relación con su mundo, era el instrumento activo de su identidad; de la tierra le derivaba el nombre, Alonso Quijano, y de la razón el sobrenombre, «El bueno»; de los dos, como sabemos, prescindirá para convertirse en don Quijote de la Mancha.

⁷ Estudia la relación entre el personaje cervantino y su particular forma de lectura J. IFFLAND, «Don Quijote dentro de la 'Galaxia Gutenberg' (reflexiones sobre Cervantes y la cultura tipográfica)», en A. VILANOVA (ed.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 1992, vol. 1, pp. 623-634.

El tipo de lectura que realiza don Quijote con los libros de caballerías no parece que sea exclusivamente suyo; cada vez que un personaje del *Quijote* alude a su conocimiento directo de un libro de caballerías, termina por reconocer que su lectura le ha puesto en el sendero de la alienación. Y así, por ejemplo, no llegan al extremo de don Quijote, aunque poco les falta, Palomeque el ventero⁸, el cual, en palabras de su mujer, «escuchando leer [...] [está] tan embobado, que no [se acuerda] de reñir por entonces» [I, 32, 347], o Maritornes y la hija de Palomeque, que no dudarían en poner remedio a las penas de amor de los caballeros; al igual que su padre y señor, olvidan la realidad, se sustraen a la autoridad del mundo y se pierden en las nieblas de la fantasía. Fuera de la familia escapista de Palomeque, manifiestan el mismo arrobo ante los hechos andantescos —bien que comedido en la expresión— los clérigos dialogantes de caballerías, que admiten haber leído algún que otro relato de caballeros [I, 49, 532] e incluso haber iniciado la escritura del mejor de todos, ¡qué duda cabe! [I, 48, 521]. Todos ellos, en mayor o menor medida, han sido contagiados por el virus de la evasión literaria y todos describen el mismo proceso de captación: la ociosidad les pone en las manos un libro de caballerías y las maravillas narradas en él secuestran su atención; el placer de la lectura es tal, que olvidan momentáneamente la realidad externa. La diferencia entre los lectores cultos —los clérigos— y los analfabetos —Palomeque y su familia— estriba en que los últimos siguen creyendo a pie juntillas en la veracidad de lo narrado, incluso después del primer momento de abandono a la magia de la letra; es decir, atribuyen al libro una autoridad que no tiene, movidos sin duda por el prestigio de la letra impresa para los individuos de cultura oral⁹. Los primeros, los lectores cultos, en cambio, se dejan llevar también, en un primer momento, por el placer de la lectura y caen en la misma tentación escapista de los otros; pero, acto seguido, la capacidad crítica de su cultura les hace rechazar el libro¹⁰. La familia de Palomeque escucha leer el texto en una sesión colectiva, oral, en la que el aspecto comunitario garantiza la participación emotiva del oyente; la afección escapista se insinúa en esa emoción compartida. Los clérigos realizan una lectura solitaria que les permite reflexionar críticamente sobre lo leído, volver atrás en el texto y analizar la congruencia de lo dicho¹¹. Don Quijote,

⁸ Ha estudiado la recepción de los libros de caballerías en los personajes del *Quijote* M.C. MARÍN PINA, «Lectores y lecturas caballerescas en el *Quijote*», en *Actas del III Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, 1993, pp. 265-273.

⁹ B.W. IFE, (*Lectura y ficción en el Siglo de Oro. Las razones de la picaresca*, [1985], Barcelona, 1992, p. 16) aduce un motivo más para que los lectores atribuyan autoridad al libro de ficción en prosa, que es la asociación corriente en la época entre prosa e historia.

¹⁰ GERHARD (*op. cit.*, pp. 2-9) hace la distinción entre «lecteur», el lector culto y crítico de mi argumentación, y «liseur», el lector participativo.

¹¹ Para una confrontación de los modos de interacción entre el destinatario y el texto según que el canal de transmisión sea oral o escrito, véase J. GOODY, *L'addomesticamento del pensiero selvaggio*, [1977], Milán, 1981, pp. 20, 48 y ss. En opinión de W.J. ONG (*Orality and literacy. The Technologizing of the Word*, Londres y Nueva York, 1982), p. 102), la oralidad une a los individuos, la escritura y la lectura los separan, hacen que la mente se vuelva sobre sí misma.



por su parte, se comporta como un lector participativo oral cuando entra en batalla con los gigantes del libro proyectados sobre las paredes de su habitación: no cabe mayor emoción ante lo leído que este gesto desahogado; y eso a pesar de que la suya sea una lectura solitaria y silenciosa. Es decir, don Quijote se apropia del mundo caballeresco con el método de acercamiento al mismo propuesto por la imprenta, pero él sigue siendo un oidor de sesión oral, tal vez porque, en el fondo, el hidalgo percibe la impronta oral del género literario, o tal vez porque percibe la exaltación del espíritu colectivo implícita en la épica cortesana caballeresca.

De lo dicho hasta ahora se podría extraer una primera conclusión parcial, a partir, sobre todo, del caso emblemático de don Quijote, acerca de las condiciones que facilitan la lectura evasiva. La lectura escapista parece estar determinada por la fricción que se produce entre la mentalidad oral del lector, que tiende a participar emotivamente en los hechos, y la actitud lectora analítica y distanciada que le exige la imprenta. La nueva tecnología no ha condicionado aún la estructura del libro y, por consiguiente, no ha generado el tipo de lector requerido por los nuevos hábitos, o mejor, aún no ha conseguido generalizar el tipo de lector del que son buen ejemplo el cura y el canónigo. De hecho, al cabo de siglo y medio de existencia de la tecnología de impresión con caracteres móviles, las obras que se publican son expresión de los géneros literarios anteriores a la invención de la imprenta, según Ong¹²; solamente los textos que podríamos clasificar, más o menos problemáticamente, dentro de lo que se ha dado en llamar la novela moderna desarrollan, lo dice Ong, un código genérico que aprovecha las condiciones de emisión y recepción de la imprenta¹³. Hasta la publicación del *Quijote*, los libros que vieron la luz procedían, en su mayoría, de manuscritos medievales¹⁴ concebidos para ser difundidos oralmente y que, por consiguiente, conservaban en su estructura las huellas de las condiciones de emisión previstas en el momento de su concepción: historia fragmentada en múltiples episodios con una fuerte cohesión narrativa interna, personajes planos, contenido que refuerza la identidad comunitaria del espectador, etc. El género caballeresco debe su auge, qué duda cabe, a la imprenta, aun cuando su estructura narrativa mantenga las características apenas citadas de los textos concebidos para ser difundidos oralmente. Por otro lado, la historia de la recepción literaria nos ha legado testimonios directos de la difusión preeminentemente oral de la literatura caballeresca¹⁵. El propio *Quijote* aún conserva vestigios de oralidad en su

¹² ONG, *op. cit.*, p. 222 y ss.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ La estimación es de M. McLuhan, *La galaxia de Gutenberg*, Barcelona, 1985 [*The Gutenberg Galaxy*, 1962], p. 231. Habla, en cambio, de mayor rapidez en la reproducción de los viejos textos respecto a los nuevos E.L. Eisenstein, *Le rivoluzioni del libro. L'invenzione della stampa e la nascita dell'età moderna*, Bolonia, 1995 [*The printing revolution in modern early Europe*, 1983], p. 55. Así se explicaría la pervivencia de los gustos medievales en pleno periodo humanista, según IFE, *op. cit.*, p. 12.

¹⁵ Nos queda constancia de la difusión oral de los libros de caballerías en las actas del proceso inquisitorial contra el morisco Román Ramírez, muerto en las cárceles inquisitoriales en

estructura¹⁶, en pugna con las innovaciones narrativas que incluye en su estructura derivadas directamente del medio de comunicación de la imprenta.

Un aspecto de la comunicación literaria fuertemente influenciado por la dinámica entre la vieja y la nueva concepción del relato es el relacionado con la veracidad de lo escrito. Los lectores todavía no se han acostumbrado al filtro de la letra impresa, a la separación de la instancia enunciativa de la receptora, y siguen atribuyendo validez a lo narrado con los mismos criterios de veracidad de la narración oral. En el libro, nadie puede dar fe de lo dicho, pero la magia de la enunciación permanece en el relato, imantando la credulidad de los lectores. La fuerza testimonial de la presencia del narrador se ha transformado en la energía documental de la letra impresa. A esa aparente dimensión documental de la escritura filtrada por la imprenta y a su pernicioso influjo sobre los iletrados crédulos parece aludir el cura en su diálogo con Palomeque:

Ya os he dicho, amigo —replicó el cura—, que ello [imprimir libros de caballerías] se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener a algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destes libros. [I, 32, 351]

Pero Pérez parece distinguir, y es importante aclararlo, entre lectura de entretenimiento y lectura escapista: la segunda añade a la primera la fe en lo leído.

1599 porque, según el inquisidor, necesitaba la ayuda del diablo para recitar de memoria todos los libros de caballerías que conocía. La historia del «último de los juglares» le sirve a L.P. HARVEY («Oral Composition and the Performance of Novels of Chivalry in Spain», en J.J. DUGAN, *Oral literature*, Nueva York, 1975, pp. 84-100) para argumentar en favor de su tesis sobre la declamación oral de los libros de caballerías. Después del ensayo pionero de Harvey, la cuestión de la pervivencia de la difusión oral de la literatura, aun en tiempos de la imprenta, ha sido ampliamente tratada en los trabajos de M. FRENK, «Lectores y oidores. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro», en G. BELLINI (ed.), *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Roma, 1982, vol. 1, pp. 101-123; «Ver, oír, leer...», en L. SCHWARTZ LERNER e I. LERNER, *Homenaje a Ana María Barrenechea*, Madrid, 1984, pp. 235-240; y *Entre la voz y el silencio (la lectura en tiempos de Cervantes)*, Alcalá de Henares, 1997. La difusión oral de la literatura, en los primeros tiempos de la imprenta, ha sido propuesta también, basándose en los mismos testimonios de Harvey y Frenk, por E.L. RIVERS, «Plato's *Republic* and Cervantes's *Don Quixote*: two critiques of the Oral Tradition», en Ch. FAULHABER et ál. (eds.), *Studies in Honor of Gustavo Correa*, Potomac, 1986, pp. 170-76 [p. 173]; P. ZUMTHOR, *La letra y la voz de la «literatura» medieval* [1987], Madrid, 1989, pp. 71-2; A. DEYERMOND, «La literatura oral en la transición de la Edad Media al Renacimiento», *Edad de Oro*, VII, 1988, pp. 21-32 [pp. 31-32].

¹⁶ La huella de la declamación oral en la estructura narrativa del *Quijote* ha sido estudiada por M. MONER, «Técnicas del arte verbal y oralidad residual en los textos cervantinos», *Edad de Oro*, VII, 1988, pp. 119-128; *Cervantès conteur. Écrits et paroles*, Madrid, 1989; y por mí en «Cervantes: el juglar zurdo de la era Gutenberg», *Cervantes*, 17.1, 1997, pp. 122-144; «Don Quijote en la encrucijada oralidad // literatura», *Nueva revista de filología hispánica*, XLV, 2, 1997, pp. 337-368.

Para gozar del paraíso artificial de la ficción, en opinión del cura, es necesario cumplir dos requisitos: estar momentáneamente ocioso y poseer una fe ciega en la letra impresa; la fe del ignorante que no sabe leer, o que no sabe leer según los parámetros de lectura propuestos por la imprenta y, por tanto, es incapaz de adoptar una distancia crítica. Don Quijote y Palomeque, a su manera dos lectores participativos e ignorantes, afectos ambos de escapismo, usan el mismo argumento para defender la veracidad histórica de los sucesos caballerescos: si el rey ha dado licencia para que se publiquen, ¿cómo podrían narrar mentiras? Argyue Palomeque:

¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio! [I, 32, 351]

Y le hace eco don Quijote:

¡Bueno está eso! —respondió don Quijote—. Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos a quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados e ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira? [I, 50, 537]

Se puede leer entre líneas una crítica al laxismo en la concesión del aval de publicación a los libros de pasatiempo. La escasa atención por parte de la autoridad social a las obras publicadas y a las comedias representadas, y más concretamente al respeto por todas ellas de la preceptiva al uso, deja al lector y al espectador indefensos ante los desmanes de los autores. Para Cervantes parece evidente que la autoridad social aún no ha sabido adaptarse a los nuevos medios de comunicación, que no solamente potencian la capacidad comunicativa del emisor, sino que también la insertan en un circuito nuevo que exige nuevas aptitudes del receptor y modifica su percepción del mensaje. La solución, desde el punto de vista de Cervantes, sería la institución de un censor¹⁷; o, lo que es lo mismo, que el poder definiera nuevamente su esfera de influencia sobre el texto, retirando la ciega confianza que deposita en sus delegados, los autores, a la vez que reclamara su congruencia con la norma literaria e ideológica del momento, única garantía de que las potencialidades del medio no van a ser usadas en contra del interés formativo de la ciudadanía. Lo expresa claramente el cura, en diálogo con el canónigo:

¹⁷ El consabido censor de los preceptistas del periodo; Alonso LÓPEZ PINCIANO (*Philosophia Antigua Poética*, ed. Alfredo CARBALLO PICAZO, Madrid, 1953, vol. III, p. 273) aboga por la institución de un «comisario que viera todas las representaciones antes que salieran en plaza pública».

Todos estos inconvenientes [la representación de «cosas en perjuicio de algunos reyes y en deshonra de algunos linajes»] cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la Corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen; no sólo aquellas que se hiciesen en la Corte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la cual aprobación, sello y firma ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna [...] Y si se diese cargo a otro, o a este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrían salir algunos con la perfección que vuestra merced ha dicho. [I, 48, 526]

Cervantes parece expresar, por boca de los dos clérigos, el miedo a la potencialidad deseducativa de los dos fenómenos de difusión literaria del momento: los libros de caballerías y la nueva comedia, relacionados ambos con dos diferentes medios de comunicación, la imprenta y la representación teatral, capaces de dirigirse a un público relativamente vasto de lectores o espectadores:

De haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud; que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea, y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar, la comedia que todas estas partes tuviere mucho más que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen éstas que de ordinario agora se representan. [I, 48, 524-5]

Nótese que para el licenciado Pero Pérez no hay más distinción, en realidad, que entre «la comedia artificiosa y bien ordenada» y la que no lo es, el texto que sigue los cánones del género y el que no los sigue; en el acto de la recepción, el segundo puede deleitar pero no enseñar, mientras que el primero alcanza el doble objetivo horaciano. Cervantes establece por boca del cura una relación causal entre el respeto de la preceptiva literaria y la educación del oyente y, por extensión, del lector, entre estética y ética, entre código genérico y norma social. Su ecuación parece cristalina: los textos que siguen la preceptiva cumplen mejor sus propósitos didácticos y éstos son los que el censor debería autorizar como portavoces de la verdad oficial, del poder, de la norma; los demás, los monstruos que no revelan ni arte ni artificio, deberían ser condenados al silencio para que no pudieran estragar el gusto del oyente o del lector y conducirlos a la evasión de la realidad.

El arte no puede eximirse de su compromiso con el poder de seguir formando súbditos modelo; el axioma, como acabamos de ver, es válido, según el cura, tanto para las comedias como para los libros de caballerías y, por extensión, para cualquier producto de la imprenta. El punto de apoyo de todo el razonamiento cervantino en pro del arte y los preceptos como supremos guardianes del bien común es la distinción tópica entre el discreto y el vulgo, que la enorme ampliación del público había agudizado; el canónigo de Toledo nos aclara la importancia del nuevo elemento, cuando expone el razonamiento que le indujo a abandonar el proyecto de escribir un libro de caballerías:





Lo que más me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: «Si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinión con los pocos, deste modo vendrá a ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos. [I, 48, 521-2]

Resulta evidente en estas palabras la referencia a Lope de Vega y la comedia nueva¹⁸. Cervantes agrupa en su crítica los dos grandes medios de comunicación, el teatro y la imprenta, representados por los dos géneros emblemáticos, la comedia y los libros de caballerías, para señalar en ambos la misma falta de respeto de los principios aristotélicos y las mismas concesiones al gusto del vulgo¹⁹. Aun así, será necesario aclarar que la crítica cervantina no va dirigida, a mi modo de ver, contra los géneros literarios, sino contra la deformación de los mismos causada por su interacción con los gustos del público. El elemento novedoso, tanto en uno como en el otro caso, es la aparición de un nuevo canal de difusión de la obra —la imprenta, para los relatos caballerescos, y los corrales y su extraordinario auge a finales del XVI y principios del XVII, para la comedia—, que ha ampliado extraordinariamente el número de los receptores²⁰. Los autores han intentado adecuar el género a

¹⁸ En opinión de S. GILMAN («Los inquisidores literarios de Cervantes», [1970], en HALEY (ed.), *El «Quijote» de Cervantes*, cit., pp. 122-141 [pp. 130, 139, 140]) el verdadero objetivo del ataque cervantino a los libros de caballerías sería el teatro de Lope de Vega. Su visión del problema es ligeramente diferente de la mía: identifica, también él, como acabo de hacer yo, la cultura de masas como blanco de Cervantes, pero da un paso más y añade que tras ella se cela, en realidad, la comedia lopesca. El mismo Lope se diría que avala la tesis de Gilman, cuando afirma que las novelas cortas (y probablemente hubiera podido incluir también los libros de caballerías) y las comedias tienen un idéntico fin: «dar gusto al pueblo, aunque se ahorque el arte» (*El desdichado por la honra*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. XXXVIII, p. 14b).

¹⁹ Y éste era también uno de los argumentos, junto con el de la falta de verosimilitud de las aventuras y lo inmoral de muchas de ellas, de los moralistas de la época; véase la censura de J. de VALDÉS, *Diálogo de la lengua* (ed. Cristina BARBOLANI, Madrid, Cátedra, 1990, pp. 248-253). La afinidad de las posiciones de Cervantes y Valdés, Arias Montano, Guevara, Vives y otros, es un argumento en favor del erasmismo de Cervantes. Para las censuras críticas de los libros de caballerías, véase A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, 1925, p. 26 y ss.; J. CANAVAGGIO, «Alonso López Pinciano y la estética literaria de Cervantes en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, VII, 1958, pp. 13-108 [p. 76 y ss.]; E. MORENO BÁEZ, *Reflexiones sobre el Quijote*, Madrid, 1968, p. 22 y ss.; RIQUER, «Cervantes y la caballerescas», cit.; D. EISENBERG, *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, 1982.

²⁰ Vale la pena recordar, así sea en nota, que la tirada media de una edición era de unos dos mil ejemplares y que se ha estimado que la afluencia total a los dos días que solía durar una comedia en cartel podía llegar a las cuatro o cinco mil personas.

las nuevas condiciones de emisión, acomodándolo a las exigencias del destinatario, y han obtenido como resultado la expulsión de sus obras del palacio de la preceptiva y la pérdida de la dimensión didáctica de las mismas.

La confirmación de que la crítica de Cervantes va dirigida contra la interacción viciosa entre el género y el medio, y no contra el género en sí mismo la podemos encontrar en que éstos son los términos en los que, generalmente, en todo tiempo y lugar, se expresa la reacción contra las nuevas tecnologías informativas. Hace unos años K.R. Popper²¹, en un breve artículo, defendía la institución de un órgano supervisor, como solución contra el recurso a la violencia y la espectacularidad en los programas televisivos en respuesta a las exigencias de un público cada vez más numeroso. El medio educa a su público, según Popper, y si, por emulación, se extendiera la violencia en la sociedad, como ya ha sucedido, la televisión no sólo no alcanzaría su objetivo didáctico, sino que además inculcaría a la colectividad valores contrarios a la vida en común. Como se puede apreciar, los términos de la cuestión son idénticos en Popper y en Cervantes: la deformación del género a causa de la irrupción de las masas, el condicionamiento de los textos por el medio de comunicación, la interacción didáctica con el público, el riesgo de deformar las conciencias de los ciudadanos. Y más o menos en los mismos términos, hace más de dos mil años, Platón expresaba sus reparos contra la escritura en el *Fedro*: el faraón Thamus responde al dios Thoth, el inventor de la escritura en la mitología egipcia, que el nuevo medio de comunicación no ayudará a formar buenos ciudadanos, como él pretende, porque les desaloja las cosas de la memoria²²; en otras palabras, les deforma las conciencias, sin educarlos en la realidad, por cuanto les presenta la apariencia de los objetos y no su esencia.

La aparición de un nuevo medio de comunicación provoca generalmente la reacción de los paladines del *statu quo*, preocupados por preservar la pureza de la relación entre el destinatario y los medios de difusión de la cultura, pues de esa pureza depende la función de la cultura como estabilizador del equilibrio social. La segregación de los productos aberrantes del nuevo medio, o incluso de sus promotores, constituye el remedio extremo para la conservación de la relación prístina entre el poder y los medios de difusión de la cultura. En el libro x de *La república* Platón condena al ostracismo a los poetas, los representantes de la escritura, porque:

En su afán de agradar a la multitud, procura[n] separarse de este camino [la representación del «carácter sabio, tranquilo, siempre semejante a sí mismo»], y más bien se inclina[n] a expresar los caracteres apasionados, cuya variedad hace que sea más fácil el representarlos²³.

²¹ K.R. POPPER, «Una patente per fare tv», en K.R. POPPER y J. CONDRY, *Cattiva maestra televisione*, Milán, 1994, pp. 13-25 [p. 22].

²² PLATÓN, *Fedro*, en *Dialoghi filosofici*, ed. Giuseppe CAMBIANO, Turín, 1992, vol. II, pp. 151-222 [p. 216]. He consultado la versión italiana de la obra.

²³ PLATÓN, *La república*, Buenos Aires, 1978, p. 376.

La dependencia de los gustos del público rebaja los presupuestos éticos y estéticos del arte; éste es el motivo por el que Platón no concedería la ciudadanía de la república ideal a los poetas²⁴, Cervantes impediría la publicación de los textos que se alejaran de la preceptiva y Popper retiraría el permiso de trabajo a los técnicos y creativos de la televisión que no cumplieran los requisitos de coherencia establecidos.

2. EL AUTOR COMO FACTOR DE ORDEN DEL MUNDO

El autor de una novela es un mediador entre la realidad y el texto. Su nombre, según M. Foucault²⁵, no pertenece ni al estado civil de los hombres ni a la ficción de la obra; se sitúa en el límite entre esos dos mundos, en la rotura que da vida a su discurso. El autor, por tanto, ejerce una función de filtro entre la realidad y el discurso, y es a la vez el vehículo de otros órdenes y otras jerarquías externas al texto. El autor de un texto, un delegado de la autoridad social —las aprobaciones y privilegios hablan claro al respecto—, ordena nuevamente el mundo, construye un nuevo discurso interpretativo que hace más inteligible la realidad.

Claro que también se puede interpretar la novela en cuanto discurso de libertad, nacido de un acto de desconfianza del autor hacia el discurso oficial. Independientemente de que el autor se sitúe en la posición de paladín o antagonista del discurso oficial, su función de autoridad le permite proponer al lector su discurso personal como instrumento de comprensión de la realidad. O sea que, en cierto sentido, se podría decir que el autor traiciona la confianza depositada en él por la sociedad, cuando ésta le confiere la autoridad de la voz y él responde con la escritura de un texto que le exige la entrega gratuita de esa misma autoridad y su dedicación exclusiva al orden del texto. Cervantes, desde este punto de vista, es el prototipo del traidor, y no sólo porque haya sido el creador del modelo de las relaciones entre el autor, el texto y el mundo, sino porque la forma en que lo planteó ha sido una de las más radicales en la historia del género; y así, por ejemplo, su acto de dejación de autoridad es total y sin condiciones: en el prólogo de 1605 se declara «padrastró» y no «padre» del *Quijote*, para inmediatamente consignar la voz prologante al amigo que le visita; y, ya en el texto, diluye la voz narrante en tres diferentes narradores, de los cuales el principal, Cide Hamete, es tenido por mentiroso.

²⁴ Lo recuerda la dueña Dolorida en II, 38, 872-3: «de las buenas y concertadas repúblicas se habían de desterrar los poetas, como aconsejaba Platón, a lo menos, los lascivos».

²⁵ M. FOUCAULT, «Che cos'è un autore?», en *Scritti letterari*, Milán, Feltrinelli, 1984, pp. 1-21 [p. 4]. He consultado la versión italiana.

3. MUNDO CABALLERESCO/ NUEVA SOCIEDAD BUROCRÁTICA

Ahora bien, resulta evidente que la lógica de la necesidad narrativa interviene sobre un mundo representado según las jerarquías de poder del tiempo, nacidas, en la visión del texto, del conflicto entre las viejas y las nuevas formas de poder. En quien más claro se aprecia el conflicto es, sin duda, en don Quijote, que no puede percatarse —su locura se lo impide— de que se ha producido una solución de continuidad entre el mundo caballeresco y el estado imperial de finales del siglo XVI, con el nacimiento del aparato burocrático y la ordenación estatalista de la sociedad²⁶. El valido es el emblema de la nueva concepción del poder: alguien que no ha sido educado para recibir el carisma de la autoridad, como los príncipes o, concedámoselo a don Quijote, los caballeros andantes. El nuevo orden ha creado la figura del especialista en la autoridad y la ha desligado de la legitimación social; ha avanzado un paso más en el proceso de abstracción, de separación entre la persona y el poder y la ha aproximado a la forma vacía del rol. La capacidad de abstracción de la persona del objeto de su interés es una disposición mental favorecida por la imprenta, la madrina del estado centralista y burocrático, según el autorizado parecer de McLuhan y Ong²⁷. Encontramos aquí dos concepciones opuestas del poder, que corresponden a dos de los tres tipos identificados por Weber²⁸: por un lado, el poder carismático, basado en las cualidades excepcionales de su detentador, que es el que pretende ejercer don Quijote; por el otro, el poder burocrático, racional, basado en un sistema de reglas, que es el de los representantes de la autoridad, como los cuadrilleros, los comisarios que acompañan a los galeotes, el virrey de Barcelona, los duques, etc.

El conflicto de don Quijote con el mundo que le rodea se cifra en su concepción del poder; para el caballero no existe la autoridad por delegación, racional, burocrática; sólo existe el poder que se funda en las cualidades excepcionales de su detentador, en el carisma adquirido por educación, como él lo ha conseguido con la lectura de los libros de caballerías. Su beligerancia para con las armas de fuego se explica, precisamente, a partir de esta concepción del poder:

Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que,

²⁶ El gobierno del imperio hizo necesaria la creación de un fuerte aparato burocrático; cfr. J.H. ELLIOTT, *La Spagna e il suo mondo, 1500-1700*, Turín, 1996 [*Spain and its World, 1500-1700*, 1989], p. 20 y ss.

²⁷ McLuhan, *op. cit.*, p. 21 y ss.; Ong, *op. cit.*, pp. 169-170.

²⁸ M. WEBER, *Economía e società*, Milán, 1995 [*Wirtschaft und Gesellschaft*, 1922], vol. I, pp. 210 y 240.

sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina), y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierta de la tierra. [I, 38, 423-4]

La bala anula el tiempo y el espacio, corta la vida de su víctima y cubre la distancia del campo de batalla, sin que se sepa su origen. Antes, el señor del tiempo y el espacio era el caballero, su carisma, su valor; ahora lo es el soldado y su tecnología. El carisma expandía en el tiempo y el espacio la personalidad del caballero, dando un orden al mundo y a la vida. Ahora existe solo el poder anónimo, sin personalidad, de las armas de fuego, que son el instrumento delegado, la prolongación, la prótesis del poder burocrático.

4. TIPOS DE PODER Y NARRADORES DEL *QUIJOTE*

El proceso de separación entre la persona y la norma, de abstracción, favorecido por las nuevas formas de poder, se puede constatar, con todas las precauciones del caso, en los procesos comunicativos derivados de la imprenta, que separan al emisor del receptor y otorgan al primero el control del tiempo y el espacio de la enunciación, sin necesidad de ofrecer en cambio su presencia ante el espectador. En cierto sentido, el narrador de tipo oral se opone al narrador tipográfico como el poder carismático se opone al burocrático. El narrador del *Quijote*, nacido en la cuna de la imprenta, es indudablemente de tipo burocrático, y lo demuestra con la adopción de un punto de vista distante respecto a su texto que le permite interponer filtros, enjuiciarlo, analizarlo, desentenderse de él. Su voz narrante, filtrada por el prisma de la peculiar historia de la enunciación del relato del *Quijote*, se descompone en la triple irisación de las voces de los tres narradores, que encarnan, en relación con el texto y la materia narrada, las tres formas de autoridad de Weber. El primer autor, el erudito investigador de archivos, que presta oídos a las narraciones orales de la Mancha y a sus anales para elaborar su versión de la historia de don Quijote, se incluye por decisión propia en una tradición oral y documentaria que le hace depositario de una forma de poder tradicional. Él establece los hechos del relato después de haber cotejado las varias versiones orales y las escritas, pero la autoridad sobre la versión definitiva pertenece a la memoria de las gentes, a la tradición narrativa de la zona. El segundo autor desecha aparentemente las fuentes orales y se dedica a investigar en un primer momento en los archivos de la Mancha; afortunadamente para él, en medio del desierto documental encuentra el manuscrito del autor árabe, que salva su labor y le consiente una gestión burocrática del

documento: habrá de traducirlo y comentarlo en algunos puntos para darlo a la estampa como si de un texto histórico se tratara. El suyo es un poder eminentemente burocrático; en cuanto especialista del argumento, que conoce la ley suprema del manuscrito único, decide la disposición de la materia y su tratamiento de un modo racional. Cide Hamete Benengeli posee dotes de sabio encantador, si hemos de dar crédito a don Quijote en su evocación del «sabio que escribiere» [I, 2, 41] sus futuros hechos:

¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante. [I, 2, 41]

Y debe de haber hecho buen uso de ellas, en opinión de Sancho, si ha sido capaz de escribir los coloquios íntimos entre él y su señor [II, 2, 595]. El suyo es un poder carismático, casi mágico, equiparable al de los cronistas de los libros de caballerías, que llega hasta el punto de crear los actos de los personajes:

El sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamas el Caballero de la Triste Figura. [I, 19, 191]

Recordemos que su autoridad es perennemente puesta en entredicho por las intervenciones del traductor y por los comentarios del segundo autor, que privan de sostén documental a las palabras del moro, ya en tela de juicio por mentiroso. Lo curioso del caso es que el segundo autor, el burócrata editor del manuscrito de Cide Hamete, no se toma la responsabilidad de sustituir con otra versión la del moro. De esta manera el mecanismo de deslegitimación de la autoridad narrativa mantiene toda su funcionalidad. Las tres voces se neutralizan recíprocamente; ninguno de los tres tipos de poder consigue sobrepasar a los otros; a todos había renunciado el autor del *Quijote*, como he señalado anteriormente, en el prólogo de 1605, con su diatriba contra la autoridad y al permitir que fuera un extraño, el amigo que ha ido a visitarle, quien declarara la intención de su libro.

5. CERVANTES, LA IMPRENTA Y LA NOVELA MODERNA

El acto de dejación de autoridad de Cervantes en su obra maestra es la almendra de la que ha de brotar la novela moderna. La crítica de la autoridad, es decir, el abandono de la centralidad del sujeto enunciador, era fundamental para liberar el objeto de la narración, para introducir la distancia entre la palabra y la cosa, entre el narrador y la palabra, entre el punto de vista único, autoritario y los hechos. A partir de Cervantes, el objeto podrá ser narrado desde diferentes perspectivas, cambiantes, inestables; podrá esconderse la voz narrante tras la distancia adoptada para hablar de los objetos, podrá dialogar el autor con su propio texto y manifestar su conflicto con él, etc. Esta reflexión sobre la plataforma desde la que enuncia su discurso, en cierto sentido, devuelve al texto su virginidad, lo purifica de las incrustaciones que el medio de difusión comenzaba a adherir a su tejido. La novela

nace en la cuna de la imprenta, pero no por esto ha de reconocer su maternidad, deformar su rostro a imagen y semejanza del medio que la dio a la luz; ha de tomar su distancia de él, asimilar en su estructura comunicativa las características que necesariamente le transfiere, para trascenderlas. Contará, por tanto, con un lector crítico, solitario y silencioso; contará con la trama larga, silogística, con final enjundioso, que comprende en sí las verdades que el texto ha querido transmitir; contará con la posibilidad de introducir diferentes visiones del mundo en el texto; contará con la fe en la palabra escrita del lector; y superará los datos asumidos, mediante una reflexión crítica sobre todos ellos y sobre el medio que los proporciona. Para ello el autor ha de colocarse de modo diverso respecto al propio texto; ya no es una autoridad que garantiza personalmente lo dicho, expendiendo el crédito que ha adquirido con sus incondicionales; dejará simplemente que el texto hable, que sea la palabra la que transmita la realidad desreferenciada. Cervantes abre la casa de la imprenta a la inteligencia del lector; de la recíproca fecundación nacerá el nuevo género literario de la novela tal y como la entendemos los modernos.

6. APOSTILLA

La autorreferencialidad del libro, como posibilidad implícita del nuevo género que está naciendo, resulta patente en el *Quijote* de 1615, cuando alude a la publicación del de 1605, cuando asume que su discurso se está construyendo sobre una realidad modificada por la primera parte. En esta operación se aprecia así mismo la superación de la autorreferencialidad para llegar a la fusión de límites entre los dos mundos, el de papel y el de los objetos de la vida cotidiana, que por otro lado no tienen sentido más que como superficies en las que se refleja el libro. Los duques, Sansón Carrasco, el cura y el barbero no realizan mansiones propias del aristócrata, el estudiante, el sacerdote; se identifican por ser lectores del *Quijote* de 1605, y se comportan como quien ha creído a pie juntillas lo narrado; tan locos en esto como don Quijote. En el vórtice de la crítica a la lectura escapista y el influjo del nuevo medio de comunicación de masas, termina por sumirse el propio libro de Cervantes, dotado, al fin y al cabo, del mismo poder de corrupción de las mentes que el autor atribuye a los libros de caballerías. ¿Habrá que escribir otro *Quijote* para deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tiene el *Quijote*?



LA APORTACIÓN ESPAÑOLA A LA «REVOLUCIÓN MILITAR» EN LOS INICIOS DE LOS TIEMPOS MODERNOS

Enrique Martínez Ruiz

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Este artículo analiza en profundidad las diversas interpretaciones que la práctica historiográfica ha ido dando a la expresión «revolución militar». Asimismo, se estudia la especial contribución militar española en la consolidación de la revolución militar que tiene lugar en la Europa de fines del Medievo, y en la cual el campo de prueba para los métodos revolucionarios de los ejércitos españoles resultan ser las guerras de Granada y de Italia.

PALABRAS CLAVE: revolución militar, innovación en los ejércitos, guerra de Granada, guerras de Italia, estrategia, estructura militar.

ABSTRACT

This article presents a thorough analysis of the different interpretations historiography has given to the expression «military revolution». The particular contribution of Spanish military experience to the consolidation of the late-medieval European military revolution is also taken into consideration. Special emphasis is given to the testing grounds where Spanish armies first carried out their own revolutionary methods, the wars of Granada and Italy.

KEY WORDS: military revolution, army innovation, war of Granada, wars of Italy, strategy, military structure.

CONSIDERACIONES INTRODUCTORIAS

La expresión «revolución militar» ha hecho fortuna, pese a que conceptualmente entraña una cierta inexactitud —al menos desde mi punto de vista—, por cuanto revolución es un término que, en su sentido más usual, se refiere a un cambio violento que se produce en un periodo de tiempo más bien corto y provoca una mutación súbita en el plano político, institucional y/o socioeconómico de la comunidad humana donde se produce. En rigor, aplicado el término en el ámbito de nuestra ciencia, su mayor exactitud la registra cuando se habla de revoluciones políticas y no resulta muy apropiado si se emplea en otros niveles del proceso históri-



co. Sin embargo, se ha utilizado y mucho. Se ha hablado de una *revolución industrial* para referirse a unos cambios tecnológicos, a unos inventos y a su difusión que se desarrollan a lo largo de unas décadas; es decir, se describía un proceso más que una revolución y como en esas décadas el proceso no estaba concluido, dio pie a hablar de una «segunda» revolución industrial y de una «tercera», íntimamente ligada al desarrollo cibernético e informático. En suma, al hablar de revolución industrial, estamos hablando de un periodo de tiempo que se inicia en el último tercio del siglo XVIII y todavía no ha concluido, aunque el ritmo del desarrollo industrial es tan rápido que ya nos hemos habituado a él y el término pierde actualidad para quedar, por lo general, circunscrito a la fase final del Setecientos y la primera mitad del Ochocientos.

Otro tanto podemos decir de la llamada *revolución agraria*, cuyos atisbos precursores se descubren en la república holandesa, en el siglo XVII, se continúan en la Inglaterra de fines del siglo XVIII y desde allí se van extendiendo por el resto del continente, aunque algunos países se incorporan con un incuestionable retraso, mientras que, por otra parte, el proceso no ha concluido del todo actualmente, como vemos en las innovaciones que suponen los cultivos sobre arena y las técnicas de invernadero, aspectos en los que algunas zonas españolas constituyen la vanguardia de un proceso agrícola iniciado siglos atrás y, al parecer, inconcluso aún.

Lo mismo podríamos decir de la *revolución demográfica*, de la *revolución burguesa*, de la *revolución proletaria*..., pero no merece la pena seguir. Resulta más operativo intentar precisar el sentido de la utilización del término *revolución* en ámbitos como los que acabamos de señalar. Por la forma en que esos procesos son analizados, se entiende que al utilizarlo se pretende dar una idea de cambio radical, —no importa que ese cambio sea lento y progresivo—, que cualitativamente es valorado de forma muy «gráfica» y, en ese sentido, su utilización resulta expresiva de lo que supone la aparición del fenómeno que personaliza la revolución. Tal vez por eso no se produzcan confusiones en su utilización.

1. LOS INICIOS HISTORIOGRÁFICOS DE LA REVOLUCIÓN MILITAR

Pues bien, en el plano militar también irrumpe el término revolución y lo hace un tanto súbitamente: en 1956 aparecía en Belfast un libro cuyos ecos no trascendieron más que a ámbitos reducidos; se trataba de la obra de M. Roberts, *The Military Revolution*. Cuando fue editado se empezaba a consolidar el predominio historiográfico de los *Annales* y el materialismo histórico se abría paso como una arrolladora innovación metodológica, cuya aceptación por los investigadores sentenció durante varios lustros la historia militar, considerada como el último apéndice de una denostada historia política, entendida ésta por aquellos años como la pervivencia de una forma de hacer historia que por entonces se consideraba superada, máxime si pensamos que los *Annales* franceses mostraban interés por campos nuevos, en los que esbozaban innovadores métodos y marcaban derroteros historiográficos muy distintos de los que se habían seguido hasta del momento.

A tales giros metodológicos e historiográficos hemos de añadir otra realidad que iba en perjuicio de la historia militar: el hecho de que la mayor parte de sus cultivadores eran militares profesionales, que en gran parte carecían de formación como historiadores, ya que se habían formado como autodidactas y escribían sus conocimientos profesionales aplicándolos al pasado en la forma en que ellos entendían este tipo de historia, por lo que no iban más allá de los aspectos logísticos, tácticos y estratégicos, de manera que la historia militar era el relato de las campañas, de las batallas, de los planes de los estados mayores¹.

Cuando apareció el libro de Roberts, la historia militar así entendida —como la misma historia política, con la que a veces se identificaba— estaba periclitando; eso puede explicarnos el eco limitado que tuvo la publicación y que su conocimiento quedara reducido a ciertos ambientes predominantemente anglosajones. Aunque el interés, sobre todo de los vencedores, por la II Guerra Mundial lleva a desplazar la atención por ese fenómeno a épocas anteriores, lo que mantiene encendida la llama que alumbrará una de las renovaciones historiográficas más importantes habidas en nuestra disciplina. En efecto, varios lustros después la situación empezó a cambiar y la guerra se convirtió en un renovado campo de interés, hasta el punto de que casi rebasamos el umbral de sobre-valoración del fenómeno. Más adelante tendremos oportunidad de volver sobre esta cuestión.

En cualquier caso, lo que señala J. Keegan² es significativo, pues dice que por encima de la consideración de la guerra como la continuidad de la diplomacia por otros modos, como la describiera Clausewitz, la guerra implica mucho más que la política y es siempre una expresión de cultura, de manera que se podría decir que

¹ G. Best se ha referido a esta cuestión con tanto acierto como precisión en el prólogo a la edición inglesa del libro de J.R. HALE *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento 1450-1620*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, 1990. El párrafo es largo, pero merece la pena: «El término 'guerra y sociedad' ha sido objeto en los últimos tiempos de tal uso y abuso que reclama con viveza una definición. Cuando, hace unos diez años, comenzó a utilizarse como término histórico de uso corriente, contaba al menos con un significado nítido: así, como para algunos, la guerra era un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los generales, así también la historia y el análisis científico de la guerra se consideraban conceptos demasiado serios para ser confiados a militares y a entusiastas de la guerra, que eran quienes se dedicaban a escribir la mayor parte de las páginas sobre el tema. Por supuesto, estos últimos no tenían el monopolio. El estudio de la guerra atraía —y todavía atrae— la atención de estudiosos del mejor estilo. Sin embargo, junto a ellos —y a su pesar— había una pléyade de escritores de más estrechas miras para quienes el más cumplido título que se les podía conceder era el de 'historiadores militares', aunque a menudo el más adecuado fuese el de 'entusiastas de lo militar' e incluso el de 'maníacos de la guerra'. Los estudios sobre la guerra y la sociedad surgieron principalmente como reacción contra situaciones de este tipo que, limitándose en ocasiones a naderías, tales como uniformes, insignias y botones, rara vez contemplaban cuestiones de mayor magnitud que las batallas y campañas que además, consideraban estas bajo el punto de vista del soldado profesional, tendían a extrapolar el aspecto básico de la guerra de su contexto histórico total, e implicaban generalmente una visión de un ejército, armada o fuerza aérea contemplados desde dentro y al margen de cualquier interés por la naturaleza de sus conexiones con la sociedad por la que, nominalmente, se hacía la guerra».

² J. KEEGAN, *Historia de la Guerra*, Barcelona, Planeta, 1995, p. 71 y ss.





la guerra es la perpetuación de la cultura por sus propios medios. Una imagen de la guerra sorprendente, en verdad, por cuanto habitualmente la guerra viene siendo para todos nosotros sinónimo de destrucción, de barbarie, de violencia, de algo, en suma, que es la antítesis de la civilización. Considerarla una manifestación de la cultura no puede ser más llamativo y constituye una estimación o apreciación del fenómeno bélico que es fiel reflejo de cómo se orienta en la actualidad la consideración de la guerra, por lo menos en el plano bibliográfico.

Pues bien, en la base de esta renovada dimensión historiográfica hemos de colocar la obra de Roberts, a la que nos hemos referido, cuyo contenido se centra en el periodo comprendido entre 1560 y 1660, cien años en los que el autor advierte novedades y repercusiones bélicas que le mueven a hablar de «revolución», que para él está directamente relacionada con la aparición y consolidación de los Estados europeos absolutos y se manifiesta en cambios orgánicos y tácticos, en novedades armamentísticas, en el incremento del número de efectivos de los ejércitos, en el empleo de estrategias en consonancia con las novedades señaladas, en la profesionalización creciente del militar, en el aumento del coste de la guerra y en la mayor incidencia de sus consecuencias.

Las apreciaciones de Roberts y la cronología que él estableciera han perdurado durante lustros sin alternativas reales a sus propuestas, pero desde hace un par de décadas el tema de la revolución militar ha sido objeto de interés para numerosos especialistas, que están matizando el alcance y contenido de la citada revolución. Así sucede, por ejemplo, con G. Parker, quien propone un marco más amplio que la cronología de Roberts, entre 1500 y 1800³, en el contexto general del «ascenso de Occidente», del despliegue europeo, en el que la monarquía absoluta es la impulsora directa de esa revolución al necesitar ejércitos más numerosos y estar decidida a mantenerlos, sin que los costos económicos actuaran como elementos disuasorios de tal actitud. Según su opinión, uno de los cambios más significativos en el primer momento del periodo es el nuevo concepto de fortificación, que se concreta en la traza italiana; a lo que hay que añadir el empleo progresivo y permanente de las armas de fuego y la modernización naval con el empleo del cañón de bronce y el predominio de los barcos de vela, que desplazan y relegan a las galeras.

Unos años más tarde, C.J. Rogers lleva a cabo una puesta a punto⁴, que da cuenta de la complejidad del tema y, despegándose de la idea de «una» revolución militar, habla de episodios sucesivos que se inician con la revolución de la infantería en el siglo XIV, sigue la de la artillería en el siglo XV, la de las fortificaciones en el siglo XVI, la imposición del dominio de las armas de fuego entre 1580 y 1630 y el aumento de ejércitos y armadas desde la segunda mitad del siglo XVII hasta 1715. Sin embargo, en el desarrollo del debate, la discusión o la atención no siempre se han

³ G. PARKER, *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, Alianza, 1990.

⁴ C.J. ROGERS, *The Military Revolution Debate. Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*, Oxford, Boulder, 1995.

centrado en los límites cronológicos atribuidos a la revolución militar —a los que se les hace fluctuar mucho, como vemos— o en los factores que la determinan o la producen, prefiriéndose en ocasiones establecer cuál es el momento clave o determinante de la misma⁵, lo que en definitiva no es más que variaciones sobre el tema, que como decíamos más arriba, es de indudable complejidad en alcance y contenido⁶.

En efecto. Nos hemos referido a la ampliación de los límites cronológicos propuesta por Parker, que anticipan en más de medio siglo el inicio de la revolución militar, un periodo cuyo contenido desgrana Quatrefages con un enfoque que supone corregir un olvido o enfatizar una llamada de atención, ya que va a centrarse en la significación española en el inicio del proceso que estamos considerando, un proceso en el que la monarquía española no era tenida en cuenta en consonancia con su indudable protagonismo militar en los orígenes de la Europa moderna⁷. Por otra parte, el «retroceso» en la búsqueda de los orígenes de la revolución que nos ocupa ha ido todavía más lejos y se habla ya de sus orígenes medievales⁸.

2. LA GUERRA COMO REFERENTE

En cualquier caso, la guerra es uno de los referentes al que se recurre con frecuencia en el transcurso de las argumentaciones⁹, hasta el punto de que en el debate se introduce una cuestión de fondo que afecta a la consideración del hecho bélico en sí a lo largo de la Edad Moderna y a quien debía estudiarlo y analizarlo.

Por lo que respecta a esto último, se ha dicho que el historiador que estudie la guerra no debería ser un «historiador militar», ya que todas las actividades del

⁵ Por ejemplo, D. ELTIS, en su libro *The Military Revolution in Sixteenth-Century Europe* (Londres, Tauris Academic Studies, 1995), considera las primeras décadas del siglo XVI como el momento crucial y clave de la revolución militar, pues son los años en los que las armas de fuego portátiles o individuales, mosquetes y arcabuces, empiezan a imponer su supremacía.

⁶ Aparte de otras muchas cuestiones relacionadas con el tema, una aproximación a las directrices historiográficas fundamentales en el debate sobre la revolución militar, en E. MARTÍNEZ RUIZ y M. de P. PI CORRALES, «La investigación en la historia militar moderna: realidades y perspectivas», *Revista de Historia Militar, Núm. extraordinario* (2002), pp. 123-169. Vid. también en el mismo volumen de esa revista, D. GARCÍA HERNÁN, «Historiografía y fuentes para el estudio de la guerra y el Ejército en la España del Antiguo Régimen», pp. 183-292. En ambos trabajos hay suficiente información bibliográfica para profundizar en las cuestiones que hemos puesto de relieve y en las relacionadas con el tema que nos ocupa, lo que nos permite en esta ocasión ser muy parcos en las referencias, a fin de no cargar en exceso el aparato crítico, limitándonos a señalar lo más significativo desde nuestra óptica y en función de nuestro propósito en estas páginas.

⁷ R. QUATREFAGES, *La revolución militar moderna. El crisol español*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, 1996.

⁸ A. AYTON y J.L. PRICE, *The Medieval Military Revolution. State, Society and Military Change in Medieval and Early Modern Europe*, Londres, Tauris Academic Studies, 1995.

⁹ Para el cambio experimentado en su valoración remitimos a A. ESPINO, «La historia de la guerra (siglos XVI-XVIII). Del desprecio ideológico a su revalorización», *Iber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, 12 (1997), pp. 65-71.





hombre están relacionadas con los acontecimientos bélicos más o menos directamente. Así considerada, la guerra se entiende como integradora de experiencias humanas, unas experiencias que sólo se pueden entender adecuadamente si se relacionan entre sí, en lugar de analizarlas aisladamente, como era habitual hacerlo antes¹⁰. Por otra parte, al convertirse la guerra en una actividad humana de gran amplitud por lo que respecta a sus causas y efectos, se ha dicho que los historiadores militares serían mejores profesionales si reflexionaran sobre lo que hace a los hombres matarse entre sí, pues la guerra «está arraigada en lo más profundo del corazón humano, un reducto en el que se diluyen los propósitos racionales del yo, reina el orgullo y predomina lo emocional»¹¹.

Y en cuanto a la consideración del hecho bélico en sí, Roberts sostenía que la mayor incidencia y evolución de la guerra tenía lugar en los siglos XVI y XVII, porque en el siglo XVIII su alcance era más limitado, como corresponde a las pocas innovaciones técnicas y armamentísticas, a la reducción de la incidencia de la guerra en la población y a su menor violencia, ideas que fueron compartidas¹² y criticadas.

Entre los que no las comparten, merece la pena destacar a J. Black, que reacciona contra ese planteamiento y se niega a aceptar que los cambios importantes en la guerra tuvieran lugar antes de la de los Treinta Años o después de la Revolución Francesa de 1789; en apoyo de sus argumentos pone de relieve cuestiones y factores del siglo XVIII en los que no se había reparado suficientemente. A este respecto, Black destaca: el aumento extraordinario de los efectivos de los ejércitos, en unas cantidades que no se pueden considerar como una mera continuación de crecimientos precedentes; las modernizaciones y mejoras del armamento habidas entre 1660 y 1720 (entre ellas una de enorme simbolismo: la sustitución de la pica por la bayoneta); las innovaciones tácticas, en las que se busca cierta complementación entre la movilidad y la potencia de fuego; la existencia de grandes batallas (Almansa, Poltava, Bitondo, etc.) y el despliegue auténticamente mundial de la marina¹³.

Ahora bien, al aproximarnos a la guerra como fenómeno humano es obligada la referencia a A. Corvisier, autor de una amplia producción bibliográfica¹⁴, en la que dedica especial atención a las masas en la guerra, una especie de reacción contra la visión más generalizada que considera la guerra como una historia de jefes y caudillos, en la que las tropas eran el anónimo indispensable para que la guerra fuera tal y para que por encima de ellas destacaran sus dirigentes; de la misma forma, pone un énfasis especial en la perspectiva más humana de las guerras, al

¹⁰ Esto es lo que señala M. HOWARD en la introducción de su libro *La guerra en la Historia europea*, México, 1983.

¹¹ J. KEEGAN, *Historia de la Guerra*, p. 21.

¹² Como sucede, por ejemplo, con D.G. CHADLER, *The Art of War in the Age of Marlborough*, Nueva York, 1976.

¹³ J. BLACK, *European Warfare. 1660-1815*, Londres, UCL Press, 1994.

¹⁴ De sus obras sólo vamos a citar: *Armées et sociétés en Europe de 1494 a 1789*, París, Presses Universitaires de France, 1976 (que ya es un auténtico clásico); *La guerre. Essais historiques*, París, 1995, y *Dictionnaire d'art et d'histoire militaires*, París, 1988.



destacar la crueldad que entrañan y las pérdidas de todo tipo, no sólo humanas, que producen¹⁵ y que siempre son de complicada estimación o evaluación. Es cierto que se están avanzando estimaciones globales sobre algún siglo o se ofrecen cifras concretas de las bajas en tal o cual campaña, pero de momento no se cuestiona seriamente la generalización que considera las guerras de los siglos XVI y XVII de mayor dureza y más sangrientas que las del XVIII, donde hacen que las guerras sean menos espantosas la urbanidad y los convencionalismos de la época¹⁶, unidos al hecho de que las poblaciones civiles no están tan expuestas a los desmanes de las tropas y la vida humana parece gozar de una mayor consideración que en épocas anteriores¹⁷, una valoración que no es unánimemente compartida, ya que algunos autores piensan que esa «suavización» lo que en realidad significaba es que había más supervivientes, es decir, que quedaban «ojos para llorar», toda vez que la intensidad y desarrollo de las guerras es, en realidad, un proceso que va subiendo de intensidad sin retrocesos o paradas¹⁸.

Igualmente, en esta nueva consideración de la guerra y de sus consecuencias, se han hecho muchas valoraciones, dando lugar a discusiones de alcance puntual o de gran entidad¹⁹. Por ejemplo, se discute sobre si reportó o no beneficios que facilitaron el arranque de la revolución industrial y favorecedores del desarrollo económico general; también se debate sobre su incidencia en el desarrollo del Estado y de la administración, lo mismo que se ha discutido sobre el papel del ejército como vehículo de promoción social, algo que hoy goza de aceptación generalizada y sólo se anda en matizaciones sobre su duración e intensidad²⁰.

¹⁵ Esta cuestión nos parece de gran importancia, porque hasta los años 60 del siglo pasado no se tomaron en cuenta con seriedad los azotes de la guerra, particularmente en el plano demográfico, pues no sólo había que cuantificar las pérdidas directas, sino también las muertes causadas de manera indirecta por ella; como unas y otras eran difíciles de evaluar se tendía a despreciarlas. Hoy, se ha invertido la tendencia y se profundiza en el estudio de las desgracias causadas por los conflictos armados. Como muestra puede servirnos la obra siguiente: A. CORVISIER y J. JACQUART, *Les malheures de la guerre. I De la guerre à l'ancienne à la guerre réglée*, París, Editions du CTHS, 1996, un tema que no ha tenido cultivadores numerosos hasta hace poco, pero que viene de lejos, pues ya encontramos obras al respecto a principios del siglo XX, como la de F. PRINZING, *Epidemics Resulting from War*, Oxford, Clarendon, 1916.

¹⁶ Vid. lo que señala al respecto C. DUFFY, *The Military Experience in the Age of Reason*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1987.

¹⁷ Vid. al respecto, E. WANTY, *La historia de la Humanidad a través de las guerras*, Madrid, Alfaguara, 1972.

¹⁸ Así lo ve, por ejemplo, Weigley, que explica que la espiral de violencia que percibe en el desarrollo de las guerras está motivada por la imposibilidad de obtener un triunfo decisivo sobre el contrario, lo que condujo «al recurso calculado y espontáneo de mayores y más bajas crueldades en siglos sucesivos», vid. R. WEIGLEY, *The Age of Battles*, Londres, Pimlico, 1991, p. 541.

¹⁹ Un cambio que refleja gráficamente el título de un interesante trabajo: M^a. del Carmen SAAVEDRA VÁZQUEZ, «De la 'historia de las batallas' al 'impacto de la guerra': algunas consideraciones sobre la actual historiografía militar española», *Obradoiro de Historia Moderna*, 1 (1992), pp. 207-221.

²⁰ He aquí un par de ejemplos sobre tales aspectos: Bowen destaca los efectos de la guerra en el desarrollo del Estado, de la sociedad y de la economía en Gran Bretaña, además de valorar la



Cuestión de vital importancia siempre ha sido y es el coste de la guerra, que constituye un auténtico rompecabezas para cualquier gobierno que esté ante un conflicto de larga duración, motivo por el que se busca que la guerra se «autofinancie», lo que se puede conseguir si se ocupa un territorio con rapidez y sin excesivos daños, ya que así se puede exigir por los ocupantes que los lugareños les proporcionen vituallas y dinero. Pero como esa circunstancia no era nada frecuente, el coste de la guerra va a ir repercutiendo de modo creciente en la fiscalidad de los países beligerantes, pues los ejércitos eran tanto más eficaces cuanto mayor era la diligencia en la percepción de las soldadas, ya que un ejército puntualmente pagado no protagonizaba saqueos ni motines²¹.

La verdad es que el interés historiográfico por la guerra no es gratuito, pues lo que escribe Hale en relación a los inicios de la Modernidad²² es aplicable en mayor o menor medida al resto de ese periodo histórico, en el que resulta difícil encontrar un periodo de tres o cuatro años en que no hubiera una guerra en Europa o en otro lugar del mundo, con las consiguientes preocupaciones para los gobiernos y las sociedades, que llegan a familiarizarse con la guerra y a aceptar como inevitables sus males²³. Por otra parte, la frecuencia de las guerras en nuestro continente ha

influencia de la revolución americana en los cambios registrados en la dirección y en la naturaleza de la guerra, algo en lo que coincide con Conway. Vid. H.V. BOWEN, *War and British Society, 1688-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, y S. CONWAY, «Britain and the impact of the American War, 1775-1783», *War in History*, 2 (1995), y *The War of American Independence, 1775-1783*, Londres, Edward Arnold, 1995.

²¹ Vid. sobre el particular, M.S. ANDERSON, *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen, 1618-1789*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, 1990, y J.V. POLISENSKY (ed.), *War and Society in Europe, 1618-1648*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

²² «Probablemente no hubo un solo año en este periodo en que no hubiera una guerra ni tuviera lugar un acontecimiento que no se hiciera eco de este sentir general. Había varias fronteras inestables (Escocia/Inglaterra, España/Portugal, Francia/España, Francia/Borgoña imperial, Hungría cristiana/Hungría turca) en las que abundaban las incursiones y contraincursiones, donde nadie iba desarmado y ninguna guarnición podía hacer lo que mejor le parecía, por ejemplo, empeñar sus armas y hacer la corte a las hijas de los taberneros» (HALE, *Guerra y sociedad*, p. 29).

²³ Por ejemplo, ANDERSON, *Guerra y sociedad*, p. 15, escribe: «A principios de la Edad Moderna, prácticamente todos los habitantes de Europa consideraban la guerra algo normal e incluso necesario, y hasta los acontecimientos parecían confirmar esta opinión. Entre 1618 y 1660 no hubo un solo año en que no se produjera algún conflicto grave entre dos o más naciones europeas y durante ese mismo periodo varias guerras se libraron simultáneamente en diferentes partes del continente... En cuanto factor integrante e inevitable de la vida cotidiana, se aceptaba como el mal tiempo o una epidemia, como algo que el hombre de la calle no podía impedir, como algo que debía asumir en lugar de analizar. La frase de Lutero de que 'la guerra es tan necesaria como comer, beber o cualquiera otra actividad' refleja en términos rotundos esa actitud realista y fatalista a la vez... Era evidente que, a corto plazo, para muchos significaba la muerte, la destrucción y el desamparo. Contra este hecho incuestionable se esgrimía el antiguo y arraigado argumento de que la paz prolongada ablandaba la fibra moral de la sociedad, que, de este modo, cedía al relajamiento de las costumbres y se volvía indolente y corrompida; la guerra, en cambio, concentraba y movilizaba la energía, sacaba a la luz muchas de las buenas cualidades del ser humano y, en general, tenía efecto tónico y purificador».

contribuido a destacar el papel del ejército en la vida interna de los Estados, así como el papel de sus mandos, muy vinculados a los medios gubernamentales²⁴.

No obstante y pese a la omnipresencia de la guerra, la historia militar es más que la historia de ésta, de la misma forma que la revolución militar no se mide sólo por la dinámica de los campos de batalla, sino por los elementos que actúan como agentes de esa dinámica.

3. LOS INICIOS DE LA REVOLUCIÓN MILITAR Y LA APORTACIÓN ESPAÑOLA

Como ya hemos anticipado, se considera que la revolución militar es resultante de la conjunción de factores diversos (innovaciones tácticas, novedades armamentísticas, incremento de efectivos, etc.) y se le atribuye una incidencia mayor o menor en la vida de los estados, de forma que su trayectoria en cierto modo queda vinculada a tal fenómeno, si bien no faltan opiniones que no la valoran como determinante²⁵, aunque está más generalizada la opinión de que determinadas potencias europeas gozan de una posición dominante en el mundo a fines del siglo XVIII gracias al despliegue técnico logrado y a su superior tecnología armamentística, que les da una mayor movilidad permitiéndole estar presente en todos los mares y disponer de una potencia de fuego superior, lo que unido a los cambios en la organización política y militar explican la supremacía mundial europea de aquellos años.

3.1. LOS PLANTEAMIENTOS

Pues bien, desde comienzos de la Edad Moderna se observa cómo en la mayoría de los gobiernos se registran intentos para que el Estado fuera el único administrador de las fuerzas armadas, de manera que ni los particulares ni ningún otro poder o institución pudieran tener tropas a su servicio, máxime si podían utilizarlas contra el poder central o en la defensa de sus reductos. Una tendencia que se define con la configuración de la monarquía autoritaria o nacional y que prosigue su afirmación hasta llegar a la monarquía del Despotismo Ilustrado.

Como ya hemos dicho, Quatrefages empezó a enmendar el yerro que significaba no ponderar adecuadamente u «olvidarse» de la aportación española a los

²⁴ Una aproximación a esa realidad en el mundo hispánico, en R. QUATREFAGES, «Les militaires et le pouvoir dans le monde iberique. Introduction historique (xve-xviii siècles)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, autoeditor, t. XIV (1978), pp. 537-543.

²⁵ Por ejemplo, P. KENNEDY, en su libro *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Globus Comunicación, 1989, plantea la tesis de que los cambios militares no explican el orto y el ocaso de las potencias.



inicios del proceso de modernización militar europeo, algo sorprendente, por cuanto la monarquía de los Reyes Católicos es uno de los «modelos» de la monarquía nacional renacentista; posiblemente, más precoz en su formación que los «modelos» inglés y francés y el más dinámico de los tres, como se comprueba en su despliegue exterior hacia Italia, América y norte de África.

Pero tan precoz inicio no se traduce en el desarrollo de un proceso progresivo, ya que hay retrocesos, como sucede en torno a la década de 1570 y después, cuando Felipe II trataba de encontrar elementos alternativos para la defensa peninsular²⁶, aunque las especiales circunstancias de la armada —con las travesías oceánicas— muestran cómo el control real se hace más patente y constante²⁷. Posteriormente, en el siglo XVII, al entrar en crisis el dispositivo militar arbitrado por la monarquía hispánica para la defensa de sus intereses, se producen vacilaciones que afectan tanto al ejército como a la armada²⁸. Incluso en el siglo XVIII se producen tentativas regresivas²⁹, pero sin éxito porque la tendencia del proceso era irreversible, aunque en este tiempo se está produciendo un desfase, que se traduce en que la monarquía española pierda los puestos de vanguardia y ya no hará más que acen-tuar su retroceso en el siglo XIX.

Coloquémonos en el inicio del proceso, que es lo que realmente interesa en esta ocasión. Reparemos en lo sucedido en el último tercio del siglo XV y en los primeros años del siglo XVI, lo que se suele considerar la transición de la Edad Media al Renacimiento, periodo en el que la actividad bélica en Europa fue constante, especialmente para algunos países, entre ellos el nuestro, donde los expertos van acumulando experiencias en este terreno para sacar en claro que la victoria en las guerras no sólo se obtiene mediante combatientes experimentados, sino también por la capacidad que se tenga para movilizar efectivos crecientes y dotarlos de manera adecuada en unos años en que progresa la fabricación y el uso de las armas de fuego portátiles; igualmente, perciben que el triunfo se podía alcanzar no sólo atacando sino también resistiendo, lo que hace pasar a primer plano el tema de las

²⁶ Hay evidencias incuestionables al respecto en las publicaciones siguientes: I.A. THOMPSON, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Barcelona, 1981; E. MARTÍNEZ RUIZ, «Felipe II y la defensa de la Monarquía: las ciudades», en E. MARTÍNEZ RUIZ (dir.): *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía*, vol. I, Madrid, Actas, 2000, pp. 98-107, y «Felipe II, los prelados y la defensa de la Monarquía», en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, vol. IV, Madrid, Parteluz, 1999, pp. 450-467; D. GARCÍA HERNÁN, «Felipe II y el levantamiento de tropas señoriales», *Ibidem*, y «Los señoríos madrileños en la política militar de Felipe II: El Condado de Manzanares», *Madrid. Revista de Arte, Geografía e Historia*, 1 (1998).

²⁷ Vid. lo señalado por M. de P. PI CORRALES, «Naos y armadas: el mundo marítimo de Felipe II», *Torre de los Lujanes*, 34 (1997), pp. 31-62.

²⁸ Más detalles en E. MARTÍNEZ RUIZ, «Los ejércitos hispanos en el siglo XVII», en *Calderón de la Barca y su tiempo*, vol. II, Madrid, 2001, pp. 97-120, y M. de P. PI CORRALES, «La Armada en el siglo XVII», *Ibidem*, p. 121 y ss.

²⁹ Algunas muestras en E. MARTÍNEZ RUIZ, «Ejército y milicias de la Guerra de la Convención a la Guerra de la Independencia», *Torre de los Lujanes*, 29 (1995), pp. 45-59.

fortificaciones, ahora estudiadas y proyectadas desde un nuevo enfoque en el que la artillería desempeña un papel fundamental. En suma, en los años referidos, en los que algunas interpretaciones colocan el «arranque de la revolución militar», se produce la confluencia de cuatro factores fundamentales:

- Un equipo que planifica y organiza la guerra desde el poder.
- Unos efectivos en ascenso, bien instruidos y pertrechados, capaces de adaptarse a las nuevas formas de lucha y de influir directamente en la implantación de esas formas.
- El incremento de la significación de la artillería y de las armas de fuego portátiles individuales.
- Una adaptación de la fortificación a las nuevas exigencias de la guerra.

Pues bien, en la España de ese periodo, en la de fines del siglo xv y comienzos del siglo xvi, en la España de la transición del Medievo al Renacimiento, en la España de los Reyes Católicos, en definitiva, encontramos no sólo la presencia de esos cuatro factores, sino también aportaciones decisivas en unos casos e implicaciones directas en otros, por lo que no se debe desconsiderar la significación española en los orígenes de la denominada revolución militar³⁰.

Las innovaciones militares españolas de aquellos años tienen dos «laboratorios», dos bancos de pruebas en los que la realidad se analiza, se contrasta y se depura al acumularse experiencias que van marcando la pauta en las transformaciones y modernización del ejército. Esos laboratorios son la denominada «guerra de Granada» (la guerra contra el reino islámico nazarita; desarrollada entre 1482 y 1492, concluye con la presencia del último reducto independiente del Islam español) y las guerras de Italia (en las que, de forma discontinua —para nosotros en esta ocasión, entre 1495 y 1504, especialmente—, franceses y españoles dirimen su supremacía en Italia, decantándose a la postre favorablemente para el lado español).

En la historiografía española, la guerra de Granada ha sido considerada por muchos como el acontecimiento que marca en el terreno militar la transición del

³⁰ Ni en los orígenes ni después, pues hasta mediados del siglo xvii, prácticamente, la Monarquía Hispánica está en vanguardia en lo que podemos considerar el desarrollo militar europeo. Posteriormente, su importancia decrece, pero hasta entonces, los ejércitos españoles en Europa y la estructura y administración militar levantada por los Austria tenían muchas cosas que decir, pues se mantenía «operativa» la articulación de los recursos armados en dos estructuras básicas, que hemos denominado «ejército interior» y «ejército exterior», descansando este último en los denominados *Tercios*, las unidades tácticas y orgánicas de la infantería española creadas por Carlos v, que consolidan el predominio de la Infantería sobre la Caballería, convirtiéndose en dueña y señora del campo de batalla. Para estas cuestiones, vid.: E. MARTÍNEZ RUIZ y M. de P. PI CORRALES, «Un ambiente para una reforma militar: la Ordenanza de 1525 y la definición del modelo de ejército interior peninsular», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 21 (1999), pp. 191-216; R. QUATREFAGES, *Los Tercios*, Madrid, 1983, y J. ALBI DE LA CUESTA, *De Pavía a Rocroi. Los Tercios de infantería española en los siglos xvi y xvii*, Madrid, Balkan, 1999.





Medievo a la Modernidad, poniendo de relieve en su desarrollo rasgos típicamente medievales (como el empleo de las huestes y mesnadas, carencia de planes previos de campaña, persistencia de las «hazañas» personales, etc.) y otros que apuntan ya a los nuevos tiempos (regularización del ejército bajo el mando único del rey, preparación sistemática de las campañas atendiendo al plan general de la guerra, incremento de los efectivos de infantería, empleo de la artillería, desarrollo de servicios auxiliares —hospitales, gastadores, etc.—). A veces, hasta se ha llegado a dar una fecha (el invierno de 1484 a 1485) para señalar el punto de inflexión entre el predominio indiscutido del carácter medieval de la contienda y la transición hacia los nuevos valores³¹.

Cuando todavía se estaba viviendo el reflujó de la guerra recién terminada en el sur de la península ibérica, es decir, cuando se acaba de cerrar la «guerra en casa», poniendo fin a ocho siglos de enfrentamiento directo con el Islam, va a abrirse en otra península, en la italiana, un nuevo ciclo bélico que van a protagonizar sobre todo dos ejércitos animados por tendencias muy diferentes. Por un lado, tenemos al ejército francés, con una granada experiencia y con una caballería pesada como arma dominante, reputada como la mejor del momento, motivos por los que podía mantenerse la confianza en su estructura y eficacia. Por otro, tenemos al ejército de los Reyes Católicos; un ejército que en la guerra de Granada estaba compuesto por un heterogéneo conjunto de tropas, en las que había una indudable pervivencia medieval³² y ese ejército, nada más terminar la contienda, inicia una profunda transformación, marcada por dos tendencias: el afán del soberano de ser él el único jefe de la fuerza armada y la adecuación de su estructura para enfrentarse con éxito al enemigo a batir, que no era otro que Francia, por lo que se busca crear una caballería pesada capaz de enfrentarse a la gala.

El ejército que proyectan Isabel y, sobre todo, Fernando no sólo ha de superar, pues, un profundo reajuste, sino también debe afrontar nuevos retos: de com-

³¹ Más detalles y referencias bibliográficas complementarias, en E. MARTÍNEZ RUIZ, «El Gran Capitán y los inicios de la 'revolución militar'», en *Córdoba, el Gran Capitán y su época*, Córdoba, Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, 2003, pp. 153-176.

³² Ese ejército estaba constituido por elementos y aportaciones diversas, cuyo núcleo aglutinante lo constituían las guardas reales, permanentes, reclutadas y pagadas por la Corona y constituidas en su mayor parte por hombres de armas (considerados como la caballería pesada), aunque no faltaban caballeros a la jineta (o la caballería ligera) y además incluían a los continos (que eran la guardia palatina por excelencia). También estaban los efectivos de la caballería de vasallos o de acostamiento, que recibían un sueldo o ayuda de costa de la Corona con la obligación de estar disponibles en cualquier momento. Igualmente, se habían reunido allí las fuerzas de la Hermandad, tanto de caballería como de infantería, a las que el rey Católico pensaba por entonces convertir en la base de su ejército permanente para no depender de las Cortes ni de la nobleza en sus compromisos militares; proyecto al final abandonado por imposible. Junto a estos efectivos estaban, además, los contingentes señoriales, que acudieron a la llamada real para ser protagonistas de un acontecimiento de tanta trascendencia como era la conquista del reino de Granada, máxime cuando el rey asumía los costos. Y no faltaron ni las milicias concejiles ni las comarcales. Apoyadas todas por algunas piezas de Artillería, el embrión de esa arma en nuestro país.

batir «en casa», pasa a combatir fuera, lo que le exigirá resolver problemas de transporte, de avituallamiento, de acampada y de reacción a escala desconocida hasta ese momento. Una prueba que superará con innegable éxito, pues además de salir victorioso en el envite, muestra una indudable versatilidad, cuyas realizaciones concretas marcan las pautas de la aportación española a la revolución militar, al tiempo que sentencian el ocaso de un ejército basado en la caballería y anuncian el éxito de unas fuerzas armadas que descansan, sobre todo, en los efectivos de infantería. Por eso, si tuviéramos que adelantar una conclusión, ésta sería: las guerras de Italia son un hito en la historia militar europea, pues encontramos todos los elementos que luego van a ir desarrollándose, empezando por consagrar la superioridad de la infantería en el campo de batalla, sobre tropas cuya confianza en la victoria estaba puesta en la caballería, y continuando con el cuestionamiento del sistema de fortificaciones, batallas campales en las inmediaciones de ciudades sitiadas y creciente importancia de la artillería. La batalla de Pavía (1525) resulta simbólica, al poder interpretarse como el temprano anuncio de tal cambio, ya que lo más granado de la caballería francesa no puede impedir que su rey sea hecho prisionero y sufre un duro revés a manos de tropas mayoritariamente de a pie.

3.2. LA PRÁCTICA

Nada más concluir en los inicios de 1492 la conquista del reino nazarita, se suceden una serie de medidas que van a culminar en la creación de un cuerpo especial llamado «guardas o guardias de Castilla» que se pone en marcha el 2 de mayo de 1493 y que tendría una vida de dos siglos, poco más o menos, siendo considerado como la primera planta de las fuerzas permanentes de nuestro ejército. El nuevo cuerpo venía a sustituir las antiguas guardas reales, que constituían la parte fundamental del ejército de los soberanos al comienzo de la guerra de Granada. Esas antiguas guardas estaban compuestas por hombres de armas —el equivalente a la caballería pesada— y eran reclutadas y pagadas por el rey. El cuerpo que venía a sustituirlas estaba compuesto por 25 capitanías de 100 plazas cada una, lo que supone un total de 2.500 hombres y el mecanismo de su puesta en marcha se contenía en la Instrucción de 1494. En el nuevo cuerpo, cuatro quintas partes de los efectivos eran hombres de armas, cada uno de ellos con dos caballos, armadura completa y lanza de arandela. La otra quinta parte la formaban lanzas jinetas, protegidas con armadura mucho más ligera, ya que sólo tenían casco, coraza y protección para las piernas; sus armas eran la ballesta, el puñal y la espada.

La reforma es un exponente de las preocupaciones que animaban al rey Católico en aquellos momentos y que se polarizaban en dos ámbitos distintos. Por una parte, en las experiencias sacadas de la guerra recién terminada, donde pudo comprobar las deficiencias de las heterogéneas tropas que tuvo que dirigir, haciéndole pensar en la conveniencia de que el rey no dependiera de nadie en sus planes militares. Por otra parte, la convicción de que el choque con Francia no tardaría en producirse, ya que los intereses de ambas partes iban a entrar en conflicto en Italia a no tardar mucho. Las guardas constituían la respuesta del rey a sus inquietudes: le





permitían disponer de unos efectivos «propios» y permanentes y esos efectivos le daban opciones de éxito ante el inminente enemigo.

Ahora bien, la creación de las Guardas es uno de los componentes de una reforma militar preparada por un grupo de capaces colaboradores del rey, que le asesoraron de manera precisa y certera, un grupo que ha estado mucho tiempo «en la sombra», oscurecido por la misma figura de Fernando y por las de sus victoriosos generales (Tendilla, Fernández de Córdoba, Pedro Navarro...), ya que sus tareas, de fuerte impronta administrativa o teórica, silenciosas, apenas si trascienden el ámbito cortesano; es más, si no fuera porque el rey es su aglutinante, tal vez ni siquiera nos dieran imagen de grupo. Pero lo cierto es que con Alonso Fernández Palencia y Alonso de Quintanilla al frente, van incorporando a las experiencias pasadas las que se extraen de las campañas en Italia. El resultado es una reforma que queda plasmada en la Ordenanza de 1503, cuyo contenido acababa con la autonomía de los diversos contingentes anteriores, aunque no con su heterogeneidad, pero la dirección y la organización serían cosa del rey. Es cierto que la estructura de la fuerza armada seguía basada en el predominio de la caballería pesada, pero las «realidades» italianas estaban dejándose sentir inexorablemente. Razones económicas —las fuerzas de infantería eran mucho menos costosas que las montadas, aunque se tratara de caballería ligera— y de eficacia —en las campañas italianas, Gonzalo Fernández de Córdoba estaba mostrando las posibilidades de la infantería— iban a imponer un giro irreversible. Un giro que los españoles iban a impulsar, por cuanto tenían experiencia acumulada en los planos que resultarían justamente el centro de las novedades.

En efecto, en orden a la movilización de efectivos, en la campaña que culminaría con la rendición de Granada, las tropas a las órdenes del rey Católico alcanzaban los 80.000 hombres, un 25 % más de las que habían sido habituales en las campañas anteriores y el doble de las que el rey de Francia tenía por esas mismas fechas. Claro que entre campaña y campaña, Fernando sólo mantenía en pie unos grupos muy reducidos de combatientes, pero los resortes de la movilización resultaban eficaces. Por ejemplo, en 1489, los efectivos de caballería eran 13.000 hombres, mientras que los de infantería alcanzaban los 40.000; cifras en donde podemos observar que se mantiene la proporción más generalizada a lo largo de toda la guerra contra los granadinos: tres plazas de a pie por una montada. Además, en las compañías de infantería había un arcabucero y un ballestero por cada tres combatientes armados con armas de otro tipo. Sin embargo, de estas cifras no conviene sacar conclusiones apresuradas, toda vez que en Castilla, durante la Reconquista, las fuerzas de a pie habían sido siempre muy consideradas y suponían un contingente importante en el ejército real.

Por otro lado, el Rey y sus colaboradores también habían descubierto las posibilidades de la artillería³³ y de las minas, que derribaron con facilidad las forta-

³³ Andrés Bernáldez comentaba que gracias a la Artillería, en la guerra de Granada, «grandes ciudades que en otros tiempos habían resistido un año frente a cualquier enemigo que no fuera el hambre, caían ahora al cabo de un mes».

lezas granadinas³⁴, lo que impulsa a la Corona a emprender una serie de obras muy diversas nada más concluir la guerra: barreras con cubos, grandes baluartes con diferentes niveles de tiro y complejos sistemas de ventilación³⁵.

Con este bagaje, acumulado en los cuatro planos que antes destacábamos como fundamentales en los inicios del fenómeno que nos ocupa, es con el que la Corona española afronta las guerras de Italia, donde el giro hacia la nueva realidad bélica se hace irreversible.

Por lo que respecta a los efectivos, la composición de los ejércitos expedicionarios es elocuente y la utilización de la fuerza dominante, la infantería, resulta revolucionaria. En la primavera de 1495, embarcan con el Gran Capitán 5.000 infantes y 600 jinetes³⁶; con ellos realiza a lo largo del verano un tipo de guerra similar al desarrollado contra los árabes: «Es decir, una pequeña guerra de hostigamiento, salpicada de golpes de mano, de escaramuzas, de emboscadas»³⁷. Los éxitos logrados así, son reforzados por la llegada de nuevos contingentes. Un año después, en la primavera de 1496, la capacidad y eficacia reclutadora de la Corona quedó de manifiesto cuando fue capaz de concentrar en la frontera de los Pirineos orientales 17.710 peones y 7.005 jinetes.

Más explícitos son los datos relativos al cuerpo expedicionario enviado a Italia desde Málaga a mediados del año 1500, pues por lo que respecta a las fuerzas de infantería, iban 750 espingarderos, 2.058 ballesteros y lanceros, 20 escuderos de a pie y 97 condenados por homicidio que redimían su pena combatiendo: en total, 3.042 hombres; por lo que hace a la caballería, los efectivos se repartían por igual

³⁴ En el caso español, G. PARKER ha escrito en *La revolución militar*, p. 35: «gracias a disponer de un tren de sitio de unas 180 piezas, los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, pudieron apoderarse en diez años (1482-1492) de los puntos fortificados del reino de Granada que durante siglos habían resistido a sus antecesores. Parecía como si la era de las 'defensas verticales' hubiera concluido».

³⁵ Las obras de fortificación tuvieron en los artilleros Juan Rejón y Ramiro López dos de sus más significados creadores. El mejor exponente de las nuevas obras es la fortaleza de Salses, que Ramiro López empezó a levantar en 1497. «Es esta fortaleza la primera construcción de transición española que figura con todos los honores en cualquier historia de fortificación europea, quizá debido al hecho de que resistió con éxito el formidable cerco de la artillería francesa en 1503 y que fue citada por Dureró como una de las mejores fortalezas de Europa. Paradójicamente, su diseñador era desconocido en Europa hasta hace pocos años y no podía relacionarse con ninguna escuela de fortificación». Vid. COBOS GUERRA y CASTRO FERNÁNDEZ, «Diseño y desarrollo técnico de las fortificaciones de transición española», en *Las fortificaciones en el imperio de Carlos V*, coord. Carlos J. HERNANDO SÁNCHEZ, Madrid, Ediciones del Umbral, 2000, p. 219 y ss. La cita, p. 222.

³⁶ Estas cifras y las demás que manejamos están tomadas de R. QUATROFAGES, *La Revolución Militar Moderna*, caps. 1 y 2.

³⁷ «Debemos subrayar la ventaja de la infantería ligera castellana compuesta en su mayoría por escudados, soldados equipados con un dardo y una espada, protegidos con un escudo redondo, conforme a la ordenanza del 5 de octubre de 1495. Llevaron a la práctica, de forma casi natural, una táctica granadina, pegándose al terreno, esquivando el choque, con importantes golpes de mano y una gran movilidad para consolidar el avance. El combate cuerpo a cuerpo privaba de su ventaja a distancia a los piqueros suizos y a los ballesteros gascones». *Ibidem*, p. 121.



entre hombres de armas y lanzas jinetas: 300 de cada clase; por último, la artillería, compuesta por una capitania en la que figuraban 8 cañoneros, 17 tiradores y 2 carpinteros, es decir, 27 hombres³⁸. A estas fuerzas se unirían las enviadas en el verano del año siguiente, 1501, que situarían, poco más o menos, los efectivos españoles en 600 hombres de armas, 700 jinetes, 5.000 infantes y 18 cañones, unos efectivos que luego aumentarían en 2.500 infantes, con los que se dejaba a los franceses en inferioridad; circunstancia a la que hay que añadir la «moderna» utilización de los espingarderos en las maniobras de aproximación en el combate y en la primera fase del choque y la posterior utilización del resto de la infantería, sin opciones para la caballería enemiga, algo que queda patente en las batallas de Ceriñola y Garellano.

Por lo que respecta a la artillería y a la fortificación, las guerras de Italia las enlazan inseparablemente: el factor de tal unión no es otro que el desarrollo de la técnica, que viene a incidir de manera directa en los planteamientos militares y en el desarrollo bélico hasta producir cambios significativos³⁹, que arrancan de la utilización del poder de la deflagración de la pólvora⁴⁰. En efecto, decisiva fue la invención a comienzos del siglo xv de los cañones de sitio, poderosos artefactos de eficacia, en principio, más aparente que real. A lo largo del siglo y posteriormente, la artillería experimentará un largo proceso de perfeccionamiento, que simplificará las operaciones, pero aún le quedaba un largo camino por recorrer, ya que podemos decir que por entonces sólo estaba en embrión.

Sin embargo, la creciente utilización de las modernas piezas de artillería provocará la búsqueda de soluciones para neutralizar sus efectos, lo que concentra la atención sobre las fortificaciones. El primero que propugnó un cambio en su construcción fue el italiano León Battista Alberti, humanista y arquitecto, que sostenía que si las murallas fueran construidas como dientes de sierra y los recintos en forma estrella, podrían resistir mejor el fuego artillero. Pero sus propuestas no fueron estimadas más que en contados casos⁴¹, hasta que Carlos VIII de Francia invadió

³⁸ Veamos ciertas consideraciones de interés sobre algunas de estas cifras. Respecto a la de los espingarderos, ese número suponía «más de la cuarta parte de los efectivos totales y más de la tercera parte de las otras categorías de soldados, lanceros y ballesteros juntos... una indicación más de una percepción extraordinariamente precoz de la importancia de las armas de fuego» y en cuanto a los escuderos a pie, «se trataba de un grupo de escuderos en el sentido de caballeros, integrado en una capitania de infantería... Al menos se debe constatar el comienzo de una disminución de los prejuicios que hará que los nobles acepten entrar en las filas anónimas de los futuros tercios para combatir a pie». *Ibidem*, pp. 130 y 129, respectivamente.

³⁹ Vid. A. GUILLERM, *La pierre et le vent. Fortifications et marine en Occident*, París, 1985, y J.F. VERBRUGGEN, *The Art of War in Western Europe during the Middle Ages*, Oxford y Ámsterdam, North-Holland, 1977.

⁴⁰ Para las cuestiones relacionadas con la inicial utilización de la pólvora en la artillería, W. MCNEILL, *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.*, Madrid, siglo XXI, 1988.

⁴¹ Para estas cuestiones remitimos al ya citado volumen *Las fortificaciones en el imperio de Carlos V*, coordinado por Hernando Sánchez.

Italia en 1494-95, con 18.000 hombres y un tren de artillería de más de 40 piezas, algo que hace pensar a los contemporáneos que la guerra estaba cambiando y mueve a Maquiavelo a escribir que desde 1494 ya no había muro por grueso que fuera que la artillería no pudiera destruir en unas cuantas jornadas⁴².

Pero la afirmación de Maquiavelo sería válida sólo en relación con las fortalezas dominantes y las murallas verticales, no para el nuevo procedimiento defensivo —el de fortaleza rasante— que los arquitectos militares ya estaban perfilando, en el que el grueso de las murallas, la adecuada disposición de bastiones y otros elementos exteriores, así como la acertada colocación de la artillería manejada por los defensores cristalizaría en la innovadora *trace italienne*, que se impondría con claridad a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI.

En suma, nos hemos encontrado con un equipo que estudia y planifica, con unos efectivos en ascenso, bien instruidos y pertrechados, con el desarrollo de las armas de fuego y con la adaptación de las fortificaciones a los nuevos tiempos. Las experiencias extraídas de la guerra de Granada y de las de Italia, donde la presencia de tropas españolas como protagonistas impulsan la aparición de las novedades que acabamos de señalar, hacen que la aportación española a los orígenes de la revolución militar merezca cuando menos una consideración o reconocimiento.



⁴² N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (Madrid, Alianza, 2005), en particular el cap. 6.

REFLEXIONES EN TORNO A LA GUERRA
EN LA HISTORIA DE LA PLENA EDAD MEDIA
(GUERRA, EJÉRCITO Y SOCIEDAD
EN ARAGÓN. SIGLOS XI-XIII)

José Ángel Sesma Muñoz

RESUMEN

La falsa imagen de «il gioco della guerra» o «antiqua festa crudele» pervivió hasta los tiempos modernos. La guerra y los vencedores en ellas han sido los protagonistas de la historia. Los historiadores, desde siempre, han sentido atracción por la guerra, las batallas han marcado los cambios de las sociedades y el entramado que sostiene la identidad histórica de las distintas naciones se sustenta en batallas y gestas de grandes guerreros. Guerra santa, justa, necesaria. Esta tendencia hacia una «historia-batalla» hace algún tiempo que comenzó a superarse (historia política, social, económica, de las mentalidades) y la guerra como fenómeno histórico ha pasado a analizarse con criterios sociológicos, como un fenómeno social, a través de sus efectos económicos, por su desarrollo técnico y como argumento cultural y mental. Todo ello sin perder de vista que lo sustancial en ella es la violencia. Un triple entramado, «guerra, ejército y sociedad», se impone para servir de firme plataforma para un conocimiento riguroso. Una aproximación en el reino de Aragón en los siglos centrales de la Edad Media puede servir de modelo.

PALABRAS CLAVE: Reino de Aragón, servicio militar, arte de la guerra.

ABSTRACT

The fake image of «il gioco de la guerra» (war-play) or «antiqua festa crudele» (old cruel feast) survived till modern times. War and its victors have been the main characters in history. Historians have always felt attracted by war, battles have marked societies' changes and the net that holds the historical identity of the different nations is sustained in battles and heroic deeds of great warriors. Holy war, fair war, necessary war. This tendency towards a «history-battle» started to be overcome some time ago (political history, social history, economical history, history of mentalities), and war as a historical phenomenon has come to be analyzed with sociological criteria, as a social phenomenon, through its economical effects, its technical development and as a cultural and mental matter. All that without losing sight of what is substantial in it: violence. A threefold perspective, «war, army and society», is necessary as a solid base for a thorough knowledge of the subject. An approach to the kingdom of Aragon in the central centuries of the Middle Ages can be used as a model.

KEY WORDS: Kingdom of Arragon, military service, art of war.



Quiero comenzar mi intervención haciendo mía la declaración con que Carlo Cipolla iniciaba hace cuarenta años el prólogo a su estudio magistral sobre «Cañones y velas»¹. Decía, con una cierta solemnidad, que

aun cuando reconozco que las guerras y revoluciones son una entre las varias formas posibles de resolver los asuntos humanos, soy un pacifista inveterado, ya que me siento inclinado a creer que tal solución ni es racional ni es correcta.

Cipolla se pronunciaba en esto, como lo hago yo, sabiendo que durante los milenios de existencia de la humanidad, la violencia ha sido una fórmula constantemente aplicada para dirimir las diferencias surgidas entre grupos y sociedades y que a juzgar por lo que sigue sucediendo, humanidad no se puede asegurar, pero guerra todo parece indicar que hay para rato.

Y lo digo también aceptando la dosis de participación que nos corresponde a los historiadores en lo tocante a enaltecer y hacer objeto de admiración todo lo que rodea a la guerra y sus vencedores, porque ya desde los inicios míticos se estableció la íntima relación entre historia y guerra, pues al fin y al cabo la historia fue concebida para conseguir fijar en la memoria colectiva las hazañas casi siempre guerreras de los pueblos y sus grandes personalidades, con el fin de que sirvieran de ejemplo y guía a las generaciones posteriores.

Misión ésta que aceptaron los cronistas y analistas de todos los tiempos sin grandes objeciones. La visión épica y olímpica de los orígenes se prolongó en la Edad Media; la guerra «fresca y jovial» que cantaban los trovadores; la guerra santa y justa que predicaba la iglesia; la guerra heroica y ritual de la caballería. La guerra necesaria de siempre, que ha terminado siendo una estructura de la realidad histórica², presentada desde la consideración de «antiqua festa crudele», en expresión recogida por Franco Cardini³, cantada como un acto de amor y un juego bello y deseable («che gioiosa cosa la guerra», «il gioco della guerra»), dándole así una imagen que nunca coincidió con la dura realidad, sino que, lo mismo que el feudalismo, no pasa de ser un imaginario visto e impulsado para crear un estado de opinión.

La sensación festiva, transmitida con ligereza, se mantuvo mucho tiempo, hasta que se impuso la autenticidad en el momento final de la Edad Media, al irrumpir en el campo de batalla las máquinas humanas y perfectas de matar, es decir, las compactas y anónimas formaciones de los piqueros suizos al ritmo del tambor, y las bombardas impulsadas por la pólvora, con el estruendo, humo y destrucción en la distancia. Con ellas se acababa el carácter casi lúdico, comparado a un juego noble, que se había dado a la guerra y se pasaba a considerarla, según la

¹ *Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion, 1400-1700*, primera edición 1965.

² M.A. LADERO QUESADA, «Guerra y paz: teoría y práctica en Europa Occidental. 1280-1480», en *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental 1280-1480*. XXXI Semana de Estudios Medievales de Estella, Pamplona, 2005, p. 66.

³ *Quell'antiqua festa crudele*, Florencia, 1982.



definición de Erasmo, como un «homicidio colectivo», «tanto más infame, dice, cuanto más extendida». Lo que, por otra parte, no impedía que se siguiese apreciando como necesaria, oportuna y justificada, como pondrá de manifiesto después Voltaire que, un tanto escandalizado, escribe en su *Diccionario Filosófico* en referencia a la guerra, que «lo más maravilloso en esta empresa infernal, es que cada organizador de matanzas hace bendecir sus propias banderas e invoca a Dios antes de exterminar a sus semejantes». Pero a pesar de todo, los héroes y las acciones victoriosas siguieron mereciendo la consideración de gestas gloriosas⁴.

Y esa especie de arrobamiento lo mantenemos todavía los historiadores, que sentimos una cierta atracción por las guerras. Y esto, no sólo porque seguimos empeñados en utilizarlas como referencias cronológicas más destacadas y todavía nos servimos de batallas y conquistas por las armas para señalar las etapas y los cambios del conjunto de las sociedades. Es más, en un ambiente actual, donde se condena con razonable unanimidad la guerra, ésta sigue siendo no sólo tema de análisis en estudios historiográficos serios y rigurosos⁵, sino también, con el recurso a los tópicos más rancios, se mantiene como objeto de atención de obras de divulgación y de propaganda y lo que es más grave, en ese género tan de moda actualmente de la novela histórica, que crea opinión entre una parte de la población, la guerra y sus héroes siguen siendo protagonistas de lo que pasa por la auténtica historia.

Es curioso observar que, a la propuesta tolstoisiana de los organizadores del Seminario, *Guerra y Paz*, prácticamente todos los conferenciantes, al menos por los títulos, nos hemos decantado por la primera. Y es que quizá debamos reconocer que tampoco en nuestro entorno académico e interdisciplinar hemos sido capaces de contradecir la afirmación de Francisco Umbral, en el sentido de que el mundo funciona mediante los mecanismos de la guerra, porque la paz es reaccionaria, poco productiva y aburrida⁶.

De hecho, debemos ser conscientes de lo poco que nos quedaría a los medievalistas hispanos sin la reconquista ni la guerra de los Dos Pedros, sin las batallas de las Navas y de Aljubarrota, sin la conquista de Toledo y la toma de Granada, sin Alfonso el Batallador y Fernando III el Santo. O a los ingleses sin la guerra de las Dos Rosas, las batallas de Hasting, Crezy y Azincourt, el sitio de Calais y el gran Guillermo el Conquistador y Ricardo Corazón de León. O a los franceses sin la guerra de los Cien Años, sin la rota de Roncesvalles y la batalla de Bouvines, sin Carlomagno, el rey San Luis y, sobre todo, sin su Juana de Arco.

⁴ Son muy interesantes los textos incluidos en el catálogo de la exposición *Il gioco della guerra. Eserciti, soldati e società nella Europa preindustriale*, organizada en Prato en 1984 coincidiendo con la celebración de la Settimana di Studi del Istituto Datini sobre «Gli aspetti economici della guerra, sec. XIV-sec. XVIII».

⁵ Como simple referencia, aparte de este seminario del CEMYR, se puede aludir a la 6ª edición con bibliografía actualizada de la obra de Ph. CONTAMINE, *La guerre au Moyen Âge*. París, 2003, y el volumen, *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental, 1280-1480*, Pamplona, 2005, que recoge las actas de la XXI Semana de Estudios Medievales de Estella (julio 2004).

⁶ En una de sus brillantes columnas del diario *El Mundo*.

Y no sólo porque constituyen los hitos cronológicos por los que transita la narración histórica, sino porque forman el entramado que sostiene el gran edificio común que hasta ahora nos está cobijando, la nación, cuyo único gran argumento de unión es la historia y, precisamente, la historia concebida al modo mítico, con la guerra y las gestas de los grandes personajes al frente del pueblo contra los de afuera y haciendo una, grande y libre a la comunidad.

1. DE LA HISTORIA-BATALLA, A LA GUERRA COMO ESTRUCTURA

Afortunadamente, los estudios sobre historia militar y actividades guerreras hace ya un tiempo que experimentaron una seria renovación. Como expresaba hace más de un cuarto de siglo Philippe Contamine, sin duda el impulsor del cambio de cuestionario, el tema de la guerra en su dimensión histórica «debe ser abordado desde diversos ángulos si se le quiere entender en sus verdaderas dimensiones: arte militar, armamento, recluta, composición y vida de los ejércitos, problemas morales y religiosos planteados por la guerra, lazos entre el fenómeno guerra y el entorno social, político y económico»⁷.

Y el resultado de este deseo programático queda reflejado en la abundante bibliografía que desde entonces busca dar respuestas a esos y otros planteamientos surgidos en torno a la guerra⁸. Aportaciones que en lo que respecta a la historiografía hispana ha significado un cambio de enfoque radical⁹, valorado como positivo por el profesor Miguel Ángel Ladero¹⁰. A la luz de la aproximación bibliográfica de estos últimos años, se observa un renacer de los estudios sobre ejércitos, guerras y actividades militares, que sigue la línea emprendida anteriormente por las historiografías inglesa y francesa.

⁷ Su libro *La guerre au Moyen Âge*, París 1980, constituye el punto de partida de la renovación de los estudios sobre la guerra en la Edad Media. Son muy interesantes sus reflexiones recientes en «Vingtdeux ans après, ou 'La guerre au Moyen Âge' revisitée», *Cahiers du CRHDI (Bruselas)*, 18, 2002, pp. 91-202, y «Guerre, État et société: une révision à la lumière de la crise politique et militaire dans la France du deuxième quart du xve siècle», en *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental*, cit., pp. 117-140.

⁸ Una última referencia la encontramos en la «Aproximación bibliográfica» (M. Beroiz e I. Mugueta) recogida en el volumen de las actas de la XXXI Semana de Estudios Medievales de Estella, *Guerra y Diplomacia en la Europa Occidental*, cit., pp. 423-467.

⁹ Puede verse un buen balance y una completa información bibliográfica (realizada por F. García Fitz) en M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, «Historia política y estructura de poder. Castilla y León», en *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico, 1968-1998*, xxv Semana de Estudios Medievales de Estella, Pamplona, 1999, pp. 201-220.

¹⁰ Véase la «Presentación» al número extraordinario (2001), de la *Revista de Historia Militar* (Instituto de Historia y Cultura Militar), *Los recursos militares en la Edad Media Hispánica*, pp. 9-15; más recientemente, el extenso comentario introductorio en «Guerra y paz: teoría y práctica», cit., pp. 21-68.





Lo que hasta hace unos decenios era la «historia-batalla», es decir, una más o menos ordenada descripción de guerras y batallas, cuerpos armados y estrategias, en el contexto de una historia política tradicional, y con el protagonismo atribuido al genio militar de un individuo, el héroe y el caudillo en sus diversas variantes, se ha transformado en un factor de cohesión del sistema social. La renovación y ampliación de conceptos, contenidos y manifestaciones de la guerra como estructura histórica se ha ido convirtiendo en lo que se llama «historia militar», para lo que el cuestionario antiguo se ha visto enriquecido con múltiples aportaciones.

En primer lugar, con criterios sociológicos, a través de los que se puede establecer la articulación de los poderes —militar y político— en torno al control de la fuerza; en segundo lugar, con cuestiones propias de la historia social, que permite analizar la organización de la sociedad ante la guerra, la relación entre la jerarquía social y las obligaciones militares, la correspondencia entre recursos económicos, desarrollo técnico y esfuerzos bélicos, entre otras cuestiones. Y, en último término, se ha observado la guerra bajo el prisma de la historia cultural y mental, atendiendo a aspectos fundamentales, desde la ideología de guerra y la opinión ante la guerra, hasta las formas de vida desplegadas por el combatiente y por la sociedad que se ve sujeta a un periodo de confrontación bélica.

Todo ello, sin perder de vista lo que hay de sustancial en la guerra como manifestación de la violencia, es decir, el análisis de las batallas, el armamento, los contendientes, los medios de ataque y defensa, el desarrollo de las acciones, los escenarios, etc., con visiones más técnicas y la colaboración de otras disciplinas como la arqueología y los análisis químico y forenses, por ejemplo.

Es en especial para la Edad Media, donde estas innovaciones han introducido mayores cambios. El vigor atribuido a la incitación religiosa y al componente sacro de la violencia organizada, más allá de la «guerra santa» y la «cruzada», propiamente dichas, contra los musulmanes o infieles. El convencimiento de que la guerra no produce bienes económicos, sino que ayuda a destruirlos; y que si bien el poder político puede hacer uso de la guerra como pretexto para su fortalecimiento, la presión fiscal y el cobro de impuestos extraordinarios a que obligan cada vez más la evolución de los ejércitos, da como resultado final el empobrecimiento general de la sociedad, con el descontento de todos los grupos y el agotamiento de las fuentes de aprovisionamiento de las finanzas públicas. Por eso, como se aprecia de forma definitiva en los siglos bajomedievales, la guerra constituye una falsa salida para las crisis de tipo sistémico.

También es en los siglos medievales donde se observan las grandes paradojas en cuanto a la guerra. Por un lado, parece incuestionable que es un fenómeno omnipresente en la vida de los hombres medievales, todos la temen y la sufren; durante siglos la guerra mantuvo su presencia y se convirtió en elemento conformador de la sociedad occidental europea, fue «la vida misma» llega a escribir George Duby en su espléndido libro *Le dimanche de Bouvines*¹¹, y hacer la guerra y vivir en guerra

¹¹ *Le dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, Paris, 1973.

se convirtieron en elementos esenciales, casi «estructurales» de la sociedad feudal medieval.

Pero, al mismo tiempo, como afirma el profesor Mattoso en el prólogo a la *Nova História Militar de Portugal*¹², en la Edad Media apenas podemos encontrar lo que se llama propiamente «guerra», esa que se configura a partir de la formación de ejércitos estatales, por lo que si en parte es cierto que a la medieval se le puede considerar una sociedad eminentemente guerrera, no podemos encontrar «verdaderos profesionales de la guerra», porque si bien consideraba la función militar como la prerrogativa de una clase social, ésta venía impuesta por la sangre y no como una categoría profesional¹³; clasificaba a la población según la forma de combatir, peones y caballeros, pero todos los varones adultos debían hacerlo, y además como podían, con sus propias armas, sin disciplina militar y tan apenas con alguna organización y mando, es decir, no había distinción entre militares y civiles. Esto hace que debamos concluir, según Mattoso, que efectivamente las actividades guerreras impregnaban en profundidad la vida cotidiana de la Edad Media, algo que Huizinga también había dicho mucho tiempo antes, pero lo hace de una forma difusa y poco especializada, lo que da un contraste entre la Edad Media y la progresiva profesionalización de la vida militar que se produjo a partir del siglo XVI. Y esta profesionalización se da en coincidencia con la visión «negra» de la guerra y la pérdida de la imagen «de juego y diversión».

Por otra parte, no parece haber ninguna duda que la organización militar está en estrecha relación con las estructuras de poder. La comunidad tiene el deber y el derecho de defenderse, y para ello delega en un grupo de hombres el ejercicio de la fuerza, con la encomienda de disponer la defensa y mantener el control interior haciendo cumplir unos criterios de orden y justicia; pero, al mismo tiempo, se considera legítimo que cuando su potencia lo permita, esa comunidad amplíe su área de influencia y de beneficio, extendiendo su poder por medio de la violencia sobre espacios y sociedades próximos o lejanos. Las diferentes formas de desplegarse la relación entre el poder, llamémosle político y civil, y la fuerza armada definen la propia organización social. La diferencia entre público y privado a estos efectos tiene muy poca sustancia.

Esta realidad, admitida sin resistencia para tiempos históricos más recientes, se producía a pesar de la indefinición de los términos, exactamente igual en la Edad Media, sin mayores cuotas de arbitrariedad añadidas, algo que conviene tener en cuenta, lo mismo que es preciso matizar el estigma de época de barbarie y de irracionalidad adjudicado a los siglos medievales, a cuyos comportamientos feudomilitares se suelen atribuir los más altos niveles de brutalidad y sinrazón, aplicando

¹² *Nova História Militar de Portugal*, vol. 1, Lisboa, 2003.

¹³ Aquí deberíamos introducir la confrontación entre J. Flori y D. Berthélémy en torno a si la caballería es (Flori) o no es (Berthélémy) una clase social. Para éste es una «profesión», una suerte de corporación de gentes de armas y está compuesta por niveles muy diversos, que tienen en común sólo el ejercicio de las armas (J. FLORI, *Chevaliers et chevalerie au Moyen Âge*, París, 1998).

todavía en la actualidad el calificativo de «medieval» a cuantas acciones están teñidas de un comportamiento violento, degradante y retrógrado, olvidando efectuar una reflexión sobre el progreso experimentado en ese campo por la sociedad occidental con sus más dramáticas manifestaciones en el siglo pasado, el XX, y las perspectivas con las que se inicia el XXI.

2. GUERRA, EJÉRCITO Y SOCIEDAD EN EL REINO DE ARAGÓN

Dejando ya esta introducción, voy a pasar a una presentación de los elementos básicos que caracterizan la guerra y el hecho militar en Aragón y su conexión con la situación política, económica, social y mental atravesada por sus gentes entre los siglos medievales. Tiene que ser una exposición muy incompleta, a manera de recorrido por las líneas principales, tomando los tres conceptos elegidos como referencia, es decir, guerra, ejército y sociedad.

Cronológicamente, los 500 años en los que se desarrolla el proceso, pueden aparecer divididos en dos periodos. El primero, hasta finales del siglo XIII, tras la conquista de Mallorca y Valencia, con las que concluye la gran expansión que durante casi trescientos años incorporó a control cristiano y feudal extensos territorios secularmente en poder de los musulmanes, lo que supuso sucesivos cambios en la estructura política, social, económica y mental de la sociedad aragonesa; estos cambios, a su vez, habían modificado la organización y dimensión de la guerra y los ejércitos, estableciéndose una especie de simbiosis entre la sociedad civil configurada para la guerra y el poder creado y apoyado precisamente para la guerra de expansión sobre los espacios inmediatos. Y serán los cambios impuestos por esta dinámica expansiva y las transformaciones de la organización del ejército y la guerra, los factores que contribuirán a la evolución de la sociedad y del poder.

El segundo, que corresponde a los siglos finales de la Edad Media. La guerra se sigue manteniendo como una constante en la historia aragonesa, exactamente igual que en el resto de países occidentales, pero los objetivos ya no son los de expansión por los territorios vecinos, sino más bien los de defensa de las fronteras, como es el caso de los continuados enfrentamientos con Castilla y Francia, o bien son guerras de conquista de la monarquía, que tienen lugar en espacios muy alejados del territorio aragonés y para las que la participación solicitada a la sociedad del reino es la financiación. Este es el caso de las campañas emprendidas desde 1282 en Sicilia, después en Cerdeña, Nápoles y algún otro ámbito del Mediterráneo y que se mantendrán con mayor o menor intensidad hasta el reinado de Fernando II, continuando en época moderna a través de la unión con Castilla y la formulación de la monarquía hispánica.

Voy a atender solamente a la primera etapa, que sin ser totalmente homogénea, corresponde sin duda a la época que ha generado más tópicos en torno a la guerra y los combatientes, por ir unido a los comienzos de la reconquista y a las primeras formulaciones de los reinos cristianos y, sobre todo, al incorporarse la incitación religiosa de lucha contra los musulmanes como factor justificativo e impulsor de una violencia necesaria para el fortalecimiento de un poder político y

social¹⁴. El lento establecimiento de una organización eclesiástica en expansión, con el respaldo de la autoridad papal, en paralelo con la fijación de unos ámbitos de poder a cuyo frente se consolidan las familias más poderosas encabezadas por el linaje del monarca, impulsa la «guerra santa» como argumento para el control de un territorio y una sociedad, con una organización que sirve para perpetuar en el poder a la minoría que dispone de la fuerza y los medios de la guerra.

Al margen de los tópicos, las características generales se apoyan en la constante presencia de la guerra en el horizonte cotidiano de los cristianos peninsulares. En el caso concreto de los primitivos aragoneses, los primeros momentos serán de supervivencia para los pequeños núcleos encerrados en los valles altos del Pirineo, protegidos fundamentalmente por la geografía y por su propia pobreza, que los hacía poco apetecibles: establecimientos de colonos en las bocas de esos valles, resistencias ante exigencias fiscales de los musulmanes y poco más durante los primeros siglos, con alguna acción guerrera oscuramente narrada, como la que la leyenda adjudica sobre la retaguardia de las tropas de Carlomagno en algún paso pirenaico.

Hasta bastante después, al arrancar el siglo XI con el cambio de coyuntura general, no se puede observar que estas tierras y sus habitantes son protagonistas de un movimiento expansivo necesario para su propia supervivencia y avanzadilla de un frente ideológico que hace a las gentes del sur, los musulmanes, el enemigo al que hay que derrotar¹⁵.

Para mediados del siglo XI se constata el desarrollo de una noción de frontera con connotaciones guerreras; la voz frontera, que sustituye a «extremadura», nos presenta ya una clara oposición entre cristianos y musulmanes¹⁶; la lucha de los primeros contra los segundos, a los que la Iglesia reúne bajo el rótulo de «miembros del séquito del diablo», está, pues, teñida de un carácter religioso, uniendo así la simple expansión del reino con las ventajas adquiridas por sus grupos militares, con el más alto objetivo de contribuir al florecimiento de la fe cristiana¹⁷. Esta guerra, según Sénac, es plenamente una guerra justa para la «liberación del pueblo cristiano de la presión de los ismaelitas».

En muy poco tiempo se pasa de realizar acciones de pillaje y de guerrilla, con objeto de fijar posiciones y recoger botín, emprendidas por una especie de banda o cuadrilla de guerreros dirigidos por un jefe militar, a otras más organizadas,

¹⁴ Véanse los trabajos recogidos en Th. DESWARTE y Ph. SÉNAC (dirs.), *Guerre, pouvoirs et idéologies dans l'Espagne chrétienne aux alentours de l'an mil*, Turnhout, 2005.

¹⁵ Como visión de conjunto, C. LALIENA y Ph. SÉNAC, *Musulmans et Chrétiens dans le Haut Moyen Âge: aux origines de la Reconquête Aragonaise*, París, 1991.

¹⁶ La frontera aragonesa con los musulmanes en el siglo XI ha sido objeto de estudio por Philippe Sénac en trabajos como «Frontière et reconquête dans l'Aragon du XI siècle», en *Frontières et espaces pyrénéens au Moye Âge*, Perpiñán 1992, pp. 47-60, e «Islam et chrétienté dans l'Espagne du haut Moyen Âge: la naissance d'une frontière», *Studia Islamica*, 1999, pp. 91-108.

¹⁷ J. FLORI, «Le vocabulaire de la 'reconquête chrétienne' dans les lettres de Grégoire VII», en C. LALIENA y J.F. UTRILLA (eds.), *De Toledo a Huesca. Sociedades medievales en transición a fines del siglo XI (1090-1100)*, Zaragoza, 1998, pp. 247-268.



de entidad algo más considerable, en las que los señores de la tierra, ya caballeros por ir sobre sus monturas, agrupados en torno a la figura de un conde o un rey que los dirigía, emprenden operaciones planeadas, cuya finalidad militar estaba impulsada por el interés económico y por ser la fórmula para adquirir poder y prestigio¹⁸. Al componente económico y social, se añade la vertiente política y, simultáneamente, la decisiva idea de guerra santa contra los infieles que acabará por dar sentido global a la programación.

La ampliación del territorio fue espectacular. En apenas cincuenta años la monarquía aragonesa y pamplonesa, unidas en un trono común¹⁹, configuró el gran espacio político-militar del cuadrante nororiental de la península, extendiendo su poder desde los valles altos del Pirineo al valle medio del Ebro y dominando las primeras grandes ciudades conquistadas a los musulmanes: Huesca, Barbastro, Ejea, Tudela, Calatayud, Tarazona y Zaragoza; también venciendo en batallas campales que en la lejanía se identifican con las mayores reñidas en esos siglos; son los casos de la batalla de Alcoraz que propició la toma de Huesca (1095), que significó el triunfo de los navarroaragoneses apoyados por sus aliados del sur de Francia, sobre las tropas musulmanas que estaban auxiliadas por los castellanos, o la batalla de Cutanda, poco después de la conquista de Zaragoza (1118) y que se saldó con la derrota del ejército almorávide que quería retomar el valle medio del Ebro.

Se trata, por tanto, de guerra en el más puro sentido del término, planteada casi ininterrumpidamente durante largo tiempo, sostenida por un ejército casi permanente, que era soportado por una sociedad muy bien adaptada para contribuir a ello. La única razón que puede explicar esta expansión tan espectacular (unos 25.000 km cuadrados en poco más de treinta años) es que la formación sociopolítica de los cristianos estaba orientada hacia la guerra de conquista, donde al grupo de los «militares», encabezado por el rey como máxima expresión de esta organización, puede considerarse como profesionales de la guerra, pues no sólo todos sus miembros vivían de las rentas y excedentes del trabajo desarrollado por el resto de la población, que estaba regido y gobernado por ellos, para poder sostener su equipamiento y entrenamiento militar, sino que promovía y alentaba las empresas guerreras como medio de obtener botín y ampliar su dominio sobre nuevas tierras y hombres.

Al mismo tiempo, el propio impulso adquirido y la dinámica generada con la expansión, provocaría la gran transformación social para mantener y prolongar esa expansión. La llegada de gentes de fuera, guerreros, campesinos, burgueses y hombres

¹⁸ J.A. SESMA MUÑOZ, «Instituciones feudales en Navarra y Aragón», en *En torno al feudalismo hispánico. I Congreso de Estudios Medievales*, Ávila, 1989, pp. 341-371; C. LALIENA CORBERA, «La formación de la sociedad cristiana en el Pirineo central aragonés en los siglos VIII-IX», en *Frontière et espaces pyrénéens*, cit., pp. 69-94; «La formación de las estructuras señoriales en Aragón (ca. 1083-ca. 1206)», en E. SARASA y E. SERRANO (eds.), *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica (ss. XII-XIX)*, Zaragoza, 1993, t. I, pp. 553-585, y «Expansión territorial, ruptura social y desarrollo de la sociedad feudal en el Valle del Ebro, 1080-1120», en *De Toledo a Huesca*, cit., pp. 199-228.

¹⁹ Una excelente visión de conjunto se presenta en A.J. MARTÍN DUQUE, «Navarra y Aragón», en *Historia de España Menéndez Pidal. La reconquista y el proceso de diferenciación política, 1035-1217*, tomo IX, Madrid, 1998, pp. 239-326.

de iglesia atraídos por las posibilidades y las ventajas ofrecidas en los espacios conseguidos y de cara a la continuación de la guerra de conquista, aportará la nueva dimensión para el cambio de mentalidad del combatiente y de la forma de hacer la guerra, buscando siempre llevar hacia el sur las fronteras políticas, religiosas y económicas.

Al frente del sistema está el príncipe, que era, sin duda, el primer caballero y el jefe del ejército, alrededor del cual se congregaba la fuerza guerrera del reino y el aparato de gobierno²⁰. De la intensa participación militar de los reyes nos quedan los argumentos indiscutibles de sus muertes en campaña contra los musulmanes. De los reyes aragoneses sabemos que Ramiro I murió a las puertas de la villa de Graus guerreando con un ejército islámico auxiliado por tropas castellanas; su hijo y sucesor Sancho Ramírez, en junio de 1094, mientras recorría las murallas de Huesca, según dicen las crónicas, buscando puntos débiles para atacar, y una flecha lanzada por un defensor le entró por la escotadura de la loriga y le atravesó el costado, muriendo dos días después a los 51 años de edad.

Su hijo Pedro I no falleció en combate, pero sí como consecuencia de su actividad bélica durante más de veinte años, en septiembre de 1104, cuando contaba 36 de edad. Su hermano y sucesor, Alfonso el Batallador, murió siendo sexagenario, poco después de la derrota sufrida en el sitio de Fraga, que le aceleraría las múltiples secuelas arrastradas tras una vida completa de servicio militar, que le había hecho recorrer prácticamente la península en constante ejercicio guerrero.

Las muertes sucesivas de estos reyes, reyes todavía muy combatientes, nos señalan también la frecuencia de los fallecimientos tempranos de los caballeros, bien directamente en el campo de batalla o como consecuencia de las heridas y enfermedades derivadas de las malas condiciones de vida que la participación en las guerras iban dejándoles en el cuerpo y dañando su salud. Guerra gloriosa, guerra festiva y heroica, guerra justa y santa, pero que provocaba la muerte y la ruina no sólo de los militares que participaban, también de los civiles que padecían las consecuencias.

La magnitud del ejército real debe ponerse en relación con el número de los nobles o barones que se repartían los grandes dominios del reino, que nunca nos puede dar cifras elevadas. El rey Ramiro no contaría con muchos más de los veinte caballeros que son tenentes de sus castillos y la media docena de obispos y abades, a todos los cuales hallamos rodeando de continuo al monarca, formando su consejo y firmando sus documentos y, quizá, otros tantos jóvenes, hijos y parientes de los anteriores; en época de Pedro I y Alfonso el Batallador, el número se habría posiblemente duplicado y pasaría del centenar entre personajes de alto rango, nobles rurales, segundones de linajes y cargos eclesiásticos que toman las armas.

Bien es verdad que en las grandes operaciones militares se producía la llegada de caballeros de otras tierras que acudían para adquirir prestigio y para cumplir los compromisos. Así, al anuncio de la empresa sobre Barbastro en 1064²¹, la pri-

²⁰ C. LALIENA CORBERA, *La formación del Estado feudal. Aragón y Navarra en la época de Pedro I*, Huesca, 1996.

²¹ El episodio de Barbastro ha sido objeto de múltiples estudios. Como referencia más clásica, se puede señalar P. BOISSONNADE, «Cluny, la papauté et la première grande croisade inter-



mera ciudad musulmana conquistada tras un cerco, no acudirían los cuarenta mil galos y normandos que Ibn Hayan e Ibn Idari, los cronistas árabes, anuncian para justificar la derrota, pero sí un cierto número de señores con sus pertrechos hasta formar lo que el cronista Amato de Montecasino denomina «une grand chevalerie di francoiz et de Burguegnons et d'otra gent»²².

Y cincuenta años después, cuando se proceda a la conquista de Zaragoza, los grandes caballeros del sur de Francia, Gastón de Beárn, Céntulo de Bigorra, el conde de Perche y otros más, recién llegados de la Primera Cruzada, se incorporan al ejército de su señor el rey de Aragón, contribuyendo con su experiencia de cercos y su práctica de asalto de murallas, a realizar una acción modélica, con la construcción de ingenios, la excavación de minas y todo lo que podemos considerar alta tecnología militar. Y es que, además de los deberes feudales, como nos cuenta el cronista Orderic Vital, en tiempos de Alfonso el Batallador, eran numerosos los caballeros normandos, borgoñones, aquitanos, gascones, castellanos y catalanes que, imbuidos de un firme espíritu de cruzada y ávidos de recibir feudos en las tierras ganadas, acudían a hacerse vasallos del rey de Aragón y participar en sus campañas victoriosas²³.

No obstante, a pesar de todas las circunstancias, es difícil pensar en el mejor de los casos en contingentes militares superiores a quinientos jinetes y algunos pocos miles de peones. Ni la demografía ni los pertrechos daban para muchos más y además hay que suponer también que en estas operaciones largas que se prolongaban un tiempo considerable, mucho más allá de las obligaciones marcadas por el beneficio y el compromiso, se pondría en práctica un sistema de rotaciones en la asistencia a la hueste real y la presencia más completa de todos los miembros del equipo lo sería sólo en los momentos más comprometidos.

A la defensa del territorio y, sobre todo, a preservar la paz en el interior del reino, estaban obligados todos los habitantes sin ningún tipo de excusa. Este principio general fue recogido en los más antiguos fueros del reino, en textos muy expresivos:

nationale contra les Sarrasins d'Espagne: Barbastro (1064-1065)», *Revue des Questions Historiques*, 117, 1932, pp. 257-301; más recientemente, A. FERRERIO, «The siege of Barbastro, 1064-1065: A Reassessment», *Journal of Medieval History*, 9, 1983, pp. 129-144; J. FLORI, «Reforme, reconquista, croisade. (L'idée de reconquête dans la correspondance pontificale d'Alexandre II à Urbain II)», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, 40 (1997), pp. 317-335, y «De Barbastro à Jérusalem: plaidoyer pour une redéfinition de la croisade», en *Aquitaine-Espagne (VIII-XIII siècle)*, Poitiers, 2001, pp. 129-146; C. LALIENA, «Guerra sagrada y poder real en Aragón y Navarra en el transcurso del siglo XI», en *Guerre, pouvoirs et idéologies*, cit., pp. 97-112, art. cit. en nota siguiente y su intervención en la XXXII Semana de Estudios Medievales de Estella (julio 2005), todavía en prensa.

²² La cita está tomada de C. LALIENA, «¿Fue la campaña de Barbastro de 1064 una 'Protocruzada'? Guerra santa y conquista feudal en la frontera del Ebro a mediados del siglo XI», ponencia presentada en las *Segundas Jornadas Internacionales sobre la Primera Cruzada* (Huesca, 1999), sin editar.

²³ J.M. LACARRA, «Los franceses en la reconquista y repoblación del valle del Ebro en tiempos de Alfonso el Batallador», en *Colonización, parias, repoblación y otros estudios*, Zaragoza, 1981, pp. 151-168; C. LALIENA, «Larga stipendia et optima praedia: les nobles francos en Aragon au service d'Alphonse le Batailleur», *Annales du Midi*, 12, 2000, pp. 149-169.

que todos los ricosomes d'Aragón, infañones e caveros, cipdadanos e burzeses e todos los pueblos de nuestra tierra sian tenudos ajudar a defender fidelmente su sennor rey como sennor natural, e sian tenudos de defender las carreras publicas e los caminos e las estradas de toda nuestra tierra, e las ferias e los mercados e todos los omnes andantes e vinientes... como buenos vasallos e di fieles deven fer a sennor natural²⁴.

Otra cosa era la guerra ofensiva, la guerra vista como medio de obtener botín y poder. En esta época temprana, los dos asuntos que condicionan su éxito son el reclutamiento y el aprovisionamiento de vituallas e impedimenta. En ambos desempeña un papel fundamental la demografía ya que debe haber un equilibrio entre el número de guerreros y la necesidad de que muchos campesinos produzcan para poder mantener a los combatientes. Pero también hay una búsqueda de exclusividad y de reservar el uso de la fuerza y sus beneficios a la minoría superior. Cada grupo social tenía asignada una participación y una responsabilidad y siempre que cada uno la cumpliera el funcionamiento de la maquinaria militar estaba garantizado.

La base del ejército era la caballería, formada por los barones e infanzones. Los que no tenían beneficios reales estaban comprometidos a atender la llamada real en casos de batalla campal y asedio de castillo en los que el rey tuviera necesidad, pero sólo, como indican los fueros, a imitación del de Jaca, «cum pane de tres dies et non plus»²⁵, es decir, de manera más o menos figurada, durante tres días, pasados los cuales, una vez salvado su honor y contribuido a ayudar al rey, podían abandonar el ejército, a no ser que el monarca se hiciera cargo de los gastos o les ofreciera contrapartidas en forma de tierras y gracias en las tierras ganadas.

Por su parte, los «tenentes», es decir, los barones que tenían honores recibidos del rey, debían gobernar y administrar el distrito encomendado, construir el castillo para defender la tierra y proteger a los campesinos que vivían y mantener un número de milites armados y dotados de caballo para acudir a la hueste real. La duración de este servicio se establecía en tres meses al año, incluyendo la ida y la vuelta, aunque en ocasiones el tiempo fuera mucho mayor, como por ejemplo en la campaña que Alfonso el Batallador emprendió en 1126 hasta las puertas de Córdoba, que se prolongó durante más de diez meses, por lo que fueron compensados con la obtención de botín y cautivos.

El equipo del caballero²⁶ se componía de caballo aparejado, con silla, freno y demás arreos; las armas ofensivas y defensivas, en concreto la loriga o lorigón, de malla metálica o de anillos cosidos a una vestimenta de cuero, completada con las brafoneras para los brazos, las lúas o guantes y las calzas para las piernas, todo de láminas metálicas; en la cabeza el casco o yelmo, de hierro, cónico para atenuar los

²⁴ Fuero 284, *De defender*, según el manuscrito de los Fueros de Aragón localizado en Miravete de la Sierra (finales del siglo XIII). A. GARGALLO MOYA (ed.), *Los Fueros de Aragón*, Zaragoza, 1992.

²⁵ El fuero latino de Jaca, con esta cláusula tan conocida, en M. MOLHO, *El Fuero de Jaca*, Zaragoza, 1964 (edición facsímil con un tomo de estudios, Zaragoza 2003).

²⁶ M. de RIQUER, *L'arnés del cavaller. Armes i armadures catalanes medievals*, Barcelona, 1968; *Le combattant au Moyen Âge*, París, 1995.



golpes, con protección nasal y un faldón posterior de malla cubriendo el cuello. En la mano izquierda el escudo, de madera recubierta de cuero y con refuerzos metálicos, y en la derecha la lanza que a lo largo del siglo XI se haría más pesada y larga, se sujetaría bajo el brazo y se utilizaría como arma de choque, apoyado el jinete sobre los estribos y dirigiendo el caballo con la fuerza de las rodillas. El armamento se completaba con la espada, de doble filo, larga, con pomo adornado y crucera; podían usar también hachas, cadenas y mazas, éstas de influencia gascona, que causaron admiración y crearon una novedad cuando las llevó al cerco de Huesca el noble Fortún²⁷, por lo que desde entonces se le llamó Fortún de las Mazas.

La infantería, por su parte, jugaba un papel auxiliar en el caso de batalla campal, y los señores aportaban los peones necesarios para atender a los caballeros, al tiempo que villas, ciudades y propietarios rurales contribuían, según las obligaciones adquiridas con el rey, con el envío de tropas de a pie debidamente armadas. En algunos casos, estos peones tenían una especial habilidad para utilizar arcos, ballestas, mazas y ondas, teniendo actuaciones moderadamente importantes, sobre todo como complemento defensivo oportuno al despliegue de zapadores bajo las murallas, como sucedió en Zaragoza y que recogieron fuentes árabes²⁸.

La presencia ya mencionada de nobles ultrapirenaicos en el ejército aragonés, que habían asistido al sitio de Jerusalén en el verano de 1099, aportó una experiencia nueva que nivelaba en parte la tradicional superioridad de los medios defensivos frente a los ofensivos en los asaltos a ciudades fortificadas. Las torres de madera, móviles y fijas, con puentes y protección que permitían la vigilancia y el combate casi cuerpo a cuerpo con los defensores, los ingenios de lanzamiento de proyectiles, como el almajaneque, especie de catapulta, que según dice Ibn Idari, el Batallador llegó a plantar una veintena frente a Zaragoza, permitieron, precisamente, que en esos años se conquistaran ciudades dotadas de excelentes defensas.

3. A MITAD DEL SIGLO XII HAY UN CAMBIO DE ORIENTACIÓN

Con la separación de Aragón y Navarra²⁹ a la muerte del Batallador (1134) y la unión de Aragón y el condado de Barcelona³⁰, a partir de 1137, para constituir

²⁷ La *Crónica de San Juan de la Peña* (cap. 18, ed. C. Orcástegui, Zaragoza, 1986), narra con detalle este episodio: «Et seyendo en esto, un vassallo suyo que yera ayrado et fuera del regno, por servicio suyo vino al rey don Pedro, el qual havia nombre Fortunno, con CCC peones et aduzia diez cargas de maças de Gascunna, et havie gran plazer et perdonolo. Et aquestos fueron muit sennalados en la batalla».

²⁸ J.M. LACARRA, «La conquista de Zaragoza por Alfonso I (18 diciembre 1118)», *Al Andalus*, 12, 1947, pp. 65-96, reed. en *Estudios dedicada a Aragón de José María Lacarra*. Zaragoza, 1987, pp. 79-96.

²⁹ Para apreciar la evolución de Navarra en los años posteriores, puede verse L.J. FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, «Navarra», en *Historia de España Menéndez Pidal*, IX, cit., pp. 607-662.

³⁰ J.A. SESMA MUÑOZ, «Aragón y Cataluña», *ibidem*, pp. 663-752.



la Corona de Aragón³¹, se produce un cambio en el sistema político y social de Aragón. No es un problema que afecte directamente a la concepción de la guerra ni a la configuración del ejército, sino que Aragón se integraba en un nuevo espacio político, más amplio, de mayor capacidad demográfica, que aglutinaba los intereses expansivos de los dos núcleos más poderosos de la parte nororiental de la Península. El potencial militar se vio favorecido por la intensa feudalización existente en los condados pirenaicos catalanes³² que se integraron en un único proyecto expansivo, dirigido hacia las tierras del tramo final del Ebro, que había sido ámbito disputado entre ellos (Aragón, Urgel y Barcelona), razón por la que la conquista no había progresado tanto.

Lo oportuno de la unidad de esfuerzos, se vio muy pronto demostrada, pues antes de 1150 se produjo un rápido avance, emprendido por Ramón Berenguer IV como conde de Barcelona y príncipe de Aragón, siguiendo en lo militar con la misma estructura anterior, que permitió las conquistas de Tortosa, Lérida, Fraga, Mequinenza, el Bajo Aragón y el Bajo Ebro, y que concluirá a finales de la centuria con el control militar de las serranías turolenses, últimas estribaciones del Sistema Ibérico que permitían asomarse a las tierras levantinas.

Es este un gran espacio, conquistado cada vez con menor resistencia militar musulmana, que introducirá en su colonización una novedad decisiva, pues se procederá a la repoblación dejando en un segundo plano a la nobleza laica antigua e impulsando el establecimiento de las Órdenes Militares, de reciente implantación en la península. Al mismo tiempo, con el fin de fortalecer el poder real, se crearon importantes concejos municipales rodeados de amplios términos rurales en los que se asentaron aldeas. Por su situación fronteriza los repobladores de estas villas y aldeas tuvieron que encargarse de la defensa del territorio y aprovecharon, además, la posibilidad de organizar correrías de pillaje y botín al otro lado de la frontera, en territorio islámico³³. Estas actividades imponían, tanto a las Órdenes como a las milicias concejiles, la participación en la hueste real con hombres a caballo.

Los fueros de Calatayud, Daroca y Teruel, las cartas de población otorgadas en las encomiendas templarias y hospitalarias, van a potenciar la búsqueda de pobladores que reunieran la condición de ser cultivadores libres y, al mismo tiempo, hombres de frontera preparados para el uso de las armas. Su capacidad económica les debía permitir el mantenimiento del equipo militar de caballero para hacer la guerra defensiva y ofensiva. Pero no se trata de una dignidad ni una consideración nobiliar, es la caballería ligera, caballería villana, de rápidos movimientos, que se reúne para actuar en muy breve tiempo, organizada en pequeñas cuadrillas y sin

³¹ Como referencia, J.A. SESMA MUÑOZ, *La Corona de Aragón. Introducción crítica*, Zaragoza, 2000.

³² P. BONNASSIE, *La Catalogne du milieu du X à la fin du XI siècle. Croissance et mutations d'une société*, 3 vols., Toulouse, 1975-1976.

³³ Los fueros concedidos a Calatayud, Daroca y Teruel, constituyen los modelos de fueros de frontera, con una ordenación del espacio muy especial, que dará lugar a la aparición, posteriormente, de las Comunidades de Aldea.

apenas complemento de peones, pero muy bien dirigida y controlada por las autoridades concejiles y los comendadores³⁴.

El objetivo principal era la obtención de botín, que era repartido entre todos los integrantes, tanto los que se lanzaban al ataque como los que se quedaban en labores de defensa, según su forma de prestar el servicio. Así, los que lo hacían a caballo, si lo hacían con escudo, lanza y espada, recibían una unidad entera; si no tenían esas armas, sólo la mitad. Si contaban con equipamiento complementario consistente en loriga, ballesta, cadenas, etc., podían recibir hasta dos unidades o caballerías. A los peones se les adjudicaba media unidad, aunque a los que acudían con ballesta y proyectiles se les podía otorgar hasta el lote de un caballero.

De este entorno surgió lo que se ha llamado el espíritu de frontera, en el sentido de que se partía de la facilidad para adquirir un patrimonio fundiario amplio, había tierras de sobra para todo el que acudiera a asentarse, con el complemento además de una ganadería ovina poco exigente por la existencia de amplios espacios de pasto, lo que permitía una dedicación muy generalizada a la guerra de enorme rentabilidad, que proporcionaba además de ingresos extras la posibilidad de ascenso social. Muy pronto, y estamos hablando todavía de finales del siglo XII, el grupo de los mejor dispuestos, capaces de mayor participación en las operaciones fronterizas, se reveló como una elite social que se destacaba del resto de vecinos, beneficiándose de manera muy activa de las campañas que se iniciaron en la frontera del sur, cada vez mejor organizadas por alguno de los nobles de la región y por la monarquía que, sobre todo a partir de 1225, contemplaba la salida de la crisis real a través de la iniciación de una empresa militar contra el islam de grandes proporciones. Las milicias de Teruel y las de Daroca, por ejemplo, intervinieron muy activamente en las primeras acciones sobre Morella y los contingentes de caballería aportados por los concejos constituyeron la parte principal de las huestes de Jaime I que cercaron primero Burriana y a partir de ese momento todo el proceso de conquista del reino valenciano³⁵. Incluso fueron la base del ejército del rey para sofocar las revueltas mudéjares al sur de Valencia ya a finales del siglo XIII³⁶.

Bien es cierto que la conquista del reino de Valencia significó alejar la frontera con los musulmanes y el botín, por lo que el rey, para el mantenimiento de esta fuerza militar, les otorgó ayuda económica derivada del cobro de los peajes, las primicias, porcentajes de las pechas de las aldeas, etc., con el compromiso de «ematis semper guarnimenta ferrea ad opus equorum vestrorum»³⁷, así como franquicia fiscal a perpetuidad, para todos los que mantuvieran un caballo de silla valorado al

³⁴ A. GARGALLO MOYA, *El Concejo de Teruel en la Edad Media (1177-1327)*, 3 vols., Teruel, 1996.

³⁵ Así lo recoge *El Llibre dels Feits*, caps. 170, 171, 211 y 218, entre otros.

³⁶ J.F. POWERS, «Dos reyes guerreros y sus milicias municipales: el ciudadano-soldado en la ley y en la vida», en R.I. BURNS, *Los mundos de Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador*, Valencia, 1990, pp. 123-158.

³⁷ A. GARGALLO MOYA, *El Concejo de Teruel*, cit., pp. 540-550.

menos en 200 sueldos, y el equipo de guerra compuesto de escudo, lanza, capacete y perpunte con loriga o lorigón.

Estamos ante una forma de ejército semiprofesional, en el que se integra aproximadamente el 10% de los varones en edad de llevar armas de la región, empleado en acciones de defensa y ataque no ya frente a los musulmanes, sino en cualquier tipo de guerra que el rey de Aragón mantuvo en la baja Edad Media, como por ejemplo contra Castilla (la guerra de los Dos Pedros).

El otro bloque de la caballería rural puesta en pie simultáneamente, con similares connotaciones sociales a las que acabamos de exponer, se dio a través del desarrollo de las Órdenes Militares³⁸, primero Templarios, Hospitalarios y Santo Sepulcro, después, Calatrava, Montesa, Santiago, Montegaudio, que recibieron posesiones en regiones fronterizas de complicada defensa, como expresivamente dice el documento de Pedro II de Aragón de 1208, que donaba el castillo de Monroyo a los calatravos, que estaba «donde nadie deseaba recibirlo» porque los frailes «no temían exponer sus personas y bienes». No sólo los monjes estaban dispuestos para la guerra, también los que acudían a repoblar sus dominios debían estarlo, como peones los que recibían parcelas menores y con caballo los mejor dotados. Las condiciones de asentamiento fijaban el tiempo de su reclutamiento obligatorio anual siguiendo al maestro o a su comendador a «hacer la guerra o cabalgar». El incumplimiento era penalizado con fuertes multas y la asistencia llevaba aparejada recibir la parte estipulada en el reparto del botín. Las Órdenes se reservaban, siempre, el quinto del ganado y cautivos moros.

Resulta interesante comprobar que en la inmensa mayoría de las cartas de población, las Órdenes se reservan la dirección de las actividades militares, imponiendo a los colonos determinados servicios de armas o el pago de indemnizaciones³⁹. Así, en Calaceite se cobraba hueste y cabalgada; en Belmonte los calatravos exigían acudir tres veces al año a la llamada del ejército; en La Cañada, se penalizaba con cinco sueldos a los de a caballo y la mitad a los peones que no acudían al apellido; en Cantavieja, se obligaba a los vecinos que alcanzaran un cierto nivel económico a mantener caballo, etc.

Es difícil precisar el potencial militar de las Órdenes Militares. Quizá su mayor importancia sea la fijación de unos núcleos de tropas, estables y fijas, totalmente profesionalizadas, distribuidas por el territorio. Aunque los documentos no suelen permitir una mínima aproximación numérica, se puede calcular que los mayores castillos de las grandes órdenes peninsulares dispondrían de una dotación de unos 50 caballeros perfectamente dotados con sus peones; los castillos medianos,

³⁸ M.M. RIVERA GARRETAS, «El origen de la idea de Orden Militar en la historiografía reciente», *Acta Medievalea*, 1, 1980, pp. 77-90. Hace bien poco, la edición de las actas del Congreso sobre *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XIII-XVIII)* en 1989 y, sobre todo, las del congreso *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica* (Ciudad Real, 1996), volumen I, Edad Media (Cuenca, 2000), han significado la aportación de un enorme volumen de trabajos.

³⁹ M.L. LEDESMA RUBIO, *Cartas de población del Reino de Aragón en los siglos medievales*, Zaragoza, 1991.

muy abundantes, contaban con unos 10 caballeros y entre 20 y 30 peones, y los pequeños, muy numerosos, tendrían unos 4 o 5 caballeros y otros tantos peones⁴⁰.

Quizá la conclusión a la que podemos llegar es que, a comienzos del siglo XIII, en vísperas de las mayores campañas de conquista sobre Mallorca y Valencia, la sociedad de Aragón y Cataluña había desarrollado una nueva forma de participación en las operaciones militares. Las ciudades del norte, muy bien establecidas en su dimensión urbana, habían desarrollado intereses comerciales que les beneficiaba la proyección hacia las Baleares y hacia las tierras levantinas, la nobleza necesitaba seguir incorporada a las guerras de conquista y las gentes de la frontera tenían organizado un entramado cuyo final pasaba por incrementar la actividad.

4. UN PARÉNTESIS PROVOCADO POR LA SITUACIÓN INTERNACIONAL

Al final de las campañas en las serranías turolenses y antes de que Jaime I impulsara las operaciones de expansión por Mallorca y Valencia, tiene lugar un periodo de guerras, lejos del ámbito del reino de Aragón y con unos objetivos muy peculiares, donde el rey y los ejércitos aragoneses participan con objetivos distintos a los mantenidos en las operaciones de conquista frente a los musulmanes.

Se trata de la aportación de Pedro II y la Corona de Aragón a la batalla de las Navas en 1212 y, un año después, la intervención del mismo rey con su ejército en los acontecimientos bélicos provocados por la cruzada albigense en los territorios occitanos, que culmina con su derrota y muerte en Muret⁴¹.

Evidentemente, no es este el lugar para tratar puntualmente los cambios mentales y organizativos que ambos episodios supusieron. Pero sí conviene indicar que las serias diferencias entre ellos y las profundas novedades introducidas por los dos, respecto a las prácticas anteriores, marcarán la trayectoria posterior en el global de los tres conceptos que hemos manejado.

⁴⁰ F. RUIZ GÓMEZ, «La hueste de la Órdenes Militares», en *Las Órdenes Militares en la Península Ibérica*, pp. 403-435. Hay que tener en cuenta que su observatorio está constituido por las órdenes castellanas, en el territorio de la Corona de Aragón las cifras, sin duda, serían muy inferiores. Conocemos, en la documentación de Castellote, la mención de dos o tres *freiles* en torno a 1210, cuatro en 1240, entre siete y nueve hasta 1280; en el caso de los calatravos, llegan a veinte en torno a 1275, siempre con cinco comandadores en otros tantos núcleos, en su mayor parte de origen castellano (C. LALIENA CORBERA, *Sistema social, estructura agraria y organización del poder en el Bajo Aragón en la Edad Media (siglos XII-XV)*, Teruel, 1987, pp. 121-122).

⁴¹ La Tesis Doctoral de M. ALVIRA CABRER, *Guerra e ideología en la España Medieval: cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, aborda ambos episodios con la más amplia perspectiva posible. La edición de una parte de la misma, *12 de Septiembre de 1213. El Jueves de Muret*, Barcelona, 2002, constituye una buena muestra del trabajo realizado. Me limitaré, aquí, por tanto, a una somera reflexión de los acontecimientos, dentro del proceso expositivo que estoy desarrollando.



Me refiero, de manera sintética, al hecho de que en los dos acontecimientos se trata de ejércitos del rey, que van a actuar en campañas que afectan de manera directa a los intereses de la monarquía, que no tienen por qué involucrar las aspiraciones de los vasallos, ni siquiera las del círculo más próximo al monarca. Se mueven ambas acciones en ámbitos geográficos alejados del espacio estricto del reino, si bien aludiendo a conceptos políticos que de alguna forma pueden presentarse como partes integrantes de una comunidad superior; la comunidad cristiana frente a los infieles, en el primer caso, la Corona de Aragón y sus derechos históricos, en el otro. Pero, en contrapartida, las dos estaban diametralmente opuestas en cuanto a los planteamientos y justificaciones.

La primera, Las Navas, se integra en una campaña oficial de «guerra santa» contra los enemigos de la fe, al tiempo que contribuye a la defensa del espacio aragonés; la participación en el ejército puede reportar beneficios espirituales y, también, materiales en forma de botín, al margen del interés que estratégicamente significaba para la posterior evolución de la expansión aragonesa. La segunda era abiertamente una operación militar contra cristianos, enfrentándose a las tropas bendecidas por el papa y consideradas «cruzadas» que actuaban contra los enemigos de la Iglesia, lo que significaba que los contendientes al lado del rey de Aragón ayudaban al bando herético y luchaban contra el orden y la justicia papal.

La estructura del contingente militar no parece que variara demasiado con respecto a las actividades anteriores. El ejército del rey estaría formado por las mesnadas feudales y los comprometidos por las obligaciones derivadas de los lazos jurídicos establecidos, constituyendo una hueste similar, más o menos numerosa, igualmente armada y con idéntica voluntad de cumplir el servicio debido, que las anteriores. El concepto, sin embargo, había comenzado a cambiar; se podía hablar de «guerra del rey», en la que no todos, a cualquier nivel, estaban involucrados. Esto puede constituir un precedente a lo que durante el siglo XIV, en las contiendas defensivas contra Castilla, Francia o en las de conquista y pacificación de las posesiones mediterráneas, se podrá escuchar en las Cortes.

Difícilmente estas operaciones podían considerarse defensivas. La incorporación al ejército no era una obligación y rebasaba con creces los compromisos adquiridos por los barones, según los fueros. Las tropas debían recibir una «soldada» que exigía una financiación que o bien aportaba el rey lo necesario de sus finanzas⁴² o se comprometía a satisfacer de los beneficios que recibiría al final. Los magnates y caballeros, que quizá también podrían alcanzar premios por su intervención, se sentirían atraídos por las promesas de otros galardones no materiales, que en muchos casos iban acompañados de la muerte en la batalla.

⁴² La Crónica de San Juan de la Peña, redactada a mediados del siglo XIV para servir de introducción a la crónica del reinado de Pedro IV, señala muy claramente que para financiar la campaña del Midi, cuya finalidad era que «el condado de Tolosa fincas en la casa d'Aragon», Pedro II «enpennyó muytas villas et prisso las diezmas de su tierra et algunos trasoros de las iglesias» (Versión aragonesa, ed. C. Orcastegui, cap. 34).

El hecho fue que el rey de Aragón aportó su ejército a la acción de Las Navas, «passó con todos sus cavalleros et con su gent», y a los últimos acontecimientos bélicos del Midi, «vino con grant poder en ayuda del conte de Tolosa», dice en ambos casos la Crónica de San Juan de la Peña⁴³, añadiendo en este último que «el dito rey, queriendo mas morir con honor que non bivar con desonor» porque nunca había vuelto la cara ante una batalla, «murió en aquella», con otros muchos de sus ricos hombres.

El resultado diferente en las dos operaciones no debió depender de factores internos. Las tropas mandadas por Pedro II de Aragón cumplieron su cometido con el mayor esfuerzo y sacrificio, y como en los tiempos heroicos del siglo anterior, la derrota de la hueste real en Muret estuvo acompañada de la muerte del rey, junto a la de muchos de los principales componentes, arrastrando en este caso una grave crisis de la monarquía, la reorganización de los equilibrios políticos y la renovación de los linajes nobles.

FINAL

La monarquía de Jaime I, tras la crisis padecida por su padre y los graves acontecimientos producidos durante su minoría, debía intentar un giro que desviara los enfrentamientos interiores hacia el exterior y nada mejor que una guerra de conquista, sancionada por la Iglesia y rodeada de una especie de proyecto nacional global.

De esta forma, siguiendo una cierta planificación de las campañas y una organización de los efectivos según las distintas facetas de la lucha, se puede ver el levantamiento del ejército real, contemplado como ejército «estatal», aunque manteniendo los rasgos del viejo sistema feudal. El núcleo tradicional seguía siendo la nobleza, cuyas tenencias se hicieron hereditarias en 1206 y se ampliaron sus compromisos con la concesión de las caballerías de honor o mesnaderías, que eran asignaciones económicas fijas recibidas de las rentas reales, a cambio del servicio militar de un número de guerreros; de esta manera, se ampliaban las prestaciones militares y se obligaban al mantenimiento constante del servicio.

A este grupo tradicional, ahora ya claramente pagado y con los beneficios económicos como casi único objetivo de las intervenciones, se unían los otros dos grupos guerreros, esas milicias concejiles, aportadas por los núcleos urbanos, que buscaban el progreso social y desarrollaban la función de constituir la base de los combatientes al servicio del rey⁴⁴, además de la participación de los hombres de armas que otras ciudades y villas reales, en cumplimiento de los compromisos señoriales con el monarca, debían aportar a la llamada de la hueste real.

Junto a la posible debilidad de los musulmanes, estamos hablando de veinte años después de las Navas, esta es la razón de la enorme galopada, con muy pocas

⁴³ *Ibidem.*

⁴⁴ La organización de estas milicias y su actuación en estos años, queda muy bien analizado para el caso de Teruel en A. GARGALLO MOYA, *El Concejo de Teruel*, cit., pp. 357-366.

batallas y breves sitios, que permitió a la monarquía aragonesa incorporar el reino de Valencia a su Corona⁴⁵. Aunque también explica que tras el control, con el mantenimiento de los antiguos pobladores moros y una participación tan amplia y diversa, una parte de los integrantes del ejército no vieran cumplidas sus aspiraciones y creyeran escasas las contrapartidas obtenidas. La nobleza laica del norte, las jerarquías eclesiásticas y los grupos superiores urbanos se sintieron tratados por debajo de sus merecimientos. De ahí, la negativa a secundar los planes militares del propio Jaime I en Murcia, el inicio de un periodo de constantes revueltas en Aragón y Cataluña que culminaron con el Levantamiento de la Unión de 1283⁴⁶, cuyas primeras acciones fueron los planteamientos de los contingentes militares de elite.

En lo sucesivo, las guerras seguirán estando presentes en la vida política y, sin duda, seguirán siendo su principal motor, aunque tendrán unos objetivos algo diferentes. Un factor que irrumpirá con mucho vigor y alcanzará una gran importancia será el comercial, el de defensa y protección de las rutas de comercio y de los centros de abastecimiento y venta de los productos, lo que implicará en las actividades bélicas a los grupos urbanos deseosos de ampliar su campo de actuación en espacios alejados de sus metrópolis. Este elemento, que quizá estaba ya implícito en las operaciones de Mallorca, se hará más elocuente en las de Sicilia y Cerdeña y, en general, en la llamada expansión mediterránea de la Corona.

Se transformará, con ello, la participación y la financiación de las guerras de conquista, que deberán sufragarse con dinero público y no ya con la participación directa de los hombres de armas⁴⁷. La guerra pasará a convertirse en la fórmula más oportuna para la recaudación de impuestos extraordinarios. Por otra parte, la guerra, sobre todo la defensiva, seguirá siendo el mejor argumento de cohesión interior y de fortalecimiento del poder establecido; el uso de la propaganda bélica contra enemigos externos servirá de discurso al monarca y a los grupos dirigentes para impulsar el llamado «Estado Moderno»⁴⁸.

De otra forma, guerra, ejército y sociedad seguirán unidos durante varios siglos más.

⁴⁵ Como relato del proceso de conquista, puede verse A. UBIETO ARTETA, *Los orígenes del reino de Valencia*, Zaragoza, 1979. Otros aspectos de la misma en R.I. BURNS, *El Reino de Valencia en el siglo XIII (Iglesia y sociedad)*, 2 vols., Valencia, 1982; E. GUINOT, *Feudalismo en expansión en el norte valencia*, Castellón, 1986.

⁴⁶ L. GONZÁLEZ ANTÓN, *Las Uniones aragonesas y las Cortes del Reino*, 2 vols., Zaragoza, 1975.

⁴⁷ J.A. SESMA MUÑOZ, «Fiscalidad y poder. La fiscalidad centralizada como instrumento de poder en la Corona de Aragón (siglo XIV)», *Espacio, tiempo y forma. Rev. de la Facultad de Geografía e Historia*, UNED, 4, 1989, pp. 447-463.

⁴⁸ Para la Corona de Aragón, pueden verse mis trabajos «Estado y nacionalismo en la Baja Edad Media. La formación del sentimiento nacionalista aragonés», *Aragón en la Edad Media*, VII, 1987, pp. 245-273, y «La nobleza bajomedieval y la formación del Estado Moderno en la Corona de Aragón», en *La nobleza peninsular en la Edad Media*, León, 1999, pp. 344-430.

ACTIVIDADES DEL CEMyR

DECIMOTERCER CURSO DE ESTUDIOS MEDIEVALES. 2004

Viajes y viajeros en la Edad Media
Aula Elías Serra Ràfols (Facultad de Geografía e Historia)
22-26 de Noviembre de 2004

Maravillas AGUIAR AGUILAR

«La literatura árabe de viajes»

José GÓMEZ SOLIÑO

«Aventuras y desventuras de una peregrina medieval»

Carlos CASTRO BRUNETTO

«El arte en Santiago de Compostela: fin de viaje»

Ernesto GIL LÓPEZ

«Los viajes de Persiles y Segismundo de Cervantes. Un itinerario por la Europa medieval conocida e inventada»

Dolores CORBELLA DÍAZ

«La transmisión de un mito: San Borondón»

Francisca PLAZA PICÓN

«Música y canto en la Navigatio Sancti Brendani»

Eduardo AZNAR VALLEJO

«Asia en los viajeros medievales»

Antonio TEJERA GASPAS

«La ruta colombina y Canarias»

David Darío GONZÁLEZ

«El viaje de un cuento»

Juan BARRETO BETANCORT

«Mujeres peregrinas: el Itinerarium de Egeria»

SUMARIOS DE NÚMEROS PUBLICADOS

LOS HÉROES MEDIEVALES

CUADERNOS DEL CEMYR nº 1 (1993):

Presentación.

Etelvina FERNÁNDEZ, «Héroes y arquetipos en la iconografía medieval».

María Jesús VIGUERA MOLINS, «El héroe en el contexto árabo-islámico».

Miguel Ángel LADERO QUESADA, «El héroe en la frontera de Granada».

Antonio BRAVO GARCÍA, «El héroe bizantino».

Antonio BRAVO GARCÍA, «La caracterización del héroe en la poesía épico-heroica del inglés antiguo».

Roberto RUIZ CAPELLÁN, «Del héroe esforzado al héroe menguado».

Ismael ROCA MELIÁ, «El héroe clásico y el sabio humanista. Tomás de Aquino y Juan Luis Vives».

LAS FIESTAS MEDIEVALES

CUADERNOS DEL CEMYR nº 2 (1994):

Miguel Ángel LADERO QUESADA, «La fiesta en la Europa mediterránea medieval».

Manuel NÚÑEZ RODRÍGUEZ, «*Indignitas hominis*: la necedad, el placer y la ironía».

Eugenia POPEANGA CHELARU, «La desacralización del Mundo Medieval o 'El Mundo al Revés'».

Ana M^a. HOLZBACHER-VALERO, «Fiesta y literatura en la Edad Media francesa».

Patricia SHAW FAIRMAN, «'Rich revel and reckless mirth'. Reflejos de la vida festiva en la literatura inglesa medieval».

Moschos MORFAKIDIS, «Pervivencias paganas en las fiestas bizantinas: la danza».

Jacques HEERS, «Carnavals et fêtes des fous au moyen âge».

LOS UNIVERSOS INSULARES

CUADERNOS DEL CEMyR nº 3 (1995):

Marcos MARTÍNEZ, «Presentación».

Jesús CANTERA ORTIZ DE URBINA, «Función de la isla en los relatos franceses medievales».

Nicasio SALVADOR MIGUEL, «Descripción de islas en textos castellanos medievales».

Joaquín YARZA LUACES, «La isla en la Edad Media: metáfora e imagen visual».

Isabel de RIQUER, «Las islas parlantes».

Monique MUND-DOPCHIE, «*L'ultima Thule* dans l'imaginaire occidental. Les métamorphoses d'une île réelle en un pays fabuleux».

Enrique BERNÁRDEZ, «Islas en una isla: la Islandia medieval».

Juan GIL, «Las islas de la India».

Jacqueline HADZHOSSIF, «Aperçu des îles grecques au Moyen Âge».

Pierre GUICHARD, «L'islaire arabe médiéval dans la Méditerranée et dans l'Atlantique».

MARGINADOS Y MARGINALES EN LA ÉPOCA MEDIEVAL

CUADERNOS DEL CEMyR nº 4 (1996):

Mercedes BREA, «Tipos marginales satirizados en la lírica gallego-portuguesa».

José Luis ALONSO HERNÁNDEZ, «Tipos marginales de la Edad Media al Barroco en España».

María del Carmen GARCÍA HERRERO, «El mundo de la prostitución en las ciudades bajomedievales».

Basilis CHRISTIDIS, «Marginados en el mundo bizantino y árabe-islámico: lisiados, feos y negros».

Pedro GUARDIA MASSÓ, «Marginación y opresión en los *Cuentos de Canterbury* y en *Pedro el Labriego*».

Manuel MARCOS CASQUERO, «Clérigos vagabundos».

SABER Y CONOCIMIENTO EN LA EDAD MEDIA

CUADERNOS DEL CEMyR nº 5 (1997):

Denis MENJOT, «Los dichos de los sabios y la enseñanza de la sabiduría en la Castilla bajomedieval».

Miguel MARTÍNEZ LÓPEZ, «La *maldición* del saber en el *Fausto* de Christopher Marlowe».

Manuela MARÍN NIÑO, «La transmisión del saber en al-Andalus a través del Mu'yam de Al-Sadafi».

Francesca ESPANYOL BERTRAN, «La transmisión del conocimiento artístico en la corona de Aragón (siglos XIV-XV)».

Antonyo GARZYA, «La erudición escolar en Bizancio».

Luis GASTÓN DE ELDUAYEN, «Saber político y argumentación discursiva».

Rafael BELTRÁN, «Ejemplos de transmisión del saber histórico: de la enciclopedia a la miscelánea y del texto a la imagen en la literatura del siglo XV castellano».

Juan PAREDES, «Imágenes del saber en la narrativa medieval».



ROMERÍAS Y PEREGRINACIONES

CUADERNOS DEL CEMyR nº 6 (1998):

Juan Ignacio RUIZ DE LA PEÑA, «Las peregrinaciones a Santiago de Compostela, cauce de transformaciones sociales y reactivación económica en la Edad Media peninsular».

Pannayotis YANNAPOULOS, «Pérégrinations et pèlerinages dans l'hagiographie byzantine».

Ángel MEDINA ÁLVAREZ, «Notas sobre la simbólica musical del Camino».

Fernando CARMONA FERNÁNDEZ, «La peregrinación amorosa en los siglos XII y XIII».

Luis IGLESIAS RÁBADE, «Peregrinos y romeros de la Inglaterra medieval. La romería popular».

Joaquín RUBIO TOVAR, «Viaje e imagen del mundo en la *Divina Commedia*».

Antonio ALVAR EZQUERRA, «Roma, al final del camino».

PAISAJE Y NATURALEZA EN LA EDAD MEDIA

CUADERNOS DEL CEMyR nº 7 (1999):

Juan RIBERA LLOPIS, «El paisaje en la literatura catalana medieval».

José María BALCELLS DOMÉNECH, «El paisaje en la poesía castellana medieval».

Fátima ROLDÁN CASTRO, «La percepción del entorno: el mundo musulmán».

Mercedes BORRERO FERNÁNDEZ, «Cambios políticos y paisajes agrarios en la Edad Media. El ejemplo andaluz (siglos XIII-XV)».

Miguel RODRÍGUEZ-PANTOJA MÁRQUEZ, «Pintar con la pluma. Descripciones de paisajes en la poesía latina medieval».

Gaspar MOROCHO GAYO, «El paisaje utópico en la literatura hagiográfica bizantina. La vida de Teoctista de Lesbos de Nicetas Magistro».

Manuel BRUÑA CUEVAS, «Apuntes sobre el paisaje y la naturaleza en la literatura medieval francesa».

Marta CENDÓN FERNÁNDEZ, «La naturaleza y el paisaje en el gótico. La naturaleza en los conjuntos funerarios».

María José MORA SENA, «Un invierno entre los hielos: los paisajes de la poesía anglosajona».

MAGIA Y MEDICINA EN LA EDAD MEDIA

CUADERNOS DEL CEMyR nº 8 (2000):

Ernesto GARCÍA FERNÁNDEZ, «Reflexiones históricas sobre ciencia y magia en la Edad Media».

Enrique MONTERO CARTELE, «De la Antigüedad a la Edad Media: medicina, magia y astrología latinas».

Etelvina FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, «Magia y medicina en el mundo medieval a través de las imágenes».

Fernando GALVÁN REULA, «De magia artúrica».

Eva-María GÜIDA, «El *Lapidario* de Alfonso X: observaciones acerca del léxico».

Maxim KERKHOF, «Sobre medicina y magia en la España medieval de los siglos XIII-XV».

PLAZAS Y MERCADOS EN LA EDAD MEDIA

CUADERNOS DEL CEMyR Nº 9 (2001):

Antón FIGUEROA, «Las lecturas contemporáneas de la comunicación literaria en el espacio público medieval».

Ángeles LÍBANO ZUMALACÁRREGUI, «Génesis y difusión del léxico del mercado en el medioevo peninsular».

Encarnación MOTOS GUIRAO, «La ciudad y el comercio en Bizancio».

Rafael PORTILLO GARCÍA, «El teatro en la calle».

María ASENJO GONZÁLEZ, «El comercio. Actividad económica y dinámica social en las plazas y mercados de Castilla. Siglos XIII-XV».

Maurilio PÉREZ GONZÁLEZ, «Léxico relativo a los mercados según la documentación asturleonés (y castellana) hasta 1230».

Micaela CARRERA DE LA RED, «El escenario social como delimitador de espacios en el teatro quinientista portugués».

Emilio MOLINA LÓPEZ, «En el corazón de la calle: el mercado».

ALTERIDAD BÁRBARA: IMAGEN Y ARQUETIPO

CUADERNOS DEL CEMyR Nº 10 (2002):

José Manuel NIETO SORIA, «Lo bárbaro como categoría intelectual en la España bajomedieval».

Julián GONZÁLEZ, «Mozarabía *versus* Islam: ¿convivencia o intransigencia?».

Alfonso CARMONA GONZÁLEZ, «Islam: viejas y nuevas fronteras».

Isabel MOSKOWICH-SPIEGEL FANDIÑO, «El mito vikingo: el escandinavo como el 'otro' en la Europa medieval».

Esperanza BERMEJO LARREA, «Alteridad y anomalía. Hombres extraños en la literatura francesa medieval».

Ekaterini KUMARIANÚ, «Griegos bizantinos en la Venecia del siglo xv».

Antonio GARCÍA ESPAÑOL, «Aculturación y comunicación en Hispanoamérica».

María Adelaide MIRANDA, «La alteridad bárbara: de las representaciones de lo fantástico en el románico al hombre salvaje del gótico final».

Eduardo AZNAR VALLEJO, «Identidad y alteridad en los procesos de expansión ultramarina. El ejemplo de *Le Canariens*».



ÁNGELES Y DEMONIOS EN LA EDAD MEDIA

CUADERNOS DEL CEMYR Nº 11 (2003):

- Fernando CARMONA FERNÁNDEZ, «El caballero y sus demonios: combates infernales en los libros de caballería».
- Aldo RUFFINATTO, «Del diablo-rey al diablo-truhán. Itinerario del pacto diabólico en los mundos posibles de la España medieval».
- Juan Camilo CONDE-SILVESTRE, «Recursos épicos en la caracterización de los demonios en la literatura anglosajona».
- Juan Pedro MONFERRER SALA, «Ángeles, demonios y anticristos entre los monoteísmos semitas».
- José María MIURA ANDRADES, «Milagros y conventos en la Andalucía medieval».
- Vitalino VALCÁRCEL MARTÍNEZ, «Los demonios en la hagiografía latina hispana: algunas calas».
- Asterios ARGYRIOU, «Angéologie et démonologie à Byzance: formulations théologiques et représentations populaires».
- Beatriz SANZ ALONSO, «El lenguaje de lo sobrenatural».
- Dolores BARRAL RIVADULLA, «Ángeles y demonios, sus iconografías en el arte medieval».
- Roberto RUIZ CAPELLÁN, «Donde no hay nadie, no hay diablo».

EL HUMOR EN LA EDAD MEDIA Y EL RENACIMIENTO

CUADERNOS DEL CEMYR Nº 12 (2004)

- Federico CORRIENTE, «El humor en Alandalus: el caso del cejel».
- Jorge Luis BUENO ALONSO, «Actitudes anglosajonas hacia el humor: la caracterización del humor obsceno y sexual en los acertijos del *Exeter Book*».
- Fernando GALVÁN FREILE, «Entre la diversión y la transgresión: a propósito del humor en las artes plásticas medievales».
- Francisco Javier HERRERO RUIZ DE LOIZAGA, «Procedimientos para la expresión del humor en la comedia celestinesca».
- Elena REAL RAMOS, «El tratamiento humorístico del motivo de la sarracena enamorada en la épica francesa de los siglos XII y XIII».
- José Manuel NIETO SORIA, «Humor político en la Castilla del siglo XV».
- Pilar GARCÍA MOUTON, «Humor en las cartas privadas de emigrantes a Indias (1540-1616)».
- A. LÓPEZ EIRE, «Risa, ritual y poesía».

